

Cuando la muerte te persigue

JESUS MIGUENS FIEIRO

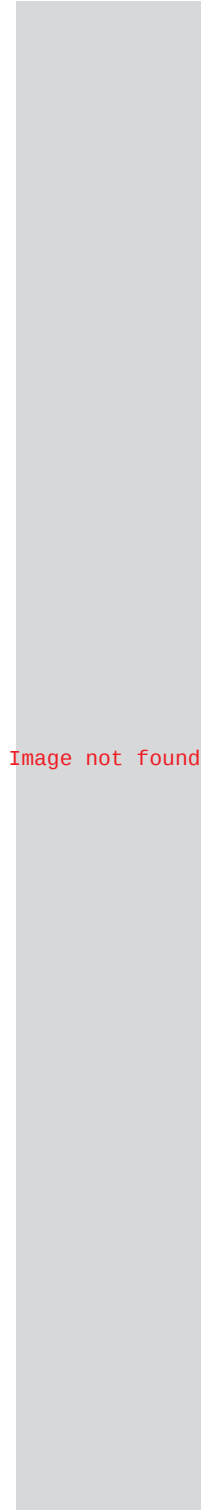


Image not found.

Capítulo 1

PRÓLOGO

Para algunos científicos vivimos en el Antropoceno, “la era del ser humano”. Dicha tesis, está abalada por un grupo de 24 científicos de renombre colaboradores en activo del Servicio Geológico Británico, la Universidad de Cambridge, Berkeley, las universidades de Santiago de Compostela, Harvard, Georgetown, Duke, y la Universidad Nacional de Australia.

El artículo fue publicado en una revista científica de prestigio a nivel mundial, en donde dichos científicos, elaboraron una lista de «los pecados cometidos por los seres humanos en contra del planeta».

De cómo a mediados del siglo XX, la mano del hombre impulsó un cambio geológico a nivel global. Ese exhaustivo estudio, en donde se exponen y muestran pruebas irrefutables de que la mutación que está sufriendo Gaia, es debido a las constantes pruebas nucleares, a las perforaciones y prospecciones indiscriminadas en busca de petróleo, la extracción de gases e inyección de líquidos en la propia corteza terrestre, la deforestación incontrolada de los grandes pulmones terráqueos, el efecto de los gases invernadero sobre el terreno y un largo etcétera, marcaran nuestro destino...

Por otro lado, alguna Pseudo ciencia, afirma que estamos saliendo de la “era de Piscis” y entrando en la “era de acuario”. Lo que significa que cada vez habrá más voces discordantes con el sistema actual, qué gracias a esos nuevos profetas, y a las acciones de las organizaciones nacionales sin ánimo de lucro la “humanidad”, comenzará a percatarse y ser conciente del daño que le está produciendo al planeta con sus acciones.

«Que la humanidad en un acto de arrepentimiento, tratará de enmendar sus errores, dejará de emitir gases contaminantes, de consumir petróleo, utilizará energías limpias, limpiará los océanos de plásticos y volverá a vivir en armonía con la madre naturaleza, cambiando así nuestro destino»...

EL DESTINO

A la primera persona a la que escuche hablar del destino, fue a mi abuelo. Han pasado más de treinta años, y ya no queda ni rastro de aquella sociedad tradicionalista. Nostálgicos de esa sociedad argumentaban que estaba llena de valores fundamentales, «la familia, el bien común, el respeto por los mayores, la dignidad del ser y un largo etc.», sin embargo para los fundamentalistas actuales era una sociedad

opresiva, machista e intransigente.

El denominador común de la sociedad actual en donde prima por encima de todo la individualidad del ser.

Adoramos a influencers, deportistas, artistas, científicos o a cualquier gurú, como si fuesen dioses.

El consumismo está por encima de todo, falsos mitos, fake news de todo tipo campan a sus anchas por la red.

Pero volviendo al principio, recuerdo aquel día como si fuese hoy...

Eran las primeras fiestas, a las que acudía a casa de mis abuelos maternos. El pretexto «simple» que mi madre me dio en su día para justificar nuestra ausencia en las fiestas familiares, era qué a mi padre no le caían bien mis abuelos. Con el tiempo descubrí, que a parte, de que mis abuelos no «tragasen» a mi padre, el motivo principal de aquel distanciamiento, se produjo porque mi progenitora había ensuciado el buen nombre de la familia, había cometido una atrocidad, una tropelía, algo infame para la época; resumiendo, un pecado mortal e imperdonable; quedarse embarazada sin contraer matrimonio, e irse a vivir con ese hombre de dudosa reputación. La prueba irrefutable de esa trasgresión moral, era yo.

El hecho de que mi padre nos abandonase repentinamente, sin avisar, y se mudase a «vivir eternamente a un confortable nicho de 3x2 en el campo santo de Boisaca», propició el acercamiento entre mí madre y sus ascendientes. Recuerdo que estaba muy nervioso, «por fin» muy a mi pesar, iba a conocer en persona a la familia de mi madre.

Hasta ese día, los había visto crecer a unos, envejecer y cambiar de peinado a otros, observando una fotografía “familiar”, que de manera puntual, año tras año, recibíamos por correo certificado el día 26 de Julio.

Mi madrina, la hermana mayor de mi madre, era la encargada de enviar la misiva. Esa señora tan exquisita dos días después de mi nacimiento había movido “hilos” para que «al fruto del pecado» le mojasen la cabeza en una pila bautismal, salvando así mi alma inmortal a ser consumida por los fuegos del hades.

Cuando salimos de casa, una suave brisa de aire fresco acarició nuestras caras. Nos acercamos a la marquesina de la parada del autobús, allí nos esperaba un taxi, un flamante Mercedes Benz 190D 2.5 turbo negro metalizado. Debido a la ausencia de mi padre, había heredado el puesto de “hombre de la casa”, por ese motivo, me tomé la libertad de subir en la parte delantera del vehículo, mi madre se sentó en el asiento

de la parte trasera, y entregó una nota al taxista. Para mí era un orgullo ir de copiloto, cerré los ojos y me imaginé pilotando esa berlina a velocidades vertiginosas por carreteras viradas, quemando neumáticos en cada curva. Al cabo de un rato tuve la sensación de que el vehículo aminoraba su marcha. Abrí los ojos, y en ese «abrir y cerrar de ojos», ya estábamos llegando a nuestro destino. De refilón observé, el cartel que anunciaba la entrada a la Parroquia de Nuestra Señora de la Merced. Eché un vistazo a mi flamante reloj Omega Constellation, eran las 10 en punto. Mi madre, dijo al taxista que detuviese el coche en la entrada de la finca familiar.

A primera vista la casa y el terreno que rodeaba la vivienda principal, me parecieron mucho más grandes, de lo que aparentaban ser en las fotos “familiares”. La casa solariega, era el típico ejemplo del “pazo” gallego, la estructura principal de la casona, estaba construida con enormes bloques de piedra, moldeados por maestros canteros, la galería de madera de la primera planta lacada de blanco, reflejaba la luz del sol. Cerca de la casa como no podía ser menos, había un enorme hórreo de cantería de “seis claros”, y un alpendre de piedra menuda con el clásico tejado de pizarra. Según me había explicado mi madre, aquel enorme alpendre, hacía las veces de casa para el servicio, establo para las reses, granero, bodega y depósito para los apeos de labranza.

Las construcciones estaban rodeadas de manera circular, por muros de piedra menuda de grandes dimensiones; dentro del recinto amurallado, crecía un frondoso bosque de robles y cipreses centenarios. Un camino de piedras, dividía la finca en dos y dibujaba un camino serpenteante, que conducía hasta la entrada principal de la casa.

Bajamos del taxi, por cada paso que avanzábamos, mi madre apretaba mi mano con más intensidad, notar esa presión era como sentir su ritmo cardíaco, pero la intensidad del agarre era tal, que llegó un punto en que mi mano ennegreció por la falta de riego sanguíneo, traté de soltarme pero me resultó imposible.

La puerta de entrada se abrió y dos niños de pelo rubio, uno más alto que el otro, ataviados con camisa blanca, pantalones cortos negros, calcetines blancos y relucientes zapatos negros de charol, salieron corriendo entre gritos. Una señora salió tras ellos, con una sonrisa en la boca. Mi madre se detuvo, la señora se acercó a mi madre y le propinó un fuerte abrazo.

—Es tú tía Purificación. —Dijo entre sollozos mi madre.

La mujer se acercó, me estrechó entre sus brazos y me dio un beso en la frente. Los niños se ocultaron entre los árboles, nosotros acompañados de la tía Puri, entramos dentro de la casa. Un rico olor a café recién hecho inundó mis fosas nasales. —Papá y mamá están en la cocina. —comentó

la tía "Puri" a mí madre.

Entramos en la cocina, yo iba delante de mi madre, «tuve la sensación de ser un escudo humano», pero en ese momento la voz de mi madre sonó en mi mente. —«Si un día conoces a tú abuelo, recuerda que los hombres siempre caminan delante de la mujer».

Sentados en dos sillas de madera repujada, delante de una enorme chimenea, estaban mis abuelos. Al escucharnos entrar, se levantaron de sus tronos, me paré en seco, y sentí el tacto húmedo de las manos temblorosas de mí madre sobre mí cuello, giré la cabeza y observé su cara, estaba pálida, parecía como si hubiese visualizado a dos terribles espectros.

—Bienvenida a casa. —dijo el anciano en un tono amable.

Mi madre asintió con la cabeza. La mujer que lo acompañaba no abrió la boca, solo se limitó a observarnos fijamente, practicándonos una radiografía con aquellos enormes ojos negros.

—Este señor es tú abuelo Ramiro, y esta señora que lo acompaña es tu abuela Isolina. —anunció mi madre con la voz temblorosa.

Me acerqué a ellos lentamente, temeroso, como si en vez de un gesto cariñoso, fuese a recibir una paliza, por ser «el fruto del pecado».

Isolina me dio un gélido beso en la frente, Ramiro me agarró de la mano, y me llevó delante de la gran "lareira".

—Soy el progenitor de tú madre, ¿Cuántos años tienes?
—preguntó aquel señor de oscuros cabellos ondulados.

—Catorce. —contesté enérgico.

—Entonces ya eres un hombre, a tu edad, esté viejo, ya se había enfrentado en más de una ocasión, a las manadas de lobos hambrientos, que merodeaban por estas tierras; por eso y por qué me da la real gana, puedes acompañar a éste anciano tomando un café.

Esas palabras me hicieron esbozar una sonrisa, aun así, giré la cabeza buscando el gesto de aprobación de mí madre, ella asintió con una sonrisa entrecortada.

Me senté en una de las sillas que estaban al lado de la chimenea. Aquel llar, era impresionante, parecía la entrada a un templo faraónico, cuatro enormes columnas de piedra, talladas con formas femeninas, sostenían una gran losa con forma de campana. Nunca había visto nada igual. De manera irrefrenable, sin saber porqué, me levanté de la silla y

toqué el seno de una de las figuras, fue como si algo invisible guiase mi mano hacia aquel pecho frío e inerte. Al tocar la roca esculpida recibí una fuerte descarga eléctrica que recorrió todo mi cuerpo, de manera inmediata separé la mano de la columna. Elevé la mirada y me percaté, de que el enorme bloque de piedra con forma de campana, tenía cincelado en el centro un trisquel Celta. La voz de Ramiro resonó como un trueno en la cocina.

—Dejadnos solos.

Por el tono enérgico que empleó Ramiro, no me atreví ni a mirar hacia atrás. Mis piernas comenzaron a temblar como dos juncos balanceados por el viento, traté de controlar ese impulso pero me fue imposible. Escuché como se cerraba la puerta de la cocina.

—¿Qué has sentido al tocar la piedra?—bramó el anciano

—Nada. —contesté tembloroso.

—Como que nada, ino me mientas muchacho!, esto algo muy serio, solo yo puedo sentir la energía que desprenden esos antiguos menhires.

Me quedé en silencio, giré la cabeza alzando la mirada. Ramiro estaba de pie inmóvil, sosteniendo las dos tazas de café, examinándome con sus grandes ojos verdes. Me quedé petrificado, al ver la intensidad con la que aquellos ojos color esmeralda me avizoraban. Me ofreció una de las tazas de café, y al unísono nos sentamos.

—La descarga que acabas de sentir no es nada malo, todo lo contrario, el caso es que me extraña, que un mestizo como tú pueda sentirlo.

—¿Un mestizo?, yo no soy mestizo, soy de pura raza gallega. —Contesté indignado.

Una enorme carcajada salió de la boca de mí abuelo, que siguió examinándome y sorbiendo traguitos de café.

—Tómate el café antes de que se enfrié, no me mal interpretes, te llamo mestizo, porque los orígenes de la familia de tú padre, no son de esta zona.

Sorbí un trago de café, estaba templado, su sabor era dulce, pero al mismo tiempo mí paladar, apreciaba pequeños matices amargos.

—Bébetelo todo. —Ordenó Ramiro.

Cerré los ojos, inspiré el vapor que desprendía el café y me quedé obnubilado por el aroma de aquella infusión arábica. Bebí hasta la última gota de algo que en aquel momento me pareció un elixir. Mi organismo se relajó de tal manera, que noté como mi cuerpo se deslizaba ligeramente de la silla. En ese mismo instante, tuve una visión...

Capítulo 2

II

A lo lejos observé a un hombre que caminaba desnudo por la orilla de una playa. Me acerqué a él en silencio, me situé a su espalda, en ese instante su rostro se reflejó sobre las cristalinas aguas del mar y pude ver mi cara.

Todo parecía tan real que sentí como el bello de mis brazos se erizaba y aprecié la frescura del agua marina bañando mis pies, el mar estaba en calma, el sol brillaba en lo alto y sentía como la suave brisa marina acariciaba mi piel. Sin saber como, el hombre se esfumó, caminé un rato solo con la certeza de que alguien me observaba, miré hacia atrás y a lo lejos divisé a un hombre vestido con un traje blanco, tras una leve exhalación todo comenzó a cambiar, la brisa se convirtió en viento, el sol se ocultó en medio de la espesura de unas enormes nubes negras y la oscuridad lo cubrió todo.

Las cristalinas aguas del mar se tiñeron de negro. Quise salir del agua, pero algo me lo impedía, bajé la mirada, mis pies estaban hundidos en medio de una especie de líquido viscoso negro como el del azabache. La densidad del líquido me impedía caminar. El fluido desprendía un olor pestilente, pútrido, que comenzó a producirme una terrible sensación de ahogo. Horrorizado contemplé, como de en medio del lodo, salían a flote los cadáveres de miles de peces, de crustáceos y pájaros marinos. Cerré los ojos y grité con fuerza intentando despertar de esa pesadilla. Al abrir los ojos el hombre de blanco estaba a dos metros de mí, señalándome con su dedo índice. Una cabeza con un rostro lánguido y huesudo descansaba sobre los hombros de aquel ser espectral, de las cuencas de sus ojos se vislumbraba una infinita oscuridad.

Sentí que algo me empujaba. Sin poder remediarlo perdí el equilibrio, caí encima del fluido; intenté levantarme pero no podía, la viscosidad de aquel líquido que cubría con su manto todo el arenal me lo impedía. Cuando la masa oscura estaba a punto de amortajar mi cuerpo, visualicé a duras penas, como una muchedumbre de gente vestida con buzos blancos con los rostros cubiertos con mascarillas, se afanaban en arrancarme de en medio del chapapote. Fui capaz de distinguir unas palabras grabadas en uno de los EPI que protegían el cuerpo de uno de aquellos hombres. «PRESTIGE».

Un eco lejano, un sonido una resonancia en el interior de mi mente Escuché me trasladó de nuevo a la realidad. Abrí los ojos, mis manos estaban vacías, bajé la mirada y observé como los trozos de lo que antes había sido un cuenco de barro yacían sobre el pavimento ajedrezado

de la cocina.

— Tranquilo muchacho, no te asustes, quizás me haya excedido con la Achicoria y la Artemisia dracunculus que añadí al café y por eso te has mareado.

— No, no es eso. — contesté desconcertado, mientras las palabras grabadas sobre aquel EPI perturbaban mi mente. «PRESTIGE»

—¿Entonces?. —preguntó Ramiro con gesto serio.

—No se, aunque le parezca una estupidez acabo de soñar despierto, bueno, mas que un sueño, fue una pesadilla.

—Increíble, un mestizo es el elegido de las Normas. — murmuró el anciano

— Ya le dije que no soy ningún mestizo. —contesté indignado.

— Perdona hijo, estaba pensando en voz alta. La triada ha decidido mostrarte imágenes del futuro.

—¿Perdone?, no entiendo lo que me quiere decir. — respondí.

Ramiro me miró con ternura; sin saber como, esa mirada convirtió mi vergüenza e indignación, en una especie de sentimiento de admiración.

—De esto ni una palabra a tú abuela; acompáñame.

Ramiro abrió la puerta de la cocina, en el hall estaban reunidas, la señora Isolina, que nos miró con cara de rottweiler, la tía Puri y mi madre.

— ¡Vamos a mi despacho!, que nadie nos moleste, avisadnos cuando lleguen todos. — advirtió el patriarca. Las tres mujeres asintieron con la cabeza. Seguí a Ramiro en silencio, se detuvo delante de una puerta de castaño que tenía unas extrañas figuras talladas e incrustadas en la madera, sacó una llave dorada de un bolsillo de su pantalón y la introdujo en cerradura. Al abrirse la puerta, un fuerte a rancio inundó mis fosas nasales. Ramiro cerró la puerta deslizando un pestillo.

— Mas vale prevenir, estás mujeres son unas metomentodo. — masculló para si mismo el anciano.

El despacho de Ramiro, era una estancia sencilla, nada mas entrar se veía un ajimez, en la pared de la derecha, había un armario de cinco puertas con tallas incrustadas en la madera, símbolos celtas de granito adornaban todas las paredes dando un cierto aire místico a la estancia. La mesa del despacho también era de madera repujada, detrás de la mesa del

despacho sobresalía el respaldo de un sillón de cuero negro, delante del escritorio, había dos sillas tapizadas con una tela aterciopelada. Ramiro se sentó en el sillón.

— Siéntate hijo. — comentó el anciano, señalando una de las sillas.

La palabra «hijo» me causo un cierto estremecimiento, «me acababa de conocer y me llama hijo», — pensé en ese momento.

— Éste es mi refugio, aquí solo entra una mujer y no es tú abuela Isolina, la única que tiene autorización para entrar es la señora Remedios, que simplemente hace su labor de limpieza bajo mi atenta supervisión. Es una estancia sagrada en la que solo entran algunos hombres, aquellos que al igual que tu, sintieron algo especial al tocar las Normas.

— ¿Normas?, ¿qué normas?. —pregunté.

— Mestizo e ignorante... Las Normas eran las diosas encargadas de tejer los tapices del destino de la humanidad bajo el roble Yggdrasil. Skuld es la responsable de que podamos ver reflejos del futuro, es decir, «lo que nos hará falta, lo que debería ser, o lo que es necesario que ocurra»; muchacho con el tiempo descubrirás que el pasado, el presente, y el futuro están entrelazados de tal modo que no pueden ser separados, porque ellas hilan nuestro destino.

Aquellas palabras me parecieron increíbles y un poco exageradas, pero sin saber porque, aquella explicación y una tierna mirada, hicieron que me sintiese alguien especial y más si cabía, porque según mi madre, Ramiro era un hombre huraño, severo y estricto; sin embargo, a mí, a primera vista, me había parecido alguien más bien cercano.

—Cuéntame hijo, que te ha mostrado Skuld.

—No se como explicarlo. —respondí.

— Cuentamelo despacio, sin miedo, sin dejarte nada.

Comencé mi relato, al principio me trababa un poco por los nervios, luego me relajé y las palabras fluían solas; mí abuelo me escuchaba con atención, sin alterar el gesto amable de su cara, observándome con sus grandes ojos verdes. Cuando concluí el relato, abrió uno de los cajones de la mesa, extrajo un gran puro y una caja de cerillas de madera, rascó el fósforo contra la lija de la caja, y la cabeza de la cerilla se incendió, acercó aquella pequeña llama azulada al puro y aspiró hondo.

— Ahora me vas a escuchar con atención, te voy a relatar como skuld me libró de la muerte, esto que te voy a contar, al igual que lo que me has contado debe quedarse en esta habitación, no debes contárselo a

nadie, y cuando digo a nadie, eso incluye a tú madre.

Asentí con un gesto. Ramiro se levantó de la silla, estiró su brazo y me ofreció su mano, nos dimos un apretón de manos sellando el trato como hombres de fe.

—Hay personas que no están preparadas para escuchar ciertas verdades, esos ignorantes, tachan de locos a las personas especiales y con ciertos dones; como bien sabrás, hubo tiempos en los que incluso podrían quemarte en la hoguera, si descubriesen que tenías semejantes experiencias.

El abuelo dio unas buenas caladas al puro, echó la ceniza en un cenicero de bronce que había sobre la mesa y comenzó su relato...

Capítulo 3

III

—Por aquel entonces yo tenía 16 años, cansado y vilipendiado por un padre que no compartía mis creencias, que me mal llamaba brujo, que menospreciaba mis buenas acciones, y mis buenas relaciones con las gentes humildes de la aldea. Harto de vivir bajo su yugo, me escapé de casa. Una noche cogí mis bártulos, cuatro «perras» que tenía ahorradas y una carta falsificada en donde mí padre me otorgaba la mayoría de edad, de la autenticidad de dicha misiva daba fe un notario de Santiago de Compostela, que a pesar de mi corta edad, me debía algún que otro favor. Sin pensármelo dos veces aparecí a primera hora de la mañana en la estación de trenes de Santiago, el andén estaba lleno de obreros de la construcción, y de militares que regresaban al cuartel tras el fin de semana. Me subí en el tren rumbo a La Coruña. Mi corazón latía con fuerza, ávido de conocer mundo de vivir nuevas experiencias. Estaba decidido. La solución más rápida, para cumplir mis sueños de conocer nuevos mundos, era alistarme en el ejército. El viaje se me hizo interminable, baje en el andén de la estación y me fui directo a la oficina de reclutamiento, que estaba ubicada en la plaza de María Pita. Entregué mis papeles, el funcionario rellenó mi nueva cartilla militar y me ordenó que me dirigiese al cuartel de Atocha. Allí realicé los seis meses pertinentes de instrucción militar y la jura a la bandera. Un día paseando por los Cantones, percibí un cierto revuelo entre las gentes que por allí paseaban, se rumoreaba que era muy posible que entrásemos en guerra con Maruecos. La gente hablaba de revueltas, de protestas en Madrid y Barcelona, el presidente Maura incomprensiblemente había decretado la movilización de tres brigadas, formadas en su mayoría por reservistas. Ese hecho había indignado a la población a nivel nacional. Sin embargo aquí en nuestra querida tierra, ni revueltas, ni protestas, ni farrapos de gaitas. Como corderos partimos 300 “voluntarios” del cuartel de Atocha, un número muy simbólico. Yo que había tenido la fortuna, de poder estudiar en el Monasterio de San Francisco, y pude leer traducciones de escritos de Heródoto, de Homero y de otros grandes historiadores griegos y romanos, sabía bien lo simbólico y poco esperanzador que era ese número. Afinados como ganado en las bodegas del barco, buscando un divertimento para la mal trecha tropa, comencé a contar viejas historias con la intención de subir la moral de mis compañeros. El primer relato elegido fue la gesta del rey Leonidas y sus 300 espartanos, luego la caída de Troya y continué con Jason y los argonautas. El coraje y la moral de mis camaradas subió como la espuma, la algarabía de la tropa llegó a los oídos del capitán de nuestra compañía, que me hizo llamar de inmediato, requiriendo mí presencia en el puente de mando del navío. Después de mantener una breve charla, allí en presencia de las autoridades navales, me ascendió a cabo primero. Como colofón a tal acto castrense, compartimos una copa de brandy en señal de agradecimiento por levantar

el ánimo y la moral de la tropa. El viaje fue duro, finalmente desembarcamos en el puerto de Melilla, el 24 de Julio de 1909. Las órdenes eran unírnos de inmediato, a la brigada mixta de cazadores de Madrid, que estaba al mando del general de brigada don Guillermo Pintos Ledesma. Acostumbrados al clima suave y húmedo de nuestra tierra natal, Melilla parecía un infierno. Partimos ese mismo día, con destino al monte Gurugu, carecíamos de transporte por lo que emprendimos la marcha, caminando bajo un sol de justicia. Cargados con el equipo de campaña, que se componía de un fusil, una bayoneta, una navaja, una mochila, una manta andrajosa, munición, unos mendrugos de pan seco, un taco de tocino salado, una cantimplora con agua, un paquetito de picadura de tabaco y un librito. El precepto, era formar puestos de vigilancia, controlar la zona del barranco del lobo y el Alfer, situados en las estribaciones del monte Gurugú. Nada más salir de la ciudadela, algo inesperado captó nuestra atención, un gato negro con un tamaño mayor que el de un lince ibérico se cruzó en nuestro camino, a parte de su tamaño, lo que más nos impresionó, fue la enorme cicatriz que atravesaba su cara y que carecía del ojo derecho. Al verlo, me vino a la mente el relato de Edgar Allan Poe, "el gato negro". Se me pusieron los vellos de punta, lo más extraño si cabe, fue ver que el gato se detuvo al margen derecho del camino y se quedó inmóvil contemplando el desfile de las tropas. Varios de mis compañeros se persignaron, haciendo la señal de la cruz,. Durante un buen trecho del camino, escuchaba los comentarios sobre la mala suerte que nos traería el habernos cruzado con aquel felino. Yo ni corto ni perezoso, para evitar el desaliento de la brigada, comencé a entonar el himno de la infantería; al cabo de un rato, toda la brigada al unísono y con orgullo cantaba el himno. Sin embargo algo mi interior, me decía que el hecho de habernos cruzado con aquel gato, era el presagio de algún infortunio. Al remontar una pequeña colina, poco antes de llegar al barranco del lobo, algo captó de nuevo mi atención. A lo lejos, en el horizonte, divisé una imagen borrosa, como una especie de mancha blanca que permanecía inmóvil, posada encima del cerro. A medida que nos acercábamos al montículo, la imagen se iba aclarando, e iba tomando forma humana. Al principio pensé que podía ser un vigía, pero me extraño el hecho de que permaneciese inmóvil e impasible ante nuestra presencia. Le pregunte al cabo Muñiz compañero de unidad, que le parecía aquello que yo divisaba a lo lejos, se lo señalé con el dedo, pero Muñiz me miró con un gesto de incredulidad en su cara, —«estás teniendo una visión, ahí no hay nada». — me contestó. La duda de si el calor y el esfuerzo físico me estaban pasando factura, turbaron mi mente. La caminata se estaba haciendo interminable; se levantó una leve brisa que refrescó por un instante nuestros cuerpos sudorosos. Yo seguía caminando con la mirada fija en el cerro, esperando que tras un pestañeo, la figura desapareciese, pero seguía allí, inmóvil. Al cabo de un rato, la brisa se convirtió en viento, la oscuridad se cernió sobre nosotros. El teniente Rodríguez ordenó que nos cubriésemos la boca con un pañuelo, el viento arrastraba consigo una enorme cantidad de arena, en pocos minutos la visibilidad era nula, a duras penas podía ver al compañero que tenía delante. Aquel

suceso, marcó el principio de nuestro fin.

Los Rifeños buenos conocedores de sus tierras, acostumbrados a ese tipo de situaciones climáticas, no desaprovecharon la oportunidad, nos emboscaron y comenzaron el ataque. Como zorros que irrumpen en un corral, con el sigilo propio de un hurón, fueron deslizándose las frías hojas de sus cuchillos, sobre los cuellos desnudos de algunos pobres desgraciados, el grito desgarrador, de uno de ellos, nos alertó del ataque. Presos del pánico, comenzamos a disparar sin ningún objetivo claro. Escuche como alguien gritaba —«alto el fuego». — en aquel instante pensé que iba a morir, y que vería cara a cara, el cruel y huesudo rostro de la parca. Como un cobarde, cerré los ojos, esperando a que la de la guadaña me llevase. Sentí un intenso dolor de cabeza, me caí al suelo y noté como varios cuerpos caían sobre mí. Me estaba ahogando, el olor a muerte y a sangre recién derramada me impedían respirar, presa de la desesperación, trate de liberarme de los cuerpos que me oprimían, con todas mis fuerzas. Una mano salvadora tiró de mí, abrí los ojos, mientras trataba de llenar mis pulmones de oxígeno; en ese mismo instante pude ver con claridad su rostro iera Skuld!, posó su mano sobre mi frente, y escuché su voz dentro de mi cabeza, «hoy no vas a morir aquí, este no es tú destino». Acto seguido unas imágenes reveladoras ocuparon mi mente; me vi a mi mismo, al frente de una expedición en otro lugar, con un niño pequeño entre mis brazos cruzando un río en medio de una selva. En ese mismo instante fui consciente de que mi destino no era morir en medio del barranco del Lobo. El viento había cesado, estaba rodeado de cuerpos mutilados, la sangre regaba aquel terreno estéril. Me levanté del suelo, calé la bayoneta en mi fusil y salí monte arriba, gritando como un poseso, los supervivientes de la carnicería alentados por mis gritos salieron tras de mí. Poco tiempo después habíamos ensartado con nuestras bayonetas a un número incontable de Rifeños. Tomamos por la fuerza la posición más elevada del cerro, e hicimos huir como comadreja despavoridas a los insurgentes. Nos hicimos fuertes en aquella posición, contuvimos un par de investidas más de los insurgentes hasta que cayó la noche. Cuando recuperé la cordura, caminé solo por el barranco del lobo, los sanitarios se afanaban en curar a los heridos, una terrible visión perturbó todo mi ser, «la parca» caminaba entre los cuerpos degollados de mis camaradas besando su frente, absorbiendo sus pobres almas. Al día siguiente, llegaron las tropas de refuerzo, la matanza indiscriminada duró varios días, llegó a su fin cuando uno de los rebeldes llegó con bandera blanca y sus líderes se rindieron de manera incondicional. Cuando regresamos al cuartel el Coronel de brigada, don Emilio Castro me condecoró con la medalla al valor y me entregó los nuevos galones de sargento de brigada.

Un ruido de roce de madera me devolvió al mundo de los vivos; era Ramiro abriendo uno de los cajones de la mesa de su despacho, del que extrajo una serie de medallas que observé atentamente.

Capítulo 4

IV

Un leve golpeteo tras la puerta nos alertó de la presencia de alguien, era mi madre, avisándonos de que la comida estaba servida. El salón estaba repleto de gente. Ramiro se encargó de hacer las presentaciones, nos colocamos delante de nuestros platos al tiempo que Ramiro se encargaba de bendecir la mesa; todos los presentes se sentaron en silencio; nada más terminar la oración comenzó la "ingesta" de las carnes y viandas colocadas sobre la gran mesa. Al rematar la comida, una de las sirvientas más jóvenes a la que mi primo Ignacio, no había sacado ojo de encima durante toda la comida, se acercó Ramiro portando una caja de puros abierta; el anciano le dedicó una sonrisa con ciertos aires de complicidad y retiró un puro, lo pasó a lo largo por su nariz, respirando su aroma, al tiempo que se levantaba de la mesa y me hacía un gesto para que lo acompañase.

—Que nadie se moleste en seguirnos, mi nieto y yo vamos a dar un paseo por la finca.

Salimos por una puerta, que daba a un porche, en la parte posterior del pazo. Delante de nosotros, se extendía un enorme jardín, con diversas rocallas, situadas a ambos lados de un camino recubierto de piedras. En el interior de los balastos, convivían flores de diferentes tipos y colores. Un molesto zumbido ambiental provocado por multitud de insectos, perturbó mi mente. Al margen derecho del camino yacía el cuerpo putrefacto de un cuervo, que estaba siendo devorado por una cantidad ingente de gusanos. Ramiro ni se inmutó, tiró de mi y comenzamos a caminar por la vía empedrada, tras caminar un buen rato, la senda se perdió entre la frondosidad de aquel paraje. Nos detuvimos delante de un muro de piedra derruido.

— ¿Sabías? Qué el generalísimo en persona, tuvo un enorme interés en que mi padre le donase ésta finca.

—No.

—¿Tú madre no te contó nada al respecto?

—No, mi madre no me habla mucho de su familia. —contesté.

— Pues sí, y la negativa casi le cuesta la cárcel a mi progenitor, menos mal que D. Braulio, tú bisabuelo, tenía buena mano con el Arzobispo de Compostela, con el gobernador civil y el jefe provincial de la Falange. Gracias a la mediación de esas personas, y a la no revelación de pérfido secreto de alcoba del que mi padre poseía pruebas fehacientes, y

que dejaban en evidencia la fidelidad de don. Francisco Franco Bahamonde hacia su cónyuge Doña Carmen, evitaron su ingreso en prisión. Lo más curioso del caso es que días después de esa reunión y tras realizar la ofrenda al patrón de España, el Apóstol Santiago, Franco, consiguió que el pueblo de Sada, le donase el Pazo de Meirás. De no ser por la habilidad de D. Braulio, a día de hoy no estaríamos paseando por aquí.

Nada más terminar la conversación subimos por el murete de piedra y pude contemplar algo increíble, el terreno caía en picado y en medio de un escarpado paraje, había tres pequeños lagos, aquel lugar se asemejaba mucho al de los lagos de Covadonga, pero algo llamó poderosamente mi atención, en medio del lago central lucía majestuoso un enorme roble.

— ¡Ahí está Yggdrasil!, bajo sus ramas las Normas tejen el destino de los hombres, yo lo llamo el «Carballo do Herdeiro». Hoy se ha comenzado a desvelar tu destino.

Aquel adagio de mi abuelo, la palabra PRESTIGE, a la que desgraciadamente encontré sentido el trece de Noviembre del año 2002, y que precipitó la búsqueda obsesiva del espectro blanco, que misteriosamente aparecía días antes de producirse un terrible suceso, cambiaron mi destino.

Capítulo 5

V

El sonido del timbre del teléfono móvil cortó mi nexos mental con el pasado.

— ¿Dónde estás?

— En casa. — contesté.

— Entra en la web de meteo Galicia, lo que presagiaste está sucediendo, ¡joder! No hace ni una semana que publicaste la noticia, te llamaron loco y ahora ya le han puesto nombre, ¡flipa!, Quimera ambiental explosiva.

— OK, lo veo y de camino a Malpica te llamo.

Eché un vistazo a mi viejo reloj Omega Constellation, eran las ocho de la mañana; me tomé un café en un «pis pas» y bajé corriendo por las escaleras sopesando por donde ir a Malpica, «¿por el interior o por la costa?, ¡por la costa!». Entré en mi flamante Peugeot 508 Sport GTI de 360 CV; pulsé el botón de encendido con el acelerador pisado a fondo; me encantaba oír el rugido del motor V6 de mi nueva berlina. En ese mismo instante sentí la llamada de las Normas y me vi caminando por un sendero pedroso, eucaliptos, pinos y robles me escoltaron durante todo el camino cuando coroné la cumbre de las ciclópeas rocas que conforman el monte Pindo, sentí la fuerza de los espíritus de los antiguos druidas y guerreros celtas, allí en medio de los menhires del Olimpo de los Celta sentí que estaba en casa. Esa visión alteró mis planes de ir directo a Malpica, pero no podía desatender la llamada de la triada.

No había demasiado tráfico, abandoné la urbe del Apóstol Santiago y en menos de diez minutos ya estaba circulando por la autovía camino de Noya. Hacía tiempo que no transitaba por esa carretera, pero cada vez que rodaba por esa vía, mi mente de manera automática entraba en modo «regreso al pasado». La canción fever de Judas Priest sonó en mi mente...

— ¡Joder, Javi! Pedazo tetas tiene tú hermana, lástima que sea una pija de mierda. — comentó Héctor.

Javi dedicó una fulminante mirada Héctor, pero la verdad es que Héctor tenía razón, la hermana de nuestro colega tenía los mejores pechos que habíamos visto en nuestra corta vida. Por aquel entonces, Laura era la única chica conocida que practicaba TOP less, aunque sus «amiguitas» iban de mojigatas, nada más llegar a la playa, se exhibían contoneando

sus caderas de manera sensual mientras se sacaban los sujetadores por una de las mangas de sus camisetas, acto seguido se tiraban al agua, dejando bien poco a nuestra inmensa imaginación; aquella exhibición de pechos turgentes, provocaba que estuviésemos «envarillados» todo el santo día. ¡Amores y aventuras de verano! El sonido del móvil produjo un «coitus interruptus» en mi mente.

Alcé la mirada, el cielo tenía un intenso pero inusual color azul. Crucé a gran velocidad por el puente de «Ponte Nafonso». Encendí un cigarrillo bajé la ventanilla y un nauseabundo e intenso olor a putrefacción inundó en el interior del vehículo, tiré de inmediato el cigarrillo y subí la ventanilla.

— Dime Kuko.

— ¿Has mirado la Web de Meteo Galicia?

— Si, no tiene buena pinta, si las previsiones no son erróneas va a ser mucho peor de lo que pensaba.

— ¡Joder!, y tú vas camino de la costa, da la vuelta pasa del tema y regresa a casa. Por cierto, las redes están que arden, tú nueva teoría sobre la biblia negra, está dando mucho que hablar. Tienes a todo el clero y a los afines a Vox en pie de guerra.

— Ya sabes que me gusta sembrar inquietudes, respecto a lo de volver a casa, ya me conoces, soy de los que cumplen contra viento y marea. Tengo que ir si o si a Malpica, pero antes he de parar en O Pindo.

— ¿Estás seguro?.

— Muy a tú pesar sabes que debo ir, hay demasiados testigos y sucesos trágicos tras el avistamiento del espectro blanco, me temo que algo mucho peor que la Quimera ambiental está a punto de suceder, llevo años investigando su rastro de cadáveres, lleva siglos entre nosotros y cada vez que aparece su destrucción es mayor, además la aparición del código negro en Santiago no es casual, he accedido a alguna traducción y cada vez estoy más seguro de que es un ángel destructor, no un demonio como algunos creen, me temo que hay muchas vidas y almas en juego.

— ¡Cuídate tío!, cualquier cosa llama.

— Tranquilo, todo saldrá bien.

Mi corazón dio un vuelco al ver como un jabalí se cruzó delante de mi coche, pegué un volantazo clavé el freno y los neumáticos gritaron desesperados « ¡su puta madre! ». Gracias a la providencia salí ileso. Continué la marcha entre resoplidos y temblores en las piernas. Aun no

me había repuesto del susto cuando a la altura de punta Uía, tuve que clavar de nuevo el pedal del freno a fondo. Tres coches siniestrados ocupaban la calzada, bajé del coche y corrí hacia ellos, sin embargo no había nadie!, cristales, trozos de chapa de diferentes colores adornaban de forma macabra el asfalto, ¿Cómo era posible? —«inexplicable». — pensé. Entré en el coche y marqué el número de emergencias, di parte del accidente; regresé al vehículo y salí del lugar esquivando los vehículos siniestrados. Mi corazón latía con fuerza, mi instinto me decía que algo no iba bien. Crucé el pueblo de Muros a cámara lenta, no había ni un alma por sus calles, estaba desierto, algo llamó poderosamente mi atención, docenas de cajas repletas de pescado yacían esparcidas por el suelo del puerto; una bandada de gaviotas cual manada de hienas descontroladas, destrozaban a picotazos los cuerpos de cientos de merluzas. El sonido de sus graznidos resultaba histriónico, pero lo más desconcertante de todo, era que no había ni un solo marinero en el puerto, ni un solo viandante transitando por las calles. Muros parecía un pueblo fantasma, recién abandonado. Detuve el coche en medio de la carretera, me bajé, caminé hacia los soportales de los edificios del casco histórico; todos los negocios estaban abiertos de par en par, entré en la farmacia, el sensor de movimiento de la entrada advirtió de mi presencia con un pitido, pero no había nadie, los cajones de la botica estaban abiertos y había varias cajas de medicamentos tirados por el suelo. Recorrí varios locales y todos estaban vacíos, en una de las cafeterías había varios cafés humeantes sobre la barra, pero ni un alma a la vista. Volví al coche y reemprendí la marcha, y una terrible voz irrumpió en mi mente.

«Aquí nace la maldad en tu tierra: soberbia, ira, gula, pereza ociosa, sodomizan a ella y a sus hijas; y no tienden la mano ni al afligido ni al mendigo, ¡ay de aquel que cuando vea abrir al espectro blanco el primer sello!, porque será testigo del comienzo del fin de todo ser viviente: ¡Mira! y verás al espectro montado sobre su caballo blanco, y el que montaba sobre él tendrá un arco, y le será dada la corona, y saldrá vencedor para llevar sus almas a la profundidad del hades».

Capítulo 6

EL GATO NEGRO

VI

Malpica, días antes de la aparición del espectro blanco...

Los más ancianos del lugar murmuraban que no era causal que la oscuridad y las tinieblas se hubiesen afincado en Malpica. Durante siglos sus habitantes habían alcahuetado prácticas oscuras y prohibidas «sacrificios, aquelarres y orgías de sangre».

El extraño fenómeno fue denominado «cúpula de oscuridad velada». Para los científicos una anomalía ambiental, para los lugareños «cousas do demo». Los expertos enviados por la Consellería de Medio Ambiente de la Xunta de Galicia, lejos de aclarar la situación, sembraron más dudas e inquietudes entre la población.

«El hades abre sus puertas en Malpica» fue el titular con el que abrieron sus programas informativos las cadenas televisivas más importantes del País.

Descabelladas teorías conspirativas fomentadas por activistas de Green Peace, acusaban al gobierno autonómico de ser los responsables directos de la tragedia del Prestige como instrumento para camuflar de «negro» los vertidos radioactivos indiscriminados sobre su costa, y que tras años de irradiaciones causaron la cúpula de oscuridad que se cernía sobre Malpica, esas informaciones incendiaron las redes sociales e indignaron a los residentes del pueblo costero.

Los días transcurrían en una tensa y lúgubre “calma chicha” en la pequeña localidad de la «costa de la muerte». Sus aguas cristalinas ahora teñidas de oscuridad, desesperaban a sus pescadores, que impotentes veían mermar sus ingresos por no poder faenar. Cientos de testigos afirmaron a través de sus redes sociales, que un día antes de que las tinieblas se instalasen en Malpica, habían visto merodeando por el puerto, a un ciclópeo gato negro. Imágenes y videos de la bestia negra, hicieron que las noticias relacionadas con esta localidad costera fuesen trending topic durante días a nivel mundial. Sin embargo el rumor que circula a pie de calle era otro bien distinto, que Maruja la «tuerta» se había reencarnado en el gato negro.

La muerte en extrañas circunstancias de la anciana bruja, levantó ampollas y multitud de teorías conspirativas en la aldea. Maruja, era hasta su deceso, la enemiga pública número uno del alcalde. El vecino que vivía al lado de la casa de Maruja, apodado «Pepe el mudo» había sido

entrevistado por un periodista del canal sensacionalista "Galicia en el punto de mira", y en directo relató, que la noche anterior a la aparición del cadáver de la mujer, escuchó a la meiga proferir una terrible maldición, a la que le siguió un grito desgarrador. Pepe el mudo, un día después de la entrevista, afirmó tras ingerir una cantidad ingente de "cuncas" de vino en la taberna del manco, que había visto salir de la casa de Maruja al mismísimo diablo vestido de blanco.

Otro extraño suceso truncó los ánimos de los habitantes de Malpica, cuando el enterrador introdujo el féretro de la meiga en el panteón familiar, un rayo impactó contra la casa consistorial, causando importantes destrozos en el tejado y la estructura del edificio. Ese acontecimiento creó un hondo y terrible malestar entre los malpiqueños.

Los concejales de la oposición, en un pleno accidentado y vandálico se negaron a firmar el presupuesto del arreglo del consistorio, responsabilizaban de manera directa al regidor por los improperios dirigidos al párroco del pueblo y a su ilustre vecina fallecida. La sin razón fue in crescendo. Un grupo de malpiqueños creó una plataforma para ir en contra del alcalde. Imprimieron cientos de camisetas con un el eslogan tristemente celebre tras el desastre del Prestige, «nunca mais», con una única diferencia con el original, un rayo dividiendo las dos palabras.

Horas después del trágico pleno, con nocturnidad y alevosía, cientos de vecinos, antorchas en mano, liderados por el jefe de la oposición se personaron delante del domicilio del regidor amenazándolo de muerte. La guardia civil dispersó a la turba que increpaba al mandatario municipal disparando sus armas reglamentarias. Aprovechando el desconcierto, el señor alcalde bastón de mando en mano, vareó al jefe de la oposición como muestra de su autoridad. Las imágenes del regidor agrediendo al jefe de la oposición se viralizaron de inmediato. Esa misma noche doña Encarna Sánchez, afamada empresaria de la zona, publicaba en su instagram imágenes de un hombre vestido de blanco seguido por doce luminarias en procesión camino de la ermita de San Adrián.

El caos reinaba en el municipio Coruñes. Por primera vez en la historia de la democracia, se tuvieron que desplegar tropas armadas para contener los disturbios.

El alcalde instó al hombre más respetado del pueblo a mediar en el conflicto; don Ceferino fuentes presidente de la cofradía de pescadores y rederas de Malpica, organizó una reunión para calmar los ánimos de sus vecinos. Todos los habitantes de Malpica se reunieron en la sede de la cofradía. El edificio modernista se había erigido un par de años antes de los terribles sucesos. Los potentes focos led onstalados en el techo iluminaban el diáfano salón de plenos.

Don Ceferino tras un corto discurso conciliador, consiguió volcar las iras populares en contra del gato negro y propuso la organización una partida que diese caza a la bestia negra. Un pequeño grupo de hombres y mujeres “temerosos de dios” comentaron

—«Hay que poner en conocimiento de la diócesis de Santiago y pedirle a su Arzobispo Don Julián Barrio, que nos envíe a un exorcista».

Tras unas tensas negociaciones decidieron obviar a las autoridades eclesiásticas. Un grupo de cinco pescadores, se ofreció voluntario para la ardua tarea. El nombramiento de la partida de caza, también se tuvo que someter a votación, ya que para muchos de los presentes, el “mal fario” sobrevolaba las cabezas de los voluntarios.

Poco tiempo atrás, «los elegidos», habían sido los únicos supervivientes de un terrible naufragio en frente a las costas de Madagascar. Para convencer a los indecisos, el presidente de la cofradía esgrimió un contundente argumento, «dar caza a la bestia eliminará los aires de los difuntos que llevan pegados y eliminará su mal fario».

Una vez finalizada la asamblea, se firmó el acta de la junta. Todos los presentes se fueron a sus casas a excepción de los cazadores, que se vistieron con sus trajes de agua y se arrodillaron delante una imagen de la virgen del Carmen. Rezaron tres Ave María y pidieron a su patrona que les ayudase en su lucha contra el mal que asediaba el pueblo.

Capítulo 7

VII

Cual gladiador, cada uno de los hombres se armó, primero de valor y luego con un apeo de pesca. Una red, una horquilla, un garfio de acero inoxidable, un remo y un enorme mazo de madera fueron las armas elegidas.

Salieron del edificio. —Joder, ¡puto aire del nortes y aun por encima se pone a llover. —gritó uno de ellos.

La fuerte ventisca movía sus trajes de agua amarillos, la lluvia empapaba sus caras, pero ese repentino cambio climatológico no amilanaba a hombres acostumbrados a lidiar con todo tipo de tempestades marinas. Sin embargo un extraño e inusual vacío estomacal, les mantenía en tensión. El puerto bien iluminado por sus potentes focos, dibujaba extrañas sombras sobre el suelo del espigón. El grupo se dividió y cada uno de ellos se puso a rebuscar entre nasas apiladas y pequeños montones de redes dedicadas al arrastre. Uno a uno, cotejaban los huecos en los que se podría esconder un animal.

Cuando llegaron al edificio de la lonja, el viento había aumentado en intensidad, y algunas nasas mal amarradas vagaban a la deriva al igual que boyas y capachos arrastrados por el viento. La lluvia mezclada con el agua proveniente del mar, salaba sus labios.

Llevaban más de media hora rebuscando, pero ni rastro del gato. Uno de ellos hizo una seña al resto de los componentes de la partida de caza, y estos lo siguieron hasta el edificio de la lonja. Abrieron las puertas y entraron al abrigo de las instalaciones pesqueras.

—Joder vaya tiempo de mierda. —comentó el más alto de los cinco.

—Si Juan, estamos contigo, ¡vaya tiempo de mierda!. —respondió el más escuálido. Los otros tres asintieron con la cabeza.

—Así no vamos a encontrar al puto gato. —apuntó Juan al grupo.

—Pedro, ¿tu no tienes a tú gata en celo?. —preguntó Ángel, el más escuálido del grupo.

—Si, pero... joder, no quiero que ese bicho del diablo, se coma a mi gata. —respondió Pedro mientras se secaba la cara con un paño.

—Joder, como mucho se la trajina, no creo que se la coma.
—apostilló Manuel entre risas.

—Iros a tomar por el culo. —concluyó Pedro, enojado.

—Pues yo creo que es la mejor solución, aprovechar la llamada de la naturaleza como señuelo. —dijo Luís, mientras atusaba su tupida barba.

Los cinco hombres coincidieron al final, en que ese reclamo podría resultar irrechazable para cualquier macho felino. Aun así Pedro, salió a regañadientes del edificio de la lonja.

—Te esperamos en la taberna del manco. —propuso Juan a Pedro, mientras cerraba la puerta del edificio de la lonja.

Pedro aceleró el paso, salió de la explanada de la lonja y se perdió en medio de las calles del pueblo. El resto de la partida de caza caminó en dirección opuesta y en menos de cinco minutos ya estaban en el interior de la taberna del manco. Julián, el dueño de la taberna, miró malhumorado a los cuatro marineros.

—¿Qué?, cansados de dar caza al bicho, ¡que poco duran las buenas intenciones en este pueblo. —murmuró el tabernero.

En realidad, Julián detestaba a esos hombres por «botarates y pendencieros», pero eran clientes asiduos, bebedores de vino y devoradores de «pulpo a feira». A pesar de haber nacido en Malpica, Julián no era hombre de mar, ese hecho le había distanciado de un padre opresor, por lo que decidió emigrar al extranjero. Tras un largo periplo viajando por toda Europa, decidió afincarse en Alemania. Consiguió trabajo de friega platos en uno de los mejores hoteles de Munich. Con años de esfuerzo e incontables horas de trabajo llegó a ser jefe de cocina. Un día, mientras daba los últimos retoques a un menú encargado por la jefa de protocolo de la Canciller alemana Ángela Merkel, recibió la noticia de que su padre había fallecido ahogado en su amado océano Atlántico.

Preparó sus maletas y llegó a Malpica justo a tiempo para dar sepultura a su padre. La «morriña» y el reencuentro con un amor de juventud tomaron la decisión por él, y se quedó a vivir en su pueblo natal. Invertió los ahorros de una vida en restaurar e inaugurar la taberna en la casa heredada por su padre. Bautizó el local con el nombre «A taberna do manco» en honor a su padre, ese rudo marinero gallego, que había perdido una mano tras el terrible ataque de un escualo.

—Julián, ponnos unos cafés de pota bien calientes y unos chupitos

de licor café, ique fai un frío do carallo!. —profirió Juan.

Julián asintió con la cabeza, cogió una cafetera de acero inoxidable y en un par de minutos, un intenso aroma a café recién hecho inundó el local. Julián salió de detrás de la barra, y dejó unos vasos junto con una botella de licor en el centro de la mesa, Manuel destapo la botella y olisqueó el licor.

—Joder, Julián esto es piedra lumbre. —¿no será la mierda esa de Jägermeister alemán?, espetó, con sorna Manuel.

—Es lo que hay, si no te gusta ya sabes... —respondió Julián de manera categórica.

Los cuatro hombres se sirvieron unos chupitos de licor y recitaron entre risas elevando el tono de sus voces. —Arriba, abajo, al centro y pa dentro. Un gurgullo de satisfacción salió de sus gargantas. En mismo instante que Julián les estaba sirviendo los cafés, Pedro entró por la puerta transportin en mano.

—Joder Pedro, hay que regularle la comida a esa gata, parece un becerro. —argumentó Ángel entre risas.

Pedro miró a su compañero, y se esforzó todo lo que pudo para mantener el semblante serio. Lejos de resultarle ofensivo el comentario, se sentó en la silla vacía, se sirvió un chupito de licor e hizo un gesto a Julián para que le sirviese una taza de café. Después de servir tres rondas de chupitos y cafés...

—Yo de vosotros le mandaba un whatsapp al gato negro, diciéndole que se acerque hasta aquí para tomar un licor, ies que ya os vale!. — gritó Julián enajenado por la actitud de sus paisanos.

Pedro se levantó de la mesa murmurando, — si eres tan valiente porqué no vas tu, nazi de mierda. — cogió el transportin y salió de la taberna, el resto de hombres se levantaron de las sillas y le siguieron.

—Cóbrame. —Dijo Juan al tabernero. Mientras sus compañeros se apresuraban a salir tras de Pedro.

—Son 45 €. —comentó Julián.

Juan sacó su cartera y entregó un billete de 50 € al tabernero. Julián introdujo el billete en la caja registradora, se giró para entregar el cambio, pero Juan ya salía por la puerta. —«panda de borrachos». — masculló Julián, mientras perdía de vista a los componentes de la partida de caza.

El viento no había amainado, la lluvia golpeaba con fuerza contra el suelo empedrado de la calle que conducía hasta el puerto. Juan aceleró el paso hasta que llegó a la altura del grupo.

Los cinco hombres entraron en el edificio de la lonja. Juan se dirigió a cuadro eléctrico y subió los diferenciales que encendían las luces del edificio.

Una fuerte racha de viento abrió la puerta del edificio de par en par. El viento silbó en el interior del edificio al tiempo que esparció docenas de bandejas de plástico que estaban depositadas sobre los mostradores de la lonja. Ángel se acercó a uno de los laterales de la nave, abrió la puerta de una de las cámaras frigoríficas y se coló dentro, cogió una bandeja de plástico llena de sardinas, y salió de la cámara cerrando la puerta de la cámara de una patada. Caminó unos pasos, tiró la bandeja al suelo y le propinó una fuerte patada. La cubeta de plástico se deslizó por el suelo de cemento pulido de la nave hasta que se detuvo en el centro.

—Se nota que hice las pruebas para el Madrid, fijaros en la calidad del golpeo.

—Quieto Cristiano. —respondió Ángel.

Pedro abrió la puerta del transportín y dejó salir a su gata. El felino salió como una centella hacia la bandeja de pescado. La gata comenzó a engullir sardinas como si no hubiese un mañana. Cuando se sintió saciada, comenzó a maullar. La acústica del edificio aumentó el volumen de la llamada de la felina.

—¿Creéis que funcionara? —susurró Juan a sus compañeros.

—Pues claro. —contestó Pedro en voz baja.

—La gata de Pedro, es la Scarlett Johanson de las gatas.
—respondió Ángel entre risas.

Pedro, miró a Ángel con cara de poker, mientras el resto de componentes de la partida de caza se reían entre dientes. La espera comenzaba a resultar angustiosa.

La lluvia resonaba cada vez con más fuerza contra la cubierta metálica de la nave. Diez minutos más tarde escucharon la respuesta a la llamada de la naturaleza. Un gato entró en la nave con el bello de su lomo erizado.

—¡Ahí viene!. —dijo Pedro exasperado, mirando a sus compañeros de reojo.

Un gato con el pelaje multicolor entró en la nave, detrás de él, otro gato

de color gris perla atigrado.

—¡Manda cojones!, al final tú gata va a atraer a todos los gatos del pueblo menos al que buscamos. — sentenció Manuel, con un gesto de desesperación en la cara.

— Paciencia. — respondió Pedro.

La tensión iba en aumento, el ritmo cardíaco del grupo aumentaba de intensidad. En menos de cinco minutos una docena de gatos de todas las razas y colores merodeaba a la felina. El desasosiego comenzaba a hacer mella en el estado de ánimo de los marineros. Un maullido de ultratumba, gutural, aterrador, ahuyentó a todos los pretendientes de la fémina siamesa que extrañamente permaneció impassible, observando con sus grandes ojos verdes la entrada de la nave.

Pedro levantó ligeramente la cabeza por encima del mostrador.

—Está ahí, acaba de entrar, preparaos. — murmuró en voz baja.

El descomunal morrongo de ébano caminaba con paso firme, maullando, exhibiendo unos enormes colmillos de vampiro. De pronto, un gato con el pelaje gris atigrado salió de en medio de una pila de nasas, y se interpuso entre la felina y su rival; erizó el pelo de su lomo en señal de guerra, arqueó su columna y emitió un siseo ensordecedor similar al de una cobra. El gato negro lejos de intimidarse, caminó a cámara lenta exhalando guturales maullidos. Se colocó en posición ofensiva y de un potente salto se abalanzó sobre su rival. Los hombres asomaron las cabezas de sus escondites para presenciar en primera persona el combate animal. El morrongo clavó sus garras en el pecho de su rival; abrió sus fauces y espetó sus dientes de sable sobre la garganta del micho. El eco de un chasquido de huesos, estremeció las almas de los cazadores; la bestia de ébano sacudió su cuello de lado a lado con fuerza hasta que seccionó el pescuezo de su víctima. La cabeza del gato gris rebotó contra el suelo y salió rodando hasta parar en el centro de la nave. La bestia impassible, lamió la sangre de la victoria...

Ángel, salió de su escondite y se fue directo a cerrar las puertas de la lonja. El resto de cazadores salió de detrás del mostrador.

La bestia se colocó de nuevo en posición ofensiva, arqueó su espalda y miró fijamente a sus oponentes. El terror se dibujó en los rostros de los hombres; aquel animal no parecía de este mundo. La felina, salió despavorida entre agónicos maullidos y se resguardó en el interior de una nasa. Pedro estiró la red cual gladiador y se encaró con el monstruo.

—Vamos animal del diablo, hoy va a ser tu último día en la tierra.

El morrongo abrió sus fauces y mostró sus colmillos teñidos de sangre. Pedro lanzó la red, el felino saltó hacia un lado esquivando la red con una facilidad pasmosa. El animal flexionó sus patas traseras, y tras coger impulso, voló por los aires hasta amarrarse en la cara de Pedro; el hombre sintió como diez bisturís le rajaban la cara y ocho punzones se clavaban en su pecho. Pedro gritó desesperado por el dolor y el miedo. Manuel corrió hacia su compañero. Juan, armado con el garfio, se acercó a Pedro y con un movimiento envolvente trató de clavar el aparejo en el pecho del animal. Pedro presa del pánico se giró y el garfio que iba dirigido a ensartar al felino se hundió en su hombro derecho. El desgarrador alarido de dolor de Pedro quebró el ánimo de sus compañeros.

El gato soltó su presa, posó sus cuatro patas sobre el cemento y saltó buscando otro objetivo. Juan hizo un quiebro deslizándose sobre el suelo y cortó el vuelo del gato; agarró a la bestia con fuerza mientras intentaba mantener las zarpas alejadas de su cara, sin embargo resbaló precipitándose de espaldas contra el suelo, su cabeza se golpeó contra el cemento pulido y lo último que sintió antes de perder la consciencia, fue un indescriptible dolor al perder su ojo derecho. El gato devoró el globo ocular de Juan, que yacía sin sentido en medio de un gran charco de sangre. Pedro inmóvil, arrodillado se retorció de dolor. Ángel aprovechando un despiste del animal se colocó a su espalda y golpeó a la bestia con el remo. El engendro del mal, salió volando por los aires como si de una pelota de béisbol se tratase.

—¡Jódete bicho! —gritó Ángel

Tras impactar contra el suelo, el alien cat dando una especie de cabriola se levantó del suelo. El rostro de Ángel palideció. El bicho salió a la carrera, Ángel se quedó petrificado, aterrado. —«no puede ser»— pensó. Un atronador rugido resonó en toda el edificio. 18 dagas voladoras sisearon por el aire antes de clavarse en el pecho de Ángel. Un segundo después, cuatro puntas de acero atravesaron el cuerpo del siervo del mal.

—¡Aquí tenemos el pincho moruno de hoy!. — gritó Manuel, con un gesto iracundo en su cara. Victorioso, levantó el mango de la horquilla exhibiendo su trofeo orgulloso de su hazaña. El bicho se retorció desesperado, tratando de desensartarse de los aceros que lo atravesaban. El mango del apeo medio raído por la exposición al agua del mar se partió, la bestia herida cayó al suelo. Manuel pisó el cuerpo del gato, que seguía retorciéndose, moviendo con sus patas para liberarse del espeto. Manuel miró el ojo de la bestia, y su alma se encogió al ver las entrañas del infierno en el interior de aquel globo ocular. En ese mismo instante un tenebroso presentimiento asoló su mente, y sin saber como tuvo la certeza de que era el principio del fin. Sin dudarlo un instante levantó su

pie lo bajó con fuerza y aplastó el cráneo del animal.

Manuel y Ángel se acercaron a Juan que yacía tendido en el suelo con la cara ensangrentada. Sus compañeros lo zarandearon buscando una reacción, al cabo de unos segundos suspiraron aliviados, al ver que Juan recuperaba el conocimiento. Luís salió de su escondite, temblando, con el rostro pálido como la cera. Pedro retorciéndose de dolor, taponando la herida de su hombro con una mano, lo miró con un profundo gesto de desprecio.

— Cobarde de mierda. —exclamó Pedro, mientras gemía de dolor.

— Lo siento. —gritó Luís con lágrimas en los ojos.

— ¡Animal del infierno!, regresa a las tinieblas con tu amo y mándale esté mensaje... ¡la luz vencerá a la oscuridad!, ¡el sol volverá a brillar en el cielo, arrasando a las tinieblas!.

Los cinco hombres se persignaron y de rodillas rezaron una oración esperando escuchar la voz del altísimo. Al unísono una atronadora voz irrumpió en sus mentes. «Vais a morir todos, uno a uno vendrá a por vuestras almas corruptas, asolará vuestra tierra y no se apiadará ni del afligido ni del mendigo, el espectro vendrá montado sobre su caballo blanco, y el que monta sobre él tendrá un arco, y será coronado, y devorará las almas de los pobres desdichados».

El rostro de los cinco hombres palideció. Manuel sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta del traje de agua y marcó 061. Una voz sonó tras el auricular.

— Emergencias dígame.

Manden una ambulancia a la lonja de Malpica, hay varias personas heridas...

Capítulo 8

VIII

Manuel salió de la lonja, necesitaba despejar su mente, caminó por el espigón observando como las olas rompían sistemáticamente; escuchó el sonido de las sirenas como un murmullo lejano. Se dio la vuelta y vio como los servicios de emergencia entraban en el edificio de la lonja. Cerró los ojos ansiando que al abrirlos se produjese un milagro, que la luz arrasase las tinieblas, que las aguas recuperasen su color, que la tempestad amainase en un suspiro. Abrió sus ojos pero para su desgracia el milagro no se materializó. Cuando recuperó la serenidad, se percató de que su móvil no dejaba de vibrar; lo miró y se quedó anonadado por los cientos de alertas de sus redes sociales, abrió la app de instagram y no podía dar crédito a lo que estaba visualizando, el vídeo con la carnicería de la lonja estaba circulando por la red.

—Pero... ¡no puede ser!, ¿Cómo?, ¿Quién coño grabó el vídeo?. ¡Joder!, ¡que hijo de puta!, esa rata cobarde. — gritó Manuel enajenado.

Las portadas de los periódicos digitales más sensacionalistas tergiversaron la realidad, añadiendo carnaza ensangrentada para atraer a «tiburones» sedientos de noticias «fake». Los animalistas más radicales incendiaron las redes sociales tras las publicaciones «La matanza de Malpica», «Cuatro desalmados se dedican a degollar inocentes gatitos en una macabra de orgía de sangre», «Bastet es asesinado en A costa da morte».

Al día siguiente, la guardia civil visitó a cada uno de los «asesinos», para tomarles declaración. Mientras tanto, en el juzgado se abrían las diligencias previas contra los componentes de la partida de caza. Los cargos penales, «gaticidio» y «maltrato animal continuado». El deceso del gato, lejos de calmar los ánimos, exasperó todavía más a los habitantes del pequeño pesquero, hasta tal punto, que se celebró un pleno extraordinario en el ayuntamiento para nombrar a los cinco participantes de la cacería «personas non gratas» y aprobar su destierro.

Los «cinco» se pusieron de acuerdo, y decidieron reunirse tras varios días de confinamiento domiciliario obligado en la taberna del manco. Juan, fue el primero en llegar, luciendo un parche negro con una pequeña calavera serigrafiada que ocultaba su nueva realidad. En segundó lugar llegó Pedro. Manuel y Ángel entraron juntos y en último lugar entró Luis. Se sentaron en silencio en la mesa de siempre, pidieron unas raciones de «pulpo a feira» y unas jarras de Ribeiro.

Julián, incomodo con sus comensales, dejó las viandas y el vino sobre la

mesa de malos modos.

— Si tuvieseis un poco de vergüenza desapareceríais del pueblo, ¡aquí ya no os quiere nadie!. — murmuró entre dientes el tabernero.

Los «cinco» comieron y bebieron a reventar. La efervescencia de los vapores del alcohol, comenzó a hacer mella en el estado de ánimo de los cinco hombres, que comenzaron a llorar y a balbucear palabras ininteligibles. Juan fue el primero en levantarse de la mesa, se despidió del resto y salió dando tumbos de la taberna. Mantener el equilibrio le costaba dios y ayuda. Caminaba apoyándose en todas las paredes que topaba. La lluvia golpeaba con fuerza el pavimento de la calle. Una fuerte racha de viento desestabilizó a Juan, que se cayó de bruces contra los adoquines de la calzada. Se levantó como pudo echándose la mano a la cara, tras verse la palma ensangrentada, se dio de cuenta que sangraba abundantemente por la nariz. La embriaguez provocó una insensibilidad congénita momentánea al dolor, y continuó caminando como si nada hacia su casa.

El intenso aguacero había calado hasta los huesos al pobre desdichado. Llegó a su morada, apoyó la cabeza contra la puerta y tras una decena de intentos consiguió introducir la llave en la cerradura. —«Vaya melopea llevó» —pensó.

Entró en la casa, y se fue directo a su habitación. Se sentó en el butacón que estaba al lado de la cama. Resoplando se despojó de las ropas mojadas y se tiró desnudo sobre la cama. No llevaba ni cinco minutos en la cama y escuchó unos terribles golpes contra la puerta de la entrada de su casa. Por un instante dudó si levantarse; las fuerzas le fallaban, pero los golpes cada vez eran más y más intensos. Tuvo una extraña sensación; un terrible escalofrío recorrió su cuerpo, al tiempo que un torrente de ácidos estomacales subieron por su garganta. Trató de evitar lo inevitable colocando su mano delante de la boca, pero el vomito salió a presión entre sus dedos. Aturdido se fue directo hacia la puerta. La abrió...

—¿Quien cojones?...

Su corazón dio un vuelco ante la visión de una figura grotesca vestida de blanco. Al observar las cuencas vacías de sus ojos tuvo la sensación de estar al borde de un abismo insondable. Su horrible rostro brillaba con más intensidad que la luna nueva. Aquella figura espectral, colocó sus manos huesudas sobre las mejillas del Juan, y una terrible visión quebró su mente. En ese instante, impotente, notó como la orina se deslizaba por sus piernas empapando sus pies.

—Soy el mensajero de la muerte negra, las tinieblas entraran por esta costa, arrasando a la madre y a su hijo no nato. El devorador de

almas llegará mañana y después de las doce de la noche vendrá a por ti.

Juan cerró los ojos con fuerza. «Estoy teniendo una pesadilla» — pensó. Su corazón se colapso un instante. Un agudo dolor recorrió su pecho. —«Buffffffff, será el alcohol». —pensó mientras se retorció de dolor.

Al abrir de nuevo los ojos, respiró aliviado al ver que no había nadie allí. Cerró la puerta con fuerza y cayó de rodillas sobre su propio charco de orina. Se incorporó a duras penas y se fue hacia la cocina. Abrió la nevera, sacó una lata de cerveza y la bebió de un solo. Notó como sus piernas le flaqueaban. Un sudor frío recorrió su frente; se sentó sobre suelo de la cocina. Atenazado por el pánico, se quedó sentado sobre el gélido pavimento toda la noche, con la mirada perdida en el infinito, escuchando como el viento silbaba a través de las rendijas de las ventanas. Las horas pasaron, fue consciente de que ya era de día al notar una leve claridad a través de la ventana. Se levantó. Sus músculos estaban contracturados. Se dirigió al baño, abrió la ducha y esperó un rato. El vapor del agua caliente empañó el espejo del baño adornado con un marco de madera de estilo gótico. Se metió en la ducha y sintió un ligero alivio al notar como el agua caliente recorría todo su cuerpo. Al cabo de un rato salio de la ducha, se colocó una toalla atada a la cintura, se apoyó en el lavabo y desempañó el espejo con la mano. Un devastador escalofrío recorrió todo su cuerpo, un búbón negruzco latía en su cuello. Golpeó el espejo con el puño reventandólo en mil pedazos. Entró en la habitación, cogió un jersey de cuello de cisne del armario, se colocó los pantalones y abandonó descalzo el calido hogar. Se fue directo hacía su coche; introdujo la llave en el contacto y arrancó pisando el acelerador a fondo. Salió del pueblo a toda velocidad. Iba sin rumbo, conduciendo de manera temeraria. Parecía que quisiese encontrarse con la muerte antes de la hora anunciada. Algo captó su atención en su frenética huída, de reojo vio un viejo cartel de madera al margen derecho de la carretera, con una inquietante palabra escrita, que perforó su mente como pica hielos. Frenó el coche en seco, dando marcha atrás, retrocedió unos metros, «eso anuncio nunca estuvo ahí», pensó. El cartel, era un trozo de madera raído, pintado de blanco, escritas en negro rezaban las palabras “vidente” una flecha y un número de teléfono. Giró sin dudarlo y condujo por una pista serpenteante y angosta. El camino terminaba justo delante de una pequeña casa de planta baja. Dejó el vehículo en marcha, se bajó del coche, caminó hacía la puerta y se fijó que en la parte inferior de la puerta había cientos de cruces pintadas con pinturas de diferentes colores; también se vio que a ambos lados del felpudo había varias hileras de monedas apiladas. Justo debajo de la mirilla, una aldaba con forma de mano adornaba la puerta. Golpeó tres veces la puerta con la mano de hierro, y en menos de un minuto la puerta se abrió. Una pequeña mujer, ataviada con una bata de boatiné, apareció sonriente tras la puerta.

— No suelo atender sin cita, pero en tú caso haré una excepción, pasa, si sigues ahí fuera mucho tiempo, te vas a empapar, siéntate en

aquella silla. — comentó la mujer señalando una mesa camilla con dos sillas.

Juan entró en la casa, cruzó el pequeño salón y se sentó en la silla que le había indicado la mujer, la casa resultaba acogedora, y la temperatura era muy agradable.

— Increíble, quien lo diría, en pleno mes de Julio, con la estufa de leña encendida. —dijo la mujer mientras salía de la habitación.

Juan miró con sorpresa, como la mujer se despojaba de su bata, dejando ver su esbelta figura. Aunque en medio de su enorme melena negra brillaba algún cabello plateado, Juan calculó que no tendría más de cuarenta años. La mujer colocó un velón en el centro y se acercó a un aparador de madera que estaba al lado de la estufa de leña, cogió dos cajas de madera y las dejó sobre la mesa, de una de ellas sacó un mazo de cartas. Prendió fuego a una barra de incienso que previamente había cogido de la otra caja de madera y encendió el velón. Con un leve movimiento apagó la llama de la barra. El humo del incienso tenía un intenso olor a ruda. La mujer cogió el mazo de cartas y lo pasó sobre el humo haciendo un movimiento circular.

— Quería...

— Lo que quieres saber me lo dirán ellas.

La vidente barajó las cartas y las colocó sobre la mesa.

— Corta la baraja con la mano izquierda. — le ordenó la mujer.

Juan obedeció sin decir nada. Mientras tanto la mujer lo miraba a los ojos sin pestañear.

— ¿El montón de la derecha, o el montón de la izquierda?

Juan señaló en silencio el montón de la derecha. La mujer recogió el montón de la izquierda y colocó dentro de la caja de madera, cerró la tapa, tomó con sus manos el manojo de cartas y comenzó a colocarlas sobre la mesa de izquierda a derecha. Cuando terminó el proceso, empezó a voltearlas. Al ver la primera carta el cuerpo de Juan se estremeció. LA ENCRUCIJADA.

— Malas decisiones pasadas enturbian tu presente y oscurecen tú futuro.

Giró la segunda carta. LAS ÁNIMAS. El sudor brotó de manera repentina de la frente de Juan. La mujer lo miró fijamente, y giró la siguiente. EL TRASGO. La mujer continuó girando las cartas en silencio. LA SANTA

COMPAÑA, EL DIABLO, EL BECHO, EL SANTO GRIAL, EL COLGADO, LA MUERTE.

Aunque era la primera vez que veía aquellas extrañas cartas del tarot, la visión de la última carta, destrozó el frágil estado de ánimo de Juan. La cara amable de la mujer se había transformado en el rostro de una perturbada, de una paranoica, con la mirada ida al infinito. De pronto comenzó a gritar iracunda, fuera de sí.

— Tú presente fluye como el agua turbia de un arroyo tras pasar una tormenta. Te has dejado arrastrar por el mal camino. La maldad está esta enquistada en tú alma podrida por hechos atroces. El espectro te ha visitado. Las almas los inocentes claman justicia. Llevas mucho tiempo con la soga al cuello. Algo más profundo e insondable que el hades es tu próxima morada. Ni tan siquiera la parca vendrá a por ti. ¡Vete de aquí!, ¡fuera de mi casa!, ¡Ni Satanás te querrá!

— No quiero morir. — gritó Juan desesperado, entre lágrimas.

— Pagarás por todos tus actos, ¡eres un monstruo!, no quieres morir... ¡la muerte negra te sigue!, ¡es el principio del fin!

Juan se levantó de la silla y salió corriendo de la casa; antes de llegar al coche resbaló y se precipitó contra el suelo.

— ¡Huye cabrón!, pero por mucho que huyas, algo mucho peor que la muerte te encontrará, la muerte sería un consuelo, pero lo que te espera no es un castigo divino. — berreó la mujer.

Juan entró en su coche, encendió el motor pisando a fondo. Metió marcha atrás, e hizo un giro de 360 grados. Las ruedas derraparon sin control, controló como pudo el vehículo y salió pitando por la pista.

Tras un par de curvas perdió de vista a la mujer. «¿Qué puedo hacer?» pensó.

Llegó a la carretera principal, giro hacía la derecha y siguió por la carretera sin rumbo fijo. Las fuertes rachas de viento golpeaban el coche, los limpia-parabrisas no daban abasto. Condujo durante horas, metiéndose por todas las pistas de concentración que encontraba. Sin saber como, llegó al pueblo de Muxía. Un pensamiento iluminó su mente «Tengo que ir al templo de la Virgen de la Barca». Fue directo hacía el santuario.

Aparcó el coche cerca de la pequeña iglesia y bajó corriendo. Las olas golpeaban con fuerza el muro frontal del santuario. La puerta del santuario estaba cerrada, golpeó con todas sus fuerzas la puerta de entrada. El viento silbaba una sinfonía furiosa, la puerta de la iglesia se

abrió de golpe, Juan cayó al suelo y entró arrastrándose por el suelo de la iglesia. Alzó la mirada y pudo ver una figura oscura al final del pasillo, delante del altar. Escuchó una voz atronadora dentro del templo.

—¡Ni tú Dios podría salvarte de mí!, soy el devorador de almas.

El mar embravecido rodeó el santuario, un rayo impactó en el tejado de la iglesia y se declaró un incendio. Juan trató de levantarse del suelo, pero el mar había penetrado cual tsunami en el santuario y lo arrastró golpeándolo contra los bancos. Pensó que había llegado su hora. Escuchó de nuevo la agónica y sublime voz.

— Aun no es la hora, después de las doce iré a por ti.

Magullado por los golpes, salió del santuario. Miró al horizonte y observó como un gran mercante vagaba a la deriva, las olas lo golpeaban de costado y lo empujaban contra las rocas del arrecife. Entró de nuevo en el coche y huyó de Muxía. Por el camino se cruzó con varias unidades de la UME que iban dirección al santuario.

Ya había caído la noche cuando entró de nuevo en Malpica. Aparcó el coche y se fue hacia la taberna del manco. Una densa niebla cubría las calles. Entró en el local y en el mismo sitio de siempre, sus cuatro compañeros, estaban sentados alrededor de la mesa tomándose unas tazas de vino, al verlo entrar, alzaron la mirada.

— ¿Qué te pasa Juan?. Ni que hubieses visto a un fantasma.
—Comentó Pedro entre risas.

— Peor que eso. —respondió Juan.

Todos pararon de beber un instante y se quedaron mirando fijamente a Juan. Este los miró con la mirada ida y la luz de sus ojos totalmente apagada.

— Prestad atención a lo que os voy a decir, ino quiero ni una puta risa!. Ayer cuando llegué a casa, me tiré en cama, no habían pasado ni cinco minutos y escuché que alguien llamaba a la puerta, con mucho esfuerzo, me levanté ante la insistencia de los fuertes golpes en la puerta. Salí de mi habitación cagándome en todos los santos, preguntándome quien cojones aporreaba la puerta a esas horas. Abrí la puerta de muy mala ostia. Pero mi corazón se me encogió al ver a aquel ser vestido con un traje blanco arrugado, era un tipo alto y delgado, de rostro cadavérico, con unas manos huesudas, blancas como la cera, me miró con aquellos ojos que irradiaban más oscuridad que el más insondable de los abismos y me advirtió que el devorador de almas vendrá a por mí.

Sus compañeros lo miraron intentando no reírse, pero unas enormes carcajadas y exabruptos salieron de sus gargantas.

Todos miraban a Juan mientras bebían sus tazas de vino y masticaban trozos de pulpo como seres poseídos por el diablo.

—Manda cojones. — gritó Luís, dirigiéndose al tabernero. — Oíste lo que acaba de decir esté alma candida. A ti lo del gato te ha traumatizado.

El tabernero miró al grupo con una mirada desafiante y siniestra...

— Reíros, pero mi madre me contó, que cuando ella aun era una niña, la muerte vestida de blanco se presentó en su casa, y le dijo a su abuelo, que el devorador de almas se lo llevaría al día siguiente después de las doce de la noche. Mi madre pensó, que si no dejaba solo a su abuelo nadie se lo iba a llevar. No había pasado ni un minuto de la media noche y mientras mí bisabuelo ordeñaba las vacas en el establo de la casa, mi madre vio entrar a un espectro, a un ser oscuro y negro como el azabache. Ese ente se acercó al abuelo y le arrancó el alma, se la bebió mientras mí bisabuelo exhalaba su último aliento de vida. Mi madre, años después del suceso aun se horrorizaba cada vez que describía como se había quedado el cuerpo de mi bisabuelo. ¡Seco y arrugado como una uva pasa!.

—Vete al carajo, tu lo que quieres es acojonarnos. —Le respondió Manuel al tabernero.

— Yo no quiero acojonar a nadie, solo sé, que las tinieblas que han instaurado en esta tierra, y que los devoradores de almas existen. Cuando estuve en Alemania, hubo una extraña ola de asesinatos. Un grupo de élite del ejercito aleman apareció muerto en extrañas circunstancias, los titulares de la prensa hablaban del Seelenfreser, "el decorador de almas". Leí mucho sobre ese ser, el más temido en la mitología germano-escandinava, ni Odin, el padre de todos osó enfrentarse a él. El Seelenfreser es un oscuro espectro que devora las almas humanas podridas, esas almas que ningún dios ni ningún diablo quieren.

Julián, miró al grupo fijamente y se quedó en silencio. Cogió una taza, la secó con un paño blanco, y la dejó sobre la barra. Agarró una jarrita blanca y se sirvió una taza vino que sorbió de un solo trago.

— Reíros, pero yo de vosotros rezaría está noche a todos los santos conocidos. Una maldición entró en el pueblo y hasta que los causantes desaparezcan esto no va a cambiar.

—¿Qué pasa?, nos estas acusando de algo. — replicó Manuel.

Julián asintió con la cabeza, pero de manera incomprensible, todos a excepción de Juan que continuaba ido, se rieron de manera incontrolada, histriónica. Una lágrima bajó por la mejilla de Juan, que sin mediar palabra, miró su reloj, se levantó de la silla y salió por la puerta.

— Éste te digo yo, que se quedó traumatizado con lo del gato. — insistió Luis.

A eso de las doce y cuarto, Ángel se despidió de sus compañeros y se fue hacía su casa. Caminaba despacio, cabizbajo encogido por el frío. Jurando en arameo por el mal tiempo reinante. Chocó con algo que pasó a su lado, alzó la mirada, y del susto se cayó de espaldas al suelo. Allí tirado sobre los duros adoquines de la calzada, observó al hombre de vestido de blanco. Su silueta destacaba bajo la tenue luz de una farola, se acercó a él y le tendió la mano. Ángel, lejos de intimidarse tras recuperar el aliento, agarró con fuerza el cadavérico miembro del ser con la intención de tirarlo al suelo. Una agónica sensación de angustia seguida de una terrible visión colapsaron su mente.

—Soy el mensajero de la muerte negra, las tinieblas entraran por esta costa, arrasando a la madre y a su hijo no nato. El devorador de almas llegará mañana y después de las doce de la noche vendrá a por ti.

Allí delante de sus ojos, después de escuchar esas palabras, la figura blanca se esfumó. Luis se levantó del suelo. Corrió hacía la taberna, «no puede ser», pensó. La taberna estaba cerrada. Miró su reloj, eran las cinco de la mañana, «qué coño pasa» pensó de nuevo. Como era posible, tenía la sensación de que solo hubiesen pasado cinco minutos. Caminó raudo y veloz hacía la casa de Juan. Aporreó la puerta sin obtener respuesta. La niebla lo cubría todo, su densidad era tal, que casi se podría rajar con una navaja.

Tras varios intentos fallidos por abrir la puerta de su amigo. Optó por llamarlo por teléfono. «Lo sentimos, el teléfono móvil al que llama, está apagado o fuera de cobertura». Finalmente sesistió del intento y se fue a su casa. Caminó en silencio durante unos cinco minutos. Apoyó las manos contra la puerta de su lar, y la golpeó tres veces con la cabeza. «No mataras, no mataras, no mataras» se repitió en su mente. Abrió la puerta, y a medida que andaba por la casa, iba encendiendo todas las luces. Cuando toda la casa estaba iluminada, se quedó parado en medio del umbral de la puerta del salón. Fijó su mirada en el mueble del salón. Cómo si allí fuese a hallar alguna respuesta. Se acercó al mueble, tiró de una pequeña puerta cuadrada situada en uno de los módulos laterales y sacó una botella de whisky Escoces reserva de 21 años. Esa amada botella, que le había regalado su ex-mujer por su trigésimo cumpleaños, permaneció guardada como oro en paño durante años, esperando una

ocasión especial. Quizás esa botella no le fuese a dar ninguna respuesta, pero si algo terrible se lo iba a llevar, no habría un momento mejor para amarla por última vez. Pénso en el último adagio dedicado por su amigo antes de salir de la taberna. Aquellas palabras, coincidían con las vertidas por el ente blanquecino que se le acababa de aparecer. Según ese espectro, le quedaban a penas unas horas de vida.

Agarró con fuerza el envase del licor macerado durante décadas como quien se agarrara a un clavo ardiente. Entró en la cocina, cogió un cuchillo y comenzó a escarbar sobre el lacrado rojo que cubría la boca de la botella. Introdujo el sacacorchos y descorchó la botella; un rico olor a malta inundó sus fosas nasales. Abrió una puerta de cristal de una de las alacenas de la cocina, y echó mano a un vaso de cristal tallado. Se sirvió un buen trago de aquel elixir y se lo bebió de un trago. Se sirvió otro trago y luego otro y otro, hasta que acabó la botella. Dando tumbos llegó al sofá de la sala, se zambulló sobre él y al cabo de unos minutos dormía placidamente.

Al día siguiente la noticia corrió como la pólvora por el pueblo. Juan había aparecido muerto en su cama. La señora María, la mujer que le hacía la limpieza, lo encontró tieso en su lecho. La pobre mujer estaba traumatizada, contaba a los vecinos que lo reconoció por su diente de plata y su reloj de pulsera. Afirmaba que su cuerpo estaba ennegrecido, seco y arrugado como el de una uva pasa.

Capítulo 9

IX

Un grupo de paisanos se arremolinaba delante de la puerta de la casa de Juan. Los presentes estaban esperando a que el juez ordenase el levantamiento del cadáver. Algunos chismosos murmuraban, que era una muerte merecida, según ellos, Juan era uno de los principales causantes del mal que asolaba el pueblo. El juez salió de la casa, los operarios de las pompas fúnebres entraron con un féretro estanco de acero inoxidable dentro de la casa. El juez ordenó a un agente de la benemérita la dispersión de la turba de curiosos.

Ángel se levantó del sofá con un terrible dolor de cabeza, entró en la cocina y sacó de un cajón, una pastilla de paracetamol, se la tomó y se fue directo a la ducha. Abrió el agua caliente. En ese mismo instante la imagen del rostro del ente blanco irrumpió en su mente. Una extraña e inusual corriente de frío le puso «la carne de gallina». Se desvistió rápidamente y se metió en la ducha; se enjabonó todo el cuerpo y se frotó con fuerza el cuero cabelludo imaginándose que sus manos, eran gomas de borrar y que el efecto de esa frotación borraría las imágenes del rostro del ser.

No tardó mucho en salir de la ducha. Se secó el pelo con un secador de mano; las gotas de agua bajaban por su cuerpo desnudo igual que el jugo de la uva recién exprimida se desliza por el lagar. Se formó un pequeño charco de agua sobre el alicarado del baño. Entró en su habitación, abrió el cajón de la mesilla de noche, cogió sus calzoncillos de la suerte, unos calcetines blancos y acto seguido sacó del armario el resto de la ropa con la que tenía pensado vestirse; una camisa a cuadros y un tejano azul marino. Se vistió frente al espejo, se sonrió a si mismo mientras se removía el pelo con las manos. Salió de la habitación, recogió su cazadora del colgador de la entrada y salió por la puerta. Nada cruzar el marco de su puerta de entrada, un vecino se detuvo a su altura.

— ¿Sabes que tú amigo Juan ha muerto?.

—¿Qué? Como...

—Si, lo encontró muerto la señora María, ¿quieres ver una foto suya?, está tieso como una mojama.

El vecino le enseñó la pantalla de un móvil que previamente había sacado del bolsillo de su anorak. Juan se estremeció al ver las imágenes. Trató de caminar, pero las piernas le flaquearon y se tambaleó de lado a lado. El

hombre le echó la mano para que no se cállese.

— ¿Sabes donde esta?

— Se lo llevaron los de la funeraria. Me imagino que por el estado del cuerpo, lo habrán trasladado al anatómico forense de La Coruña.

— Gracias Alfonso. — contestó Ángel, con los ojos vidriosos.

El viento soplaba con menos intensidad, llovía un poco menos y la niebla no era tan densa. Ángel caminó hacia el tanatorio, no tenía claro que el cuerpo de su amigo estuviese allí, pero tarde o temprano lo estaría. Agolpadas delante del porche de la entrada del edificio, un grupo de plañideras contratadas por la funeraria entrenaban el llanto; Ángel ni las miró. Entró en el edificio; observó el panel digital de información del velador para enterarse del túmulo en el que yacían los restos su amigo muerto. Un escalofrío alteró todo su ser al ver su nombre «Juan Martínez Ferreiro, Túmulo 1». Ángel recorrió el pasillo y giró hacia la derecha. Allí de pie, estaban sus compañeros; se acercó a ellos y todos se fundieron en un fuerte abrazo. Ángel miró de reojo hacia el cristal que separaba el deposito del túmulo funerario y no vio el ataúd.

— ¿No trajeron el cuerpo? — pregunto Ángel.

— Sabemos lo mismo que tú. — contestó Pedro.

—¿Habéis visto las imágenes de su cuerpo?, están colgadas en todas las redes sociales.

— No, respondieron al unísono sus compañeros.

Ángel se quedó en silencio mirando a través del cristal, consciente de que en pocas horas, su cadáver estaría en ese o en otro túmulo anexo.

— Ésta noche, me crucé con el espectro vestido de blanco y me dijo lo mismo que a Juan. ¡Estamos malditos!. — gritó Ángel, mientras abandonaba el local corriendo.

— Espera. — gritó Pedro.

Ángel continuó corriendo sin mirar atrás. Al salir del edificio las plañideras seguían ensayando y un grupo de curiosos cuchicheaba delante del aparcamiento. Uno de ellos se separó del grupo y se acercó a él.

— Debéis acatar la orden de destierro. Tenéis cinco días para abandonar el pueblo, ¡estáis todos malditos!.

El maldito miró fijamente a los ojos a aquel hombre y sin titubear le escupió en la cara. El hombre se quedó bloqueado por la respuesta inesperada del marinero.

Ángel regresó a paso ligero a su casa. Cogió las llaves del coche, entró en el garaje, abrió la puerta trasera del coche y se tiró boca arriba sobre el asiento trasero. Las lágrimas bajaban por sus mejillas como riachuelos serpenteantes. Al cabo de un rato se incorporó, cerró la puerta y sin salir del coche se colocó en el asiento del conductor. Introdujo las llaves en el contacto, arrancó el motor, pulsó el mando a distancia de apertura y espero impaciente a que se abriese el portal. Aceleró el motor saliendo del garaje como una chispa. Un ruido estridente seguido un chirrido zumbó en sus oídos. Había dejado atrás una gran cantidad de pintura del costado de su vehículo pegada al marco del portal, y el espejo retrovisor derecho de su coche votó sobre el pavimento. Poco le importó, siguió su camino.

En su mente estaba huir del pueblo lo antes posible. Recordó que su madre le había dicho que su tía la de Laxe, sabía cosas. En su pueblo era conocida como una «muller sabia».

Aunque nunca había tenido mucha relación con ella, su tía Rosa, siempre le había parecido una buena mujer. Siguió la carretera hasta entrar en la autovía que unía la zona de Malpica con Finisterre. A pesar de la lluvia, cada vez más iba más y más rápido. En un par de ocasiones el coche estuvo a punto de hacer aquaplaning, pero a él no le importaba, simplemente aceleró más a fondo.

Levantó un instante la mirada del volante. Estaba a 500 metros de la salida, puso el intermitente y salió de la autovía. Entró en la carretera comarcal sin bajar el pie del acelerador, el coche derrapó, por segundo perdió el control pero finalmente entró de nuevo en la calzada. Su destino estaba cerca.

Su tía, vivía sola en una casa que heredada de su padre. La casa estaba bien situada, justo en la entrada del pueblo. Contempló que a lo lejos un árbol había caído en medio de la carretera obstruyendo el paso. Redujo la velocidad y dejó el coche al margen derecho de la vía. «El árbol caído no me impedirá llegar a la casa de mí tía», pensó. Ya estaba muy cerca. Caminaba por el arcén con paso firme. De la casa de su tía, salía humo por la chimenea. «¡Bien, está en casa», pensó. Tocó el timbre de la puerta cinco veces seguidas. Escuchó la voz de su tía a través de la puerta.

— Ya voy, sé que estás impaciente, pero no por madrugar amanece más pronto.

Escuchó el sonido metálico de la cerradura girando; ese sonido tranquilizó su agitado corazón. La puerta se abrió. Ángel tuvo la sensación de ver a la

mismísima virgen María delante de él.

— Pasa hijo, no te quedes ahí a la lluvia. Te estaba esperando.

Ángel no se sorprendió de que su tía le dijese esas palabras, todo el mundo sabía que tenía un don.

— Sácate los zapatos y déjalos ahí.

Su tía siempre decía, que en los pies se traían pegadas del exterior las malas energías. Al lado de la puerta, había una vieja caja de madera, de esas que se utilizaban en otro tiempo para trasladar las botellas de vidrio llenas de leche recién ordeñada. Mientras se sacaba los zapatos su tía entró en la cocina. Un intenso aroma a café con aguardiente de orujo se introdujo a través de sus fosas nasales. Colocó los zapatos en la caja y entró en la cocina. Rosa le ofreció una taza de café, él asintió con la cabeza.

—No me mires con esos ojos de carnero degollado. — Le reprocho su tía.

Ángel sorbió un trago de café, alzó la vista y clavó sus ojos en los de su tía. Su corazón se estremeció al observar una creciente ira en los espejos del alma de aquella anciana mujer.

— Desgraciado, ¡vienes ahora!, ahora que casi no hay remedio.

Un torrente de sudor frío bajó descontrolado por su frente, las lágrimas inundaron las cuencas de sus ojos.

— ¡No sudes!, ¡no llores!, ¡ahora es demasiado tarde!, tenías que haber venido después del incidente del barco. Una sombra oscura va tras de ti, algo maligno, algo que hasta dios nuestro señor teme.

El bello de Ángel se erizó y se le puso la piel de gallina. Esas no eran las palabras que esperaba escuchar. Se giró y miró tras de sí.

—No está aquí ahora, pero vendrá a buscarte después de las doce.

Ángel se arrodillo delante de la anciana. — Tía, ¡por dios!, ¡ayúdame!, no quiero morir.

— No pensaste en dios cuando cometiste esa atrocidad. Yo no soy quien te ha juzgado. — Contestó su tía, con tal frialdad, que heló su corazón ardiente.

— Lo que voy a hacer, no lo hago por ti, lo hago por la memoria de mi hermano, que en paz descanse.

Aquellas palabras tranquilizaron a Ángel. La mujer sorbió el café y agarró la botella de aguardiente.

— ¡Sígueme!, vamos a los establos. Lo que voy a hacer hoy, no lo he hecho en la vida por nadie.

Ángel acompañó a su tía a las cuadras. Atada al pesebre estaba una cabra amamantando sus crías. La anciana desató la cuerda y tiró del animal. La cabra baló desesperadamente. Para poder sacarla del establo, tuvieron que unirse y tirar con fuerza. A rastras consiguieron sacar al animal de la cuadra. Su tía ató la cuerda en un poste de madera que estaba clavado en el medio de un galpón de piedra. Cogió un saco de tela lleno de sal gruesa que utilizaba para dar salazón a la carne de la matanza del cerdo.

Hizo un círculo alrededor de la cabra. De una caja de madera extrajo ramas de diversas plantas aromáticas. Ángel observaba atento como su tía colocaba las ramas de ruda, de laurel, de romero y salvia sobre la sal.

Colocó unas piñas de pino y unas hachas de leña de roble encima de la «lareira», y les prendió fuego. Extrajo de una bolsita de tela blanca las imágenes de diferentes santos y un rosario con la cruz de plata y los introdujo dentro del círculo.

Sorbió aguardiente de la botella y escupió el tragó sobre la cabra. El cabra baló aterrorizada, como si intuyese su fin. La anciana salió del galpón, agarró un cubo con agua y lo dejó al lado de la lareira. Con una azada, cavó un poco de tierra del suelo del alpendre, tomó un puñado con su mano y lo colocó al lado del cubo.

— Siéntate al lado del fuego. — ordenó la mujer.

Ángel obedeció sin dudar, y se sentó encima de una piedra que había al lado de la lareira. Su tía levantó la tapa de una vieja artesa de madera de castaño y sacó un cuchillo de enormes dimensiones. Se arrodilló cuchillo en alto, delante del círculo que rodeaba a la cabra...

— Fuego, agua, aire, tierra, iclamó a los cuatro elementos! para que sirvan de testigos en esté sagrado rito. Te ofrezco a ti, o señor de lo divino y de lo oscuro el sacrificio de esté animal y de toda su prole mamadora.

La hoguera comenzó a crepitar; chispas de diferentes colores salían por encima de las flamas. Las llamas multicolores flotaban en el aire. La tía de Ángel comenzó a recitar unas palabras ininteligibles para él. — Anad natraz, usbad bejuj, dosied tien bez. La vieja bruja, recitó gritando el

conjuro una docena de veces.

Ángel observó aterrado como una enorme sombra negra atravesaba el galpón. Un inoooooooooooo! Atronador y gutural quebró la voz de la mujer. Se produjo una enorme explosión, y la tía de Ángel saltó disparada por los aires. La cabeza de la mujer impactó contra la pared del fondo del alpendre.

La cabra bramaba histérica con los ojos henchidos de sangre. Ángel se levantó de un salto y corrió hasta el cuerpo de su tía. La sangre le salía a borbotones de su cráneo. Estaba muerta. Ángel, salió como alma que lleva el diablo del galpón. Corrió desesperado hasta su coche. La voz del espectro retumbó en su cabeza. Sentado en su vehículo miró su reloj, eran las 9 en punto.

A esa misma hora, en la mesa de siempre, sentados en silencio estaban Pedro, Luis y Manuel. Unas tazas de vacías adornaban de manera lúgubre la mesa. Julián el tabernero rellenó las tazas con vino. Seis rondas después, apareció Ángel. Se detuvo debajo del umbral de la puerta de la taberna. Su rostro, era la viva imagen de un cadáver recién embalsamado. Sus tres amigos alzaron la mirada, y con gesto de perplejidad observaron el rostro pálido y desencajado de su compañero. Julián se acercó a la mesa y posó dos tazas vacías sobre la mesa.

—¿Que haces?. — preguntó Pedro.

— En Alemania es costumbre dejar y llenar una taza con vino para el compañero que falta. Se hace en señal de respeto. — respondió el tabernero.

El trío miró a Julián con un gesto de resignación. Pedro, Luís y Manuel sorbieron un trago, mientras Ángel seguía paralizado bajo el umbral.

— ¿Qué cojones os pasa?, ¡Juan ha muerto!, hoy vendrán a por mi y vosotros ahí bebiendo como si nada. ¡Menuda panda de hijos de puta!

Los tres tosieron a un tiempo atragantados por el agitado trago de vino. Miraron fijamente a su amigo.

— Vete al carajo. —dijo Pedro mientras tosía.

Ángel sin mediar más palabra, abandonó la taberna a la carrera. El resto de componentes de extinta partida de caza se quedaron alelados, con un gesto extraño en sus caras mirándose los unos a los otros.

— Éste se quedó traumatizado por la muerte de Juan, o nos

quiere acojonar a todos. — dijo Pedro en voz alta.

— Bebamos a la salud de todos. — balbuceó Luís.

Impasibles bebieron como nunca lo habían hecho. Julián tuvo que echarlos a patadas de la taberna. Arrastrándose por el suelo heridos de las patadas propinadas por Julián dos de ellos se quedaron dormidos a unos metros de la entrada de la Taberna del Manco.

Al día siguiente Malpica era un clamor. Ángel había aparecido muerto en el interior de su vieja barca de remos.

Capítulo 10

X

Todo el pueblo decía que el diablo se paseaba por Malpica. Una unidad de la SECRIM se desplazó desde Madrid hasta la localidad de la costa Coruñesa para investigar extraños los sucesos. Cayó la noche, las calles del pueblo estaban desiertas, la niebla lo cubría todo. Únicamente se escuchaba el rumor de las olas chocando contra el rompeolas del puerto. Un hedor inmundito hacía irrespirable el aire del lugar.

En el interior de la taberna del manco, estaban Pedro, Luís y Julián. Los dos estaban cabizbajos, en silencio. Al cabo de un rato, entró Manuel, con las lágrimas en los ojos. Pedro y Luís, no daban crédito a lo que estaban viendo. Jamás se hubiesen imaginado ver al hombre más duro que habían conocido llorando como un bebé.

— Vengo a despedirme de vosotros.

Pedro y Luís miraron a su amigo con un gesto de desesperación en sus caras.

— ¿Qué pasa?. — preguntó Pedro.

— Esto es una maldición que nos persigue por nuestros pecados. Cuando llegué a casa, ¡lo vi! ¡Estaba esperándome!, ese puto espectro blanco, con su voz de ultratumba me dijo que esta noche voy a morir.

— Estamos locos o qué. — dijo Pedro, gritando.

— No estamos locos, ¡estamos malditos!. No tengo miedo a morir, nunca le tuve miedo a la puta Parca, porque sé que tarde o temprano todos acabaremos en el infierno, pero ese puto ente me dijo que lo que nos espera es algo mucho peor que la propia muerte. Vengo a beber mis últimas tazas de vino con vosotros. — Gimoteó Manuel, mientras observaba el reloj de pared de la taberna. — ¡me quedan unas pocas horas!.

— No te vamos a dejar sólo, a ver si alguien tiene cojones a acercarse a ti. Julián deja la recortada que tienes debajo de la barra bien a mano. A ver quien tiene huevos a hacerte algo.

Manuel se acercó a sus amigos y los tres se fundieron en un abrazo. Julián acercó unas tazas y una jarra de vino a su mesa. En ese instante, la niebla arrastrada por el viento entró en la taberna, tras de sí, una figura vestida de negro atravesó la puerta. Un cuervo con alzacuello blanco y ojos centelleantes por la ira, se posó sobre la silla en la que solía sentarse

Juan.

¡Insensatos! — gritó el cuervo.

¡Don Mariano!, ¿qué hace usted aquí? — preguntó Julián asombrado.

Vengo a intentar salvar a estas almas descarriadas, un buen pastor debe estar siempre al lado de su rebaño.

Padre, gracias por venir. — dijo Manuel.

¿Qué cojones?, ¿desde cuando eres creyente? — dijo Luís exasperado

Desde que tuve que confesar mis pecados. — contestó Manuel.

¡No jodas! ¡no le habrás contado al cuervo lo de Madagascar!. — vociferó Pedro.

No, solo mis pecados, los vuestros no. — insistió Manuel entre lágrimas.

¡Callaos de una puta vez!, vuestras lenguas bífidas alimentadas por el alcohol, cantaron vuestra atrocidad, estoy hasta los huevos de escuchar vuestras historias para no dormir. ¡Dígaselo padre! el Seelenfresser viene a por ellos. — gritó Julián.

Los cinco hombres se quedaron en silencio. La tensión se mascaba en el ambiente. Manuel volvió a mirar el reloj de pared; eran las nueve y media. La arritmia sacudía su corazón consciente de que a no ser que produjese un milagro, le quedaba poco en el mundo de los vivos. Don Mariano sorbió un trago de vino; su garganta estaba seca por la presión e inquietud de lo podría llegar a suceder. Pedro y Luís, miraron con un gesto de desprecio a Julián. Nunca les había caído bien, siempre le habían considerado un estirado. El sacerdote se levantó de la silla.

Después de que Manuel acudiese a mí, llamé a un viejo compañero del seminario menor. Es arqueólogo, paleógrafo, licenciado en ciencias bíblicas, teólogo e investigador de fenómenos paranormales. Por desgracia no está en Santiago; mañana regresa de Jerusalem. Se fue a Israel, invitado por la Jerusalem University College. Marco es una eminencia a nivel mundial, corrigió las traducciones de los manuscritos del Mar Muerto. Por eso reclaman su presencia para que de su opinión sobre unas tablillas de origen sumerio desenterradas en una gruta que «casualmente quedó al descubierto tras una gran tormenta de arena en el desierto de Qumrán» y que estuvo oculta durante siglos. Mi colega lleva más de dos décadas investigando las apariciones del «portavoz de muerte», el mothman blanco. Una entidad tan antigua como la propia humanidad, que se deja ver días antes de se produzca una catástrofe. Hablé con Marco Aurelio de lo que está sucediendo aquí. Le pasé las fotos del estado en el que han aparecido los cuerpos de vuestros compañeros y se quedó muy preocupado. Esta convencido de que algo extremadamente maligno ronda Malpica, y que las apariciones son la antesala de un terrible acontecimiento. Algo que hasta el mismísimo yahvé temerá. Me pasó por mail un dossier con información sobre esa execrable entidad que os persigue. Para los egipcios era Ammut, «el devorador de los muertos», devoraba el corazón y alma de los seres humanos si no eran «Justos de voz» absorbiéndoles su inmortalidad. Para los Sumerios Ninazu «el

innombrable», hijo de Ninlil y Enlil forjadores del mundo oculto. Nizazu vive más allá del inframundo. Según la tradición Acadia Ninazu devoró el alma de Pazuzu, rey de los demonios del viento. El innombrable es desencadenado cuando hay un exceso de las almas oscuras; Ninlil y Enlil abren los sellos del noveno plano; un mundo oculto y dejan que su hijo salga a la luz. Él devoró las almas de Sodoma, de Gomorra y convirtió a Lot en estatua de sal. Para nuestra desgracia, nuestro mundo está cada día más corrupto. El mal campa a sus anchas. Siglos llenos de genocidios, guerras, y masacres castigan a la humanidad poniendo en peligro sus almas. Entidades oscuras nos gobiernan y ocupan los más altos cargos en los estamentos y organizaciones mundiales.

Pero entonces, ¿por qué viene a por nosotros?, ¿por qué no devoras las almas de esas entidades oscuras?, nosotros somos unos mierdas de pueblo, ¡joder no somos nadie!. — gritó Pedro.

Solo dios conoce la respuesta, el mal enquistado, los bubones siempre revientan por algún lado. — inquirió el sacerdote.

Manuel miró de nuevo le reloj de pared, quedaba menos de una hora para las doce. Julián se acercó a la barra, abrió la caja registradora y extrajo un rosario de los cajoncillos que estaban al lado de los monederos. Se lo colgó al cuello y se persigno. El cura se levantó de la mesa.

— Debemos de ir a la iglesia de Mens, allí estaremos más seguros que aquí, debemos irnos.

Julián cerró la taberna. El viento silbaba con fuerza. Las olas rugían y con sus voraces golpes devoraban la superficie del arrecife artificial creado con cascotes de hormigón del viejo rompeolas. La lluvia martilleaba con rabia los vidrios de las ventanas. La densidad de la niebla les impedía ver a la persona que iba delante. Los hombres caminaron luchando contra el temporal; tras un titánico esfuerzo, llegaron a la pétrea iglesia patrimonio histórico de la localidad. La capilla de Santiago de Mens, un templo erigido por las manos expertas de maestros canteros a principios del siglo XII. El paso del tiempo, había dejado a la vista las huellas de sus distintas fases de construcción. De la prerrománica se conservaban las tres naves originales. De la románica, se mantenían intactos sus ábsides que todavía lucían con esplendor su colección de figuras humanas, labradas en la piedra «los acróbatas y bailarinas». Del barroco, su recién restaurada fachada. El viento había pasado del silbido sibilino al rugido atronador. Su intensidad era tal, que las campanas comenzaron a emitir un extraño y fantasmagórico tañido. El quinteto entró en la iglesia. El párroco encendió las luces del interior. Manuel elevó la mirada y observó angustiado los capiteles dorados del templo. Juntos se acercaron a la imagen de madera de Santiago peregrino.

— ¡Arrodillaos!, llegó la hora de confesar vuestros pecados, ¡ante dios todo poderoso!, llegó la hora de que supliquéis su perdón. Si queréis que vuestras almas se salven, debéis abriros en canal ante el todo

poderoso. — gritó don Mariano.

Julián se alejó en señal de respeto de los cuatro hombres y se sentó en un banco al lado del altar principal de la capilla.

Padre, ni tan siquiera sé a ciencia como contar lo sucedido. — Comentó Manuel.

Empieza por el principio hijo.

Solo puedo decirle, qué siento que después de lo acontecido en Madagascar, mí presente se fue difuminando día a día. Las pesadillas me carcomen; el peso de la culpa hace que mi alma decrepita se descomponga. No sé como pudo pasar. Recuerdo que todo iba bien, las capturas estaban siendo abundantes. Todos hacíamos cuentas del gran porcentaje que nos correspondería a cada uno. El encargado de las comunicaciones avisó a Juan de que acababa de recibir una llamada de auxilio, le dio las coordenadas y salimos al encuentro del barco que pedía ayuda. Dos horas después del cambio de rumbo, nos encontramos con el barco, se estaba yendo a pique por la proa, y la popa se alzaba sobre el mar. Tras el hundimiento, vimos un bote salvavidas. Nos aproximamos a la pequeña embarcación en la que había un único superviviente. Un joven rubiales de sedosa y larga melena, que presa del pánico nos pedía ayuda desesperadamente. Lo subimos a bordo. El chaval se aferraba a una extraña y grotesca figura de un material blanquecino que no logré identificar. A todos nos perturbó ver una bandada de «pájaros de tormenta» revoloteando, seseando sobre el bote salvavidas. Parecía como si buscasen algo dentro. Muchos no entendieron el comportamiento errático de las aves. Sin embargo nosotros lo interpretamos como una señal de mal fario. Por la noche, cómo de costumbre, le subí un café a Juan que estaba de guardia en el puente de mando. Nos extrañó que el viento comenzase a soplar con tanta fuerza. Por la mañana habíamos visto el informe del meteosat y no teníamos constancia de que se acercasen unas brutales bajas presiones. Abrí una de las ventanillas del puente y un extraño hedor a muerte lo inundó todo. El mar comenzó a picarse; unas amenazantes y viscosas nubes más negras que el ébano comenzaron a sellar el cielo. Una terrible explosión que retumbó en toda la embarcación nos pilló por sorpresa. El ensordecedor estruendo venía de la zona de la bodega de carga. Bajé corriendo, el humo salía de la sala de máquinas. Cuando entré en cuarto, me encontré con un espectáculo dantesco. La deflagración había despedazado los cuerpos de Santi y de David, dos de los maquinistas del barco. Sus intestinos y alguno de sus miembros se abrasaban como carne a la parrilla sobre los colectores de escape del motor. El sistema antiincendios no se había activado. Cogí uno de los extintores y traté de sofocar el fuego. En ese instante entraron Luís y Pedro; entre los tres apagamos las llamas. El sonido histriónico de las sirenas destrozaban nuestros tímpanos. Los senegaleses se acercaron a la sala de máquinas, se quedaron mirando el espectáculo como estúpidos. Tuvimos que ordenarles que nos ayudasen a recoger y embolsar los restos los cuerpos de nuestros compañeros fallecidos. La imagen de la «santa

orden de los caballeros del Ku Kux Klan» invadió nuestras mentes mientras trasladábamos los cuerpos a una de las cámaras congeladoras. Pedro, Luís y yo subimos al puente de mando. Juan estaba jurando en arameo, no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Una sobrecarga de electricidad estática había fundido todos los aparatos electrónicos. El timón se había bloqueado y el barco vagaba a la deriva. Las olas nos golpeaban de costado, zarandeándonos sin control. A duras penas lográbamos mantenernos en pie. Escuchamos los gritos desesperados de una voz desconocida pidiendo auxilio. Aquellos monos senegaleses intentaban arrebatarse la figura al rubiales. El pobre chaval se defendía como gato panza arriba de esos putos negros. Ángel rompió el cristal de una de Bies, tiró de la manguera y abrió el agua a presión para dispersar a esa chusma enloquecida. Juan llegó del puente de mando megáfono en mano. Se acercó al pasillo y dio la orden para que todos nos reuniésemos en el comedor. El naufrago atemorizado, aferrado a su talla, se colocó detrás de Juan. Los negros querían tirar la extraña figura al mar. Farfullaban historias casi ininteligibles por el mal castellano y por el peor gallego. Decían que habían visto flotando los cuerpos muertos e hinchados de los compañeros del pobre crío. ¡Que los muertos los miraban fijamente!. ¡Estaban locos!. Cuando recogimos al chaval, no había ningún cuerpo sobre el mar. Juan ordenó que todos se fuesen a sus camarotes. Juan me dijo que bloquease las puertas de los camarotes para que los negros no pudiesen salir. Juan se quedó de guardia, Pedro se llevó al crío a su camarote, y el resto nos fuimos a los nuestros. Al día siguiente, un grito agónico nos alertó a todos, nos levantamos corriendo, los alaridos venían del camarote de Pedro. Nada más entrar, yo me tuve que agarrar a los marcos de la puerta del camarote para no desplomarme al suelo. La cabeza cercenada del crío yacía sobre los pies de Pedro. Luis me separó de la puerta, entró y recogió la cabeza del chaval. Un instante después entró Juan con una bolsa para cadáveres. Entre todos depositamos los restos del crío en la bolsa. De la figura no había ni rastro. A pesar de ser un cuerpo menudo a todos nos dio la impresión de que pesaba demasiado. De camino a la bodega, nos sorprendió ver varios camarotes abiertos. Llevamos la bolsa a la cámara frigorífica y para nuestra sorpresa los restos de los mecánicos no estaban allí. De regreso fuimos entrando en los camarotes, estaban vacíos. Escuchamos unos golpes metálicos, los ruidos venían de la sala de maquinas. Bajamos de nuevo. Los negros estaban dentro de la sala, sentados alrededor la grotesca figura, con las cabezas de Santi y David a ambos lados de la puta figura del chaval. Todos estaban mirándola fijamente, parecían zombis. Babeando con los ojos fuera de las orbitas. Poseídos por algo maligno. Juan les pegó un grito. Uno de los negros al que llamábamos Machu, se levantó de la mesa con un machete de despiece y se abalanzó sobre nosotros. Juan nos echó para atrás y disparó la pistola de bengalas contra Machu. La bengala deflagró reventándole el pecho al negro. Los otros senegaleses se levantaron del suelo y se abalanzaron contra nosotros. Juan cerró la escotilla y la bloqueamos para que no pudiesen salir. Nos fuimos al puente de mando. El timón seguía bloqueado. La radio, el teléfono vía satélite y el

resto de aparatos abrasados. El barco sin gobierno seguía a la deriva, sin rumbo. Los móviles sin cobertura. La tempestad había amainado, de hecho reinaba una extraña calma chicha. Abrimos una de las ventanas intentando respirar aire fresco, pero de inmediato la cerramos. La densidad del aire y el hedor que desprendía lo hacían irrespirable. Estábamos desesperados. Tres días después del suceso, los negros no paraban de golpear la escotilla de la sala de máquinas, el ruido era ensordecedor. ¡Esos putos negros nos iban a volver locos!. Nos pusimos los cascos de nuestros móviles con música a tope para no escuchar los golpes. Yo comenté que había que darles de comer y de beber, habían pasado seis días. Mis compañeros no estaban de acuerdo, lo sometimos a votación y perdí. Al día siguiente esos hijos de puta averiaron el generador de emergencia. Estábamos jodidos, las baterías reduciendo el consumo al mínimo, no durarían más de doce horas. Esos cabrones seguían aporreando la puerta. Cuando se agotaron todas las baterías incluidas las de los móviles, los golpes cesaron. Pasaron seis días más y todo seguía igual, un silencio atronador poseía el barco. Nos imaginamos que los negros estarían muertos por lo que decidimos bajar a la sala de maquinas con la intención de arreglar el generador. Al acercarnos a la escotilla escuchamos lamentos en el interior de la sala. Pasamos por la bodega de carga, el hielo se había derretido. Las capturas estaban en un avanzado estado de descomposición. Un fétido olor inundaba la cámara, la sellamos y nos fuimos. Los víveres comenzaban a escasear. Pasaron otros tres días y volvimos a bajar a la sala de máquinas. Escuchamos un tímido lamento en el interior. ¡Joder! Parecía que alguno de esos putos monos aun estaba vivo. Esperamos dos días más, armados con cuchillos y con la pistola de bengalas abrimos la escotilla. Un hedor insoportable e infecto inundaba la sala de los horrores. Uno de los negros al que apodábamos Mogambo, estaba comiéndose el brazo de un cadáver mientras vomitaba. Los cuerpos estaban desmembrados, las vísceras podridas colgaban de los colectores de los motores. Extraños símbolos dibujados con sangre adornaban las paredes. Mogambo se abalanzó sobre nosotros armado con un cuchillo, gritando —¡He invocado a Mogade el demonio del inframundo!, él se encargará de comerse vuestros corazones y vuestras almas—. Juan disparó la pistola. La bengala trazó una línea descendente, se introdujo en la boca de ese ser maligno y explotó reventándole la cabeza a ese puto mono diabólico. Al día siguiente perforamos los depósitos de combustible. Preparamos la balsa hinchable, la botamos al mar, metimos un par de botellas de agua potable que nos quedaban junto con una botella de brandy. Prendimos fuego al barco, lo abandonamos, y nos alejamos remando. Poco tiempo después nos quedamos anonadados observando como el barco se iba a pique. Días después, cuando toda esperanza estaba perdida, un pesquero Vasco nos rescató.

El cura no daba crédito. Sus oídos gritaban ¡apabullados! heridos, doloridos y rasgados por las barbaridades relatadas por Manuel, esas palabras hirientes sesgaron sus órganos internos. Su alma se retorció por el dolor las dicciones malintencionadas. Una repentina guerra interna

estaba quebrando todo su ser. Su lado más humano, su raciocinio, le impedían perdonar. La ira abrasaba su corazón. Pero él, estaba a las ordenes de Dios. Su vocación, sus preceptos le obligaban a intermediar entre esos «fieles» y el altísimo. Si había la más mínima opción de salvar sus almas tenía la obligación de hacerlo.

— Arrepentíos de corazón, vuestras almas impías deben rogar el perdón del altísimo. El en su inmisericorde piedad os liberará de vuestros pecados.

Un estremecedor golpe sacudió resonó como un trueno sobre la puerta de la entrada de la iglesia. Los cimientos del templo retemblaron. Las campanas repicaron incongruentes tañidos. El tejado de la nave central se desplomó, sepultando el altar de la capilla.

¡No puede entrar!, estamos en terreno sagrado. — gritó el cura.

Pero nada más lejos de la realidad. La pared norte del templo se desplomó, una figura de proporciones colosales vestida con un manto de oscuridad entró en el templo. Las luces de la capilla crepitaron entre enormes chispas producidas por un corto circuito. Julián se acercó a los hombres armado con su escopeta recortada. Un rayo iluminó la oscuridad e impactó contra la bestia.

—¡Abandona este suelo sagrado!, el poder de Dios te obliga. — berreó Mariano.

Julián disparó su arma. Las postas atravesaron la figura etérea golpeando contra la pared. Los tres hombres, aterrorizados, se escondieron detrás de un banco. Una fuerte racha de viento cruzó el templo arrastrando con furia los bancos. Pedro, Luis y Manuel quedaron atrapados entre los bancos y los cascotes de la pared derruida. Mariano en un acto de fe, se colocó delante de la magna oscuridad. Un caluroso líquido amarillento se deslizó por las piernas de aquel guerrero de Dios. Su alzacuello voló por los aires. Su rosario se enrolló alrededor de su cuello apretó. Un estremecedor crujido óseo, seguido de un desgarrador grito, quebró el corazón de Julián, que bloqueado por el miedo fue incapaz de mover un solo músculo. La ayuda divina en forma de rayo impactó de nuevo contra el manto de oscuridad. Mariano cayó al suelo, Julián se armó de valor y arrastró el cuerpo de cura que se retorció de dolor. El manto de oscuridad se posó sobre los cuerpos de los malditos. Manuel, Pedro y Luis se elevaron por los aires. Sus cuerpos estaban rígidos como pontones de madera. Sus pellejos comenzaron a arrugarse, un hilo de oscuridad salió de sus gargantas. Los hombres emitieron un quejido hueco, mientras sus cuerpos se quebraron por la implosión. Delante de todos los presentes, Julián, Dios todopoderoso y Mariano, los tres desdichados exhalaban su último aliento. El titán se esfumó, arrastrando tras de sí su manto de

oscuridad.

Capítulo 11

XI

EL OLIMPO CELTA

Tras una corta parada en la playa de San Francisco, emprendí la marcha dejando atrás el monte Louro. Aquel monte al que había subido cientos de veces cuando era crío. Allí en donde había perdido mi virginidad en un verano extremadamente caluroso. Aquel momento había quedado grabado a fuego en mi corazón, más que nada, por ser la primera vez que fusionaba mi cuerpo y fundía mi piel con la de una chica. La magia de aquel angustioso, pero placentero momento, se extinguió de manera efímera dada la corta duración del coito que fue cómo un «suspiro que pasó más deprisa que un leve instante». El hecho, es que mi subconsciente de manera deliberada empañó aquel acto, como si fuese un castigo provocado por la frustración de mi inexperiencia sexual.

Pisé el acelerador a fondo y observé a lo lejos, las dunas que daban abrigo a la playa nudista de Lago Louro. No tardé mucho en llegar a la base del monte Pindo. Dejé el coche aparcado al margen derecho de la calzada y comencé a ascender por una de las rutas más accesibles «el sendero del Fieiro», en donde las laderas del «coloso granítico besan el mar» y se abren para dar paso a la cúspide de la montaña a la que los antiguos Celtas atribuían propiedades mágicas. En esa misma ladera nacía uno de los paisajes más famoso y bellos de la zona; la Fervenza do Ézaro, en donde el mágico río Xallas se precipita al mar desde más de 40 metros de altura.

Al contrario que mucha gente, siempre fui muy consciente de que en Galicia, hay que convivir con la extraña relación entre la realidad y la leyenda, ya que este hecho está muy arraigado en nuestra cultura y entre las nativas gentes de la antigua Gallaecia. Muy a pesar de ciertos «pensadores contrarios a mi persona» que se dedicaban de manera incongruente a dar poca credibilidad a hechos que se escapan al raciocino de la mente humana.

Algunos de esos pensadores creaban informes «falsos» para quitar credibilidad a historias que según ellos, eran imaginarias e incluso fantásticas de los antiguos y actuales habitantes de estas tierras. Otros como mi amigo, el investigador, Luis Lamela, se encargaban de documentar de manera veraz, con testimonios y pruebas bien documentadas, de cómo en los infinitos rincones y grutas del monte Pindo, se habían escondido durante años, los «perseguidos por el régimen Franquista». Para esos materialistas, esos «hombres de ciencia», alejados de lo espiritual, todas las leyendas eran ridículas historias ligadas a viejas y caducas supersticiones, pero ni el paso de los siglos, ni las adversidades

climatológicas, habían borrado las huellas mágicas de los antiguos y primitivos moradores de Gallaecia. Los petroglifos grabados en la roca, las antiguas deidades talladas en las rocas graníticas, los ritos populares advertían de la magia que fluyó en mi amada tierra y en este lugar. Allí en su cumbre se alzaba majestuoso el «Xigante de Mina», monumento que había intentado derribar el general romano Máximo Quinto como ofrenda a Cesar Augusto tras su regreso del fin del mundo occidental «Finis terrae».

Comencé la caminata, mi ritmo cardíaco era más lento de lo normal. «La triada» me había mostrado otro pequeño pasaje de mi «destino». El extraño brillo azulado del cielo comenzó a tornar en una inquietante oscuridad. En ese instante la voz de Ramiro penetró en mis oídos como un lejano eco del pasado.

— «Una de tus peregrinaciones obligadas será el Olimpo Celta. Allí en la cima encontraras los menhires erigidos por los dioses. En ese lugar vivían los antiguos dioses de la creación, entidades que no soportaban la burda osadía y mezquindad de algunos hombres. Solo unos pocos elegidos tenían acceso a ese Olimpo para realizar ofrendas y escuchar sus sabias voces. Hubo un tiempo, en el que los antiguos dioses bajaban del Olimpo y se mezclaban con los habitantes de las tierras bajas, pero cansados de ver la oscuridad de sus almas y su maldad, decidieron aislarse en lo alto de la montaña. Antes de decidir su exilio, dejaron grabados sus propios signos en las yermas rocas de los castros, y en los montes de toda Gallaecia. Al retirarse al monte Pindo se volvieron uraños, desconfiados por el nuevo culto a otro dios, un Dios egocéntrico y narcisista, que pedía que se le amase a él sobre todas las cosas. Ese hecho motivó que se les prohibiese que se acercasen a su morada, a pesar de que en otro tiempo habían convivido felizmente con el hombre. Aun así, en la quietud de la noche, algunos Dioses que sentían añoranza, visitaban las tierras en donde habían morado una vez. Llorando, jugaban en silencio, dejando sentir su presencia a algunos habitantes de la tierra. Los druidas podían sentir las lágrimas de los dioses; oían sus suspiros entre los rumorosos vientos matinales y en el romper de las olas. Los dioses viajan entre las nubes. Los sabios druidas para evitar las intrusiones de los nuevos ególatras temerosos de su Dios, inventaron ciertas leyendas para disuadirlos a ellos y a ciertos campesinos venidos a más, por el nuevo comercio. El miedo es un buen antídoto contra la burda osadía de los ignorantes; de esa manera evitaron durante siglos que esos maleantes se acercasen al coloso granítico; a esa mole pétrea que cambia de color a su antojo. Si el cielo se nublabá, si la bruma matinal cubría las tierras, si llovía, si los truenos quebraban el silencio del cielo y amenazaba tormenta, si la «cofradía de muerte» la mal llamada, «santa compañía» caminaba por las aldeas, era porque los dioses estaban enojados con los mortales. Los druidas también advertían a los pobladores de las tierras bajas, que sus dioses ya no eran tan indulgentes, y que si se sentían ofendidos, ordenarían a las Normas el cambio de los hilos de su gran telar,

y les tejiesen un destino aterrador e incierto. Tú tatarabuelo Lotario, al que la gente conocía como "el Sabio", siguió sin dudarlo la llamada de las normas. Una noche de tormenta escaló la montaña, y cuando alcanzó la cima tuvo lugar un inusual eclipse. Allí tú tatarabuelo rodeado de los dioses escuchó las historias de sus idas y venidas. Cuando bajó de la montaña henchido por la sabiduría que le habían proporcionado los dioses, se creyó un semidiós. Pero ¡ay de aquel que emplee mal su sabiduría!. Poco tiempo después, Lotario, enajenado por la ira de un amor no correspondido, fue quien aconsejó imprudentemente a los clérigos de la diócesis de Compostela para que aprobasen la famosa ley, que prohibía realizar ritos sanadores a las "mulleres sabias", a los "menciñeiros y compoñedores". También fue quien dijo al joven sacerdote, Diego de Karras, en que lugares y en dónde se practicaban los aquelarres en la medianoche de la víspera de san Juan. Aquellos hechos trajeron la «Muerte Santa», a Galicia. El mal de ojo se extendió como la peste, el ramo cativo, los aires de difunto. Hubo un tiempo en donde la oscuridad y la inquisición, cubrieron de tinieblas estas tierras. Lotario, estaba convencido de haber mantenido los secretos de los dioses ocultos le protegería de su ira, pero otra noche, Lotario recibió la llamada de las Normas, los dioses le urgían para que acudiese de nuevo al monte sagrado. Lotario atendió la llamada de la "triada" y se presentó ante los dioses antiguos. Cuando llegó al monte sagrado, la noche estaba mucho más oscura de lo normal; los truenos quebraron el atronador silencio de la cumbre; la lluvia caía con fuerza y repiqueteaba contra el cuerpo del gigante de Mina. El viento, susurró en el oído de Lotario la sentencia de su juicio y el castigo impuesto por los dioses. Lotario desesperado, gritó en silencio, ya que el castigo impuesto por los dioses era vagar en una eterna oscuridad, privado del habla.

Tres días después de su reunión con los dioses, tú tatarabuelo fue encontrado por unos campesinos, ciego y mudo en el Olimpo de los Celtas. Recuerda que en O Pindo, «El pasado sin techo está en ese lugar y el temor no desterrado a lo desconocido. Procura cobijo bajo sus bóvedas en un frío amanecer, o en un atardecer sanguinolento, si no atiendes, si no sigues sus mandatos acabarás convirtiéndote en una sombra».

Aunque el camino no me era desconocido ya que había peregrinado en innumerables ocasiones al lugar, caminaba con paso firme, evitando pisar el resbaladizo musgo que cubría las rocas. Aunque el sendero no era excesivamente peligroso, no dejaba de tener un cierto riesgo caminar por las escarpadas laderas asomadas a más de un precipicio. Era consciente de que un mal paso, o un resbalón podrían ponerme en un serio aprieto. Algo inusual se estaba desatando. La mañana se volvió fría, un aire gélido y enrarecido del norte descendió por la montaña, el cielo siguió mutando su color, y sentí que se me hacía cuesta arriba respirar, pero aun así continué ascendiendo por el sendero, maravillado por lo extraño que me estaba resultando el paisaje. Los tojos, mecidos por una suave brisa que

ascendía desde el mar, parecían tener vida propia; los carballos centenarios sombreaban la ruta, algunas de sus ramas acariciaron mi rostro. Estaba emocionado, continué elucubrando sobre «lo ha de suceder» en la cima del Olimpo. Esperando, ansioso a que las Normas me mostrasen otro fragmento de mí destino. Unos pálidos y etéreos mantos de niebla comenzaron a extenderse por el monte. En ese mismo instante una voz desconocida para mí, pero tremendamente familiar penetró en mis oídos como un chillido loco desequilibrando mi mente. «¡Yo he oído a los dioses. Tú escucharas a los Dioses cantar, itú serás quien encuentre al profeta, a ese hombre de profesión humilde que dará a conocer las voces obviadas por la humanidad! Cuando las brumas sean tenues y un evento brillé más que el sol eterno; contemplareis la destrucción del Olimpo. Los dioses lloraran al ver en llamas el Olimpo que tanto amaron cuando aun eran jóvenes. Aunque detesten ser contemplados por los hombres, vosotros los veréis. Cuando la niebla descienda tenue, y la luna arroje sombras sobre las laderas del Olimpo, escucharás sus palabras violentas, sufrirás sus desaires. Cuando el sol se torne noche, cuando el azul del cielo se convierta en ébano puro, sentirás como tu alma fluctúa. ¡He estado más de un siglo en silencio, pero esos dioses que me privaron del habla, escucharan mis palabras a través de ti!. Y veré de nuevo el miedo en sus rostros porque el innombrable está aquí».

La voz se esfumó de mi mente como el aroma etéreo de una infusión arábica. Noté un cambio espectral en el aire, como si las Leyes de la naturaleza cediesen ante otras leyes desconocidas hasta ese instante para mí; de manera inexplicable el sendero se hizo más pronunciado, el ascenso se hizo espantosamente complicado, las cornisas de piedra se convirtieron en un obstáculo, trepé peligrosamente por las inmensas cornisas que se levantaban sobre mí. El resplandor del sol negro se había apagado; y mientras seguía trepando monte arriba, escuché una terrible voz gutural gritando entre las sombras:

«El sol negro está a punto de eclipsar, los dioses temen la oscuridad que se desprende del sol de azabache; habrá terror, la noche eterna está a punto de cernirse sobre la tierra; habrá terror en los cielos, pues el sol de ébano sufrirá un eclipse que ni tú, ni el profeta, ni la ciencia de los humanos ni la sabiduría de los propios Dioses han sido capaces de predecir... A un execrable ser, odiado y temido por igual, le han sido desatadas sus cadenas. Ni los primigenios titanes podrían detenerlo. Los gritos de los dioses asustados conmoverán las almas humanas de las que se nutren iracundos cuando dejan de ser inmisericordes. Cuando el execrable ser de manto oscuro, llegue a la infecunda llanura del desierto de Qumrán, la propia «muerte» ha de morir, dejando a los hombres libres de sus ataduras y estos verán al genocidio al que han sido sometidos durante siglos».

Agotado por el esfuerzo coroné la cumbre del pico. Allí en medio de los menhires, caminé entre las sombras. Apoyé mi mano sobre el gigante de

Mina, y una terrible corriente eléctrica atravesó todo mi cuerpo. Un rayó impactó contra el suelo, el ciclópeo macizo retembló bajo mis pies. Una especie de portal dimensional se abrió ante mí, las Normas, seguidas de otros seres mitológicos salieron tras ellas. Un deidad se adelantó y comenzó a hablar con atronadora voz. «Has descubierto en las estériles tablillas de arcilla y en los papiros Manuscritos de Qumrán las palabras de los antiguos dioses. Has descubierto un ciclópeo símbolo de sesenta y seis codos grabado en la roca por un titánico cincel en la antediluviana caverna habitada por el hombre. Has de encontrar al profeta que está más cerca de ti de lo que imaginas. Has de cumplir tú sagrada misión. Salvar a todos los dioses de esta descarnada traición. No hables con voz, habla desde tus entrañas, mata con el pensamiento».

El dolor que atravesaba mi alma era indescriptible, era como si escuchase el tormentoso lamento de todas las almas del universo en una sola voz. Antes de cerrarse el portal, pude ver el desconocido y bello rostro de Skuld. Se acercó con magnificencia y acarició mi cara mientras se le dibujaba una leve sonrisa en sus labios. En ese mismo instante, pude ver como Apofis impactaba contra el Olimpo; desbastando todo a su paso, pulverizando los monumentos erguidos por los dioses, partiendo el ciclópeo macizo en dos. También pude observar como surgían de en medio de la destrucción total, del caos, dos figuras humanas; una luminiscente como el sol, y otra negra como el ébano fundiéndose en un abrazo.

Finalmente el portal se cerró; Skuld, los dioses y seres mitológicos desaparecieron sin dejar rastro. Caí de rodillas al suelo, perdí el sentido. Cuando recuperé mi consciencia de espíritu, me levanté del suelo; ya había anochecido. Sentí una especie de sentimiento de culpa en medio de aquella inmensa oscuridad; sentí miedo, pero no a las tinieblas, sino un miedo atroz a lo que nos depararía el destino.

Saqué el móvil de mi bolsillo; tenía más de cincuenta llamadas perdidas. Encendí la linterna del celular y alumbrado por su pequeña luz bajé por el sendero hasta llegar al coche. Me senté con una cierta tranquilidad y oteé las llamadas perdidas del móvil; treinta y dos de Kuko y dieciocho de Mariano. Llamé a Kuko...

—¿Dónde coño estás?, ijoder tío!, estaba a punto de llamar a la policía, a la guardia civil y a la UME.

—¡No seas exagerado!, he estado más tiempo incomunicado y no ha pasado nada.

—¡A tomar por culo!

Volví a marcar el número de Kuko en la pantalla táctil del móvil; habían pasado horas desde la última llamada y precisamente por no estar perdido en medio de un desierto en donde no llegan las comunicaciones, entendí su preocupación.

— No me cuelgues, ¡capullo!. — le dije, mientras se me dibujaba una sonrisa en los labios.

— ¡Capullo! Tú, no me jodas, con todo lo que está pasando ¿cómo coño quieres que esté?. Me llamó Mariano, también está megapreocupado.

—Anda, ya te salió la vena megapija. — respondí entre risas.

—¡Era lo que me faltaba!, que te partas el culo de mi, yo aquí sin saber que hacer de mi vida y tú te partes.

—Tranquilo, todo va bien, bueno... de momento... Mira, ¡al grano!, tuve una de mis visiones; mientras voy a Malpica a ver a Mariano, hurgo en internet y busca a alguien de Santiago o alrededores que esté publicando en redes alguna historia inusual, no sé, alguien que últimamente esté dando que hablar.

—¿Por?.

—Tú busca, luego te cuento, voy a llamar a Mariano y me voy irado y veloz! a Malpica.

—¡Rado y veloz!, qué cachondo eres. Bueno me alegro de que estés bien.

La comunicación se cortó, llamé a Mariano para que se tranquilizase y me dirigí a Malpica; hacía frío, activé y regulé la temperatura del climatizador a 22 grados y pisé el acelerador a fondo. Mi próxima parada Malpica.

Capítulo 12

XII EL DESIERTO DE QUMRÁM

Mientras atravesábamos el desierto de Qumrán montados en aquel maltrecho y destartado Jeep; sorteando los socavones provocados por la incipiente erosión y las rocas esparcidas por suelo, no podía imaginarme que al lugar al que nos dirigíamos estaba maldito. Un estremecedor escalofrío me hizo ser consciente de que en esta inhóspita región olvidada de la mano de los dioses, se había derramado la sangre de miles de hombres; esenios, romanos, musulmanes y templarios yacían enterrados bajo las arenas de aquel infierno abrasador. Tras más de seis horas avanzando por aquel terrible valle reseco, emergió en mi memoria el nombre de Frank Herbert y su planeta Arrakis; quizás me sobrevino a la mente su afamada novela por la inusual orografía y similitud que mi imaginación encontró en este abrasador desierto con el de Dune.

La peligrosidad del camino exigía una conducción lenta y cansina. El extraño y oscuro sol abrasador, minimizaba el efecto del aire acondicionado sobre el habitáculo de aquel viejo todo terreno. Saqué de uno de los bolsillos de mi desgastada camisa color caqui, unas gafas de sol que me había comprado en el avión; no me gustaba llevar ningún tipo de lentes, pero sentí la necesidad de proteger mis ojos claros de la intensidad de aquellos cegadores rayos solares. Nada más colocarme las Siroko fotocromáticas, lo vi; allí, a lo lejos la divisé, emergiendo como un titán por encima de las dunas arenosas.

La mayor tormenta de arena de la historia había dejado al descubierto lo que se podría denominar como una minúscula, pero enigmática cordillera con sus fauces abiertas al infinito.

A medida que nos íbamos acercando, pude ver el enorme asentamiento y un gran despliegue de medios materiales diseminados alrededor del macizo rocoso. Soldados israelíes custodiaban el acceso a la zona. Nos detuvimos en el punto de control; el chofer bajó la ventanilla y conversó en hebreo con el vigía. Avanzamos unos setecientos metros, y el recio conductor aparcó el Jeep al lado de una tienda. Por su ubicación y por la cantidad de antenas que salían del techo deduje que era el centro de operativo de mando. Nada más bajar del todo terreno un oficial del ejército israelí se acercó a nosotros. Se presentó como el teniente Simón Kader, y con una sonrisa dibujada en sus labios, nos invitó amablemente a entrar en la tienda. En ese mismo instante observé que delante de la tienda de campaña afloraba parcialmente el esqueleto de una pequeña sepultura descompuesta por el paso del tiempo. Me impresionó que con la cantidad de arqueólogos que se suponía que habría en el lugar, nadie le hubiese prestado demasiada atención. Sin embargo, cuando crucé la mirada con los soldados que estaban apostados justo al lado de la tumba,

tuve la vaga impresión de que a pesar de mantenerse firmes en sus posiciones de guardia el miedo hablaba a través de sus rostros.

Centré la mirada en uno de ellos, y observé que su aura estaba casi difuminada, a penas lucía, por lo que era casi imperceptible a la profundidad de mi mirada. Eso era un claro indicio de que su espíritu le conminaba a abandonar ese lugar. «A saber que antiguos y siniestros secretos ha sido obligado a presenciar en contra de su voluntad». — pensé.

Otra de las cosas que atrajo poderosamente mi atención, fueron las megas turbinas de extracción de gases, la gran cantidad de maquinaria pesada, los generadores electromecánicos y las placas solares para generar energía.

Entramos en la tienda, Simón de manera cortés nos ofreció un té helado. Amiel Sharon, mi contacto y chofer se había mostrado como un hombre extremadamente reservado, tanto que no me había dirigido la palabra desde que me había recogido cartel en mano, dentro del aeropuerto de Tel Aviv. Aunque la duda también me hizo pensar que quizás no me hablase por no dominar bien el castellano. El teniente y él se apartaron hacia un lado de la tienda, conversaron en hebreo y se echaron a reír.

— No piense que nos reímos de usted, nos reímos porque me comenta Amiel que no le ha dirigido la palabra desde que le recogió en el aeropuerto, se ve que debe de ser un hombre tímido. — comentó Simón en perfecto castellano.

— ¿Qué?, nada más llegar, me presenté y le extendí mi mano al señor Amiel, sin embargo su respuesta fue un simple gesto de asentimiento con su cabeza. — respondí enojado.

— Non se amole, ¿gustoulle o té?. — preguntó Amiel en gallego.

— «¿sabe gallego?» — pensé. — No me enfado, me parece descortés por su parte.

— Le parecerá extraño escuchar a un israelí hablando gallego, pero se debe a que mis bisabuelos eran gallegos. En su juventud emigraron en busca de trabajo a Alemania, antes de que los nazis entrasen en el poder, por suerte, sobrevivieron al holocausto. Por eso hablo gallego, español, hebreo e inglés.

— Pues ya pudo contarme su historia de camino, iya le vale!. — en ese momento los tres nos echamos a reír.

Un soldado entró en la tienda, se acercó a Simón y tras una corta conversación, se despidió del oficial con el demandado saludo marcial y

abandonó la tienda.

— El doctor Moshe Ben Amir, le espera en la entrada de la gruta, está deseoso de mostrarle el descubriendo.

— ¿Ustedes no vienen?. — pregunté.

— No, quizás mas tarde, tenemos asuntos que tratar, no se preocupe, la compañía del doctor Moshe y de su equipo le resultarán gratas.

El teniente ordenó al soldado al que le había estado espiando el aura a que me acompañase hasta la entrada de la gruta. Me despedí de los dos hombres y salí de la tienda escoltado por aquel militar de gesto apesadumbrado. Justo en la entrada de la cavidad rocosa había un módulo metálico a modo de angar; de él, salió un hombre equipado con un traje similar al de un astronauta. Se sacó la escafandra y me sonrió.

— Bienvenido, soy el doctor Moshe.

— Encantado, soy Marco Aurelio.

— Sé quien es, he leído sus trabajos, a nivel científico impecables, sin embargo discrepo de sus teorías y de alguna de sus traducciones.

Asentí con la cabeza sin que me importase demasiado aquel comentario. A pesar de que su rostro carecía de grandes arrugas, de que su cabello era oscuro, y de que su barba desaliñada estaba poblada por incontables canas, intuí que no pasaría demasiado de los cincuenta años. Cuando me acerqué a él, me tendió la mano, y yo correspondí con el mismo gesto.

— Debe colocarse este traje, en el interior de la gruta los niveles de gases tóxicos son alarmantes. Llevamos días extrayendo los gases e introduciendo oxígeno, pero la atmosfera interna todavía es irrespirable.

Me coloqué el traje sin vacilar, estaba deseando entrar y ver la ciudad oculta de Qumrán. De ambos lados de la gruta salían unos tubos que se alargaban unos cien metros hacia el exterior. Expulsaban aire mezclado con arena. Nos sentamos dentro de un pequeño vehículo eléctrico y entramos en la gruta. Los tubos dispuestos a ambos lados del acceso a la caverna ocupaban gran parte de la cavidad por lo que estrechaban todavía más si cabía aquel angosto pero elevado pasillo.

—Estrecho pero alto, —dije.

El doctor asintió con un gesto, —Si, este pasillo nos ha dado más de un quebradero de cabeza, hemos tenido que desmontar el 99% de la maquinaria pesada para poder trasladarla hasta el interior.— me

respondió Moshe.

Tuve la sensación de que las paredes estaban recubiertas por feldespatos. No sabría decir si era extraño o curioso, la cuestión era que las paredes reflejaban una inquietante perfección, estaban totalmente pulidas, sin cortes, sin juntas como si fuese una única veta. Al finalizar el pasillo había una explanada con forma semicircular de unos cien metros de largo. Justo al borde de la planicie, había instalados unos potentes focos, iluminando lo que antaño debería haber sido un oscuro abismo. Moshe detuvo el vehículo, me baje rápidamente y me acerqué al borde del acantilado, y allí, a unos doscientos metros de profundidad se encontraba ante mí, ante nosotros, la ciudad oculta de Qumrán.

Las luces iluminaban los muros perimetrales semienterrados por las arenas acumuladas durante siglos de una impresionante urbe. Ni la más privilegiada e imaginativa mente humana, habría imaginado la majestuosidad de aquella ciudad perdida. Había leído interesantes referencias sobre esa mitológica ciudad en diversas tablillas sumerias, en los manuscritos del mar muerto y en códices del medievo, pero ni tan siquiera la mítica Atlántida podría estar a la altura de lo que estaba contemplando. En ese instante fui consciente de la obsesión de Alejandro Magno por encontrarla, el porqué de la invasión de estas tierras lejanas por las tropas romanas. Mahoma habló de ella en diversos poemas y Hugo de Payns siglos después también la buscó desesperadamente sin éxito.

No salía de mi asombro. El doctor Moshe me dio un manotazo en la escafandra; lo entendí como un gesto para que espabilase. Dentro de la ciudad cientos de focos iluminaban el techo de la gruta. Al margen derecho e izquierdo de la planicie, unas grandes rampas de piedra bajaban hacia la ciudad. Nos dirigimos hacia el camino de la derecha; en el borde de la rampa había un vehículo eléctrico más grande similar al utilizado en los campos de golf. Uno de los tubos bajaba pegado a la pared de roca. Nos montamos en él y descendimos por la empinada pendiente que nos llevaba a la entrada de la ciudad.

Tuve que pellizcarme para sentir que lo que estaba viviendo era real, porque en más de una ocasión mi subconsciente me había trasladado a dimensiones paralelas a la realidad.

— Es real, lo que está viendo es real. — dijo Moshe.

— ¿Por qué los focos de la ciudad apuntan al techo de la gruta?

— Cuando lleguemos abajo se lo mostraré, cuando lo vea entenderá el porqué.

Moshe condujo el vehículo hasta la entrada principal de la ciudad, sus murallas se elevaban unos cincuenta metros de altura; lisas sin relieves

de ningún tipo. Moshe detuvo un instante el «club car» al finalizar la bajada. Me bajé y fui directo a tocar la roca. Feldespato pulido, sin fisuras, sin juntas «¿Cómo puede ser?». — pensé.

Las arenas seculares estaban apiladas a ambos lados del camino, despejando el enorme pasillo que conducía hasta entrada de la ciudad. El doctor detuvo el coche a mi altura. Escuché un seco y autoritario — súbase — a través del comunicador de la escafandra. Miré a mi acompañante y asentí con la cabeza. Cruzamos el umbral de la descomunal puerta.

Pequeñas maquinas escavadoras cuales hormigas obreras, se afanaban en despejar la gran avenida que cruzaba la ciudad; cientos de operarios manejaban los tubos que salían de una gran turbina extractora. Se afanaban en aspirar la arena. El sonido de las turbinas era ensordecedor. Resonaba como si mil enjambres de abejas se hubiesen coldado dentro de mis oídos.

Bajamos del vehículo, absorto por lo que estaba contemplando, mi imaginación bullía mientras caminaba lentamente por la calle despejada de arena; observando aquel lugar que únicamente unos pocos elegidos estábamos viendo.

Vagué extrañamente entre los cimientos de las casas y de los edificios llenos de relieves e inscripciones que hablaban de los hombres «si es que fueron los hombres» quienes habían grabado aquella escritura cuneiforme. Mis ojos no daban crédito a lo que estaban contemplando, mis manos dudaban de lo que tocaban a través de los rígidos guantes del traje semiespacial. ¿Habrían sido los hombres, quienes habrían construido la ciudad?. Tanta perfección incrustada en las paredes me hacía pensar lo contrario, dudé que la mano del hombre tuviese algo que ver en esas construcciones y grabados debido a la supuesta antigüedad de la ciudad. Las dimensiones y proporciones de las puertas y ventanas de los edificios me produjeron una cierta desazón. Moshe tocó mi hombro, le miré aturdido.

— Tranquilo, a todos nos pasó lo mismo la primera vez que la vimos, ¿es impresionante, verdad?.

— Estoy sin palabras. — contesté.

— Pues espere un momento.

Moshe dio la orden de que parasen toda la maquinaria. Pude ver que un hombre se acercaba a una consola y tocaba un botón. Una sirena sonó el toda la gruta. Las máquinas no tardaron ni un minuto en dejar de emitir sus ensordecedores sonidos. Un atronador silencio inundó la inmensa gigantesca caverna. El doctor ordenó a dio a ese mismo hombre la orden

de apagar los focos de la ciudad. — ¡Por todos los dioses!. — exclamé. El techo de la gruta estaba compuesto de Fluorita termoluminiscente. La ciudad se quedó totalmente iluminada por el reflejo azulado que emitía la roca.

— Increíble, ¿no le parece?.

Seguía sin palabras. Escuche una risa aguda. Moshe me tocó el hombro de nuevo. Estaba paralizado por la impresión que me estaba causando todo lo que estaba observando. Una familiar voz femenina me despertó de esa especie de estado de shock que estaba sufriendo.

— Se te va a inundar la escafandra de la baba que se te está cayendo.

Era mi colega, la arqueóloga Vanesa Treviño, a la que para mi desdicha, hacía mucho tiempo no veía. Desde su "escapada" a Egipto. Me había enterado por los medios, del éxito de sus excavaciones en el antiguo puerto romano de Berenique. Allí había encontrado la tumba y los restos de un hijo del faraón Ptolomeo II. Por ese motivo y por ser gran experta en civilizaciones antiguas no me extrañó su presencia en el lugar. Se acercó y me dio un fuerte abrazo.

— Es un placer encontrarte en estas circunstancias. — me dijo emocionada.

— Y tanto que si. — contesté entusiasmado.

Moshe, ordeno al operario que encendiese los focos y activase las máquinas. El estruendo de las máquinas difuminó la felicidad que me había causado aquel especial encuentro. «Que aguafiestas el puto Moshe». — pensé. Vanesa se despidió con un gesto, y me quedé obnubilado mirando lo bien que se ajustaba el traje semiespacial a sus caderas.

— Fíjese en lo alto de cueva, en esas oquedades obstruidas por la arena. — dijo Moshe.

Elevé la mirada y asentí con la cabeza, en ese instante me percaté; del cielo de la caverna y de aquellas oquedades caía una fina lluvia de arena.

— Ahora mire, fíjese en las placas metálicas colocadas de manera estratégica, si las oquedades estuviesen despejadas, esas placas actuarían como espejos refractando la luz sobre la roca, a priori esa es la manera que utilizaban los antiguos habitantes de esta ciudad para cargar las rocas de energía solar e iluminar la ciudad. Asombroso

¿no?.

— Todo aquí lo es. — respondí.

— Yo voy a continuar, supervisando los trabajos de extracción de la arena, en estos momentos estamos próximos a desenterrar la entrada de lo que a priori según los sondeos previos realizados con nuestro escáner biométrico de masas parece ser un gigantesco templo. Por cierto, de momento, solo tiene acceso a lo que llamamos zona residencial. No traspase la zona vallada, estamos tramitando los permisos para que pueda acceder al resto de edificaciones desenterradas. Su colega la doctora Treviño está trabajando en la sala de autopsias, colaborando con el equipo de forenses, analizando los restos momificados de algunos de los habitantes de la urbe. Usted puede visitar el interior de aquellas casas de allí, están aseguradas, no correrá ningún tipo de peligro. Creo que tiene una inmensa tarea, las paredes de todas las casas contienen inscripciones. Acérquese a aquella caseta de obra, dentro tiene material para tomar notas, cámaras de vídeo, en definitiva, todo lo que necesite para empezar a trabajar. Eso sí, espero que coincidamos en algunas traducciones. — comentó Moshe mientras se alejaba. — ¡Ah! Por cierto vigile los niveles de oxígeno en el pequeño monitor de su muñeca, cuando esté de color amarillo nos vemos en la puerta de la ciudad.

Caminé hasta la caseta, agarré una cámara de video y me coloqué un cinturón con diversas herramientas. Me acerqué a una de las casas; seguía sin salir de mi asombro, las paredes parecían prefabricadas, ensambladas entre si con una perfección exquisita. No me podía explicar como esta antiquísima y extinta civilización, había podido construir todo aquello que mis asombrados ojos veían y mis toscos guantes estaban tocando. Toqué lo que aparentaban ser los vidrios de una de las ventanas, pero no era cristal, era un mineral traslucido, perfectamente pulido. Cogí del cinturón una pequeña piqueta y toqué con la punta afilada del útil aquel mineral, traté de raspar su superficie, pero el acero no hizo mella en aquel compuesto traslucido. Sin pensármelo dos veces, golpee el “vidrio” con todas mis fuerzas, pero la piqueta salió despedida de mi mano. Estaba confuso, no le había hecho ni un solo arañazo a aquel material. Recogí la piqueta y la coloqué de nuevo en el cinturón. La puerta de la casa estaba abierta. El umbral de la entrada estaba recubierto a modo de marco por una especie de piedra oscura, semejante al azabache. Sus proporciones eran inmensas, comparadas a las medidas de las puertas de cualquier casa actual; el hueco superaba con creces el metro y medio de ancho y los tres metros de alto. Entré en una de las estancias, deduje que era la cocina por la cantidad de cuencos y vasijas apiladas en torno a una gran repisa de lo que parecía ser un mármol oscuro; la altura de la repisa también era desproporcionada, sin embargo el “menaje de la cocina” tenía un tamaño aparentemente normal. Cogí uno de los cuencos que parecía estar hecho de un jade blanquecino, lo observé detenidamente y lo volví a colocar en su sitio. El mobiliario del resto de las estancias estaba

construido del mismo material que los cuencos. Las paredes interiores no estaban ornamentadas, eran lisas, sin nada colgado en ellas. La vivienda estaba dividida por paredes en seis amplias estancias. «Joder... recibidor, cocina, salón, dos habitaciones y un baño». Increíble, parecía que estuviese visitando un piso de nuestros tiempos, a mayores del mobiliario pétreo que adornaba las habitaciones, hallé notables diferencias en el baño, carente de taza; en su lugar un vetusto y oscuro agujero. Un gran agujero escavado en el suelo, alicatado con piedras ornamentales les hacía de bañera. Salí de la casa, e hice una toma de vídeo de los repetitivos símbolos cuneiformes. Me senté deslizándome mi espalda sobre la pared, mientras mi cerebro analizaba las figuras iba decodificando uno a uno los símbolos. «No puede ser». — Pensé. «Todo lo que comienza tiene un final, todas las razas perversas se extinguirán. El hacedor del oscuro infinito, henchido de ego mixturando sus fluidos en la "VASIJA" natal, creó antinatura a los portadores del alimento, "la especia de éter vital" de la que se han de nutrir todos los de su igual. Antes de que los oscuros mantos cubran la nada, el enemigo invisible de todos vendrá. Y con trompetas atronadoras, el fin de los tiempos para todo ser que viviente se anunciará. Los primigenios moradores aullarán». Escuché un grito a través del intercomunicador. — Marco, ¿Dónde está?. — era la voz de Moshe, «Joder, que puto pesado», Eché un ojo al marcador de oxígeno, parpadeante quedaba la última rayita amarilla. — Voy. — contesté; mientras me levantaba de mi letargo. La escritura cuneiforme daba vueltas y vueltas centrifugando mi intelecto.

— Es usted un inconsciente, llevó un buen rato llamándole, ¿le falla el intercomunicador?.

— Lo siento, estaba tan centrado en mis pensamientos que no le escuche, cuando mi cerebro se pone a analizar datos me evado del mundo de los vivos.

Nos subimos en el «club car», Moshe aceleró a fondo y subimos la rampa de salida a la máxima velocidad que el pequeño auto podía desarrollar. Al llegar a la cima nos bajamos y caminamos en silencio hasta la salida. Nos despojamos de los trajes en el interior de la caseta, Moshe se encargó de dejar recargando las botellas de oxígeno y me acompañó sin mediar palabra hasta la entrada del centro de mando; se despidió y desapareció entre las tiendas. Un oficial se acercó hasta la entrada y se presentó, su acento inglés me resultó ciertamente exótico.

— Soy Aarón, comandante en jefe de este campamento, le presento a Absalón nuestro enlace con el Mossad.

Estreché la mano de aquellos hombres sin demasiado entusiasmo; mi cabeza no paraba de dar vueltas. El comandante ordenó a uno de los centinelas que me acompañase a mi tienda. — En una hora serviremos la

cena, le esperamos sin demora. — Asentí con un gesto.

Por un pequeño orificio en la techumbre de la tienda, pude observar como a través de un catalejo la resplandeciente luna nueva acompañada de miles de estrellas alumbrando el cielo. Mientras me duchaba, la imagen de Vanesa realizando la misma acción ocupó mi mente; fue un alivio para mi cerebro procesar la imagen de aquel cuerpo desnudo, y ver como sus delicadas manos acariciaban con ternura cada centímetro de su piel, parándose con suma delicadeza en su monte de Venus. Una racha de viento frío atravesó la pequeña abertura que había dejado sin cerrar de la entrada de la tienda y un ligero escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Miré el reloj, quedaban diez minutos escasos para que se cumpliera la hora; me vestí a toda prisa y con paso similar al de la marcha llegué a la tienda central. Sentados alrededor de una gran mesa estaban Amiel, Simón, Moshe, Aarón, el enlace del Mossad dos mujeres que no conocía y mi amiga Vanesa, que lucía una camisa blanca sedosa que dejaban entrever su hermoso canalillo. Los presentes fueron conscientes de donde se fijaban mis ojos por el gesto de la mujer que acto seguido cerró su camisa. Los hombres se sonrieron y las mujeres dibujaron un gesto amargo en sus rostros. Me senté al lado de Simón, justo en frente de Vanesa. Unos soldados que ejercían de camareros sirvieron nos sirvieron comida Kosher. La cena transcurrió tranquila hasta que un pequeño torbellino de arena se levantó detrás de nosotros, silbando entre las rocas grises. Una señal inequívoca de que los espíritus y los dioses del desierto venían a saludarnos.

— Nos gustaría que nos expusiese su particular traducción de los símbolos grabados en las casas de la ciudad. — comentó el enlace del Mossad cuyo nombre no recordé en ese momento.

— ¿Mi traducción particular?.

— Moshe, nos comentó que usted ha traducido de manera muy particular, o más bien poco ortodoxa los últimos manuscritos encontrados en el mar muerto.

— Yo me ciño a lo que veo, no entro en valoraciones en función a la fe, o siguiendo cánones favorables a ninguna religión, si es a lo que se refiere el señor Moshe. Aun tengo que analizar todos los datos, escribirlos sobre una pizarra e ir viendo con detenimiento cada uno de los símbolos. Pero así de entrada a grandes rasgos sin temor a equivocarme demasiado...

«Todo lo que comienza tiene un final, todas las razas perversas se extinguirán. El hacedor del oscuro infinito, henchido de ego, mixturando sus fluidos en la "VASIJA" natal, creando de manera antinatural a los portadores del alimento, "la especia de éter vital" que madurará en su interior y de la que han de nutrirse todos los de su igual. Antes de que los

oscuros mantos cubran la nada, el enemigo invisible de todos vendrá. Y con trompetas atronadoras, el fin de los tiempos para todo ser que vive se anunciará. Los primigenios moradores aullarán»

La mesa se quedó en silencio, Moshe clavó una mirada profundamente reflexiva en mis ojos. En ese mismo instante me levanté.

—Agradezco la atención, la compañía es sumamente grata, pero sin ánimo de ofender y de ser poco respetuoso me retiro a descansar, el día ha sido largo.

Salí sin mirar atrás. Físicamente estaba “entero”, pero mi mente estaba agotada, bajo mínimos. Entré en la tienda y me tendí sobre el catre. Cerré los ojos y pensé en Vanesa, oscuros y ocultos deseos ocuparon mi mente. Escuché como se deslizaba la cremallera de la tienda. Abrí los ojos y allí, delante de mí estaba Vanesa. La tenue luz del pequeño foco led iluminaba su rostro. Cerró la cremallera y cruzó su dedo índice delante de sus labios. Sin mediar palabra comenzó a desvestirse; «idioses! No puede ser» allí, delante de mí, completamente desnuda se hallaba una diosa. Su melena negra le caía por los hombros, acariciándole sus pechos turgentes, blancos y elevados, con los pezones ruborizados por la excitación: un vientre plano, anchas caderas esculpidas por los cinceles de los dioses, una perfecta esfera dibujaba su ombligo del cual salían una casi imperceptible hilera de vellos en forma descendente que se unían formando el misterioso triangulo de las bermudas. Noté su excitación. Se acercó y se colocó a horcajadas encima de mí, abrió sus piernas, agarró mi pétrea virilidad con su mano, se elevó unos centímetros y comenzó a fundirse conmigo, bajando poco a poco con suavidad. Noté la calida humedad de su flor. Elevé el trasero, i por fin me hallé dentro de ella!. Ella tomó el control y comenzó a mover sus caderas como si estuviese cabalgando sobre un caballo salvaje. Gimió excitada, aquellos sonidos hicieron que experimentase el súmmum del placer. La agarré por las caderas y la voltee colocándome encima de ella. Mi lengua húmeda acarició su oreja izquierda, saqué mi virilidad mientras mi lengua bordeaba sus pezones; continué el descenso, separé con suavidad sus piernas y me detuve en el misterioso triangulo de las bermudas; los movimientos rítmicos y circulares de mi lengua sobre el pequeño cuerpo eréctil que sobresalía de su vulva, hicieron que su volcán entrase en erupción. Me volví a colocar sobre ella, nos fusionamos en un solo cuerpo moviéndonos al unísono, hasta que juntos llegamos a un éxtasis total. Los dos nos quedamos rendidos suspirando por un instante. Vanesa se giró me besó en la frente y se fue de la misma manera que había entrado, colocando su dedo índice atravesando sus labios. Abandonó la tienda mientras yo me quedé anonadado sobre mi lecho mirando al infinito. Cerré los ojos y Morfeo me abrazó con la calidez de sus brazos. Me desperté y escuché las ráfagas de una pequeña tormenta de arena flotando sobre el campamento. Me vestí, me coloqué las gafas de sol y cubrí mi rostro con un pañuelo. Salí de la tienda, me dirigí hasta el comedor. Allí me encontré con las mismas

personas con las que había cenado; el enlace del mossad asomó en su rostro una cínica sonrisa. Una mirada cómplice de Vanesa se cruzó con la mía. El desayuno resultó ser menos “ácido” que la cena. Me dirigí a Moshe.

— ¿Qué tal van las extracciones de arena del templo?.

— Si todo va bien en un dos o tres días estará totalmente al descubierto, por cierto, he arreglado los permisos para que pueda acceder al área restringida.

Aquella mañana estuve bastante descentrado, perdido entre las imágenes del encuentro nocturno. Bajamos a la ciudad, y me dediqué a deambular entre las casas clonadas, no encontré anomalía o diferencia alguna entre ellas. Una chispa iluminó mi mente, «Moshe me había comentado que hoy ya tendría acceso a las zonas restringidas», me acerqué a uno de los operarios que manejaba una manguera de extracción y le pregunté en donde estaban los laboratorios y las salas de autopsias, con voz tosca y amable me indicó que al final de la avenida girando en la bocacalle de la derecha en medio de una gran plaza encontraría la gota de leche. Recorrí la avenida principal, un poco antes de llegar a lo que se suponía que era “el templo” y que ya empezaba a dibujar ciertas formas redondeadas en medio de la arena; tal y como me había indicado el obrero giré hacia la derecha; a lo lejos en el centro de la plaza divisé la mole que imitaba a una gran gota de leche. Sin embargo, al margen derecho de la calzada un edificio singular llamó poderosamente mi atención, primero por ser totalmente diferente al resto de edificaciones clónicas y en segundo lugar por ser una copia sin ningún tipo de relieve o grabado externo del Partenón ateniense. Confundido seguí caminado. Cuando llegué a la gigantesca gota de leche, me resultó curiosa, miles de pequeñas piezas semejantes a las de un puzzle componían su estructura blanca. La entrada estaba custodiada por dos centinelas, al verme me saludaron y se hicieron a un lado. Una puerta circular sellaba la entrada. Pulsé un botón verde que sobresalía de una de las paredes y la puerta se abrió; di dos pasos hacia el interior, la puerta se cerró herméticamente tras de mí. Un gas que intuí desinfectante, salió a presión de unos orificios del techo. Escuché un pitido y la puerta que estaba delante de mí se abrió. Pude ver que la gota estaba dividida en varios compartimentos, Moshe salio de uno de ellos, al verme y se acercó.

— Marco, ¿qué desea?.

— Averiguar que se cuece en este lugar.

—La curiosidad mató al gato. — contestó entre risas. —
Acompáñeme, ya estaba tardando. Le enseñaré los laboratorios en donde se están realizando las pruebas de carbono-14 (14C) a diversas muestras,

pero le adelanto que estamos desconcertados por los resultados.

— ¿Por?.

— Aunque los resultados no son concluyentes, estaríamos hablando de la civilización más antigua jamás vista por la humanidad, con más de 30.000 años de antigüedad.

— «¿30.000 años?, ¡joder!, increíble, no puede ser... tanta perfección, ¿Quiénes construyeron esta ciudad hace 30.000 años?, ¿con que medios?, si a día hoy, hay tantas discrepancias a nivel científico de quien construyó las pirámides, cuando salga a la luz lo de esta ciudad...»

— ¿En que piensa?, ¿le parece mentira?, te aseguro que todos nos hacemos las mismas preguntas.

Entramos en el laboratorio, la sala estaba llena de útiles de todo tipo; cuencos, vasijas, ánforas, y una especie de cuadriga. Depositados encima de varias poyatas, había restos óseos de lo que supuse que eran animales. Me acerqué y les eché un vistazo.

— Efectivamente, son los restos óseos de animales domésticos.

—«Joder, este tío parece que me está leyendo la mente». — cavilé de nuevo.

— Hay restos de ovejas, cerdos, vacas, todo tipo de aves y caballos. ¿Increíble no?.

— ¿Y sus dueños?

— Esos están en otro laboratorio, ven, los verás en un rato, en la sala contigua te espera algo de lo que estoy seguro a ciencia cierta, que te va a interesar más que los restos de los rumiantes, incluso más que sus dueños.

Una puerta se abrió de manera automática delante de nosotros. Mi corazón comenzó a palpar con fuerza. Colgados, bajando desde el techo había decenas de pergaminos. No salía de mi asombro.

— Me imagino que te habrás fijado en el Partenón.

— Evidentemente. — contesté obnubilado mientras me acercaba a ver una de aquellas maravillas que pendían del techo.

— Fascinante, ¿no?.

Me quedé atónito mirando los gigantescos pergaminos. Mi cerebro comenzó a procesar datos mientras escuchaba la voz de Moshe como un eco lejano. Un manotazo en la espalda seguido de una carcajada me hizo regresar...

— Vas a coger torticolis.

Era Vanesa, que estaba a mi lado con una enorme sonrisa tatuada en sus labios. Moshe había desaparecido. Aquel hallazgo me estaba provocando tal excitación, que por primera vez en mi vida experimente lo que creía imposible, un orgasmo cerebral. Una sensación irrefrenable de placer estremeció todo mi ser. Vanesa me agarró de ganchillo y me arrastró sin ser consciente hasta uno de los laboratorios. Un golpetazo en la escafandra cortó de raíz mi éxtasis cerebral.

— Tierra llamando a Marco. — exclamó Vanesa entre sonrisas. — Menos mal que no soy celosa, porque si lo fuese, estaría enojada, ayer no vi esa expresión de satisfacción en tú cara.

— ¡Boh! No seas tonta. — le dije sonrojado.

— No soy tonta, es qué no te ves la cara. — dijo entre risitas.

Vanesa pulsó un interruptor en una de las paredes y una puerta se abrió, las luces del techo de aquella sala se encendieron de manera sistemática. «¡Joder!». Encima de varias mesas móviles de Acerinox estaban los cuerpos momificados de lo que a priori deberían de ser los antiguos moradores de la ciudad. Vanesa me agarró de la mano, con la misma suavidad con la que se agarra a un niño pequeños al que le vas a enseñar a cruzar la calle por primera vez y nos acercamos hasta un cuerpo depositado sobre una mesa para necropsias. El espécimen estaba abierto en canal, le habían extraído las vísceras que estaban colocadas de manera milimétrica sobre una mesa contigua. Ver aquellos órganos turbó en cierta manera mi estado de ánimo. Tuve un espasmo abdominal y los jugos gástricos del estomago se asomaron hasta la garganta. Aquellos órganos estaban recubiertos de una repulsiva y extraña materia viscosa. ¿Cómo era posible?, tenían miles de años, deberían estar como mínimo desecados, petrificados, ifosilizados!. Estaba abrumado, incapaz de procesar todo lo que estaba viendo a mí alrededor.

— Me quedé igual que tú la primera vez que los vi, todos estamos superados por los acontecimientos. — comentó Vanesa en un tono inquietante.

Intuí que los humanoides, a pesar de estar en posición fetal, rondarían los tres metros de altura. Por su aspecto mineraloide similar al azabache, aparentaban ser esculturas modeladas por manos febriles; sus formas

eran grotescas, abstractas, la obra de un escultor perturbado.

— Si me vas a preguntar que son, te informo que son “humanos” una raza extraordinaria y desconocida hasta ahora, pero humana por su estructura corporal y orgánica en todos los sentidos. Su anatomía vital es idéntica a la nuestra. Si la siguiente pregunta es ¿qué los mató?, ¿o de que están recubiertos para que tengan ese aspecto?, los forenses encargados de la investigación lo desconocen. Si te puedo decir a ciencia cierta que la composición básica de sus tejidos está formada en un 99% por seis elementos: oxígeno, carbono, hidrógeno, nitrógeno, calcio y fósforo, y aproximadamente el 0,85% está compuesto por otros cinco elementos: potasio, azufre, sodio, cloro y magnesio. Cómo bien sabrás son los 11 componentes necesarios para la vida. Los análisis del ácido desoxirribonucleico, también indican que genéticamente somos idénticos en un 99,999 %.

A alarma de nuestros dispositivos de control, nos alertó de que el oxígeno estaba a punto de acabarse. Tras descontaminarnos en la entrada, salimos del complejo. Moshe nos esperaba en la entrada sentado en el interior del “club car”. Aceleró a fondo y salimos al exterior. El cielo estaba nublado. Moshe entró de primero en la caseta, Vanesa y yo nos quedamos fuera en silencio respirando el aire reseco del desierto. Moshe se despidió de nosotros dejando entrever una sonrisa cínica en su rostro. Entramos en la caseta, me quedé observando fijamente a Treviño mientras se despojaba de su traje. Estaba deseando poder ver a la luz del día, ese cuerpo femenino cincelado por la mismísima Venus a su imagen y semejanza. Verla con aquellas inmaculadas braguitas azul turquesa y el pequeño short que modelaba sus pechos, estremeció todo mi cuerpo petrificando mi virilidad.

— Deja de babear. Ahora no toca... ¡campeón!, es hora de comer, con un poco de suerte, lo mismo... al caer la noche, y cuando se vayan todos, te pegó otro meneo. ¡Deja de mirarme así!, ¡se te van a salir los ojos!. — me espetó en tono sarcástico.

Me quité el traje de espaldas, para evitar que viese mi zona “rocosa”, me coloqué las bermudas, y al pasar por mi lado, me dio una palmadita de forma despectiva en la zona endurecida por la excitación. Me senté en un banco y esperé unos minutos a que se aliviase mi tensión sexual. Salí de la caseta y me dirigí al comedor. Un soldado estaba preparando carne a la parrilla. Me senté al lado de Amiel. Vanesa mostró distante, indiferente durante toda la comida y apenas conversamos. Al rematar la comida, el primero en levantarse fue el comandante. — A las 18:00 reunión en el Partenón, queremos que nos informen de los avances realizados en cada uno de los campos. — apuntó mientras salía por la puerta de la tienda. Me levanté de la mesa sin decir nada. Entré en la caseta, me coloqué el traje apresuradamente; no quería coincidir con Vanesa. Salí del vestuario e hice señas a un operario para que me bajase a la ciudad. Cuando llegué a la

sala de los pergaminos, una sensación de irascibilidad y desasosiego invadió todo mi ser. Visualicé detenidamente uno a uno de los manuscritos y lo que estaba observando se escapaba a toda lógica; las vitelas, extrafinas como papel de fumar, lucían miles de símbolos cuneiformes, jeroglíficos egipcios, escritura en arameo, hebreo, persa antiguo, babilonio, elamita, griego antiguo, latín; la simbología sagrada celta era exquisita, con sus ciervos, espirales y laberintos perfectamente estructurados, idénticos a los grabados en las rocas de los petroglifos de Galicia. ¿Cómo era posible aquello?, parecía la recopilación y transcripción escrita de cientos de lenguas y dialectos primigenios. La excitación ante tal compilación de signos, letras, y símbolos dejó las baterías de mi cerebro bajo mínimos, semi agotado por el procesamiento de tanta información, me encontré al borde del colapso. No tuve más opción que sentarme en el suelo. Un leve chispazo visual me hizo ser consciente de que cada vez que entraba en la gruta me iba vaciando espiritualmente, era como si la gruta estuviese provista de un inhibidor de frecuencias místicas. Cruzar el umbral de aquella milenaria oquedad rocosa, era como penetrar en una incorpórea burbuja que te alejaba de la otra realidad; allí dentro no escuchaba ni a mi propia conciencia. A pesar de mis creencias, de mis experiencias extrasensoriales, de haber conectado con otros planos existenciales, era incapaz de discernir si estaba viviendo en una realidad latente o era un mero figurante de un sueño o de un film de ciencia ficción. Cerré los ojos buscando una desconexión momentánea, circunstancial. Me levanté del suelo, me fui directo a la vitela escrita en griego antiguo y comencé a recitar su prosa en voz alta...

«Y los dioses bajaron del cielo eterno montados en su nube de fuego. De en medio de una poderosa luminiscencia salieron los dioses portando armaduras de oro y espadas relampagueantes. Su voz era como la de una atronadora trompeta. Trece fuimos señalados, arrastrados a su nube celestial. Allí permanecimos cautivos durante incontables lunas. Una melodía celestial obturaba nuestros oídos. Sufrimos terribles ensoñaciones de sol a sol, pero con su magia divina nos concedieron lengua. Nos proveyeron de la chispa de vida, y nos mostraron su halo sagrado. Bebimos de su sangre sagrada, pues su sangre es vida. No nos mostraron sus rostros, ni dijeron sus nombres. ¡Ay de aquel que turbe la magnificencia de los dioses, ya que ellos son portadores de la gracia divina y ostentan el poder sobre la vida y sobre la muerte!. Los trece fuimos instruidos en la magia, en el saber divino, aprendimos las técnicas de la escritura, simbología, matemáticas, arquitectura, agricultura, pesca, y astronomía. Nosotros fuimos los maestros de nuestro pueblo, y los instruimos para que supiesen extraer de las cumbres sagradas las piedras radiantes de fuego. A cambio del sudor de la frente de nuestro pueblo, construyeron con su magia esta ciudad, y extrajeron agua de la roca. Aquí convivimos en armonía durante miles de lunas. Dijeron ser los últimos de una estirpe que luchaba contra la oscuridad del ser. Los dioses eran hábiles cazadores, con sus manos de rayo atrapaban a sus presas a cientos de pies de distancia. A pesar de ser inferiores, los dioses nos

trataban con diligencia y justicia. Impacientes estaban los altísimos por continuar con su divina misión; someter al ser de oscuridad infinita. La extracción de las piedras de fuego era lenta, los dioses ansiaban volver a plegar el espacio tiempo. El dios de voz atronadora, harto de esperar, y en contra de sus congéneres, creó dentro de la vasija natal a un ser primitivo. Le llamó hombre para diferenciarlo de las bestias, y lo dotó de la falsa chispa de vida. El hombre fue creado a nuestra imagen y semejanza. Criado para trabajar, para alimentar con su carne purificada mediante ritos sagrados a los dioses. Tras el sacrificio de la carne, la chispa abandonaba su cuerpo y se adhería al halo sagrado de los dioses. Los hombres eran seres ignorantes, ruines como las ratas esclavizadas. «Dejad que crezcan y se multipliquen». Dijo el dios estentóreo. El hombre se extendió como una plaga de langostas por todo el mundo. Los dioses fundaron trece casas para controlar la tierra. Antes de plegar el espacio tiempo, los dioses nos ordenaron gobernar el mundo, construir ciudades y templos donde debíamos realizar los sacrificios con ritos sagrados. Los trece esclavizamos al hombre para cumplir el mandato divino. En vano, quisimos enseñar a las ratas el camino de la verdad, de la piedad y del raciocinio. Nosotros debíamos ser la voz de los dioses y trasladar su palabra a la raza humana. Fuimos advertidos por algunos dioses de la mezquindad del hombre, del peligro de la mescolanza, pues son seres malignos, portadores del pecado original. ¡Pobre de aquel que muestre el saber de los dioses al ser!. Se nos dijo, ¡Usad la ignorancia para controlar la plaga!, ¡usad el miedo que es arma poderosa!. Hinchidos por el saber divino y la magia nos creímos seres omnisapientes. Los trece, nos autoproclamamos dioses de la tierra, y nuestros descendientes fueron coronados reyes. Obligamos a los mortales a sacrificar sus vidas por los nuevos dioses. Los trece, salimos de la ciudad oculta con doradas armaduras, y nuestra estirpe se repartió por el mundo. Embriagados de poder, ciegos por la adoración, por las ofrendas, por los sacrificios de sangre, ¡porque la sangre es vida!. Ególatras sedujimos a sus hembras, mezclamos nuestra semilla y creamos una raza de mestiza. Semidioses se llamaron a si mismos y reclamaron más poder; quisieron ser reyes. Asesinaron a muchos de nuestros hijos y la paz desapareció de la faz de la tierra. La raza inferior, iracunda, fuera de control, comandada por semidioses se extendió por el mundo como una plaga de destructivos entes oscuros. Su ruindad, su maldad ilimitada, su oscuridad infinita, atrajeron un mal mayor. El innumerable de oscuridad infinita llegó al mundo, entró en la ciudad oculta y chupó la chispa vital a nuestro pueblo, arrebatándoles la inmortalidad. Arrasó ciudades, se nutrió de su chispa putrefacta. Hinchido de por tanta maldad su poder era indescriptible. Él fue el creador de insondables tinieblas. Los dioses regresaron a la tierra, combatieron su oscuridad, muchos dioses perdieron la chispa vital, el halo y la inmortalidad. Los supervivientes encadenaron al ser oscuro a su nube celestial. El dolor provocado por las pérdidas, nubló la mente de algunos dioses. Desquiciados acusaron al hombre de atraer y alimentar con su pútrida alma al ser de eterna oscuridad. El desacuerdo entre los dioses les condujo a una guerra, el cielo gritó desesperado, los dioses lucharon

entre si. El dios de voz atronadora, creó el Hades y desterró a los vencidos.

Una mano se posó sobre mi hombro, me giré sobresaltado, era Vanesa y Moshe señalándome la hora.

— ¿Qué pasa estás sordo?, ¿o no te funciona el intercomunicador?. — preguntó Vanesa enojada.

— Lo desconecté para que nadie me interrumpiese, y la verdad, perdí la noción del tiempo.

— ¿Qué ha descubierto? — preguntó Moshe.

— Os lo cuento por el camino, no quiero que os asfixiéis por mi culpa.

Montamos en el club car. Mientras circulábamos, les conté lo que había leído en uno de los pergaminos griegos, pero no mostraron sorpresa, ellos habían leído ese pergamino mucho antes que yo. La cara de Moshe mostraba un claro escepticismo, sin embargo la de Vanesa irradiaba ira. No entendí su aptitud hacía mí. Cuando llegamos al exterior, Vanesa se apresuró a bajar del vehículo, entró en la caseta y cerró la puerta desde el interior. Moshe se quitó la escafandra y me miró con un gesto de extrañeza. Resignado pensé. «Nunca entenderé a las mujeres». Vanesa salió escopeteada del vestuario, ocultando su mirada tras unas oscuras gafas de sol. Moshe y yo nos sacamos los trajes, abandonamos la caseta y caminamos en silencio hasta nuestras respectivas tiendas. — Nos vemos en una hora. — comentó Moshe. Asentí con la cabeza, y me tumbé un rato sobre el catre. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas, de repasar el manuscrito griego. El viento comenzó a soplar con fuerza. Me levanté y me fui hasta el comedor, me apetecía tomar un café, el cuerpo me pedía cafeína a gritos. Cuando llegué al vestuario, Moshe y Vanesa me esperan sentados en el club car. Poco tiempo después estábamos dentro del Partenón. El interior del monumento estaba vacío; a excepción de la pared frontal que lucía una enorme pizarra digital colocada sobre una base de acero inoxidable. Unos metros por delante del esquisto vitrificado, habían colocada una mesa presidencial con cuatro butacas, y a continuación del mesado, cuatro hileras de sillas plegables. Vanesa se colocó en primera fila, Moshe si situó en la fila posterior al lado de sus colegas, yo me senté en la última fila. Al cabo de un rato la sala se llenó de gente desconocida; me imaginé que serían los capataces encargados de los trabajos de extracción, forenses, arqueólogos y el resto de científicos que trabajan en el análisis de las muestras. Sentí un profundo y gélido frío en el interior del traje; me extraño en sobremanera, ya que la app que lo controlaba indicaba que todo estaba en orden. Los mandos militares, el delegado del mossad y Amiel se sentaron en las cuatro butacas situadas tras la mesa que presidía la sala. «Amiel, el chofer, sentado delante, ¿Quién coño

será?, ¿otro “delegado del Mossad”?», lo que si me queda claro es que no es un simple chofer» — pensé. El comandante ojeó un documento que había sobre la mesa. — A medida que vayan escuchando sus nombres, les agradecemos que se acerquen a la pizarra, mediante la app instalada en el dispositivo de pulsera de sus trajes podrán manejar los contenidos de sus trabajos e informes que serán visualizados por los presentes en la ventana digital. Los primeros en hablar fueron los capataces e ingenieros encargados de las extracciones y conservación de los edificios. Los siguientes fueron los forenses. Cada vez sentía más y más frío. Siguió pasando gente, sus voces me sonaban como el zumbido de un enjambre de abejas. Revisé de nuevo la app y las constantes de mi traje seguían siendo normales. Cuando vi que se levantaba Vanesa, recobré el interés. La “Venus” afirmaba estar desconcertada con algunos de los resultados de las pruebas del carbono 14, y con la extraña coincidencia de piezas halladas en esta ciudad con otras localizadas siglos atrás en el continente americano. Tras una larga y anodina exposición de los estudios y análisis de las pruebas, concluyó. — Con los datos en la mano, puedo afirmar con rotundidad, que esta ciudad es la cuna, y que sus extintos habitantes, fueron los precursores de la civilización humana tal y como la conocemos—. Escuché mi nombre, me levanté aturdido con una densidad cerebral incipiente. Comencé a pasar las diapositivas con los grabados de las viviendas clonadas, traduje los símbolos cuneiformes grabados en sus fachadas. Con mi meticulosa exposición traté de no entrar en debates teológicos. Me centré sobre todo en explicar la traducción del pergamino manuscrito en griego antiguo dada su sencillez; y que tenía la sensación que esta ciudad había sido la primera biblioteca del mundo. Se creó un gran rumor en toda la sala. La idea de que “dioses” extraterrestres nos hubiesen creado in Vitro, que fuésemos una aberración genética, o una burda clonación de otros seres no gustó a un gran sector de los presentes. Amiel se levantó de su silla gritando mientras abandonaba la sala.

— Solo hay único y verdadero Dios, HaShem. La coincidencia entre el ADN de esos seres y el nuestro es una prueba irrefutable de que Dios existe, de que fue el creador del todo. Esos manuscritos son los desvaríos de una mente antigua y febril. Estoy cansado de teorías Anunakis, de gobernantes reptilianos, de falsos ídolos y de dioses alados. La verdad fue escrita por Moisés, el Bereshit, el Shemot, el Vayikrá, el Bemidbar y el Devari, nos hablan de la creación del mundo, nos cuentan la historia de los patriarcas, nos explican como fue la entrega de la ley en el Sinaí y la muerte de Moisés ante Canaán. — gritó entre aspavientos.

Los asistentes comenzaron a abandonar el recinto. Fui el último en salir, Moshe me esperaba sentado en el club car. Me extrañó sin llegar a alarmarme la ausencia de Vanesa. Me monté en el vehículo y salimos en silencio de la caverna. La cena transcurrió sin sobresaltos, crucé unas miradas furtivas con Vanesa, mientras ella jugueteaba con unas migas de pan que había sobre la mesa. Me levanté de la mesa sin decir nada, sin fijar la mirada en nadie. Salí del comedor y me fui directo a mi tienda,

poco después una repentina tristeza embargó todo mi ser, sentí la necesidad de salir a caminar por el desierto. Al llegar al punto de control de acceso al campamento uno de los centinelas me mandó esperar, debía de comprobar que podía salir, llamó por radio al puesto de mando y tras una breve conversación abrió la puerta metálica que me daba el acceso a la libertad. Caminé sin rumbo fijo. La noche se me había echado encima; la luna brillaba intensamente y el cielo estaba plagado de estrellas. Un fuerte viento produjo una densa nube de arena delante de mí. Me tapé la cara con la braga, me coloqué las gafas de protección y encendí la linterna sin dejara de caminar. La intensidad del viento fue decreciendo, vi como las partículas de arena descendían a cámara lenta y como la nube iba desapareciendo, una voz distante, cavernosa, me produjo temor; «abandona este lugar si no quieres perder tú alma», seguí caminado, intentando localizar el origen de aquel sonido de ultratumba. Llegué a una pequeña depresión rocosa; no tardé en descubrir que la voz salía de un orificio negro. Por cada paso que daba el volumen gutural aumentaba, y presentía que su mensaje era más y más amenazante. Me apoyé en la boca del agujero e introduje el haz de luz de mi pequeña linterna en aquella lúgubre e infinita oscuridad. La voz brotaba furiosa por la oscura puerta bramando «abandona este lugar si no quieres perder tú vida y tú alma», sentí la levedad de una presencia que parecía acecharme entre las piedras fantasmales. Alumbré las rocas con la luz de la linterna y me pareció que vibraban. A pesar de mi fortaleza mental, de mis vivencias paranormales, sentí un cierto temor aunque no el suficiente, mi curiosidad y mi imprudencia resultaron ser más poderosas; así que me dispuse a cruzar el umbral de la oscuridad y me introduje en el oscuro recinto de donde brotaba la voz. Dentro de la caverna circulaban unas corrientes de aire, supuse que procederían de alguna región más hacia el interior. Bajé por una pendiente bastante pronunciada hasta que llegué a una pequeña planicie. Moví el haz de luz de la linterna por el interior de la caverna, iluminado el techo y las paredes, en ese preciso instante fui testigo del arte pictórico desarrollado por una antigua raza; observé obnubilado el trazado de unas curiosas rayas ondulares, también pude ver con creciente excitación un laberinto de relieves curvilíneos excesivamente familiares. La voz seguía retumbando en mis oídos, pero aun así seguí buscando los vestigios de aquella raza que supuse primitiva. Al levantar el haz de la linterna buscando nuevos grabados tuve la impresión de que la forma del techo de la cueva era demasiado asimétrica para que fuese de origen natural, «qué prodigiosos maestros canteros habrán trabajado aquí». Una súbita corriente de aire hizo que me girase, la luz me reveló un acceso a otro lugar; la intensa voz provenía de allí. Sentí una fuerte y misteriosa opresión en el pecho al observar que el sonido atravesaba una puerta metálica instalada en el medio de una pared, me acerqué a ella, la toqué, la observé detenidamente y vi cientos de símbolos desconocidos adornando aquella puerta que asemejaba ser bronce. Tiré de una argolla con fuerza y a duras penas logré arrastrarla; tras ella había un túnel de oscuridad infinita. Un acuciante y profundo mareo nubló mi vista, el sonido de la voz era desgarrador, densos pensamientos fatalistas

colapsaron mi mente. Las cavernosas palabras parecían levitar en el aire, y se fueron transformando en proféticas advertencias de dioses desconocido para mí. «Viniste a través del desierto, desde tierras lejanas, ¡no deberías haber pisado las áridas y ocultas calles de la ciudad maldecida por los dioses!, el ser de oscuro acudió atraído por las voces del hombre, cuando llegó absorbió su luz y con la increíble ingravidez de su halo negro dejó su impronta de pestilencia en las casas, los templos y los muros de esa ciudad maldecida por nos; con vuestra intromisión abristeis las puertas al invisible enemigo que el ojo humano no puede ver». Por primera vez en mi vida sentí que mi mente desvariaba. Las voces turbaban mis sentidos. Me acurruqué como un niño al lado de una pared. Devoré mis uñas, rasgué mis vestimentas. Caminé desnudo, sin rumbo por en medio de aquella inmensa oscuridad. Perdí la noción del tiempo, una chispa de lucidez hizo que mirase mi reloj, y me asusté al ver el cuadradillo con la fecha del calendario en mi inseparable omega constellation. Habían pasado tres días. La batería de la linterna se había agotado, el miedo se apoderó de mí. «¿Como voy a salir de aquí?», desconocía que distancia debía recorrer para abandonar aquella ceguera. Las voces seguían atormentando mi mente. Las fuerzas me fallaban; fui arrastrándome por el suelo, a palpadas descubrí que había giros y cambios de pendiente; llegué a lo que intuía era largo corredor. Me puse de rodillas y pedí ayuda a los dioses de mi abuelo, a esos dioses que creía conocer. Una voz, un susurro, una bocanada de aire fresco salió de en medio de las voces que atormentaban mi mente «Levántate del suelo mestizo, no ha llegado tú hora». Las lágrimas brotaron de mis ojos deshidratados. Era la voz de Ramiro que venía al rescate. Aquel murmullo se convirtió en voz atronadora, traté de levantarme, pero no había altura suficiente para permanecer de pie. Caminé a gatas arrastrando mis manos por el suelo, recitando antiguos conjuros que Ramiro me había enseñado. Las palabras de un antiguo relato de Don Ramón de Valle Inclán alcanzaron mi mente, «señor granadero del rey, no hay absolución, yo no absuelvo a los cobardes». Al fondo del corredor vislumbré un pequeño punto brillante. Caminé hacia el sin descanso, hasta que llegué a la luz. Descolgué mi cuerpo por el orificio por el que había entrado en la gruta agotando la última rayita de mi batería interna. Sentí el calido tacto de una mano, entreabrí mis ojos y vi el dulce rostro de una diosa mortal. Sin ser consciente de cuanto tiempo había estado inconsciente abrí los ojos. Estaba tendido sobre una camilla; una vía salía de mi brazo y observé que tenía varias ventosas con electrodos pegados en mi pecho. Comencé a despojarme de todos aquellos instrumentos que medían mis constantes vitales; una alarma sonó; acto seguido una enfermera entró en la habitación. Me dijo unas palabras que no logré entender, aunque supe que quería decirme que me quedase en la cama. Instantes después entró un médico. — No se levante, todavía no está recuperado. — Me dijo aquel doctor mientras me inyectaba un calmante. Para cuando volví a abrir los ojos, Vanesa estaba sentada sobre la camilla.

— ¿Qué pasa doctor Jones?, ¿mejor después de encontrar su templo maldito?. — comentó Vanesa en tono jocoso. — No jodas. — le dije esbozando una sonrisa.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Sentí el calor de su corazón en mi pecho. Me sentí bien por un instante. Moshe entró acompañado por el comandante en el pequeño hospital de campaña. Los dos se colocaron delante de mí, Moshe me miró fijamente a los ojos y comenzó a hablar de mi inconsciencia por haber abandonado el campamento, de que llevaban más de cuatro días buscándome, del conflicto que podía haber creado si no hubiese aparecido. Estuvo más de diez eternos minutos sermoneándome, reprendiéndome como un padre que regaña a su pequeño vástago. Cerré los ojos y me evadí del lugar; retazos e imágenes de los grabados de aquella cueva inundaron mi mente. A la mañana siguiente desperté empapado en sudor. Ya no tenía nada pegado sobre mi cuerpo, por lo que supuse que me podía levantar. No vi a nadie. Me incorporé de la camilla; la cabeza me daba vueltas. Salí al exterior vestido con aquel camisón hospitalario; el sol cegaba mi vista. Caminé hasta mi tienda ante la atenta mirada de varios soldados que pasaban por allí; se sonrieron, una leve y calida ventisca me desprendió de mi bata dejando mis encantos al descubierto. Entre en la tienda y saqué de mi bolsa de viaje ropa limpia. Sobre la mesilla estaba colocado mi reloj, me lo coloqué en la muñeca. Era la una, la hora de comer; en breve llegaría todo el mundo. A lo lejos pude ver como los pequeños clubs cars aparcaban al lado del vestuario. Mis tripas rugían desesperadas. Me fui al comedor, me senté en la mesa y uno de los soldados me ofreció algo de beber. Minutos después el comedor comenzó a llenarse de gente que pasaba a mi lado y me observaba de manera furtiva. En el momento en que el soldado que ejercía de camarero me dejó un plato lleno de todo tipo de verduras sobre la mesa, deseé el tener a mi alcance un buen chuletón de buey. —«Mi reino por un chuletón». — gritó mi mente.

Vanesa se sentó a mi lado, me puso la mano sobre la pierna y me besó en la mejilla. A pesar de estar todavía convaleciente, el simple tacto de su mano sobre mi pierna alteró todos mis sentidos, en especial uno de ellos. Moshe se acercó a nosotros.

— Ahora tendrás un dilema en tú mente, ver el majestuoso templo de la ciudad que ya está totalmente al descubierto, o volver a ver los frescos y los grabados de tu capilla sixtina perdida en medio del desierto.

Miré a Moshe con un gesto de extrañeza grabado en mi rostro, no sabía de lo que me estaba hablando. Los recuerdos de mi aventura por el desierto eran muy difusos, veía retazos sueltos, imágenes borrosas; lo único que permanecía claro en mi mente y en mis oídos era el mensaje de aquellos dioses. Agarré a Vanesa de la mano y salí con ella al exterior. Mientras salíamos, observé que Moshe me miró con cierto enojo por

dejarlo con la palabra en la boca. Caminamos en dirección a los vestuarios y nos sentamos sobre unas piedras que estaban unos metros antes, a mitad de camino entre el comedor y la caseta en donde dejábamos nuestros trajes. Allí con en medio de aquellas rocas y de una cálida brisa que acaricia nuestros rostros oscurecidos por el sol, le conté a Vanesa mi experiencia. Tras el relato el miedo se dibujó en su rostro. Ella me contó que hacía días que tenía la extraña sensación de que aquel lugar estaba maldito, y de que descubriendo este lugar habíamos desenterrado la caja de Pandora. Que llevaba días teniendo horribles sueños en las que un inmenso ser arrasaba el mundo con su oscuridad y que en esas pesadillas oía los gritos desesperados de miles de madres llorando la pérdida de sus hijos. La miré a los ojos y en esos espejos, vislumbré el reflejo del miedo que atormentaba su alma. Nos fundimos en un fuerte abrazo, la besé en los labios y sentí de algún modo cómo se estremecía todo su ser. En ese instante sentimos una intensa vibración sobre el terreno y como temblaba bajo nuestros pies. Las sirenas de alarma del campamento sonaron quebrando la serenidad de aquel momento. Nos levantamos de las rocas, los soldados corrían histéricos por todo el campamento. Observamos como el comandante salía del comedor soplando el aire a través de un silbato.

— ¡Cálmense!, ¡por el amor de Dios!, ¡mantengan la compostura!.
— gritaba desesperado mientras caminaba hacia el puesto de mando.

El temblor desapareció y los ánimos de los hombres y mujeres uniformados se calmaron. Sin embargo, Vanesa y yo intuimos que era un presagio, la señal de que algo terrible estaba asomando su patita. Nos acercamos al puesto de mando. El comandante y el delegado del Mossad discutían acaloradamente, al vernos bajaron los tonos de sus voces.

— ¿Qué pasa?. — preguntamos.

— Nada, un seísmo sin importancia. — dijo el delegado del Mossad zanjando la conversación mientras abandonaba la tienda.

Capítulo 13

XIII EL TEMPLO MALDITO DE QÚMRAM.

El comandante, nos miró con un gesto desairado y nos ordenó que siguiésemos con nuestros trabajos. Moshe se acercó por detrás y nos agarró a Vanesa y a mí. Los tres caminamos hacia la caseta, Vanesa y Moshe se detuvieron delante de la puerta.

— Al día siguiente de tú desaparición comenzaron los seísmos. — comentó Vanesa.

— ¿Cómo?.

— Si, y se repiten sistemáticamente todos los días a la misma hora. A las tres en punto, pero lo más desconcertante de todo es que los sismógrafos no captan el temblor. Aquí pasa algo Marco, todos los días a la misma hora, a las tres en punto hay una replica, a ti te encontraron, pero al resto no; es más, creo que a ti te encontraron por casualidad.

— ¿Qué?, ¿Quiénes han desaparecido?

— Personal de obra, científicos, Alfred Jaskin.

— Alfred, ¿el arqueólogo?.

— Si, y el último en desaparecer ha sido Simón.

— ¿El teniente?, desaparecidos... ¿no sé habrán ido de manera voluntaria?, yo me fui a dar un paseo y al final me desorienté, perdí el rumbo...

— De ti había constancia, pero del resto no; no falta ningún vehículo; las cámaras de vigilancia no han registrado ninguna salida; es como si se los hubiesen tragado las arenas del desierto.

— ¿Grabaciones?

— Marco, a veces pareces tonto, el perímetro del campamento está controlado por cámaras, vigilado en todo momento, además han desaparecido varios cuerpos de la morgue.

—¿Cuerpos?, ¿qué cuerpos?, ijoder!.

— Al día siguiente a tú desaparición, se montó un revuelo impresionante, en la morgue solo estaban los cuerpos a los que se habían

practicado las autopsias, el resto de humanoides habían desaparecido. Los militares hicieron recuento del personal y faltaban seis personas, dos forenses, dos de sus ayudantes y dos obreros. Todo indicaba que se habrían fugado con los cuerpos, pero se revisaron las cámaras, se interrogaron a los vigías y nada. Llegaron cuatro helicópteros desde la base aérea de Ramat David, para rastrear el desierto y nada, no encontraron nada. Cuando desapareció Simón, se montó otro dispositivo de búsqueda y fue cuando te encontraron a ti.

— Cambiémonos y bajemos, llevamos demasiado tiempo aquí parados, y tal y como están las cosas con los militares es mejor seguir investigando. — concluyó Moshe.

Nos cambiamos en tiempo record; montamos en el vehículo. Moshe entró como una bala en la gruta, parecía como si quisiese recuperar el tiempo perdido. Al salir del pasillo que accedía a la gruta, observé impresionado, anonadado, el gigantesco templo que emergía como un colosal titán de en medio de las arenas. A primera vista, aquella sobrecogedora construcción conjugaba la perfecta fusión entre diversas milenarias arquitecturas religiosas, su fachada principal era colosal, con una estructura semejante a la fachada de diseño normando del Obradoiro de la catedral de Santiago de Compostela, con dos gigantescas torres en los extremos, y su cuerpo central dividido en seis pisos y seis calles, siguiendo una línea en que las laterales eran la mitad de la central. Parecía estar construida en granito con vetas blanquecidas luminiscentes. Sus elementos constructivos eran semejantes a los del monumento compostelano, pilastras acanaladas, columnas exentas de corintias de orden gigante en el cuerpo central sobre el que volteaban cientos de arcos de medio punto. La nave central del edificio era cómo la fusión entre la cúpula de la basílica de San Pedro, el pico de la pirámide de Giza y las paredes escalonadas de la pirámide de Cholula. Trece alminares unidos entre si por una especie de pasarelas rodeaban colosal la construcción. «Dioses», exclamé en voz alta. — ciertamente tuvieron que ser los dioses quienes construyeron está impresionante maravilla. — concluyó Moshe. Llegamos a la explanada que precedía al del templo; bajé del vehículo sin recuperar el aliento. Caminamos hacia las escalinatas. Subimos varios pisos de escaleras hasta llegar al pórtico central de la entrada. Cómo en el resto de construcciones halladas hasta el momento, sus paredes carecían de grabados e inscripciones o de cualquier tipo de talla o escultura. No se apreciaban juntas de dilatación, no tenían melladuras ni fisuras. Es como si la construcción fuese fundida en un molde gigante. Atravesamos el majestuoso umbral del pórtico como aquel que camina dando un ínfimo paso para el mundo, pero uno inmenso paso para la humanidad. Dos espectaculares pasillos se alargaban a derecha e izquierda elevándose hasta lo más alto de las torres. Me arrodillé para tocar el pavimento que parecía estar formado por una única losa de jade verde. Caminamos recto y salimos por un gigantesco atrio rodeado de columnas, en el centro de aquella plaza estaba situado lo que antaño debería haber sido un

gigantesco estanque. Como en el exterior, todas las paredes y columnas interiores estaban desnudas, desposeídas de cualquier tipo de signo o simbología. Accedimos a la nave central cruzando un pasadizo que se elevaba más de veinte metros del suelo. Al entrar en la infinita sala central, unos potentes focos de luz fría iluminaban la techumbre y las paredes. Elevé la mirada, y me sorprendió ver aquella techumbre de la cúpula de la basílica pues a diferencia del resto, estaba decorada con miles de ojos dorados en relieve, que sobresalían como protuberancias por encima del recubrimiento luminiscente del techo. — Los ojos de los dioses nos están observando. — dijo Moshe. Caminé unos pasos, me dí la vuelta. La pared que estaba detrás de mí, lucía megalíticos frescos que se iniciaban desde el suelo y se perdían en los incontables metros de altura que medían los tabiques. Toqué con mis manos la escafandra, cómo quien pretende frotarse los ojos. No podía salir de mi estupefacción. Caminamos en silencio admirando las expresiones pictóricas reflejadas en aquellas paredes, «no puede ser, ¡es el jardín del Edén!». Cuatro ríos bañaban un inmenso jardín, los árboles brillaban y de la tierra manaban miles de frutos. — Vamos, el tiempo se nos agota. — gritó Moshe alarmado. Estar en ese lugar, era como entrar en un trance profundo en el que el tiempo transcurría sin que fueses consciente de ello. Miré el marcador de la muñeca, teníamos el tiempo justo para llegar al vehículo y salir de la gruta. Caminamos de manera apresurada; nos montamos en el club car, y aguantando la respiración conseguimos salir de la gruta; nada más cruzar la salida, Moshe frenó en seco y nos sacamos las escafandras. Nos resultó reconfortante respirar aquel aire caliente y reseco de nuevo. Vanesa en una especie de arrebató se levantó del asiento de atrás, me abrazó del cuello, me besó la mejilla y me susurró al oído.

— Después de cenar ven a verme a mi tienda, tengo algo nuevo que enseñarte.

Un intenso calor recorrió todo mi cuerpo al escuchar aquel leve susurro. Moshe aparcó el vehículo al lado de los vestuarios, Vanesa bajó primero y cerró la puerta de la caseta. «¿Qué querrá enseñarme?». — pensé, mientras escrutaba su cuerpo desnudo en mi mente. Vanesa salió del vestuario con una sonrisa pícaro tatuada en sus labios. Me saqué el traje y observé que me había salido un hematoma alrededor de la zona en donde me habían colocado una de las vías. Moshe me agarró del brazo y me susurró al oído. — Después de cenar venga a verme a mi tienda, tengo que mostrarle algo. — Aquel susurro me encogió el estómago, me creó un cierto malestar. Me revolví con un gesto y me separé de Moshe. Al salir noté algo diferente en las rutinas de los soldados, caminaban agrupados de a seis. Caminé delante de Moshe, entré en mi tienda y me pegué una ducha, el agua salía templada y despedía un fuerte olor a rancio, «¿estarán fallando las potabilizadoras?» —cavilé, mientras trataba de que no se me introdujese ni una sola gota de agua en la boca. Después de colocarme mi calzoncillo de la suerte debajo de los pantalones, me dirigí al comedor. Vanesa no había llegado, Moshe estaba sentado tomando una

infusión. Me acerqué al comandante que estaba charlando con el delegado del Mossad.

— Disculpe comandante, he notado que el agua desprende un olor raro.

El comandante se giró, Absalón me miró con cara de pocos amigos y separó de nosotros; acto seguido el comandante se acercó a mí oído.

— Después de cenar ven a verme a mi tienda, tengo algo nuevo que enseñarte; el olor de su libido me produce repulsión. Sudoroso se folla mejor.

Aquellas sórdidas palabras me produjeron asco. Miré al comandante con los ojos de una hiena pernicioso. El comandante se separó de mí, su rictus era el de un hombre enajenado; colocó su mano derecha sobre la culata de su pistola, le miré fijamente a los ojos y pude ver la ira reflejada en sus espejos. Aquel gesto, sus palabras y su mirada me dejaron descolocado. Me alejé de él, y me senté a la mesa. Amiel se sentó a mi lado, acercando sus labios a mi oído. — ¡No más susurros!— grité. Parte de los comensales me miraron fijamente. «Cuando los ambientes anden revueltos observa detenidamente el éter». En ese mismo instante centré mi mirada en el vacío, buscando alteraciones en el éter. Observé que su fluido levitaba rígido, había perdido su plasticidad, también vi que estaba difuso, eso motivaba que se produjesen unas alteraciones en la simbiosis a nivel molecular lo que imposibilitaba la fluidez necesaria para la correcta transmisión de las energías. Amiel, siseando me agarró del brazo y me sacó fuera del comedor; caminamos unos metros y nos detuvimos delante de un blindado del ejército.

— ¡Cálmese hombre!, los espíritus de los hombres están angustiados, algo perturba su paz. Algo oscuro se cierne sobre nosotros.

Agité la cabeza y miré fijamente a Amiel. — ¿Quién coño es usted?. — pregunté alterado.

— La máxima autoridad del Rabinato en Israel.

— ¿Y la máxima autoridad del Rabinato ejerce de Chofer?

— Estoy de incógnito, nuestro gobierno así lo quiere, este descubrimiento puede cambiar el mundo tal y como lo conocemos. Que una civilización con una antigüedad de más de treinta mil años estuviese tan desarrollada puede resultar extraño, que haya permanecido oculta durante más de dos mil años también, pero que posea datos sobre nuestro pasado, presente y futuro, puede desestabilizar el mundo. La humanidad no está preparada para conocer todos los misterios. ¿Ha visto

la cámara sellada del templo?.

— No.

— Cuando la vea, reúnase conmigo, hasta entonces mantenga la calma. Te miro a los ojos y veo en ellos la impulsividad e irascibilidad de tú abuelo.

— ¿Conoció a Ramiro?.

— Si, de hecho, fuimos compañeros en más de una expedición, aprendí mucho de él, era un hombre sabio, sentí su pérdida. No es casualidad que estés aquí, yo te mandé venir, nos sobran expertos en manuscritos antiguos, pero nos faltan personas que puedan sentir el más allá, que puedan entrar en conjunción con los astros, percibir el éxtasis espiritual, que sientan a los dioses antiguos, y que estén en comunión con las normas. Tú abuelo me hablo de tus dones.

Amiel, antes de irse de mi lado, descubrió su antebrazo izquierdo y me mostró el árbol de la vida, el símbolo de nuestra orden grabado a fuego. —«Algún día no muy lejano conocerás a otros miembros de nuestra orden sagrada».— La voz de Ramiro resonó como un eco en mi mente. Me percaté de que encima de aquel símbolo sellado en la carne de Amiel, destacaba un tatuaje con el número XIII. Me extraño ver ese número sobre el sello, ya que ni Ramiro, ni yo llevábamos ningún número tatuado. Conocía la existencia de grados dentro de la orden, por lo que supuse que sería su grado. Aquella conversación me dejó petrificado durante unos segundos. Cerré los ojos para poder reflexionar y una leve caricia en las mejillas me hizo regresar. Era Vanesa.

— ¿Qué pasa?, ¿de qué hablabas con Amiel?.

— Nada importante, creo... me comentó algo sobre una cámara sellada en templo, ¿tú la has visto?.

— No, el acceso está restringido. Marco, cada día que pasa me siento más insegura en este lugar, lo que se ha descubierto aquí es algo impresionante, inconmensurable, único diría yo, pero desde que desapareciste las cosas van de mal en peor; te parecerá una bobada, pero siento que me están secuestrando las emociones, con el paso de los días me siento más vacía, ite lo juro!, siento que este lugar me está devorando el alma poco a poco!.

— No es seguro hablar aquí, creo que nos espían.

Vanesa me miró con un gesto de extrañeza. Saqué una libretilla del bolsillo trasero de mi pantalón y le escribí » tienen micros instalados por todas partes, el comandante me dijo las mismas palabras que tú al oído«.

El gesto de Vanesa tornó en preocupación. Le agarré de la mano y nos fuimos a cenar. Delante de la entrada del comedor dos hombres discutían acaloradamente. Pregunté a Vanesa si los conocía, me comentó que eran dos bioquímicos ingleses. Uno de ellos, el más alto, reprochaba al otro que discerniese de la teoría de un tal Tibor Gánti. — Me vas a discutir tú a mí, cómo surgió la vida, eres un payaso, todo surgió gracias a la abiogénesis y a un denominador común, el quimiotón. Eres un puto ignorante, lo primero es construirse y mantenerse a sí mismo, creando una capacidad metabólica, lo segundo es conseguir la base de almacenamiento de la información para continuar con el proceso de reproducción replicante introduciendo diversas mutaciones. Resulta que ahora es todo más simple, según tú, llegaron unos extraterrestres pusieron semillas en la tierra y lo crearon todo, pero ¿Quién los creó a ellos?, o a caso me vas a decir que son seres etéreos, creados de la nada. — El tipo más bajo, sin mediar palabra, golpeó al otro en el estomago. El sonido de un disparo paralizó la situación. El comandante había pegado un tiro al aire. — Me tienen hasta los cojones, váyanse a dormir la mona. — gritó. Varios soldados llegaron corriendo al comedor y apuntaron a los presentes con sus TAR-21; el comandante les ordenó bajar las armas y les indicó que se retirasen. Al ver semejante percal, le dije a Vanesa que me esperase en su tienda, que ya me encargaba yo de llevar algo de cenar; — El vino lo pongo yo. — me comentó con una leve sonrisa. Entré en el comedor, cogí unos trozos de pan, saqué dos cortes de costilla de ternera de la parrilla, los zapateé encima de un par de platos y me fui hacia la tienda. Justo antes de entrar, escuché el sonido del descorche de una botella. Entré y Vanesa estaba sirviendo dos copas de Abadía da Cova. Dejé los platos sobre una pequeña mesa de escritorio. Le indiqué a Vanesa que colocase el móvil en el soporte del reproductor de audio y que pusiese música. Cogimos las copas; brindamos y degustamos un sorbo de vino.

— Pensé que no te volvería a ver, estuve muy preocupada, ¿por qué te fuiste?.

— Sentí la necesidad de salir de aquí, necesitaba evadirme...

Vanesa me abrazó con fuerza. Nos sentamos sobre la cama y le conté todo lo que había pasado en el desierto. Ella me contó todas sus inquietudes y dudas mientras yo trataba de tranquilizarla; nos acurrucamos sobre la cama, y ella se quedó dormida entre mis brazos. Me separé con suavidad y me fui a mi tienda.

Me tendí sobre la cama con los ojos abiertos y una fuerza invisible que no era de este mundo me atrapó, traté de moverme, de gritar pero fui incapaz. Esa entidad invisible me sacó del campamento y me llevó al desierto; el viento soplaba con fuerza. Unos seres monstruosos, abstractos, inmensos, antinaturales, se acercaron a mí. La furia del viento se hizo infernal; las voces de los seres eran guturales, cavernosas, iespantosas!, sus mensajes estaban cargados de una perversidad

inimaginable. Penetraron en mi mente y pude ver a través de sus ojos como unas legiones romanas eran arrasadas delante de la ciudad maldita. Miles de legionarios eran degollados por gigantes con armaduras doradas. Aquellos seres dorados agarraban las almas de los desgraciados justo en el momento que iniciaban su viaje eterno, nada más abandonar sus cuerpos desangrados, y las devoraban sin piedad. Hienas, buitres y cuervos se unían a la bacanal sangrienta, desgarrando la carne de los miles de miembros mutilados. El horror de esas imágenes provocó una acuciante desolación dentro de todo mi ser. Las voces de los seres sonaban caóticas, penetraban por mis oídos como si fuesen corpóreas. «Esos son los dioses que tenían corazas de oro; y el ruido de sus alas era como el estruendo de carros, y de miles caballos que se lanzan a la batalla; esos dioses crían al hombre como cordero para degollar; y {están} vestidos de un manto de oscuridad dorada e infinita empapada en sangre, y su nombre es el de Dios; devoradores de almas». Mi cerebro se estaba desestabilizando e iba enfebreciendo. Me mostraron unas tumbas antiguas; dentro de las fosas yacían los cuerpos putrefactos de mis antepasados muertos; oí y vi como sus calaveras proferían horribles maldiciones, emitían extraños gruñidos y recitaban salmos demoníacos en extrañas lenguas. Me giré para perderlos de vista, tapé mis oídos y al volverme, divisé un éter luminoso flotando sobre una oscuridad infinita. Una horda de hombres distorsionados por el odio, portadores de muerte negra, montados a lomos de caballos cobrizos galopaban descontrolados sobre una cascada que desaparecía dentro del abismo insondable. El viento comenzó a calmarse y me sumergí ahogado las entrañas de la tierra, dentro de una negrura absoluta, la gran puerta de bronce se abrió con un estruendo ensordecedor, caminé y vi a una de las criaturas que bramó desesperadamente, el eco de su voz ascendió para saludar a un sol sangriento mientras me llevaba de vuelta al campamento.

Cerré los ojos y aullé desesperado.

— ¿Qué te pasa?. — gritó Vanesa.

Abrí los ojos e inexplicablemente estaba en la cama con Vanesa. — «¿una pesadilla?». — dudé.

— Este lugar me estaba volviendo loco, me siento vacío, abandonado por mis dioses, por mis antepasados. Presiento que este descubrimiento será el principio del fin.

— ¿Cómo?, no te entiendo.

— Aquí en este mismo lugar se creó al hombre. Algún dios apoyado por las trece casas ha estado tejiendo durante siglos un destino artificial para la humanidad, han prevaricado, manipulado nuestras vidas, ¿te das de cuenta de que vivimos en un mundo en donde decir la verdad es un desprestigio?. La mentira campa a sus anchas en redes sociales,

nuestros gobernantes nos mienten, los medios tergiversan la verdad, todo el mundo te miente con la excusa de no herir sentimientos. «La verdad está ahí, afuera», pero en cuanto la encuentras, hay mucha gente que se dedica a enterrarla de nuevo. Estoy casi seguro que este lugar es como la caja de Pandora, aquí se estaba encerrado un mal ancestral, pero la primera premisa para venir aquí fue firmar un contrato de confidencialidad que si incumples te lleva a la cárcel o quizás algo mucho peor, a una muerte dolorosa. Solo sé, que algo extremadamente brutal y terrorífico está a punto de desencadenarse. Deberíamos irnos de aquí lo antes posible.

— Tienes razón, cada día que paso aquí me siento más vacía, menos humana, carente de sentimientos, es como si me estuviesen arrancando el alma a bocados. Bajemos hoy por última vez a la ciudad, me carcome la curiosidad, me gustaría saber lo que esconde la cámara sellada.

Vanessa se levantó de la cama y cogió algo de una caja metálica que estaba sobre el escritorio.

— Encontré esto en medio de una de las cuadrigas desenterradas.

Abrió su puño derecho y sobre la palma de su mano pude ver un extraño y diminuto tubo metálico dentado, era como si hubiesen unido cientos de piñones de engranaje de manera vertical. Vanessa cogió unas pinzas de depilar y giró el primer piñón. «Dioses no puede ser». Una imagen holográfica salió del interior del tubo y se expandió flotando en el aire. Eran las imágenes del jardín del Edén que habíamos visto dentro del templo.

— ¡No puede ser!, gira otra pieza.

— Lo he intentado, pero parece que estén trabadas.

— ¡Joder!, ¿han aparecido más piezas como esta?

— Que yo sepa no.

— Guárdala bien, buscaremos la manera de sacarla de aquí sin que nadie se entere.

Vanessa asintió con un gesto, me dio un pico en los labios; dejó la pieza en la caja metálica y se fue hacia la ducha, salí de su tienda y me acerqué a la mía. Me di una ducha y me fui caminando hasta los vestuarios. Moshe estaba cambiado en el exterior, apoyado contra una de las paredes agarrando su escafandra. Nada más verme sonrió. Entré y me coloqué el traje, justo cuando iba a salir por la puerta entró Vanessa. Me giré y me

quedé observándola mientras se colocaba el traje.

Capítulo 14

XIV LA CÁMARA SELLADA

El estruendo de los rotores de un helicóptero Sikorsky CH 53 de transporte pesado desestabilizó el anodino rumor del campamento. Divisé que del interior del aparato, bajaban unos soldados portando unas cajas metálicas. Moshe tocó mi hombro. Nos montamos en el vehículo y nos adentramos en la gruta. Las imágenes holográficas del pequeño dispositivo que ocultaba Vanesa ocuparon mi mente durante unos breves instantes, justo hasta que observé de nuevo el palacio, que lucía imponente, apabullante, en medio de la iluminación de los potentes focos de luz fría. «¿Quién o qué habría construido el faraónico monumento?», me pregunté a mi mismo. Era consciente de que la mano del hombre no había tenido nada que ver en su construcción. Fragmentos de la pesadilla que había tenido la noche anterior asaltaron mis retinas. Quizás, la legión romana que había visto degollada en ese terrible sueño podría ser... «La legión perdida de Craso». No hacía mucho tiempo, se había publicado la noticia del descubrimiento de un yacimiento arqueológico en pleno centro de Roma. Otro de tantos se pensó al principio, pero este estaba repleto de manuscritos y tratados redactados por Plutarco y Plinio el Viejo. En el artículo se hablaba de que uno de los manuscritos narraba la derrota de Craso ante los partos, de como la legión superviviente había sido conducida a la antigua Bactriana, y tras años de trabajos forzados, se les ofreció la libertad a cambio de buscar y saquear la mítica ciudad perdida Qumrá. De ser eso cierto, quizás mi pesadilla era una visión, una imagen real de la barbarie acontecida en el pasado, una pequeña pieza de un maquiavélico puzzle. Entramos en el templo, caminamos hasta la sala del jardín del Edén. Moshe nos indicó que teníamos que esperar a Amiel y al comandante. La espera no fue demasiado larga. Seguimos a los dos hombres, atravesamos la sala hasta una especie de hall que se dividía en cuatro pasillos, seguimos de frente y llegamos a una especie de plaza, justo en el centro había un hueco seguido de unas escaleras descendentes. Moshe, Amiel y el comandante encendieron sus linternas, comenzamos a bajar las escaleras, conté 372 escalones hasta llegar a una puerta metálica con símbolos cuneiformes grabados en relieve conformando una especie de pictograma. En el centro de la puerta había incrustado una especie de resorte circular que intuía que actuaría a modo de cerradura.

— Le toca. — dijo el comandante.

Me giré y miré al militar con un gesto de extrañeza, pensaba que ya habrían entrado en ese lugar.

— Sabemos de su capacidad para resolver acertijos, y que ha descifrado jeroglíficos en tiempo record. Para serle sincero, hemos

grabado las imágenes y nuestros ordenadores han estado descodificando los símbolos para conseguir el código de acceso, pero de momento no hemos conseguido resultados.

Los tres hombre dirigieron los haces de luz de sus linternas hacía la puerta. Miré como se desarrollaba la serie de símbolos, los leí de arriba a abajo de derecha a izquierda; aquella escritura exigía usar con agudeza el canal sensorial visual, aquellas formas cuneiformes no eran efímeras palabras dibujadas al azar, era un mensaje tangible que esperaba ser descifrado. La clave era controlar el caos, mi cerebro comenzó a decodificar los datos buscando un patrón. Los símbolos comenzaron a iluminarse en mi mente. Agarré la rueda y la comencé girar lentamente, seis a la derecha, dos a la izquierda, tres a la derecha, uno a la izquierda, seis de nuevo a la derecha y dos a la izquierda. Tres segundos después escuchamos algo que sonaba como el giro de una corona dentada en el interior de las paredes, y la puerta se abrió hacia un lado. Amiel fue el primero en entrar, le siguió el comandante. Iluminaron el interior y pudimos ver al conclave reunido. Trece colosales esculturas sin rostro estaban sentadas alrededor de un tablero, en el centro de la mesa una esfera plateada flotaba y giraba en el aire. Moshe iluminó el techo buscando la sujeción de la esfera.

— Aquí águila uno, traigan iluminación artificial al sector seis y cinco equipos de oxígeno.

La sala era inmensa, me acerqué a la mesa y me situé detrás de la escultura que presidía la mesa, Vanesa se colocó a mi lado, Moshe iluminó la mesa y pude ver un símbolo circular grabado sobre el tablero, pasé la mano por encima para retirar el polvo que cubría el signo y YHWH quedó al descubierto.

— Yahveh y sus doce arcángeles.— exclamó Amiel.

— «No adelantemos acontecimientos». — pensé.

Escuchamos el sonido de multitud de pisadas bajando por las escaleras. Al cabo de unos segundos varios operarios cargados con los equipos de oxígeno e iluminación aparecieron en el lugar. Distribuyeron una serie de cajas por toda la sala y uno de los operarios entregó un mando al comandante. Nos cambiaron los equipos de oxígeno y el militar ordenó a los operarios que abandonasen la sala, se acercó a la entrada y en cuanto vio desaparecer a los hombres accionó el botón del mando. «Hágase la luz», exclamó Moshe. Y la luz se hizo, disipando la oscuridad de aquella sala. Los cuerpos de las trece esculturas emitían un brillo dorado, la esfera flotaba en el aire y giraba sobre si misma, el tablero de la mesa debía ser un imán con la polaridad invertida, de ahí que la esfera flotase en el aire y girase sobre si misma. Vanesa se acercó a una de las cajas y uno de sus laterales sacó una brocha y comenzó a sacar el polvo que cubría el signo

grabado delante de la escultura a la diestra de YHWH. «No puede ser». Exclamó en voz alta. El signo grabado delante de aquella escultura era el de una manzana mordida. «Apple». Exclamó Vanesa.

— Es la fruta extraída del árbol del conocimiento y mordida por Adán el primero de los hombres. — gritó Amiel.

Mientras Vanesa y Amiel discutían ante la atenta mirada de Moshe y el comandante, caminé por la sala, al final de la misma había otra puerta; cogí unos de los dispositivos de iluminación portátil y lo acerque hasta la puerta. Al igual que la anterior tenía grabados diferentes símbolos, los miré detenidamente y giré el resorte de la puerta. El sonido del giro de las coronas dentadas detuvo la discusión. La puerta se abrió, entré agarrando el dispositivo de iluminación y pude ver horrorizado como en el centro aquella sala había una gigantesca pirámide formada por cráneos humanos. La sala era mucho mayor que la anterior. Giré a luz iluminado sus paredes, y pude observar que diferentes frescos la decoraban, me acerqué al primero de mi derecha y vi pintado a Yggdrasil en todo su apogeo, dominando al resto de las plantas del mundo, continué caminado e iluminado el siguiente fresco en el que se veía una pirámide rodeada de ríos de sangre, una nube negra sobrevolaba su cima, a los pies de la pirámide, batracios provistos de dientes devoraban los cuerpos de recién nacidos; sobre los ríos flotaban los cuerpos putrefactos de cientos de cabezas de ganado; de una nube pintada en la parte más elevada del lado izquierdo del cuadro, salían miles de esferas rojizas; de la parte inferior y en toda la extensión del cuadro pude ver como una gigantesca mano negra parecía portar la imagen. En el fresco que le seguía aparecía la imagen del Partenón en su estado ruinoso actual. A continuación la imagen de tres titanes, en la que dos de ellos devoraban los cuerpos de varios hombres, mientras que el tercer titán arrancaba a uno de ellos de una cruz. El siguiente era la representación de una gigantesca ciudad erigida sobre siete colinas en llamas. Del siguiente fresco sobresalía la imagen en relieve de un ser grotesco con los brazos abiertos en cruz devorando una media luna ensangrentada. En otro, tres carabelas ancladas en un mar de sangre en donde flotaban los cuerpos de miles de hombres muertos, bolas de fuego caían del cielo arrasando la una selva, mientras un titán en la cima de una pirámide exhibía cientos de calaveras humanas al cielo. Horrorizado visualicé el siguiente, que era la representación de una gigantesca esvástica tentacular oprimiendo un mapa de Europa del que refulgían brillantes flamas. La siguiente imagen era una nube con forma de hongo arrasaba una ciudad. «No puede ser, es imposible». Exclamó Vanesa. Lo que estábamos viendo se escapaba a toda lógica. Sin saber porqué, iluminé el techo. En el centro de la techumbre un gran ojo situado sobre el pico de la pirámide de calaveras nos observaba. Centré el haz de luz sobre el ojo y de repente unos hilos que salían del ojo se iluminaron. Dejé el dispositivo en el suelo apuntado su luz sobre el ojo. Nos miramos en silencio, presentí que todos los presentes estábamos desbordados por los acontecimientos. De aquel ojo

en relieve, salían los hilos que iluminaban cada uno de los frescos que estábamos contemplando.

— Él mueve nuestros hilos. — dijo Amiel mientras se desplomaba en el suelo.

Nos acercamos inmediatamente a Amiel, Vanesa levantó su cabeza del suelo, tenía los ojos en blanco y su cuerpo comenzó a convulsionar, mientras que de su boca salía una inquietante espuma. Tenía toda la pinta de estar sufriendo un ataque cardíaco. El comandante miró el visor de constantes vitales de su muñeca. Su corazón de había parado. Sacó una pequeña tapa del visor. —Sepárense. — gritó mientras presionaba el botón que estaba oculto tras la tapa. Tras la descarga, el corazón de Amiel volvió a latir.

— No se levante. — dijo el comandante.

Las constantes vitales de Amiel parecían estabilizarse, o eso era lo que decía el visor de su muñeca. El comandante pidió ayuda. Al cabo de unos minutos llegaron dos hombres que con la ayuda del militar y Moshe incorporaron a Amiel.

— Estén pendientes de sus visores, les queda algo menos de una hora de oxígeno, nosotros vamos a acompañar a Amiel a la clínica.

Los hombres salieron de la sala. Vanesa me agarró la mano con fuerza. — Deberíamos irnos ya. — comentó Vanesa. Yo estaba inmerso en pensamientos densos, impávido, observando las siguientes pinturas con un amplio rango dinámico de colores excesivamente marcados, que les hacían parecer retratos del famoso fotógrafo Marc Adamus. Eran tan realistas que se podía capturar el estado de ánimo de las catástrofes naturales allí representadas, y en los que pude reconocer algunos de cataclismos naturales y las ciudades arrasadas por los seísmos y tsunamis. En la siguiente imagen se podía ver como un gigantesco muro se desmoronaba sobre una muchedumbre que huía despavorida. Al observar el último fresco, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al reconocer un símbolo en una de las torres que era engullida por un abismo de oscuridad. «La cruz de Santiago». Mi cabeza no paraba de dar vueltas.

—¡Marco!, debemos irnos ya de este lugar, todo lo que nos rodea me parece un sinsentido, empiezo a dudar de todo, hasta de mi misma. Tengo la extraña sensación de que nos están manipulando mentalmente, puede que incluso estemos siendo cobayas humanas dentro de un experimento Mk ultra. No sé, el ejército, agentes del mossad, científicos nucleares, virologos. Todo es muy extraño.

— Científicos nucleares, virologos, ¿qué dices? ¿de qué hablas?

— Si, aquí no solo hay arqueólogos, paleontólogos, paleógrafos, historiadores, paleopatólogos, y forenses. Los militares se están llevando muchas de las muestras recogidas, y hay zonas restringidas a las que solo acceden los científicos nucleares y los virólogos. ¿Y qué me dices del aparato que encontré?, si lo que estamos viviendo es real y no estamos dentro de una superproducción de Hollywood, está claro que este yacimiento, sin ningún tipo de duda, es el mayor descubrimiento de arqueológico todos los tiempos, con la capacidad suficiente para cambiar la historia de la humanidad. No estamos descifrando o interpretando las centurias de Nostradamus, estamos viendo imágenes vivas de un pasado antiguo, de uno más reciente, y otras imágenes de algo que estaría por suceder. Hemos sido creados de manera artificial, y alguien hace milenios ha dibujado las viñetas de nuestra historia como si de un cómic se tratase.

— Una parte del destino está escrito, pero no hay destino prefijado, puede cambiarse, quizás este descubrimiento es la señal de que tenemos que cambiarlo, que si la humanidad sigue por el mismo camino está abocada a su desaparición. Los dioses marcan un patrón, si seguimos a pies juntillas ese patrón, alcanzaremos el destino escrito por los dioses, pero si lo alteramos con un cambio les obligamos a confeccionar otro destino alternativo. Cuando un niño nace, algunos progenitores tienen planificado el futuro de sus hijos en su mente, otros van año a año estructurando un plan, que su hijo estudie, que siga los pasos de su padre y acabe siendo médico, que escoja a determinada novia o novio que le conviene y que forme una familia, para que mantenga el sino de su apellido, pero el hijo o hija dan un giro inesperado, deja la carrera de medicina revelándose a ese destino, y decide estudiar arqueología, ese niño o niña con esa decisión ha cambiado el destino prefijado en el ideario de sus padres. Es un ejemplo muy simple, pero...

Vanessa me miró fijamente a los ojos y pude ver como una lágrima recorría lentamente su cara hasta entrar por la comisura de sus labios. Miré el visor de la muñeca, agarré a Vanessa de la mano y salimos de la «sala de las revelaciones». Caminamos en silencio durante todo el camino hasta el campamento, y con la angustiosa algarabía que nos había provocado la visualización del cataclísmico pasado de la humanidad, seguimos hasta que cada uno de nosotros tomó el camino hacia su tienda. — Nos vemos luego. — le dije. Vanessa asintió con la cabeza. Me tumbé un rato sobre el catre mientras mi mente escudriñaba las imágenes de la «la sala de las revelaciones», hasta que el ruido de un tumulto descontrolado me hizo regresar de nuevo a una incierta realidad. Salí de la tienda, y pude ver como un grupo de soldados rodeaba a dos hombres uniformados que se enfrentaban en una especie de duelo ancestral. Uno de ellos armado con un gladius atacaba al otro que se defendía con una lanza. Me acerqué corriendo hacia ellos, me colé por en medio de la muchedumbre y

me posicioné en primera línea. Los dos hombres luchaban como si estuviesen poseídos por los espíritus de una legión extinta. El tintineo chispeante de la espada contra la punta de la lanza avivaba las llamas de los pueriles insultos que se proferían de manera simultánea en latín. El soldado más corpulento, con un mandoble de su espada seccionó el brazo izquierdo de su compañero que gritó desesperado por el dolor y la pérdida de su miembro. —*nolite nunc suos 'ordinem*— grité. El hombre que asía el gladius me señaló con el arma. —*vero manifestata est et quis tibi dormitor proderit quaerere mutare fata quibus fornicata est in Babylonem.*— En ese mismo instante, un silbido cortó el aire e impactó contra la cabeza de aquel hombre que cayó desplomado sin vida sobre el árido suelo del desierto. Me quedé petrificado, mirando como la sangre mezclada con pequeños fragmentos de masa cerebral salían por el orificio de salida del proyectil que había destrozado el cráneo del soldado. «La verdad ha sido revelada, tú buscarás al durmiente que cambiará el destino de la puta de babilonia.» Esas habían sido las últimas palabras de aquel pobre desgraciado. Sentí como alguien tiraba de mí con fuerza. Era el comandante que me miró fijamente a los ojos. En ese preciso instante, pude ver la desesperación en sus azulados espejos del alma.

Esa misma tarde llegaron varios helicópteros. Un destacamento de la policía militar se hizo cargo de la vigilancia del campamento y el general Gedeón Herzog relevó del mando al comandante. El ambiente estaba denso por todo lo sucedido. Los trabajos y accesos a la gruta de esa tarde se suspendieron. Todos tuvimos que pasar a declarar. Bien entrada la noche, se desató una terrible tormenta de arena que obligó nuestro traslado de emergencia al interior de la gruta. Los rayos iluminaban la noche, pero lo realmente extraño fue que una especie de fuerza o puerta invisible impedían que la arena o el viento entrasen en la gruta. Vanesa, Moshe y yo pasamos la noche en una de las viviendas turnándonos en el control de las botellas de oxígeno de nuestros trajes. A la mañana siguiente salimos al exterior. La mayoría de los vehículos estaban volcados, apilados unos encima de otros, era como si una gran riada los hubiese arrastrado. Las tiendas habían desaparecido, pero lo más significativo de todo era que la gran tormenta había dejado al descubierto los esqueletos, las corazas, escudos y armas de otras épocas a miles. Los helicópteros no tardaron en llegar y muchos de nosotros fuimos “evacuados” con lo puesto. Nos trasladaron a un céntrico hotel de Tel Aviv, allí nos entregaron nuestros pasajes de avión y nos dieron las gracias por los servicios prestados mediante la firma de un nuevo contrato de confidencialidad y unas bonitas fotografías de nuestros familiares. Volamos haciendo escala en el aeropuerto de Madrid, allí tomamos el vuelo de vuelta a Compostela. Nada más aterrizar, Vanesa se despidió de mí con un leve acercamiento de sus labios a los míos. En la zona de llegada su marido la esperaba con una sonrisa y los brazos abiertos.

Capítulo 15

XV

MALPICA

Encendí la radio, un meteorólogo explicaba como unas inesperadas bajas presiones asociadas a un frente frío llegado del polo norte, había chocado de pleno con unas altas presiones provenientes de las Azores creando en pocas horas la mayor tormenta perfecta de todos los tiempos. La emisión del programa se cortó para dar paso a un mensaje de alerta de la Xunta de Galicia, en el que decretaba la alerta roja para toda la costa Atlántica y Cantábrica.

El navegador del coche me indicaba que en diez minutos llegaría a mi destino. Las rachas de viento eran intensas, golpeaban sin piedad el coche, agarré el volante con fuerza. La lluvia torrencial dejaba una visibilidad excasa, prácticamente nula.

Cuando llegué a la entrada del pueblo, detuve el vehículo en lo alto y me quedé observando el espectáculo que me brindaba la madre naturaleza. El mar estaba embravecido, las fuertes rachas de viento huracano arrastraban las olas de más de diez metros de altura; pude ver como los gigantescos arietes enviados por Poseidón, investían de manera brutal contra los colosales bloques de hormigón que formaban el dique de abrigo de la zona norte del puerto. Aunque para las nuevas castas de gurús e influencers los antiguos dioses del Olimpo ya no tenían cabida, yo presentía que «Zeus, Poseidón, Bóreas y Céfiro habían unido fuerzas para castigar la costa de la muerte».

A pesar de las fuertes rachas de viento, un espectral e inamovible manto de niebla ocultaba todas las edificaciones del pueblo. Escuché unos golpes en la ventanilla del coche, con un cierto temor miré hacia fuera. Un hombre vestido con un traje de aguas amarillo me hacía señas para que bajase la ventanilla. Bajé el cristal.

— El metanero que embarrancó en Muxía ha sido liberado por el temporal y se dirige hacia aquí, ¡a la deriva!, sin ningún tipo de control. — gritó mientras corría cuesta abajo. Marqué el número de Mariano.

— Marco, ¿Dónde estás?

— En la entrada del pueblo, un hombre me acaba de avisar de que un metanero sin tripulación viene hacia aquí.

— ¡Que Dios nos asista!. Te espero en casa.

En ese instante vi como entraban en el pueblo unidades móviles de la UME. Imagine que vendrían a coordinar la evacuación del pueblo. Si el carguero chocaba contra el dique del puerto podría causar una tragedia de consecuencias apocalípticas, o como acostumbraba a decir Kuko se podría montar «la de Dios es Cristo».

Me dirigí hacia la casa de mi amigo el cura, su casa estaba situada cerca de la entrada del pueblo. Cuando llegué, Mariano me esperaba bajo el umbral de la puerta. Aparqué el coche y subí las pequeñas escaleras que precedían a la puerta. Mariano me propinó un fuerte abrazo. Pasamos dentro y me indicó que lo esperase sentado en la sala; dos cafés humeantes que desprendían un fuerte aroma a aguardiente de orujo nos esperaban sobre la mesa.

— Aguardiente con café ¿me imagino?.

— Ya sabes que el aguardiente purifica y elimina las malas energías. — me contestó Mariano con una sonrisa nerviosa en los labios.

Recogí la taza de café y me senté en un viejo chester. Antes de que Mariano se sentase a mi lado, le dije que encendiese la vieja radio Telefunken Jubilate de sobremesa que estaba colocada al lado de un smart Tv de última generación, y que sintonizase una emisora local para estar al corriente de las noticias. Según el último parte, el carguero estaba a unas veinte millas náuticas del puerto. Un remolcador de salvamento marítimo había salido al encuentro del buque, pero el mar de fondo y a las gigantescas olas, habían frustrado los intentos de amarrar el buque.

Tomamos el café y antes de que mediásemos una sola palabra, Mariano se levantó del sofá, salió de la sala, y en menos de un minuto entró de nuevo portando en sus manos un pequeño cofre de madera de caoba con decoraciones e incrustaciones de pan de oro. — ¿Y eso?. — pregunté. Mariano se sentó a mi lado; abrió el cofre, y extrajo de su interior lo que en principio pensé que era un antiguo rollo de papiro que estaba atado con un viejo cordel de esparto. Mariano desató el nudo y me entregó el manuscrito. Lo desenrollé, y lo primero que vieron mis ojos fue una macabra ilustración de la crucifixión de cristo, seguido de un breve versículo escrito en latín.

Millennii transeunt falsum erit Filius hominis potestatem iterum Babylon magna. Mater fornicationum, et abominationum terræ qui egredietur de alia dici quod filius hominis est. Quod vero in futuro revelanda est, et qui legit et scribit invenies dormientis quis dormire faciet in statera. Ingredietur bestia cum septem capita Babylonis principio magnus est. Armati sunt, oportet excitavit dormientem in tenebris et dabo tenebras super orbem terrarum. De veteris via, quae ducit ad sidus ager, et homo

novus rex declaratur. Et principes magnos de septem et decem sectatores et exaltabo salvatorem et nuntiatum est a malo est per prophetas orbis terrarum liberare, de quo statutum.

— ¿Dónde lo has encontrado?

— El cofre apareció de manera milagrosa en medio de los escombros tras el derrumbe de la iglesia.

— «Dos milenios pasarán, y el falso hijo del hombre aparecerá para gobernar en babilonia la grande por segunda vez. La madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra engendrará a otro que dirá ser el hijo del hombre. La verdad será revelada, y el que lee y escribe encontrará al durmiente que inclinará la balanza. Cuando la bestia de siete cabezas y diez cuernos entre en babilonia la grande será el principio del fin. El durmiente ha de ser despertado o el ser de manto oscuro cubrirá de tinieblas la tierra. En el antiguo camino que conduce al campo de la estrella se proclamarán al nuevo rey del hombre. Los gobernantes de los siete grandes y sus diez seguidores aclamarán al Salvador enviado por el maligno y anunciado por los profetas para liberar al mundo del orden establecido.» — recité en voz alta.

— Marco, estoy asustado, sabes perfectamente que no soy hombre de fe, que el ordenarme sacerdote fue una salida hacia el “mundo laboral” una manera de ganarme la vida de manera honrada, pero e visto como Dios golpeaba a ese ser con sus rayos, he sentido un grito de terror desesperado en mi interior. Sé que la mano de Dios nos protegió. Tengo la impresión de que lo que está sucediendo aquí es el principio del fin.

— Tranquilo amigo, «Dios aprieta, pero no ahoga». Debemos prepararnos para luchar, aunque te pueda parecer mentira, desde el inicio de los tiempos los dioses necesitan la ayuda de los mortales para conseguir sus objetivos. Algo oscuro se avecina, los dioses nos están mostrando lo que ocurrirá si nos quedamos de brazos cruzados, nos están dando la oportunidad de poder combatirlo. Esto que me acabas de entregar es una hoja arrancada de un código antiguo, tal y como se están desencadenándose los acontecimientos, apostaré que es una hoja del Código Negro. Cuéntame todo lo sucedido.

Mariano se levantó, sacó dos vasos de cristal tallado de una vitrina, y me entregó uno de ellos; el suyo lo dejó sobre la mesa, acto seguido abrió la puerta de un pequeño mueble que estaba al lado de la Smart tv y extrajo una vieja botella de Whisky Of Ye Monk's Deluxe. — Sé que es tu whisky preferido, lo guardaba para una ocasión especial, y que mejor ocasión que esta. — Retiró el lacrado y el corcho que salvaguardaba el whisky y sirvió unos amplios tragos. Se sentó a mi lado y comenzó a relatarme todo lo sucedido. La conversación fue larga, los tragos se sucedían uno tras otro, hasta que no quedó ni una sola gota de licor. Me levanté y subí el

volumen de la radio, desde que había salido de aquel desierto tenía la sensación de que alguien me pudiese estar escuchando, incluso llegué a obsesionarme que me leían el pensamiento puesto que no era la primera vez que pensaba algo y al abrir el motor de búsquedas del navegador del móvil aparecía aquello en lo que había pensado. Me senté de nuevo y relaté a Mariano mi experiencia en Qumrán. Al unísono, un rumor de entrañas nos avisó de que debíamos comer algo. Nos levantamos, fuimos a la cocina y Mariano retiró del interior de una alacena un taco de queso y un enorme chorizo embasado al vacío que intuí casero al carecer de etiquetas; me indicó que sacase unos refrescos de la nevera. En silencio Mariano picó el cochizo en rodajas mientras yo cortaba unas cuñas de queso; nos sentamos de nuevo en la sala y comimos aquellas viandas que nos supieron a gloria bendita. La radio sonaba anodina hasta que cortaron la emisión local y dieron paso a un último parte de noticias en el que se informaba de como un helicóptero de salvamento marítimo en un intento desesperado de colocar a unos tripulantes en el interior del buque para arrancar los motores de la embarcación y gobernar de nuevo el mercante se había estrellado impactando contra la cubierta del barco, tras colisionar, el aparato se había convertido en una bola de fuego y la enorme deflagración había incendiado el puente de mando. También informaban de que la UME estaba evacuando todo el pueblo. Mariano y yo permanecíamos inmóviles con un rostro impasible sobre el acolchado chester, al tiempo que una ancestral voz penetraba en mi mente recitando el contenido de un antiguo pergamino hallado por los Esenios en el desierto del Qumrán. «Yo era como un marino en un navío, el mar estaba agitado, sus olas irrompientes se abatían sobre mí empujadas por vientos de tempestad. No había pausa para recuperar el aliento, ni lugar hacia donde enderezar el timón, el abismo rugía ahogando mis gemidos, llegué a las puertas de la muerte y como aquel que, en el interior de la ciudad asediada, confía en su imponente muralla, yo esperé la salvación. Busca al durmiente, el ha de ser hallado»:

Las gigantescas olas rompían contra el arenal y el espigón del puerto, levantando una enorme bruma salada. Mar adentro los arietes enviados por Poseidón investían sin piedad el casco del mercante. Las fuertes rachas de viento huracanado arrastraban el gran buque que ante la inmensidad del Atlántico parecía una diminuta antorcha flotante a la deriva. El pueblo de Malpica ciego por el manto de niebla que lo cubría, esperaba impasible un final que para algunos era incierto. Un turista estúpido, un tipo que llevaba décadas veraneando en el pueblo, se había escondido en una habitación desoyendo las instrucciones de la UME. Contemplaba placidamente desde el balcón de su piso alquilado, móvil en mano, como el buque chocaba contra las rocas que cubrían el muro lateral exterior del puerto. El resto de habitantes del pueblo habían huido "o mirador de Deus" una zona de recreo de reciente construcción a las afueras del pueblo. Desde ese punto elevado se divisaba con claridad toda esa franja costera; desde el faro de punta "Nariga" hasta "a praia da

Pradeira”.

Unos fuertes golpes en la puerta de la entrada nos pusieron en estado de alerta. Nos levantamos del sillón y fuimos hacia la entrada de la casa, Mariano, temeroso, dudando si el espectro de blanco vendría a anunciar su muerte, abrió la puerta. Respiro aliviado al ver que tras ella estaba un soldado de la UME.

—Padre, deben abandonar el pueblo, el barco va a chocar sin remedio contra el puerto. Váyanse al mirador de Deus, allí estarán seguros. — dijo el soldado exhibiendo un semblante de preocupación.

— Dénos cinco minutos — Contestó Mariano.

Cerró la puerta. Le comenté que dejase su coche en el garaje, que iríamos en el mío, asintió con la cabeza y recogió un gabán del perchero de la entrada. Salimos de la casa; al lado de mi coche estaba estacionado un todo terreno de la UME. Entramos a la carrera en el 508 y salimos hacia el mirador. Miré por el retrovisor, el vehículo militar venía justo detrás de nosotros. El viento y la lluvia zarandeaban el coche, aminoré la marcha, durante todo el camino fuimos sorteando ramas y piedras que estaban en medio de la calzada. Llegamos al mirador, la primera rampa de aparcamiento estaba prácticamente vacía. Estacioné el vehículo, nada más sacar las llaves del contacto escuchamos la primera explosión, y visualizamos atónitos como una rojiza e inmensa lengua de fuego caminaba por encima del puerto; sin saber porqué escuché en mi mente «me gusta el olor del napal por la mañana» y vi horrorizado en mis retinas como las flamas infernales semejantes a las de las bombas de napal comenzaban a arrasar el puerto de Malpica cual poblado vietnamita. Me froté los ojos y observé como una nube de fuego azulado con forma de hongo se elevaba cientos de metros por encima del mar. Las llamas fundentes entraron por el puerto y ascendieron a cámara lenta colina arriba, arrasando con un «fuego purificador todo el pueblo». Hubo otra deflagración que pareció absorber el fuego hacia su origen y luego lo expulsó con una furia incontenida. La onda expansiva reventó las ventanillas del coche y resquebrajó el parabrisas delantero. Nos quedamos petrificados en el interior del vehículo durante más de media hora, contemplando el espectáculo dantesco entre los gritos desesperados de los moradores de Malpica. Cuando recuperamos la consciencia salimos del vehículo, varias personas al reconocer a Mariano se abrazaron a él desesperadamente. Yo deambulé sin control durante unos instantes, me acerqué a un risco del monte, me senté mientras observaba como la lluvia y el viento amainaban, la visión de Apofis impactando contra el Olimpo, desbastando todo a su paso, pulverizando los monumentos erguidos por los dioses, partiendo el ciclópeo macizo en dos colapsó mi mente, «busca al durmiente, el ha de ser despertado, pronto sucederá todo».

Capítulo 16

XVI LA LLEGADA DE LOS DIOSES

GENESIS

Formó, pues, Yahveh, a toda bestia del campo, toda ave de los cielos, y a las criaturas del mar. Las entregó a la humanidad para que vieses cómo las habían de llamar; y la humanidad nombró a los animales vivientes, y ese fue su nombre.

La ascensión trascendental del padre de todos, del «hacedor de mundos» al undécimo plano dejó un enorme vacío de poder entre los dioses primigenios. El desconcierto creado por su ausencia había generado el caos. Las guerras cuánticas habían diezmado las filas de la luz y de la oscuridad creando un fatal desequilibrio en la dualidad, en el equilibrio del éter espectral. Los dioses vagaron durante miles de ciclos atemporales por el multiverso, visitaron millones de mundos yermos en recursos e inteligencia. Cuando la desesperación reinaba en los corazones de los dioses, cuando estaban abocados a la extinción tras agotar sus recursos energéticos buscando «la fuente de almas» llegaron a la tierra. Aquel día había quedado grabado a fuego en los corazones de los dioses. Descendieron de sus naves henchidos de poder, la tierra rica en nucleares les proveería de los medios energéticos necesarios y sus habitantes provistos de la chispa de la vida, la capacidad de ascender o descender al tan ansiado noveno plano. En esos planos transcendentales la enfermedad no existía, cruzar su umbral detendría las agujas de sus relojes biológicos. El día trascendental llegó, ese día de manera libre Las dos Casas ascendieron y descendieron libremente: La Casa de Luz que ascendió al noveno plano y la Casa de Oscuridad que descendió igualmente al plano inferior gemelo. Tras lograr su ascenso-descenso, crearon a los terrestres, unos seres a su imagen y semejanza. Los terrestres eran una especie superior en fuerza e inteligencia al ser humano, pero con el mismo defecto congénito que ellos; carecían de alma. Esa raza sería la encargada de adiestrar y dirigir al primitivo ser humano. Nombraron al consejo de los trece, seis terrestres fieles a la casa de luz, seis terrestres adeptos a la casa oscura y un décimo tercer miembro «un dios» que se había abstenido de “subir o bajar” y que tendría la capacidad de veto sobre las decisiones adoptadas por los doce. Los trece gobernarían la tierra en su ausencia, serían los encargados de erigir templos en su honor; de construir ciudades; de crear las vibraciones de fe que nutrirían sus corazones y su cuerpo. Los dioses observaban impacientes el avance del ser humano. Incrementaron de manera exponencial sus experimentos; querían lograr a toda costa «trascender al undécimo plano», pero el don de la inmortalidad corrompió sus corazones. Las creencias inculcadas

desde que el «padre de todo» gestase el nacimiento de los nuevos universos no eran del todo ciertas. Él les había dicho antes de trascender; «las vibraciones de las plegarias de fe y las almas os harán inmortales, con ellas ascenderéis al undécimo plano». Los experimentos por crear un alma que le diese la capacidad de trascender fracasaban de manera estrepitosa. Sus mentes poderosas no asimilaban que una raza inferior poseyese «el don divino», y que tras la muerte del cuerpo físico, el alma humana ascendiese de manera fulgurante al undécimo plano.

Corrompidos por la envidia crearon una cúpula celestial, una gran red que pescaba las almas humanas que caminaban directas hacia el undécimo plano. Los experimentos continuaron y obtuvieron una pequeña victoria; tras descubrir como metabolizar la simbiosis celular del alma humana la transformaron en alimento; un gran avance, puesto que con la ingesta de almas consiguieron el poder de la transmutación. Ese don, les permitía transformarse, cambiar su naturaleza, forma o estado, también les otorgaba la capacidad de mutar de algo de poco valor hacia algo de un valor súper elevado, pero seguía sin otorgarles la capacidad de la elevación suprema. El dios de los mil nombres «Yahvé», propuso al consejo la creación de silos en donde almacenar las almas; les pareció una buena idea a pesar de que veían que el ser humano al que llamaron «hombre» era una fuente inagotable por su tasa de reproducción, sobre todo tras introducir en sus mentes el mandamiento divino «creced y multiplicaos». Se encargó a un comité divino el estudio intensivo del hombre; tenían carta blanca para experimentar, para usar como cobayas a la humanidad; para abducir sus mentes y sus cuerpos; en la búsqueda de la respuesta de la pregunta eterna. «¿Cómo un ser inferior nace dotado del alma, y un ser supremo carece de ella?», pero los “pobres” dioses, ciegos por su arrogancia, por una prepotencia desmedida, corrompidos por su propio orgullo, habían obviado las capacidades del ser humano para emularlos. Ahora, enfermos tras contagiarse con el virus «etereoastral», veían aterrados en su interior desprovisto de alma, que su longevidad infinita y su inmunidad habían sido destruidas por un ser humano. Temporalmente decidieron cesar los experimentos con el hombre y volcar todos sus esfuerzos y recursos en lograr un antídoto contra ese mal, pero la mutabilidad de la cepa original, había frustrado todos los ensayos realizados para crear una cura. Los «hijos del hacedor» del multiverso estaban condenados a muerte. El consejo supremo instó a Yahvé para que destruyese de una vez por todas a toda la humanidad. Consideraban, que si estaban condenados a la extinción, debían de morir matando. Atrás quedaban los grandes genocidios a los que Yahvé había accedido de manera voluntaria para que sus congéneres en un desenfreno total llegasen al éxtasis embriagador que les producía la captura de miles de almas humanas. La destrucción de Sodoma y Gomorra, el diluvio universal, la muerte negra y otras masacres perpetradas por ellos, alimentaban su adicción desmedida a las almas humanas. Para algunos dioses, los seres humanos eran simple ganado al que sacrificar al gusto. Yahvé adquirió gran poder entre los suyos y convenció al consejo de que si alteraban en desarrollo cognitivo del ser humano de manera artificial

conseguiría aumentar la producción de vibraciones energéticas tan beneficiosas para todos, pero el plan oculto de Yahvé «el mil nombres» era otro bien distinto. En secreto manipuló deliberadamente la psique de falsos profetas, sobornó a los miembros del consejo de los trece para que dejaran medrar las órdenes religiosas monoteístas. Él era quien había creado la adicción de los dioses por el alma humana. Yahvé engañó «al poseedor de llaves» y mientras disfrutaba de un sobre éxtasis de almas, hizo las copias de las llaves para tener acceso libre a los silos. Se ganaba el favor de los dioses más adictos entregándoles de manera puntual raciones extras de almas. Oculto en las sombras cambió el curso de las vibraciones de fe. Para cuando los dioses fueron conscientes de la maniobra de Yahvé ya era demasiado tarde. La gran mayoría de ellos habían quedado relegados al olvido, absorbidos por las grandes religiones monoteístas. Los antaño todo poderosos dioses primigenios carecían ya de aquel poder casi infinito, pero aún así, continuaron con su pequeña lucha en la sombra. Algunos dioses fueron entregando durante siglos el conocimiento a pequeñas facciones de la "granja global humana" sin que el ser humano fuese consciente de quien se las entregaba. Interactuaban ocultos entre la humanidad, aportándoles inspiración, actuando de musas, dotándolos de la intuición y de ciertos "dones" divinos. Esa fue la brizna que encendió la llama de los primeros insurgentes los denominados «científicos, portadores de oscuridad» que se revelaron contra los dioses y se dedicaron a la negación sistemática del poder divino. Por su parte Yahvé instó a los adoradores de fe, para que diesen caza a los herejes a los portadores de la oscuridad, pero los sentimientos de los seres humanos eran incontrolables y a pesar de los esfuerzos de los unos y de los otros, la tolerancia de «él ser humano» hacia sus congéneres les permitía convivir en frágiles períodos de paz.

Capítulo 17

XVII EL JUICIO.

GENESIS.

Abandonado, traicionado por todos y renegado por sus discípulos, rodeado por una muchedumbre que le desprecia y le insulta, el hijo de Yahveh está bajo el peso aplastante de su fallida misión. Por ello debe pasar por la humillación y el aniquilamiento. Por esto grita su sufrimiento y asume las palabras dolientes. Padre ¿por qué me has abandonado?...

Una alarma acústica alertó a los técnicos que yacían adormilados sobre sus puestos de guardia. El sistema de localización rápida RADARMET parpadeaba en rojo. Atónitos observaron en las pantallas del radar, la entrada de un supuesto asteroide a más de 38 kilómetros por segundo. No tuvieron tiempo a alertar a nadie. El objeto celeste entró en la atmósfera terrestre y en su impacto contra la corteza terrestre, liberó una energía equivalente a 25 megatones. El ente invasor extraterrestre, impactó exactamente contra la cima de las ciclópeas rocas zoomorfas del Olimpo de los celtas.

Las enormes presiones que generó la colisión, pulverizaron los monumentos erigidos por los dioses primigenios. Como respuesta a la agresión venida del espacio exterior, las fuerzas interiores del planeta, produjeron una enorme sacudida sobre el terreno, provocando un seísmo de intensidad 8,4 en la escala de Richter. La brutal sacudida terminó por dividir el macizo granítico en dos partes que se precipitaron sobre el océano Atlántico...

El crono se detuvo, el mundo dejó de girar, en verdad era como si alguien hubiese pulsado la techa de pausa en una grabación...

Una esfera de luminiscente emergió centelleante de en medio de las colosales nubes de polvo que cubrían los restos del extinto Olimpo Celta, la bola de luz vibraba y de manera incomprensible fue adquiriendo forma humana quedando suspendida el aire, levitando a unos diez metros por encima de la zona de impacto. La figura, inalterada, permanecía inmóvil observando las profundidades de la grieta. De abismo provocado por la explosión, ascendió un torbellino de materia carbónica de un negro intenso como y brillante como el azabache. La potencia centrífuga del tornado, arrastró todas las partículas sólidas suspendidas en el aire, al interior de la grieta. El remolino se detuvo en seco y tras un estruendo que pareció rasgar cielo, se formó otra figura con rasgos humanos que se

colocó enfrente de la luminiscencia.

— ¡Padre!, acudo a tu llamada. —Proclamó la entidad oscura con voz atronadora.

De una nada malevolente, manó un manto de oscuridad infinita capaz de colapsar la luz de Helios para toda la eternidad. El cielo emitió un quejido, y de en medio de esa nada oscura e infinita comenzaron a manar relámpagos quejumbrosos, leves chispazos que caminaban sobre la superficie de la nada difusos ante esa oscuridad perpetua.

A pesar de que el crono pactado no había prescrito, la oscuridad acudió a la llamada de la luz; el tiempo de los dioses llegaba a su fin. Del halo de negrura que recubría a la entidad oscura emanaban vibraciones tormentosas que chocaban contra el halo fulgurante de la figura luminiscente, a medida que la conversación de ondas telepáticas subía de tono, las perturbaciones en la estabilidad del éter ambiental se crispaba. El contacto de palabras oscuras contra el recubrimiento protector de su rival provocaba pequeñas explosiones luminiscentes.

El devorador de almas y gobernador del bajo astral, encolerizado, culpaba al ente luminiscente el haber colocado a toda su estirpe al borde del abismo. Insistía en que su tiranía y sus ridículas leyes habían provocado aquel mal. Cuando las acusaciones elevaban su tono vibratorio sonidos y voces guturales impregnaban la nada. — Has sido magistrado, juez y jurado de un juicio amañado. — Inquiría la entidad oscura.

Según él, dos milenios habían pasado y seguía sin entender la condena de su hermano. — Él desafió los mandamientos sagrados. — Bramó el ente de luz con afilados relámpagos que iluminaron la nada. La conversación trascendental continuó en silencio...

El argumento que esgrimía la luz en su defensa, era que inmiscuirse en los asuntos de los hombres, influir en su libre albedrío había sido una aberración imperdonable. Insistía que el «nacimiento del hijo del hombre» había modificado el destino pactado causando graves alteraciones en las vibraciones de los planos astrales y de las capas del multiverso. — Por esos hechos fue juzgado y condenado. — Relampagueó. «El oscuro» recriminó a la luz su falta de coherencia, ya que él, con su constante omnipresencia seguía interfiriendo directamente en el libre albedrío de los hombres. — tú y tus acólitos abusáis de un poder totalitario y modificáis las leyes divinas a vuestro antojo. — Atronó «el oscuro». El halo luminiscente de «la luz» aumentó en intensidad mostrando todo su poder, «el oscuro» temiendo por su vida respondió incrementando la transcendencia de las vibraciones oscuras que lo rodeaban. — Llevo siglos justificando tus fechorías y tú maldad ante el consejo. — reprochó «la luz». — ¿A quien tratas de engañar?, ese era uno de los acuerdos

pactados. — concluyó «el oscuro».

Un silencio atronador bloqueó sus mentes, y los hechos constatados hicieron vibrar sus coléricas mentes retrotrayéndolos al comienzo del juicio:

El tribunal supremo estaba preparado; el acusado, encadenado en su silla permanecía impassible sentado delante del estrado. Las miradas inquisitivas y centelleantes de los dioses observaban impassibles al perverso hijo de Yahvé; apodado «el hijo del hombre».

Cristo miraba de soslayo al tribunal que lo iba a juzgar, sabedor del castigo infinito que le esperaba. El fiscal comenzó a desgranar los cargos de los que estaba acusado. Los cargos fueron expuestos: Crear una nueva religión. Interferir directamente en el libre albedrío de los hombres. Copular con un seres inferiores. «El hijo del hombre» asumió en un silencio forzoso las acusaciones. Yahvé se levantó.

— Si alguno de los presentes no está de acuerdo con las acusaciones, que se levante, hable ahora o calle para siempre.

Apolión se levantó. Una leve sonrisa se dibujó en el interior del bozal que ocultaba los labios de «El hijo del hombre», al ver que su hermano se proclamaba defensor. Yahvé permanecía impassible, con el rictus inalterado a pesar de que a quien juzgaban era esencia de su esencia.

El fiscal comenzó con la exposición de los hechos, ratificando «la alta traición» cometida por Cristo. Los miembros del tribunal asentían a cada una de las palabras que pronunciaba el fiscal en contra «del hijo del hombre». Llegó el turno de la defensa.

—Me dirijo a los miembros del tribunal, y con todo el dolor de mi corazón, siendo fiel a la verdad y a la exposición de los cargos por parte del fiscal ante este tribunal, solo me queda decir que yo debería estar sentado a su lado, ya que era conocedor de sus planes. Como pliego de descargo a mi favor, solo puedo decir, que le advertí de lo que pasaría si incumplía los mandamientos y las leyes divinas. Si el tribunal considera que soy cómplice de su delito acataré mi castigo con resignación.

Al escuchar esas palabras, la sonrisa de «El hijo del hombre» se acrecentó y pensó «Judas en la tierra, Apolión en el noveno plano». Apolión bajó la cabeza y se quedó inmóvil delante del atril. Cristo giró la cabeza y buscó los ojos de Yahvé con una mirada vacua.

— Tras la exposición de los hechos por parte del fiscal elegido para la causa, y la renuncia acusatoria de la defensa, el juicio se da por concluido, el tribunal supremo consensuará su veredicto. —Sentenció

Yahvé.

Los dioses custodios condujeron a Cristo a su celda dorada. Aunque lo intentó con todas sus fuerzas, no pudo contener el llanto, lágrimas de plata comenzaron a brotar de sus ojos. Un grito desgarrador salió de su garganta, las vibraciones del eco estremecieron la estabilidad del éter del noveno plano. Alguien deliberadamente había desconectado el inhibidor de poderes del acusado. ¡Alguien había desatado las cadenas del Leviatán de manto oscuro que emergió de las profundidades!

Oñpavia, la ciudad sagrada orgullo de los propios dioses se estremeció. Los cimientos de las poderosas construcciones vibraron, las gárgolas de artesanía divina que coronaban los edificios se quebraron. La fachada de la mítica y terrible catedral custodiada por las estatuas de todos los dioses se desplomó. Las bóvedas del palacio de justicia se quebraron. Las alarmas acústicas de Oñpaviase dejaron sentir en toda la ciudad. Yahvé activó las defensas de la ciudad. Las fauces del Leviatán de manto oscuro chocaron de manera estrepitosa contra la cúpula de protección.

Las puertas de la sala de audiencias se abrieron, Yahvé con gesto impertérrito en su cara fue el primero en entrar; los miembros del tribunal entraron tras él. El fiscal activó el inhibidor de poderes de Cristo, e indicó a los custodios que lo sacasen de su celda y lo condujesen de nuevo hasta el banquillo. El tiempo apremiaba. Se escuchó el leve murmullo de algunas voces discordantes con lo que iba a suceder, pero su tiempo había expirado. El fiscal leyó el veredicto de cada uno de los cargos de manera apresurada. El Leviatán seguía golpeando la cúpula exterior de la ciudad y las vibraciones convulsionaban todo el recinto.

— Del cargo de crear una nueva religión, el jurado considera al acusado iculpable!, del cargo de interferir en el libre albedrío de los hombres, el jurado considera al acusado iculpable!, del cargo de copular con seres inferiores, el jurado considera al acusado iculpable!. Por consiguiente es iculpable de todos los cargos por los que ha sido juzgado!. —Proclamó el fiscal.

Yahvé desde la presidencia del tribunal sentenció al reo. Los custodios condujeron a Cristo al centro de la sala. Cristo cayó de rodillas y levantó los brazos al aire; los miembros del tribunal hicieron un círculo entorno a él.

—Yo, Yahvé, como presidente del consejo y como padre, condeno a Cristo, ¡al destierro!, permanecerá privado de libertad durante tres mil ciclos atemporales, será conducido al plano espectral; allí será confinado en una jaula de cristal, se le pegarán sus parpados para que permanezcan abiertos, de esta manera sufrirá la condena de ser testigo en primera persona de los tormentos a los que serán sometidas las almas humanas que el tanto venera. Será privado de su sello real, esterilizado, privado de

la condición de procrear, su estirpe morirá con él. Será intervenido quirúrgicamente y le será incrustado en su cerebro un inhibidor que bloqueará sus poderes divinos. Su nombre será borrado de todos los registros, condenado y desterrado al olvido. A partir de éste día será conocido como «el innombrable». A partir de hoy el cordón umbilical que une a los dioses con el hombre será desgarrado, sesgado, ipobre del dios que ose interferir en el libre albedrío de la humanidad!, porque lo pagará con su vida. Se prohíbe a todos los dioses atender las plegarias de los hombres. A partir de hoy deben caminar solos.

Capítulo 18

XVIII ALMA

GENESIS 60:5

Yahvé, vio como había crecido la maldad de los hombres en la tierra, y que su única intención era dominar el día y la noche, desterrando la luz con su maldad, creando solo tinieblas, y Yahvé vio que en los pensamientos del corazón del hombre su único deseo era sólo {hacer} siempre el mal. Y vio Yahvé que no {era} bueno.

FAKE NEWS INTERNATIONAL

NOTICIARIO EN LA RED

Científicos del Centro de Investigación de Neurociencia de la Universidad de Santiago de Compostela, localizan gracias a una tomografía de amplio espectro por emisión de positrones, una región desconocida en el cerebro humano.

Ahí, velada en esa oscura región de nuestra masa encefálica, ha permanecido oculta durante más de 2033 años nuestro bien máspreciado, el Alma.

Fuentes hospitalarias nos confirman que en una carrera contra reloj, neurólogos de la USC en colaboración con neurocirujanos de la Universidad de Harvard extraerán en directo el alma de un donante anónimo.

Este gran descubrimiento científico, contra todo pronostico esta siendo celebrado por todas las religiones del mundo.

El papa desde su balcón en la basílica de Roma, a comunicado a los fieles que este descubrimiento viene a confirmar «la existencia de Dios», y que seguirá atentamente nuestra retransmisión en directo.

Hoy en exclusiva y en directo retransmitiremos la intervención en directo en nuestro canal líder de audiencia.

El jefe de neurocirugía del CHUS, el Dr. Luís Saífer y su equipo, serán los encargados de la intervención quirúrgica.

Días después del acontecimiento mundial....

—Estáis todos locos, ¿Cómo vamos a sacar el alma del laboratorio? —Refunfuño Saífer. — todavía estamos empezando a estudiarla, solo hemos hecho pruebas y algunos análisis preliminares, «con la iglesia hemos topado», pensó.

Saífer posó su terminal móvil sobre la mesa de su despacho, se levantó de la silla ergonómica de cuero negro entre quejidos ininteligibles, cerró la puerta de despacho y atravesó el laboratorio. Se detuvo delante de la puerta de salida e introdujo su clave p.i.n en el teclado de seguridad instalado en la pared. La puerta se abrió emitiendo un leve siseo. Caminó como alma que lleva el diablo por el pasillo, hasta llegar al hall de entrada del complejo universitario. Los detectores de presencia se activaron y la puerta de doble hoja se abrió. Una bocanada de aire fresco acarició su cara. Justo delante de los setos que rodeaban la zona ajardinada del edificio, estaba estacionado un Daimler Benz SE 600.

Saífer atravesó el campo y se paró delante de la ventanilla de la parte trasera derecha del vehículo. El cristal tintado bajó acompasado de un leve chirrido. Saífer asomó la cabeza al interior de la limusina.

—Señor presidente, Eminencia, es un placer saludarles de nuevo. —dijo Saífer con un tono discordante a sus palabras.

De la parte delantera derecha del vehículo salió un hombre corpulento vestido con traje negro, mascarilla a juego y gafas de espejo. Se acercó a Saífer y pasó un dispositivo electrónico por delante del cuerpo del científico. — Está limpio. — aseveró el hombre de negro.

—Doctor, disculpe la visita tan poco protocolaria, pero queremos que esta conversación quede en el anonimato, por eso le indicamos que dejase su móvil en su despacho. —Comentó el presidente de manera amable, mientras atusaba su melena trigueña.

—Entiendo señor de la Iglesia. — asintió Saífer con un movimiento de su cabeza.

—Tiene que entender la necesidad de la cesión de su descubrimiento a la iglesia, el alma debe ser expuesta en la catedral, y debe ocupar un lugar privilegiado al lado de la imagen del Apóstol. Como bien sabe, el camino Xacobeo es una fuente de ingresos nada despreciable para las arcas de la Comunidad Autónoma y para la Iglesia, imagínese la fusión del Apóstol Santiago y el alma. — confesó el clérigo en un tono

falaz, mientras se ajustaba el solideo.

—El gobierno y la iglesia estarían dispuestos a «donar» parte de los ingresos que genere «el camino del alma» a su equipo de investigación. —concluyó el presidente.

—Veo que ya tienen diseñado hasta el logo publicitario, «el camino del alma», ¡ya!, el camino de imis cojones!, estudiaré su propuesta señores, la estudiaré con sumo cuidado. —respondió Saífer, mientras hacía el ademán de abandonar a tan ingrata compañía.

—Doctor Saífer, piense que no es casualidad que el descubrimiento se haya “desarrollado” en Santiago. ¡Los caminos del señor son inescrutables! — espetó el cardenal, con tono irónico.

—Discúlpennme señores, pero estoy sumamente ocupado, estudiaré su propuesta. — Saífer se giró y abandonó el lugar sin mirar atrás.

Se detuvo delante de las puertas del edificio y sacó de su bolsillo una cajetilla de cigarrillos que había comprado esa misma mañana. Llevaba más de diez años sin fumar, pero tras el devenir de los últimos acontecimientos, sumado a unos graves problemas personales le estaban causando una enorme ansiedad. Encendió un cigarrillo, aspiró hondo el humo, llenando así sus pulmones de monóxido de carbono.

Capítulo 19

XIX

Apocalipsis 61:4

El alquimista enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado, el nigromante intentará someter a los espíritus y las fuerzas oscuras para causar más daño a los demás.

CHANEL NEWS — TRUTHS ABOUT THE WORLD.

Conspiraciones mundiales en la red.

Se filtra una conversación secreta, entre el jefe del departamento de virología de la universidad de Wisconsin, Yoskihiro Kasaoka, y el doctor Bill Murray, apodado el "caza fantasmas". En la conversación ambos científicos se vanagloriaban de haber creado un virus espectral.

Como bien sabrán el doctor Bill Murray, dio el saltó a la fama mundial, tras demostrar la existencia de los 18 planos astrales, y por ser el primer hombre que logro interactuar con un ente de otra dimensión. Tras abrir un portal interdimensional consiguió capturar al «espectro».

La polémica está servida y las preguntas en la red, se suceden, ¿Serán capaces de contagiar con ese virus a ese espectro?, de ser así, ese virus ¿podría contaminar el alma humana?. ¿Puede ese virus contagiar a seres vivos? ¿Hay riesgo de enfrentarse a una pandemia sin precedentes a nivel mundial? ¿Podría causar el fin del mundo?.

El audio se ha hecho viral y miles de preguntas y teorías conspiranoicas inundan la red.

Yoskihiro Kasaoka, era un hombre que para su desgracia no pasaba desapercibido; su físico enclenque y su aspecto desaliñado eran el blanco de todo tipo de comentarios soeces y miradas indiscretas. Sin embargo un rasgo muy marcado de su carácter, lo hacía todavía más visible, la arrogancia!. «Amarillo coñón» lo apodaban de manera despectiva sus compañeros de facultad. Quizás por esos aspectos personales, su trabajo como virólogo en la Universidad de Wisconsin apenas había despertado interés entre sus colegas. Pero todo cambió cuando se supo la noticia de

su nuevo descubrimiento...

Yoshihiro decidió abandonar su anonimato de manera deliberada, filtrando su hallazgo a los medios. Yoshihiro pasó de ser el apodado el «amarillo coñón», a ser el «doctor muerte», por haber creado el virus más mortífero de la historia.

Ateo declarado, Yoshihiro de manera insidiosa, quiso aumentar su fama en las redes sociales, cargando contra todas las religiones. En una entrevista concedida a la cadena sensacionalista Five News declaró. «Hubo un tiempo en que la ciencia y la religión iban unidas de la mano, hubo un tiempo, en el que incluso yo, tuve fe, pero por suerte, las leyes del raciocinio humano, me hicieron ver que Dios, es un psicopata genocida, al que la humanidad le importa una mierda, y cuando él acuda a mí, suplicando por su vida, le preguntaré ¿padre por qué nos has abandonado?». Tras el descubrimiento, tras su macabra creación los ojos de Yoshihiro reflejaban la misma ira y odio, que sus palabras. La entrevista proseguía con el mismo tono insidioso. «Os aseguro que del mismo modo, que esas mismas leyes provocaron que ciencia y religión separasen sus caminos, yo como científico, puedo afirmar, ¡que por fin la ciencia!, ¡borrará y eliminará!, ese camino «celestial», por el que transitan amparados por el mismísimo Dios, pederastas, violadores y asesinos de toda índole. Durante siglos esos genocidas, han justificado sus matanzas portando la bandera con su nombre. Yo os aseguro a todos, que la ciencia, será capaz de aniquilar de una vez por todas, y para siempre a todas las religiones sin excepción. ¡Un nuevo orden mundial está por llegar!». Tras esas palabras injuriosas, llenas de herejía, la red de redes se inundó con vídeos de los líderes religiosos del mundo repudiando sus declaraciones. Los Estados Islámicos pusieron precio a su cabeza.

El vídeo del nuevo papa Francisco II «el negro», en la ventana del apartamento papal que está situado a la derecha de la fachada de la Basílica de San Pedro, condenando públicamente la herejía del científico, con la plaza de San Pedro atestada de fieles, y dedicándole un corte de mangas a una imagen del científico, se hizo viral. Ese vídeo dio paso a uno en que los líderes del Islam, quemaron públicamente la imagen del científico, e instaron a sus muyahidines a eliminar al infiel. Extremistas judíos lo condenaron a muerte por lapidación mientras recitaban el Talmud. El Dalai Lama también repudió las declaraciones Yoshihiro. La prensa anglosajona lo apodó con el sobrenombre de «Subversive scientist». La negativa por parte de las cinco revistas más prestigiosas a nivel mundial, (Wired, MIT Technology Review, Science, National Geographic, y Discover), a publicar los resultados de su trabajo, de los que ni tan siquiera había informado a su departamento de la universidad, provocó que Yoshihiro entrase en cólera.

El diario Independent, sacó a la luz una información filtrada por un confidente, en la que afirmaba que el pasado mes de enero, Yoshihiro

mantuvo una reunión secreta con Bill Murray, y que este le proporcionó de manera clandestina, muestras del espectro que él mismo había capturado, y que dichas muestras del ente, fueron el puente de unión para poder crear la cepa de un nuevo virus. Tras la filtración, el científico argumentó que la finalidad de su experimento era crear una nueva vacuna para combatir un virus, que él mismo había descubierto y que podría discernir los motivos de la corrupción del alma humana.

En una breve aparición en su canal de Youtube decía. «A través del diseño de este nuevo virus, he sido capaz de identificar los elementos clave que favorecen la transmutación y la corrupción del alma humana, el N1e101 es el avance definitivo para poder lograr la contención y posterior destrucción de las células corruptas, consiguiendo así la purificación del alma».

La preocupación real de la sociedad a nivel mundial, era que si se producía un mínimo fallo de seguridad en el laboratorio de Kasaoka, se podría originar una pandemia a escala mundial. Posteriormente Kasaoka explicó a los medios, que seguiría con su investigación, con el claro objetivo de descubrir las futuras mutaciones del virus y en la la creación de un retrovirus capaz de destruir cualquier mutación. Asimismo, aseguró que había presentado su descubrimiento a un comité de la Organización Mundial de la Salud (OMS), «siendo este muy bien recibido».

A la preocupación de que el virus saliese de manera accidental del laboratorio, se unía la de que cualquier gobierno, o incluso, algún grupo terrorista se hiciese con el virus. Las voces más críticas con este experimento se alzaban, y daban la voz de alarma sobre las consecuencias de este experimento, entre esas voces se encontraban reputados científicos como el profesor de la Universidad de Oxford y expresidente de la Real Sociedad de Londres para el Avance de la Ciencia, Lord Robert Dewmay.

—«El trabajo que está llevando a cabo Kasaoka es una auténtica locura».
— sentenció.

Capítulo 20

XX

GENESIS

Condenados los siervos del traidor, seréis esclavizados y obligados por unos pocos, a que con el sudor de vuestro rostro, comeréis el pan hasta que volváis a la tierra, porque de ella fuisteis tomados; pues polvo sois, y al polvo volveréis.

CHANEL NEWS — TRUTHS ABOUT THE WORLD.

Conspiraciones mundiales en la red.

Se filtra que el presidente de la Xunta de Galicia, el señor Santiago de la Iglesia, y el Cardenal Uriel dos Santos, mantuvieron una reunión secreta con el Doctor Luís Saífer.

En esa reunión se debatió «la necesidad» de que la Universidad donase el alma a la iglesia.

La Xunta de Galicia está preparando una exposición en la Ciudad de la Cultura de Galicia con el título «El camino del alma». Fuentes cercanas al presidente y al cardenal niegan la información. Sin embargo un audio de la conversación mantenida se ha hecho viral, en la red de redes.

<https://xaotube.gal.org.efs.reun.10102000505>

—¡Como coño se podido filtrar el audio!, ¡que venga de inmediato el jefe de seguridad!. — gritó el presidente de la Xunta que tras ese breve chillido golpeó con ira el auricular del teléfono contra su base; acto seguido pulsó el botón rojo del interfono y dijo a su secretaria que hiciese pasar a la persona que lo esperaba en la sala de espera de su despacho.

—Disculpa Adolfo, pasa y siéntate, ¿sigo sin entender que coño ha podido pasar?. —comentó en voz alta de la Iglesia, mientras el empresario citado le estrechaba la mano y tomaba asiento.

—Tranquilo, entiendo tú malestar. — contestó Adolfo en un tono amable.

—Te he hecho llamar, para que te encargues de la exposición y del traslado del alma a la Ciudad de la Cultura, en éste documento están

las prescripciones técnicas del traslado y el precio de la oferta que se publicará mañana en el DOGA. Con esta información espero que puedas cumplir con los requisitos del encargo, no queremos fallos ni imprevistos de última hora. Ponte manos a la obra y ya sabes... este trabajo debe realizarse con la más absoluta discreción, ¿confías en tú gente?.

—En su profesionalidad, si, en su discreción tengo mis dudas. Son gente muy trabajadora, eficiente, pero de barrio, y su mayoría con pocos estudios, pero no te preocupes, redactaré y les obligaré a firmar un documento de confidencialidad con una penalización económica que haría temblar al difunto Amancio Ortega. Aseveró con una sonrisa cínica dibujada en sus labios.

Los dos hombres se levantaron de sus respectivas sillas y se estrecharon de nuevo la mano.

—i«Patético cabrón, el típico lameculos paleta con algo de labia», — pensó de la Iglesia, mientras insistía de voz al empresario que tuviese muy en cuenta la confidencialidad del encargo.

—Cuenta con ello, sabes que somos la empresa ideal para realizar el traslado. «gilipollas, ¿cumplir con el encargo?, ¿de que coño va, el politicucho éste?, ¿Quién coño se cree que es? ¡Una marioneta con traje!, el puto hijo de notario venido a menos, que no le llega a la altura de los zapatos a su predecesor. A éste payaso se le viene muy grande el cargo, acabará diluyéndose como un azucarillo» —pensó Adolfo mientras salía del despacho.

El empresario abandonó el edificio administrativo de la Xunta, y se montó en su coche apresuradamente. Sacó de la guantera que estaba en medio de los asientos delanteros del vehículo, un viejo celular Nokia 8110i, deslizó la tapa que cubría el teclado y marcó un número de teléfono. —¿Si? —se escuchó al otro lado del auricular.

—Buenos días, ya sabes, sin dar nombres.

—Okay.

—Acabo de salir de la Xunta, nos acaban de encargar un traslado importantísimo.

—Qué bien ¿no?.

—Pues claro, icalla y escucha!. Te dejo en la cafetería que hay al lado del CIMEC un sobre a tú nombre, lo recoges, le echas un ojo y cuando baje por la tarde luego me cuentas.

—Okay, acabo con un pedido de documentación y subo a recoger el sobre.

—¿Qué coño te acabo de decir?, deja lo que estés haciendo y sube de una puta vez. — Adolfo pulsó el botón de arranque de su vehículo y salió del recinto del edificio administrativo saludando con la mano a los policías que estaban en el interior del puesto de control de acceso al edificio.

El CIMEC (Centro de Investigación en Medicina Molecular y Enfermedades Crónicas) estaba ubicado en el Campus Vida de la Universidad de Santiago de Compostela. El CIMEC centraba todos sus proyectos en la prevención, el conocimiento y tratamiento de enfermedades crónicas en diferentes áreas: Cáncer genérico-hereditario, Endocrinología, Sistemas cardiovasculares, Neurociencia, Genética molecular, Bioinformática, Nanomedicina nuclear. También aunaban esfuerzos en el desarrollo de fármacos de última generación. El CIMEC albergaba un panel de grupos con un gran potencial en investigación básica (como demostraban las publicaciones en revistas de impacto como Nature, Science o Cell). El principal activo de CIMEC era su equipo científico con más de 300 investigadores principales. Recientemente habían nombrado como jefe del área de neurociencia a doctor Luís Saífer. Él y su equipo habían sido beneficiarios de innumerables ayudas ERC. El centro promovía varias spin-off y cada año lograba un mínimo de 100 tesis doctorales, 275 publicaciones científicas y 13 patentes, además de estar presente en más de 30 proyectos internacionales en curso.

Adolfo del Río, llegó al edificio universitario y aparcó su flamante Lexus, en uno de los espacios reservados para los directivos del CIMEC. Un guardia de seguridad, salió del puesto de control de acceso al edificio y se dirigió a toda prisa hacia el vehículo que estaba estacionando en un lugar prohibido para las visitas. Adolfo bajó la ventanilla. —Hola, vengo a ver al doctor Saífer.

—Perdone señor, usted no puede aparcar aquí, es un espacio reservado para el personal del centro. —respondió el guardia.

—Mira chaval, ¿acaso no sabes quien soy? —contestó el vanidoso empresario con aires de prepotencia.

—No. —dijo el guardia, mientras sacaba un walkie-talkie de la parte trasera de su cinturón.

—Soy Adolfo del Río.

—Por mi, como si es Jesucristo bendito, ¡aquí no puede aparcar.

— respondió enojado el guardia.

—Chaval, te estás jugando el puesto de trabajo, si hago una simple llamada, mañana estás vigilando como mean los perros en el parque.

Adolfo, sacó las llaves del contacto del vehículo, e hizo el ademán de bajarse. El guardia se separó un par de metros del turismo.

—Se 019 para central.

—Dime, se 019.

—Aquí que hay un tipo que quiere dejar su coche estacionado en la zona reservada para directivos, va de chulo y se niega a sacar el coche. Llama a una grúa y a la policía municipal.

—Te copio se 019 y procedo.

El empresario cerró la puerta del Lexus, introdujo la llave en el contacto. —Arranca. —Dijo en voz alta. El vehículo se puso en marcha, Adolfo inició la maniobra de marcha atrás, mientras miraba de soslayo al guardia de seguridad. En ese mismo instante se percató de que a unos 50 metros del lugar salía un coche del aparcamiento de visitas. Aceleró haciendo derrapar las ruedas de su Lexus en un alarde de prepotencia. Se bajó del coche y cerró de la puerta del vehículo con un portazo. El guardia se colocó como una estatua delante de la puerta de acceso al edificio.

—Documentación. —indicó con tono despectivo al empresario, mientras señalaba con el dedo índice de su mano izquierda su placa de identificación. SE 019 Andrés Ricarto.

—Tomó nota de tu nombre, esto no va a quedar así —vociferó de manera desafiante del Río al guardia de seguridad mientras le entregaba su DNI.

—No, puede que no quede así, puede hinchar. —le respondió Andrés, mientras que con un gesto, se tocaba la porra que llevaba colgada del cinturón.

—Vamos a dejar la cosa así. —respondió el empresario, al tiempo que tragaba saliva y la tez de su rostro palidecía.

—¿Con quien tiene concertada la visita?.

—Con el jefe del área de Neurociencia.

—Okay, espere ahí fuera.

El guardia entró en el puesto de control, y habló por el walkie. Un minuto después salió y le entregó una tarjeta de visita al empresario, éste asintió con un gesto, mientras la puerta de acceso al edificio se abría.

Capítulo 21

XXI

LUCAS 1:36-47

Lucifer se presentó a María. —María no tengas miedo, pues tú gozas del favor de los hijos de Dios. Ahora vas a quedar encinta: tendrás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Mí hermano y yo le protegeremos para que sea un gran hombre, tu pueblo le llamará hijo del Dios altísimo.

—¿Cómo podrá suceder esto, si no vivo, ni he yacido con ningún hombre?. —Le preguntó María a Lucifer.

—El Espíritu Santo depositará la semilla y vendrá sobre ti, y el poder de los hijos de Dios se posará sobre ti. Por eso, el niño que va a nacer en tu vientre, será santo e hijo de Dios. Como prueba de nuestro poder, tu pariente Isabel, va a tener un hijo a pesar de ser una anciana. Has de anunciar la buena nueva de Isabel a tu pueblo, después de que nazca su hijo, nadie dudará de tus palabras. Para los hijos de Dios no hay nada imposible.

Tres esferas luminiscentes surcaron los cielos venciendo la «barrera omnipresente». La explosión sónica atronó en el cielo ahuyentando las aves y bestias que poblaban el Olimpo Celta. Las tres esferas centelleantes se detuvieron en el cielo, y con una suave maniobra descendiente tomaron tierra suavemente.

Su intensidad lumínica disminuyó al tocar el suelo sagrado y su forma esférica trasmutó volumétricamente. Poco después adquirieron forma humana. Sus largas cabelleras ondeaban al viento, sus físicos esculturales y musculosos recubiertos de un fluido fluctuante a modo de coraza sobrepasaban la imaginativa de la perfección griega; en su cintura rodeaba por un cinturón dorado exhibían una daga ceremonial. No hacía demasiado tiempo que los antiguos druidas Celtas habían sido desterrados por los invasores romanos. No hacía demasiado tiempo que los pobladores de esas tierras so pena de muerte, habían empezado a adorar a los dioses romanos, enviando así al ostracismo a sus dioses benefactores, que partieron rumbo a otras tierras más afines en donde las vibraciones y los sacrificios ofrecidos por los mortales les eran más propicias.

En el momento en que la triada de dioses paganos tocó la tierra del Olimpo Celta, el eco que permanecía impregnado en los menhires erigidos por los dioses Celtas se dejó oír en las almas peregrinantes de la Vía Láctea y fue en ese mismo instante que una estrella errante se posó sobre

el campo santo de Compostela y ha de volver a posarse cada dos mil años.

No fue por casualidad que la triada pagana eligiese el Olimpo para reunirse en la tierra; ya que su campo magnético inhibía las vibraciones energéticas de los seres divinos, les hacía invisibles, indetectables desde las otras dimensiones.

Uno de los dioses se arrodilló, cortó con su daga una rama de ruda en flor y contempló obnubilado la cruz dorada que formaba la flor del arbusto. Sintió un leve escozor y vio horrorizado como el jugo del arbusto penetraba en su coraza fluctuante haciéndole una yaga. Tiró la rama al suelo y se alejó de ella. El dios de pelo trigueño sonrió y explicó al dios de cabello y tez oscura que algunos arbustos criados en el Olimpo Celta no le eran propicios a los dioses de La Casa Oscura. Lucifer, Apolión y Cristo unieron sus manos en torno a un menhir menor que cambió de color, y sus mentes irradiaron una conversación trascendental. La Santísima hermandad sin ser conscientes de ello, estaba a punto de urdir el plan que cambiaría el destino de los dioses.

Abstraídos, centrados en su conversación trascendental no fueron conscientes de que estaban siendo observados y escuchados por una mente humana.

El joven Celsiúm primogénito de AAtor, solía subir al Olimpo para recoger las hierbas de dioses que su madre necesitaba para proteger su lar de malos espíritus.

Su padre, AAtor era el jefe de las tribus del norte de la antigua Gallaecia.

El caudillo fue forzado por el pretor de la floreciente Lucus Augusti a entregar a su primogénito para sellar la Pax Romana con las tribus de las que era regente.

Tras el furtivo encuentro con la triada, descendió rápidamente del monte divino, lacerando piernas y brazos con las espinas de las zarzas y los afilados pinchos de los tojos que cubrían las laderas del ciclópeo macizo sagrado; ensangrentado entró en la aldea cuando había anochecido; alrededor de una gran hoguera crepitante, estaba su padre y el consejo de la tribu.

Celsium cayó de rodillas ante ellos y les habló de su encuentro, les dijo que había visto a unos dioses paganos. El hechicero de la tribu se levantó del suelo cantando a los espíritus del viento y a los dioses primigenios; arrojó unas piedras a la hoguera y un torbellino luminiscente ascendió

formando una manga de fuego que iluminó los cielos.

AAtor se levantó, agarró a su hijo y le susurró unas palabras al oído. De los ojos del recio y viejo caudillo brotaron lágrimas de dolor, comunicó a su hijo que una cohorte romana le esperaba en la cascada de Ézaro.

La madre curó las heridas del joven Celsiúm, y éste, tras besar a su progenitora en la frente, montó a lomos de su caballo y partió al encuentro de la cohorte con la imagen y la conversación de la triada grabada a fuego en su mente.

Los años pasaban, y cada vez que se cumplía el aniversario del encuentro con la triada, Celsiúm sufría terribles pesadillas.

En esos perturbadores sueños veía el nacimiento de un niño alumbrado por una estrella, escuchaba los desgarradores llantos de cientos de madres portando los cadáveres de sus hijos degollados; aterrizado contemplaba como una plaga de oscuridad asolaba el gran templo de una ciudad desconocida para él; pero lo que más le angustiaba, era verse a sí mismo traspasando con su lanza el costado de un hombre crucificado.

Tras unos años de convivencia como hijo adoptivo de Paulo Fabio Máximo, fundador de Lucus Augusti, y en reconocimiento a sus progresos como ciudadano romano, Paulo Fabio mandó partir a Celsiúm «Longinos para su padre adoptivo» al frente de una centuria a tierras lejanas.

Longinos pasó a despedirse de su padre y de sus antiguos dioses antes de partir con destino a Judea. Mandó acampar a su contingente en la caída natural del río Xallas y tras cabalgar unas horas ascendió al Olimpo. Allí ofreció un sacrificio a los dioses de sus padres. Cuando anocheció bajó hasta su antigua aldea y relató los planes de la triada a su padre y al druida de la tribu; tras su confesión, abandonó sin mirar atrás la aldea que lo había visto nacer con los ojos henchidos por las lágrimas.

Capítulo 22

XXII

Apocalipsis 91:9

«Yo oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía». —Yo soy el Alpha y Omega, el primero y el último., Tu Celsiúm de Gallaecia, participante en la tribulación y en mi muerte, serás iluminado por mí. «Cristo descargó dentro de mi cabeza, el conocimiento, su testimonio y una orden».

—Escribe en un libro, y en ese código has de plasmar lo que yo te transmito, ilústralo para que hasta el más ignorante pueda interpretar la palabra del mismísimo señor tú Dios. Envía emisarios que transmitan mi mensaje de manera oral a las siete iglesias que están en Asia; «a Efeso, Smirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, Laodicea».

Codex Nigrum 1:01

Yo advierto a todos los que oyen, lean o vean las palabras y grabados de la profecía de este libro: Si alguno tergiversa alguna de ellas, Dios traerá sobre el mundo las plagas que descritas.

CHANEL NEWS — TRUTHS ABOUT THE WORLD.

Conspiraciones mundiales en la red.

Fuentes fidedignas me informan, que el obispado ha intentado ocultar un trágico y mortal accidente en el interior de la catedral. A.G.M de 51 años perdió la vida al quedar sepultado tras el repentino desplome de un murete que estaba restaurando.

Esa misma fuente, me informa que la caída del muro dejó al descubierto una capilla secreta, y que depositado sobre el altar se encontraba un antiguo código.

De ser cierto el hallazgo, ¿podría tratarse del hológrafo escrito por Celsiúm de Gallaecia «El Código Negro». ¿Casualidad o destino?.

Como todos sabéis, recientemente, el Papa, ratificó mediante un comunicado oficial, en diversas redes sociales, que tras una exhaustiva investigación encargada al arqueólogo James Bieberkraut III, en la que

“no se escatimaron recursos”, que el Códice Negro no existía.

Días después de ese comunicado, el televisivo arqueólogo, hizo público un informe detallado en el que afirmaba que Longinos no era nativo de Gallaecia, que tenía pruebas irrefutables de que había nacido en Lanciano (Italia) en el mismo texto afirmaba de manera categórica, que el Códice Negro era igual de real que el Necronomicon.

Noticia de ultima hora....

El suelo del claustro del Palacio de Fonseca se derrumba, sepultando a varios trabajadores.

Quiero transmitir mis condolencias a las familias de los afectados. Pero a pesar de lo ocurrido, tenemos que informar que el derrumbe ha dejado al descubierto una cueva adyacente con unos inmensos frescos en sus paredes.

Les adelanto que hemos sufrido presiones por parte del gobierno autonómico y de la iglesia para que no las hiciésemos públicas.

Como podrán ver en las imágenes las policromías impresas en la roca, describen una crucifixión de Cristo muy diferente a la que todos conocemos por las sagradas escrituras.

A mí, personalmente lo que más me ha impactado, es ver al Baphomet portando una lanza en su mano derecha, observando a Jesucristo clavado en la cruz. La verdad que todos los grabados son impactantes; el árbol yermo por el que se asoma la cabeza de la serpiente; los cuerpos de lo que parecen seres humanos en estado de putrefacción diseminados delante de la cruz de Cristo; la ánfora volcada de la que nace un río de aguas oscuras y pestilentes y los miles de peces muertos que flotan sobre las aguas del río; los soldados romanos decapitando a trece reyes; un monte con una inquietante similitud al macizo granítico situado en O Pindo por sus monumentos megalíticos, que es partido por la mitad tras el impacto de una gigantesca bola de fuego. Compartid el vídeo.
<https://xaotube.gal.org.efs.pal.fonseca.101024430505>

Sentado en su sillón de cuero, amparado por la seguridad que le ofrecían las cuatro paredes de piedra de su despacho, estaba monseñor Rouco Sánchez. El clérigo miró desesperado su teléfono móvil. «Ha sucedido, ¡ya no hay marcha atrás!, ¿Qué va a ser de nosotros?» pensó, mientras observaba fijamente un mensaje en la pantalla de su smart phone. Levantó la mirada y se santiguó mirando al gran crucifijo de plata con rubíes y esmeraldas engarzadas de manera caprichosa, que presidía la mesa de su despacho. Suspiró profundamente, mientras buscaba entre los

contactos de su teléfono. Dudó por un instante, pero finalmente pulsó sobre uno de los nombre de la agenda.

—Santo Padre, siento tener que comunicarle... —murmuró Rouco.

—¿Las noticias son ciertas?, ¿ha aparecido el código? —se escuchó al otro lado del auricular.

—Me temo que si, santidad, ¿Cómo hemos de proceder? —titubeó Rouco mientras un torrente de sudor frío bajaba sin control por su frente.

—Averigüe quien ha filtrado la noticia, y deshágase de él, no podemos consentir más filtraciones. Enviaré a James Bieberkraut, para que se haga cargo del código.

—Si su santidad, me encargaré personalmente de éste asunto, pero otro acontecimiento inesperado ha surgido y se está haciendo viral. Es preciso que vea el vídeo, se lo acabo de pasar ahora mismo. —el rostro del cardenal languidecía por momentos. —¿Sigue ahí su santidad?

—No puede ser, ¿Cómo ha podido pasar?, esto es mucho más grave de lo que podíamos imaginar. Nuestra peor pesadilla se está materializando, el Alma, el código, las pinturas, ¿Qué más puede suceder?, me reuniré de inmediato, con el Secretario de Estado, con Presidente de la Comisión Pontificia y con el Secretario general del Governatorato.

—¿Es el principio del fin Santidad?. — de repente el cardenal, tuvo una extraña sensación de compresión en el pecho, un dolor agudo comenzó a recorrer sus brazos y se propagó hacia su cuello, un espasmo sacudió su cuerpo, su mandíbula se retorció y emitió un chasquido. El cardenal se escurrió de su sillón y quedó tendido en el suelo con la mirada perdida.

—¿Qué pasa Rouco? —preguntó el papa alarmado por los sonidos que escuchaba al otro lado del auricular.

La puerta del despacho del cardenal se abrió, un viejo sacerdote asomó la cabeza. —¿Eminencia? —preguntó sin atreverse a pasar. —El presidente de la Xunta está aquí, quiere verle. ¿Eminencia? —volvió a preguntar asustado por no ver a su jefe sentado en su sillón.

El presidente de la Xunta pasó por delante del cura y éste lo sujetó por su chaqueta. —¡Suélteme coño! —Expresó el mandatario mientras se agitaba para desprenderse de la mano que trataba de impedir su movimiento. De la Iglesia de acercó a la mesa del despacho del cardenal. —llamé a una

ambulancia. —gritó.

De la Iglesia se arrodilló delante del cuerpo del cardenal; comprobó que el tórax no se movía, que no salía aire de sus pulmones, ni por la boca ni por la nariz y comenzó a practicarle las maniobras de reanimación cardiopulmonar; mientras el presidente se afanaba en reanimar al clérigo fallecido. El viejo sacerdote tembloroso, intentaba comunicarse con el 061. De la Iglesia tuvo la sensación de escuchar una voz lejana; levantó un segundo la mirada del cuerpo, y se percató de que el teléfono del cardenal, estaba encendido, con una llamada entrante en la pantalla, se desplazó como un gato y cogió el teléfono.

Capítulo 23

XXIII

Codex Nigrum 1:02

El {dragón} se posó sobre el monte y se quedó observando el mar. Y vio que de sus profundidades subía una bestia que tenía catorce cuernos y siete cabezas; en sus cuernos {había} las coronas doradas de los reyes caídos, y en sus cabezas {había} marcados a fuego los nombres de los blasfemos.

El doctor Yoskihiro Kasaoka, estaba impaciente, deambulaba por su laboratorio como un pollo sin cabeza. «El que espera desespera». En sus idas y venidas, miraba de reojo un viejo reloj digital con enormes números rojos, que colgaba encima de la puerta de entrada de su laboratorio. Era la muestra más importante con la que iba a trabajar en su vida, esa muestra podría darle el impulso definitivo a sus ensayos. El interfono que estaba al lado del teclado de seguridad de la puerta sonó. Kasaoka salió disparado y pulsó el intercomunicador. Al otro lado del auricular una sensual voz se comunicó con Kasaoka.

—Doctor, le comunico que el jefe de seguridad le está bajando la muestra que estaba esperando.

—Gracias, señorita Díaz.

Kasaoka tecleó con un gesto de inquietud el PIN en el teclado de seguridad, la puerta se abrió y una nebulosa de gas desinfectante salió de unos orificios situados en la parte superior del umbral de la puerta. Kasaoka observaba impaciente el fondo del pasillo, la puerta del ascensor se abrió y las luces del pasillo se activaron sistemáticamente. Ansioso vio como Martín el jefe de seguridad, portaba una capsula en su mano izquierda. Martín se acercó al doctor.

—Buenos días doctor, aquí tiene su envío. —Martín estiró el brazo e hizo entrega del envío a Kasaoka. El jefe de seguridad sacó de la parte trasera de su cinturón un dispositivo cuadrado y lo acercó a la retina al doctor. El dispositivo emitió un leve pitido seguido de un destello azulado sobre la retina del doctor. «¡Ya está! entrega confirmada» dijo Martín para si mismo, mientras miraba la capsula con cierto recelo.

—Gracias Martín, es muy amable. —Contestó kasaoka con tono irónico despectivo.

Para Kasaoka, el jefe de seguridad, a pesar de ser licenciado por la universidad de Princeton y un héroe de guerra condecorado, simplemente

era una masa de músculos sin cerebro. Martín tras entregarle la capsula frunció el ceño, «quasimodo descolorido», pensó. Se giró con paso militar y dando la espalda al científico, aceleró el paso a trote ligero, pulsó el botón de llamada del elevador. Las puertas se abrieron, se giró con el mismo movimiento marcial y sin perder de vista al virológo le dedicó un gesto con el dedo «cordial» de su mano derecha a Kasaoka. mientras las puertas del ascensor se cerraban.

—Neandertal. —masculló entre dientes Kasaoka mientras perdía de vista a Martín.

Kasaoka tecleó de nuevo su clave de seguridad, la puerta se abrió y se escuchó una voz sintetizada. «Clave de seguridad nivel 10 introducida, el laboratorio quedará sellado en 30 segundos». Kasaoka se quedó quieto, esperando, delante de una de las mesas de trabajo. «Laboratorio sellado herméticamente», anunció la voz sintetizada.

El virológo observó detenidamente el teclado numérico de la capsula, la depositó encima de la mesa y sacó una nota del bolsillo de su bata. Impaciente tecleó uno a uno los números manuscritos en el papel. Un torrente de sudor frío bajó por su frente. La capsula emitió un leve sonido y se abrió en dos partes. Kasaoka extrajo de una de las partes de la capsula, en donde estaba depositado un frasco de preparados de vidrio al sodio y a la cal diseñado para cultivos permanentes. Elevó el pequeño frasco de vidrio por encima de su cabeza y se quedó observando la muestra visco-gaseosa que contenía. Introdujo el frasco con la muestra, en una vitrina estanca de extracción de gases que estaba colocada sobre una poyata; se dio la vuelta, y de la mesa de enfrente, cogió un densímetro y un voltímetro emisor de descargas eléctricas controladas, una pequeña barra metálica y un condensador, introdujo los equipos en la vitrina y la cerró. Cogió su smartphone, abrió la lista de reproducciones de archivos de audio, buscó uno con el nombre de Bill Murray, pulsó el nombre y comenzó a escuchar.

«Hola Yoskihiro, ya tienes la muestra que tanto anhelabas, espero que con ella, puedas iniciar los ensayos y dar veracidad a tu interesante teoría, espero impaciente los resultados de tu estudio. Para materializar la muestra visco-gaseosa del espectro, debes producir una pequeña descarga electrostática; conecta el voltímetro y el condensador a la placa conductora, luego abres el frasco con la muestra y procedes a dar la descarga controlada con una intensidad exacta de 666 mV, ya se que el número suena esotérico, pero ¿trabajar con la muestra de un espectro no lo es?» —se escuchó una carcajada histérica. «Después de la descarga el gas fluctuará, la viscosidad vibrará uniendo la simbiosis químico genética y al cabo de dos minutos se producirá la fusión; es importante que el condensador esté cargado con la misma intensidad, para que el nivel del flujo eléctrico sea estable, y de esa manera puedas trabajar con la muestra. Micro fracciona la muestra, porque el tiempo para poder trabajar

con ella es limitado, al contacto con el oxígeno se oxida y termina por volatilizarse, pero tranquilo, con la cantidad que te he enviado tienes más que suficiente para experimentar, además ya sabes, que por otra módica transferencia a mi cuenta en suiza podrías tener otra muestra. Lo dicho, espero que tengas suerte, y ya me irás informando de tus avances».

Yoskihiro apagó la reproducción, buscó la función de grabación de un terminal de grabación móvil y se puso manos a la obra.

—Prueba viral 1; el primer paso será materializar la muestra para comprobar sus tejidos, por lo que entiendo y creo, si el ente, en algún momento fue un ser humano, y tenemos la capacidad de materializar su estructura material de nuevo, debería conservar de alguna manera las «cuerdas de A.D.N vivo» de ser así, podremos infectar esa materia con la cepa de un virus. Antes de proceder con la materialización extraeré del frasco principal una pequeña muestra. Introdujo el vial principal en una capsula aero-estática, extrajo una mínima fracción que a su vez pasó a un vial secundario y acto seguido lo colocó en la cabina de pruebas. Kasaoka reguló la carga del voltímetro, comprobó el funcionamiento correcto de todos los aparatos y abrió el frasco; la pequeña nube gaseosa salió del recipiente quedándose suspendida en medio de la vitrina, el gel viscoso del interior del vial comenzó a vibrar. Kasaoka activó la descarga eléctrica. La nube fluctuó haciendo unos extraños movimientos y descendió como una micro manga inversa de un torbellino sobre la viscosidad del vial. Al finalizar la simbiosis de la fusión el nuevo organismo salió del vial como una materia gelatino-efervescente. Recogió una muestra, la extrajo de la vitrina, e insertó la muestra en un microscopio electrónico de barrido amplio espectral. Observó atónito la muestra. —Siiiiiii estaba en lo cierto —gritó. —Ahora podré infectar sus células vivas, y comprobar como se dañan, podré ver como se va alterando su material genético y destruir su sistema inmunitario.

Capítulo 24

XXIV

Codex Nigrum 1:03

Después observé a otro ángel ascender de la tierra teniendo grande potencia; y la tierra vibró y se resquebrajo ante su cólera. Y clamó con fortaleza en alta voz, diciendo: Caída es, caída es la grande y segunda Babilonia, y en ella aparecerá la habitación de los demonios, cueva y guarida de todo espíritu inmundo, albergará a todas las aves sucias y aborrecibles. Porque todas sus gentes han bebido del vino del furor, han practicado libremente la fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado abusando de ellas, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido del esclavismo de las masas y de la potencia de sus deleites.

—Rouco ¿Qué pasa? —escuchó De la Iglesia al otro lado del teléfono.

—¿Con quien hablo? —respondió el presidente.

—Soy su santidad el papa, ¿Quién es usted? ¿Qué le ha pasado a Rouco?

—Santidad, soy Santiago de la Iglesia presidente de la Xunta de Galicia. —respondió mientras se incorporaba del suelo.

—¿El presidente de la Xunta?, ah, si, Santiago, ¿Qué le ha pasado a Rouco?

—A Rouco le ha dado un infarto su santidad, estamos pendientes de que lleguen las urgencias sanitarias, pero me temo que no hay nada que hacer.

—¿Estamos?, ¿Quién está con usted?.

—El secretario del cardenal. —justificó De la Iglesia.

Mientras el político conversaba con el papa, el anciano sacerdote, se arrodilló delante del cuerpo sin vida del cardenal y dibujó la señal de la cruz en la frente del cadáver.

—Es una desagradable noticia, es una perdida irremplazable, ¡que Cristo lo acoja en su seno!. ¿Está usted al tanto de lo sucedido en

Fonseca?. —preguntó el papa.

—Si, claro que si, precisamente si estoy aquí, es porque recibí la llamada de Rouco e íbamos a reunirnos para tratar el tema. —respondió el presidente, mientras se sacaba el sudor de su frente con la mano.

—Entiendo, pero le advierto que no pueden filtrarse más imágenes de lo sucedido en la red. La situación es más grave de lo que se puede imaginar. No podemos dejar que la bola crezca, la red está llena de locos conspiranoicos. Tenemos que evitar a toda costa, que esos dementes comiencen a hablar y a especular con profecías catastróficas, con del fin del mundo. —replicó el papa.

—He hablado con las autoridades locales y les he ordenado que se mantengan al margen. Una vez que los equipos de emergencias terminen las labores de rescate de los cuerpos, la policía autonómico-forense y científica, se hará cargo de la investigación de los sucesos. Arqueólogos del servicio de patrimonio de la Xunta, se encargarán de la recogida y custodia de las piezas.

—Rouco me habló en más de una ocasión de su valía, de que es un hombre de principios, educado con los valores de propios de la iglesia, agradezco sus actos y cuento con la discreción de su administración.

—Eso no lo dude. —respondió de la Iglesia.

—No obstante le comunico que me pondré en contacto con el rey de España para ponerlo al corriente de los hechos, y le anticipo que saldré inmediatamente de Roma con mi equipo de asesores personales y con todos los medios que sean necesarios para hacernos cargo de la situación.

—No quiero parecer grosero su santidad, pero en Galicia estamos capacitados para hacernos cargo de situaciones como esta.

—Lo dudo, estamos hablando de temas sagrados, además los sucesos han acaecido en terrenos sagrados protectorado de la iglesia, usted no tiene potestad en la resolución de los misterios de Dios, quizás lo sucedido se escape al entendimiento racional de la ciencia entramos en terreno de lo divino, por eso debemos actuar nosotros y analizar los hechos desde la óptica de la fe.

—Lo que usted diga su santidad, «se puede ir a tomar mucho por el culo», pensó. El Palacio de Fonseca ya no pertenece a la iglesia, ustedes serán los que actúen bajo nuestra supervisión. El código ahí hallado, no es cosa de la iglesia, ahora pertenece al patrimonio de la Galicia, al patrimonio de la nación española. Soy creyente y tengo fe en Dios, pero quiero que tenga una cosa muy clara su santidad, iyo no soy su cordero!;

seguiremos en contacto, le mantendré informado, en breve le llamaré. —inquirió Iglesias elevando el tono de su voz. Acto seguido cortó la llamada.

Santiago de la Iglesia manipuló el móvil del clérigo muerto, y transfirió el contacto del papa desde ese teléfono al suyo. En ese mismo instante, un equipo sanitario de urgencias irrumpió por la puerta. Se acercaron rápidamente al cuerpo del cardenal. Uno de los sanitarios le tomó el pulso, mientras otro se arrodillaba y le desabotonaba la sotana. Realizaron las maniobras de RCP y le aplicaron varias descargas en el pecho con un desfibrilador. El presidente y el secretario del cardenal, miraban atentamente las operaciones de reanimación.

—No hay nada que hacer, solo podemos certificar la muerte, hora aproximada de la defunción, las 13:00 horas. —Anotó en un parte uno de los técnicos.

El presidente agradeció la rápida actuación a los sanitarios, y estrechó afectuosamente la mano a todos los integrantes del equipo. Entregó el móvil del cardenal a su secretario y salió por la puerta del despacho. Sacó su teléfono de uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Adolfo, soy Santiago, manda urgentemente a un equipo de técnicos al palacio de Fonseca. Que lleven todo lo necesario para recoger y embalar las piezas que han aparecido en la cueva de Fonseca, diles que sigan al dedillo las instrucciones de los arqueólogos de Patrimonio. Una vez que se hayan recogido todas las piezas, que las trasladen al bunker de La Ciudad de la Cultura. Pásale urgentemente por mail a mí secretaria, los datos personales del equipo para tramitar la autorización de acceso. ¡Ah! Por cierto, manda a los mejores.

—Mi gente es la mejor, ahora mismo les llamo para que se pongan en marcha. —respondió Adolfo del Río.

El presidente de Xunta abandonó el palacio Arzobispal. En la salida del edificio, de pie al lado de la puerta principal lo esperaba su chofer y un guardaespaldas. En frente del palacio, delante de la plaza del seminario mayor, un coche y un furgón de la policía autonómica cortaban el paso a los transeúntes. El presidente alzó la mano y saludó a los curiosos que se agolpaban detrás de los coches policiales. De en medio del gentío saltándose el cordón policial salió un hombre de cabellera grisácea, una tupida barba blanca. Vestía un hábito marrón semejante al de un fraile; en su mano derecha portaba el típico cayado de peregrino.

—¡Arrodillaos pecadores! ¡El fin se acerca! y entrará por “a costa da morte”. Yo oí una voz que venía del cielo, y que decía:

«Salid de la segunda Babilonia, porque sus torres caerán; no participéis de sus pecados, para que no recibáis sus plagas porque los pecados provocados por sus lenguas y actos infectos han llegado hasta el cielo; y Dios ha visto sus maldades; ella vendrá a redimirnos; tornadle a dar como ella os va a dar, y pagadle al doble según sus obras; en el cáliz que ella os dará a beber, dadle a beber doblado; cuanto ella sea glorificada, por haberse privado de deleites materiales, y deje de sufrir tormento y llanto; porque dice en su corazón: Ella ha de ser sentada reina, para no ver más llanto; por lo cual si no la salváis, un día vendrán los malignos llenos de plagas; muerte, llanto, hambre, y ella será quemada por ellos por el fuego infernal; el mundo arderá en llamas; porque el Señor Dios ya no es fuerte».

Un policía lo miró fijamente a los ojos asestándole una patada en el vientre. El hombre cayó de rodillas al suelo.

—¡De rodillas! —gritó otro policía.

El hombre retorciéndose de dolor trató de levantarse del suelo, el agente se abalanzó sobre él y lo redujo. De la Iglesia se acercó al detenido.

—¿Quien eres? —le preguntó con voz temblorosa.

—Soy Balbino, un hombre de aldea, como quien dice un «ninguén».

El presidente se alejó del hombre sin dejar de mirar como la policía introducía al individuo en el furgón policial. De la Iglesia se subió en el vehículo oficial «tengo que saber quien es» e hizo una llamada.

—Aguirre, acaban de llevarse a un anciano que acaba de provocar un grave altercado en la plaza del Seminario Mayor, investigalo, recaba toda la información posible y me informas.

—Entendido señor presidente. — contestó el comisario jefe de la policía autonómica.

De la Iglesia suspiró y recogió un botellín de agua que estaba sobre el asiento, sorbió un trago y dio instrucciones a su chofer.

Capítulo 25

XXV

Codex Nigrum 1:04

Vi a un hombre ofrendando su alma, a otro que la guardaba en vasija, vi al hombre sin alma, conduciendo a un ejército de muertos, vi a los hombres vivos y pecadores gritando para no perder su condición. ¡Pobre del que pierda su alma! ni el mismísimo Dios todopoderoso lo podrá mortificar.

Después de la operación de neurocirugía practicada en el Hospital Clínico de Santiago de Compostela al donante 0, el equipo médico decidió cerrar la séptima planta del hospital y confinar al paciente 0 en una habitación con medidas especiales de seguridad microbiológica de nivel 5. Tras la operación, y debido a la patología cerebral generada por la cirugía, el equipo de neurólogos decidió que la mejor opción de controlar la delicada situación del donante era inducirlo al coma. El paciente estaba dentro de una cabina de características similares a las usadas para infectados por el virus del Ébola. Sus constantes vitales estaban monitoreadas y controladas por personal sanitario especializado las 24 horas del día. El doctor Luís Saífer visitaba al donante 0 a diario, y se reunía con el equipo que lo había operado todos los días a las 10 de la mañana para debatir su estado físico. Después de su visita matinal caminaba cavilando por uno de los pasillos que atravesaba la zona administrativa del hospital. Había recibido la llamada del director gerente del hospital y se dirigía hacia su despacho. El doctor Ortega era un tipo al que Saífer conocía en profundidad, había trabajado con él en los hospitales más prestigiosos de Madrid. A nivel profesional mantenían una relación cordial, pero fuera del terreno laboral su relación era nula. Para Saífer, Ortega, más que médico, era un gestor, un tipo que solo analizaba números, márgenes comerciales, costes, beneficios o déficit. Llegó al despacho de Ortega, la puerta estaba entre abierta, asomó la cabeza y tocó la puerta. Al escuchar los toques en la puerta, Ortega alzó la mirada.

—Buenos días Luís, pasa. — le dijo Ortega con una sonrisa en los labios, sin dejar de ordenar una pila de papeles.

—Buenos días. —Contestó Saífer de manera cortés, al tiempo que ofrecía su mano a Ortega. Éste miró a Saífer a los ojos y correspondió el gesto.

—Siéntate Luís, precisamente estaba ojeando las últimas analíticas y el último parte médico del paciente 0, y la verdad que su

deterioro físico nos tiene desconcertados, los valores hematológicos están totalmente descompensados, la bioquímica sérica muestra unos valores nunca vistos, las características del líquido cefalorraquídeo están cambiando.

Ortega se levantó y abrió la puerta de una pequeña nevera que estaba colocada sobre un aparador. Sacó un tubo de muestras del interior del refrigerador y se la mostró a Saífer.

— Fíjate en la decoloración.

—¡Verde! —contestó Saífer con gesto de sorpresa en su cara.

—Si, verde. —respondió Ortega.

—¿Clorocruorina en la sangre?, no puede ser, esa proteína solo está presente en la sangre de algunos parásitos sobre todo en las sanguijuelas. —Argumentó Saífer.

—Lo sé, algo se nos está escapando y repercutiendo negativamente en la evolución del paciente, el deterioro diario de su organismo es evidente. ¿Lo has visto hoy?

—Si, y tengo que reconocer que su deterioro físico es alarmante, eso está fuera de toda discusión. —contestó Saífer emitiendo un leve suspiro.

—Además urge tomar una decisión al respecto, la junta directiva del hospital me está presionado con éste asunto, es más, quieren que tomemos una decisión. O lo desconectamos o lo reanimamos. He analizado los números, y económicamente es inviable mantener cerrada una planta entera del hospital. —expuso Ortega.

—No me hables de números, he donado gran parte de mí presupuesto anual de investigación a éste ensayo clínico, además ¿insinúas que la repercusión mediática de esta intervención no está dando ya sus frutos?, No soy economista, pero tampoco soy tonto. —Replicó Saífer enojado.

—¡De elogios no se vive!, la repercusión mediática de la operación fue muy positiva para nuestras acciones bursátiles, pero la involución del paciente lo está truncando todo. En estos momentos, las acciones en bolsa de La Corporación Clínica Compostelana están cayendo en picado por la falta de avances en las investigaciones. —expuso Ortega enojado.

Saífer se quedó en silencio. Ortega lo observaba con un gesto de indignación en su rostro. Las imágenes del cuerpo demacrado del donante 0 colapsaron su mente. Se levantó de la silla y sin mediar palabra

abandonó el despacho de Ortega.

—¡Luís!, ¡Saifer! ¿A dónde cojones vas?—gritó Ortega.

Saifer, caminaba de manera errática. Chocó con una enfermera y ésta lo miró desconcertada. Saifer continuó andando sin ser consciente de que casi había tirado a la sanitaria. La enfermera enojada, juró en arameo.

Capítulo 26

XXVI

Codex Nigrum 1:05

Y dijo el señor a sus elegidos: Yo conozco vuestras obras, vuestro arduo trabajo y paciencia; y que no podéis soportar a los malos, y que vuestra labor será la de desenmascarar a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los descubriréis, y haréis públicas sus mentiras y maldades; habéis sufrido durante vuestra vida adversidades, calumnias y calamidades, os habéis repuesto aprendiendo a hacer lo contrario, ahora sois conocedores del camino recto, que debe llevar el ser humano.

Adolfo del Río, a los que sus empleados comparaban habitualmente con el señor Burns de los Simpsons, estaba sentado en el interior de su Lexus, frotándose las manos cual cínico usurero tras recibir la llamada urgente del Presidente. En su páfida mente, resonaba el eco del tintineo característico de las antiguas cajas registradoras al abrirse. Esté tipo de urgencias “se la ponían gorda” porque dejaban la puerta abierta a facturar sin control por sus servicios. Él era perfectamente consciente de que en casos de extrema urgencia como este nadie se paraba a mirar costes. Sacó de la guantera el teléfono móvil mientras observaba atentamente en la pantalla multifunción del vehículo las cámaras de seguridad de una de las naves de su empresa. —Héctor em. —dijo en voz alta para activar la llamada.

—Buenos días. ¿Por donde andas? —preguntó Alfonso.

—En la oficina, revisando la documentación que recogí hace un rato. —contestó Héctor.

—Ya lo sé, te estoy viendo por las cámaras. —dijo entre risas— Me acaba de llamar el presidente para que hagamos un trabajo de urgencia extrema, deja eso y prepara una lista del personal, los vehículos de la empresa y me lo pasas urgentemente por mail. Fran y Pepe, ¿están en la nave?.

—Si. —contestó Héctor.

—Lo sé, también los estoy viendo, diles que dejen de rascarse los cojones, que metan material para embalar en el furgón y subís cagando hostias para el Palacio de Fonseca que os están esperando los arqueólogos

del servicio de Patrimonio; cuando lleguéis allí me dame un toque.

—Okay, ¿tienes idea de que tipo de piezas vamos a recoger?
—preguntó Héctor.

—¡Joder! ¡Yo que cojones sé! ¡no tengo una puta bola de cristal!
El presidente no se para en esas cosas. Metes un poco de todo, lo que quepa en el furgón y arrancas. —Contestó Adolfo en tono despectivo.

Héctor se levantó y salió de la oficina vociferando los nombres de sus compañeros —Fran, Pepe, acercaros a la oficina por favor. —Héctor escuchó un «ya vamos» al fondo de la nave. Se sentó de nuevo y preparó el listado con los datos personales del personal y las matriculas de los vehículos de la empresa. En menos de un minuto Fran y Pepe entraron en la oficina.

—¿Te enteraste de lo del Palacio de Fonseca? —preguntó Fran a Héctor.

—No. —Contestó Héctor encogiendo los hombros.

—Estábamos escuchando a Herrero en la onda, y cortaron la emisión para dar una noticia local de última hora. Parece ser, que el suelo del claustro del Palacio de Fonseca se vino abajo sepultando a los obreros que estaban trabajando en las obras de restauración, ¡Vaya pasada!. Hace nada me pasó por «Whats» Andrés un enlace de Xaotube, lo abrí y son las imágenes del accidente.

Fran cogió en móvil y lo colocó encima de la mesa, toco la pantalla y el vídeo comenzó a reproducirse. Las imágenes del siniestro eran dantescas.

—¡Joder!, y el pavo éste, en vez de ayudar a los heridos se pone a grabar como si nada, ¡ya le vale! —comentó Pepe sorprendido por la frialdad del “improvisado reportero”.

—La verdad es que si, pero mira ahora lo de la cueva. —contestó Fran, mientras los tres miraban atentamente la pantalla del móvil.

—Espera un segundo. —dijo Héctor, mientras tecleaba la dirección del enlace del vídeo en el ordenador, entro en Xaotube y pasó el vídeo a la pantalla de 72 pulgadas configurada para ver agrupadas las 16 cámaras de seguridad que vigilaban el recinto. Avanzó la reproducción hasta llegar al momento en donde el tipo que había grabado la tragedia entraba en la cueva. Los tres observaban alucinados las imágenes pintadas en la cueva.

—¡Joder!, vaya puta pasada. —comentó Fran.

—Pues acaba de llamar tú jefe, que preparemos la furgoneta con material para embalar obras de arte y que arranquemos para Fonseca. Parece ser que nos están esperando los arqueólogos del servicio de patrimonio. —Fran y Pepe se quedaron mirando a Héctor con cara de poker.

—No me miréis así, acaba de llamar, por eso os avisé. Recibí una llamada de extrema urgencia de su amigo Santi de la Iglesia y me dijo me vayamos cagando hostias. Le acabo de pasar por mail la lista del personal y de los coches para que nos autoricen a entrar, ¡es lo que hay!. —aclaró Héctor a sus compañeros.

—¡Joder!, pues son casi las 7 de la tarde, yo ya me piraba para casa. —contestó Pepe con cara de pocos amigos.

En ese instante sonó el móvil de Héctor; metió la mano en el bolsillo lateral de su pantalón y sacó el teléfono. Miró la llamada entrante. «¿Qué querrá este ahora?» pensó, mientras enseñaba la pantalla del móvil a sus compañeros.

—¿Dime?

—Me llamó Santi para que no vayamos hoy a Fonseca, aun están trabajando los equipos de emergencia, la policía y los forenses; por el momento no podemos entrar, así que dejar todo preparado y a las 8:30 de la mañana os presentáis allí. Lo mismo a media mañana me paso por Fonseca y hablamos. Bueno te dejo, que aun tengo que ir a la oficina; tengo miles de correos que leer y un montón de cosas que facturar, ¡hoy fue un día durísimo!.

Héctor comentó el cambio de ordenes a sus compañeros. Los tres se salieron de la oficina, Pepe metió el furgón en la nave; introdujeron los materiales de embalaje y las herramientas dentro de la caja de la furgoneta. Poco después Pepe y Fran se metieron en el furgón y se fueron de la nave. Héctor cerró el portalón de acceso, volvió a entrar en la oficina, apagó el ordenador, conectó las alarmas y salió de la nave. Camino hasta la zona de aparcamiento de empleados y entró en su coche, antes de arrancar el motor, sintonizó la emisora Cadena Realidad. Héctor era un oyente fiel de esa emisora porque el conductor del programa «desentrañando las ondas» era un amigo de la infancia. Héctor abandono el recinto de la nave, detuvo el vehículo delante de la entrada principal y esperó a que se cerrase el portal automático. Empezó la marcha mientras escuchaba la voz de su amigo.

—Amigos oyentes, los descubrimientos y tragedias ocurridas en Santiago de Compostela en las últimas fechas no hacen más que avivar el

fuego de las teorías conspirativas. Los restos hallados en la denominada «iglesia de los condenados», los crímenes satánicos de la aldea de Brión, el hallazgo “accidental” del «código negro», y el derrumbe del claustro del Palacio de Fonseca. ¿Son las señales de las que habló el famoso vidente compostelano Balbino?; por cierto, me comunican que hoy el amigo Balbino fue puesto a disposición judicial por “amenazas” al presidente de la Xunta. Testigos oculares que estaban presentes en la plaza del seminario mayor niegan las supuestas amenazas, más bien me hablan de brutalidad policial.

Cada vez que Héctor escuchaba el nombre de Balbino, un eco del pasado irrumpía en su mente...

«Vamos, espabila que es tarde, el señor Balbino nos está esperado». Escuchó decir a su madre. Se vio a si mismo de niño caminando desganado por la calle de Basquiños; observando el feo estampado de flores que adornaba la camisa de su progenitora. Sin saber porqué su corazón se aceleró. Bajaron por la rúa de la Algalia, cruzaron la plaza de Cervantes, su madre se detuvo delante de un escaparate; «espérame en la Quintana» dijo su madre. Giró hacia la derecha y mientras caminaba calle abajo, un bucle de imágenes que se repetían a gran velocidad asaltó su mente, «el santo degollado que presidía la entrada del monasterio fundado en el siglo IX por Alfonso II sangraba a borbotones por la garganta. Las uvas de los grandes racimos de uvas cincelados en la fachada de «la casa de la parra» se desplomaban en el suelo y la inscripción de lápida que recordaba la formación del Batallón Literario que los universitarios compostelanos habían creado para la defensa de Galicia contra las Tropas de Napoleón se resquebrajaba». Agitó la cabeza intentando borrar aquellas imágenes. Cuando se paró delante del monasterio, observó que delante de la puerta del templo, observó el cuerpo sin vida de un enorme gato negro que yacía en medio de un charco de sangre. Se acercó lentamente al cuerpo del animal, y se agachó para observarlo más de cerca. De pronto el gato emitió un terrible alarido de dolor, Héctor asustado trató de retroceder y se cayó de espaldas en el suelo. El animal dio un salto y se posó sobre su pecho clavándole las zarpas. Héctor aterrado, vio como la pantera negra que se había apostado sobre él, le exhibía sus afilados colmillos. El descomunal felino miró con sus enormes profundos ojos amarillos al asustado muchacho. Héctor fijó su mirada sobre la enorme cicatriz que recorría la cara de la bestia. En un abrir y cerrar de ojos el gato salió volando por los aires, el cuerpo del animal chocó contra puerta del templo provocando un sonido hueco. Héctor se giró y vio la figura imponente, de un hombre de pelo plateado y espesa barba blanca que le tendía su mano. Una extraña sensación recorrió su cuerpo, y en cuando notó la intensidad de la mirada azulada de su salvador, la serenidad inundó su alma. Aquel hombre de tez morena curtida por el sol, manos ásperas y fuertes le sonrió amablemente mientras le ayudaba a incorporarse. El salvador desconocido se presentó

al muchacho.

—Hola, soy Balbino.

—¿Balbino?, ¿eres Balbino? —respondió Héctor cariacontecido.

—Sí, y tú venías a verme hoy a mi. —replicó, mientras le daba una palmada en la espalda.

Héctor no salía de su asombro, por un momento trató de buscar con la mirada el cuerpo del gato.

—No busques al bicho, mira hacía delante, acompáñame y no digas nada de lo sucedido a tú madre. —dijo Balbino, mientras se acariciaba la barba.

Balbino y Héctor, comenzaron a bajar las escaleras que conducían a la plaza de la Quintana, Balbino se agachó y le susurró al oído. «Debes de saber que eres una personita con dones especiales, a medida que vayas madurando sabrás de tu valía. En este preciso instante las normas te están tejiendo un nuevo destino». Se situaron en el centro de la plaza, Balbino levantó los brazos en alto y comenzó a vociferar como si estuviese poseído.

—Los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los inmorales, los idólatras y todos los que mienten a sus corazones tendrán su herencia en el lago que arde con fuego y azufre. A todos ellos, tú y los verdaderos, los habréis de conducir, para que vean a la muerte que vendrá aquí más pronto que tarde a la segunda Babilonia.

Balbino se giró sobre si mismo seis veces, se paró y mirando fijamente a los ojos a Héctor, volvió a gritar.

—En las seis edades del hombre hallarás la respuesta a tus preguntas.

Una violenta oscilación, seguida de un sonido raído sacudió el volante del coche de Héctor, que aterrizó de manera forzosa en el presente. Mientras trataba de controlar la trayectoria del coche, un chorro de sudor frío resbaló por su frente. De manera instintiva sus manos giraron de bruscamente el volante hacía la izquierda, y clavó su pie derecho en el pedal del freno; las ruedas emitieron un terrible chillido; el vehículo trompeó dando dos vueltas sobre si mismo; el motor emitió un traqueteo y se calentó. El corazón de Héctor latía a mil por hora. Miró a ambos lados y observó que su viejo Peugeot 407, se había quedado parado en medio el arcén. Se sacó el cinturón, abrió la puerta y salió del coche. Respiró hondo, sacó del bolsillo lateral de su pantalón una cajetilla de cigarrillos, miró fijamente la imagen del dromedario serigrafiado en relieve del

paquete y tuvo la sensación de que el animal le guiñaba un ojo. «Me estoy volviendo loco» pensó. Encendió un cigarrillo, lo fumó aspirando el humo con intensidad. Se subió de nuevo al coche y se fue directo para su casa.

Al llegar a casa, vio a su hija Carmen que estaba sentada en el banco de madera situado debajo del porche. Su hija alzó la cabeza, separando sus ojos de la pantalla del móvil y dedicó una leve sonrisa a su padre.

—Hola hija, ¿qué tal?, ¿está tú madre en casa?. —preguntó Héctor. —Bien, mamá está viendo la tele en la sala. —contestó su hija mientras bajaba la mirada y volvía a toquetear la pantalla de su teléfono.

Capítulo 27

XXVII

Codex Nigrum 1:06.

Pobre de aquel que diga que está cerca de Dios, y que por el fruto de la corrupción posea el conocimiento, el poder, y las riquezas materiales, y que por tales banalidades, ose desafiar a Dios. Porque nuestro señor dijo: Que no se vanaglorie el sabio por su sabiduría, ni el poderoso de su poder, ni el rico de su riqueza; porque aunque crean que ya me entienden, que ya me conocen, yo soy el SEÑOR “el hacedor”, y cuando el hombre llegue a ese punto, no mostraré misericordia, ni atenderé a derecho y ni a la justicia en la tierra.

Un hombre vestido con el atuendo cardenalicio, corría desesperadamente por el pasillo que conducía a la residencia Papal. Apostados delante de la puerta de la residencia del pontífice, dos soldados de la guardia Suiza alabarda en mano custodiaban la entrada. El hombre suspiró y entregó una nota lacrada a uno de los guardias. El soldado llamó a la puerta. —Adelante. —se escuchó desde el interior de la residencia. El guardia entró, y entregó la nota al Santo padre. El pontífice hizo una seña con la mano derecha al guardia y éste salió cerrando la puerta. El papa rompió el lacrado rojo de la nota. Después de leer la misiva, el gesto de la cara del sucesor de San Pedro en la tierra, denotaba una alarmante desazón. —Gianluca. —Vociferó el pontífice. La puerta volvió a abrirse y el cardenal accedió al interior de la residencia.

—Me acaban de comunicar la defunción de Rouco. Haz las gestiones oportunas y cita de inmediato al Secretario de Estado, al Presidente de la Comisión Pontificia y al el Secretario general del Governatorato. —urgió el papa. Cariacontecido por la noticia, el rostro de Gianluca palideció.

—¿Cómo ha sido? —preguntó el cardenal mientras se santiguaba.

—Un infarto. —respondió el papa.

—¡Que Dios lo acoja en su seno!, era un gran hombre, fiel a nuestra causa, es una perdida irremplazable. —aseveró Gianluca.

El papa asintió con un gesto y se acercó a la mesa de su escritorio, abrió uno de los cajones y sacó una caja de cerillas. Encendió un fósforo y prendió fuego a la nota que le había entregado el guardia. Soltó el papel en llamas y lo dejó sobre un plato conmemorativo con el escudo de la

Xunta de Galicia.

—Su santidad, ¿de cuanto tiempo dispongo para concertar la reunión? —interpeló el cardenal mientras retrocedía hacía la puerta de la residencia.

—Antes de que se ponga el sol. —respondió el papa, mientras se sentaba encima de la mesa del escritorio.

—¿Cómo dice?, muchos de los miembros del consejo, no se encuentran en Roma en estos momentos. —argumentó Gianluca.

—Moved cielo y tierra si es preciso, pero los acontecimientos lo requieren. —respondió el pontífice elevando el tono de su voz.

—Lo que ordenéis Su Santidad.

A pesar de su pigmentación oscura, el semblante del pontífice palideció. Su gesto reflejaba desesperación, el sudor recorría su frente, las manos comenzaron a temblarle. Cogió una llave del cajón que aun permanecía abierto. En ese preciso instante el sonaron unos toques en la puerta.

—Pase. —dijo el papa en voz alta, la puerta de la residencia se abrió. Un sacerdote de gran estatura, de complexión fuerte y rostro aniñado accedió al interior de la residencia.

—Santidad, me he cruzado en el pasillo con Giuanluca, y me ha comentado que ha mandado reunir al consejo pontificio antes de que se ponga el sol. — expuso preocupado el hombre.

—En efecto Gelmírez, les he mandado reunir de urgencia. «El principio del fin se acerca». —pensó el papa.

—¿Cómo dice? Su Santidad, me está preocupando ¿Se encuentra bien?. —preguntó Gelmírez, alarmado.

—No me encuentro bien, más bien podría decirle, que estoy muy mal, el tan indeseado momento ha llegado. Acompáñeme, en calidad de responsable de los bienes de la Santa Sede debe seguirme. —farfulló el papa.

El pontífice y el camarlengo salieron de la residencia Papal. Los dos guardias suizos siguieron sus pasos a través de una serie de pasillos; se detuvieron delante de una gran puerta de madera de caoba adornada con las tallas en relieve de querubines. El Papa introdujo la llave en la cerradura y comenzó a girar la llave; cada giro de llave iba acompañado de un sonido metálico que hacía intuir que se estaban desanclando los resortes de seguridad de portón. Gelmírez miraba a su jefe atentamente. El papa abrió la puerta, e hizo un gesto con la mano a su subordinado,

Gelmírez traspasó el umbral y se quedó mirando al interior sin poder ver nada por la oscuridad que reinaba en el interior del recinto. Los dos guardias se quedaron fuera y cruzaron las alabardas en un gesto custodio. Francisco II dio un par de palmadas al aire y las luces se activaron. La estancia parecía una antigua capilla. Las paredes estaban recubiertas de estanterías de madera; miles de libros abarrotaban sus estantes. Un fuerte olor a rancio inundaba toda la habitación. El pontífice fue directo hacia una de las estanterías y se detuvo delante de ella. El camarlengo observó que un libro destacaba de manera sospechosa del resto por su lomo dorado. El papa tiró del lomo de ese libro y de manera automática se activaron unos resortes que movieron la estantería primero hacia atrás y luego lateralmente. Gelmírez no se sobresaltó por la acción de la estantería, ni tan siquiera el rictus de su rostro se alteró mostrando sorpresa. El estaba al corriente de que en todas las edificaciones de El Vaticano había infinidad puertas y pasadizos secretos por los que entraban y salían las concubinas del clero. El pontífice entró en la estancia secreta y Gelmírez le siguió. La habitación no tenía más de seis metros cuadrados. La tenue luz que iluminaba el lugar entraba a través de una pequeña ventana con forma de cruz maltesa. El haz luminoso que entraba desde el exterior incidía directamente en un altar conformado por tres grandes losas de mármol blanco. Gelmírez avanzó unos pasos y se quedó mirando fijamente el mural cincelado en la pared de piedra que estaba situada justo detrás del altar. Se acercó y tocó con sus manos la gran cruz inversa que sobresalía sobre una imagen de Moisés rompiendo las tablas de los diez mandamientos y el gran ojo que todo lo ve. El Papa se arrodilló delante del altar y giró un mecanismo dorado incrustado en una losa que estaba delante de él. La pared que en ese instante tocaba Gelmírez se desplazó hacia atrás.

—¿Tiene ahí su móvil? —preguntó el papa.

—Si, respondió Gelmírez.

— Encienda la luz y pasemos dentro.

El sacerdote iluminó el hueco, y los dos hombre entraron en otra sala igual a la anterior. Encima del altar había una pequeña urna de plata. El papa la cogió y se la entregó a Gelmírez. Sin mediar una sola palabra el Papa y el camarlengo abandonaron las estancias. Los guardias suizos descruzaron las alabardas y siguieron a los clérigos hasta la residencia papal. Gelmírez depositó la urna sobre la mesa del escritorio.

—¿Qué es esto? —preguntó Gelmírez.

—El interior de esa urna esconde el verdadero secreto de Fátima y el séptimo sello. —dijo el Francisco II.

—¿El séptimo sello?, ¿el secreto de Fátima?, creía que eran leyendas, mitos. —respondió el camarlengo.

—¿Leyendas, mitos?, ¡hombre de poca fe!. El mal ha penetrado en esta santa y apostólica institución, está llena de clérigos ateos como tú, simples obreros que simplemente esperan un sueldo a final de mes, o enriquecerse engañando a ancianas. Sois la como la termita que devora la madera, ¡una plaga!. Tú y los tuyos, sois la calaña infecta que entra día a día buscando el abrigo y el cobijo para perpetrar vuestros engaños. Desde el principio de los tiempos, la iglesia siempre ocultado estás realidades a los ojos banales de los peones faltos de fe. —gritó Francisco II encolerizado.

—Yo soy un hombre de fe, creo en Dios, pero soy muy conciente de que la iglesia a manipulado la verdad. Desde hace siglos esta institución se ha regido por los mandamientos dictados por papas corruptos y sin escrúpulos, hombres cuya única ambición era mantenerse en el poder a toda costa, amasar riquezas, violar mujeres y niños y matar al que se opusiese a la iglesia creada por el hombre. Manipular las sagradas escrituras en beneficio propio, mentir para controlar a las masas. ¡Yo estoy al servicio de Dios!, no al servicio del hombre, tengo fe ciega en Jesucristo nuestro señor. —Respondió de manera enérgica Gelmírez.

—Bonitas palabras, pero, ¿crees en ese Dios que dejó morir a su hijo en la cruz?, ¡el calvario de Cristo fue el fracaso de Dios!. Como puedes tener fe en un Dios, al que la humanidad señala como el primer genocida de la historia. He abierto los ojos y clamo justicia. ¿Qué clase de Dios trataría de destruir a su creación?. ¡Arrasar a inocentes, mediante el diluvio universal!, ¿qué Dios en su sano juicio?, mandaría arrasar Sodoma y Gomorra argumentando que no había gente buena. ¿Qué clase de Dios, permite?, asesinatos, epidemias, hambruna, guerras, y el exterminio de razas enteras. —Replicó el papa.

Gelmírez apretó los puños, y dio un paso hacia delante. En los ojos del camarlengo, se reflejaba un sentimiento de ira.

—¡Eso es una herejía!, una blasfemia ¿Cómo podéis?. Dios en su omnisciencia nos ha concedido el libre albedrío. Nosotros y solo nosotros somos los culpables de todos nuestros males. La humanidad es la que debe resolver sus problemas, sin culpar a Dios por ello. El mundo está corrupto y lleno de hombres como vos, pero Dios no tiene nada que ver. En todo caso el culpable ha de ser el diablo, con sus malas artes, con sus mentiras con sus tentaciones es el culpable de pervertir el alma humana. El diablo lleva siglos infiltrando dentro de la iglesia a sus acólitos. Mi gente y yo somos los encargados de difundir el mensaje de Cristo nuestro señor, los mensajeros de la paz y el amor al prójimo. Nosotros somos los auténticos soldados de Dios, somos su ejército sagrado y los encargados de cimentar y construir el nuevo orden mundial. Llevamos siglos ocultos

entre las sombras, observando a ésta putrefacta institución, recibiendo y analizando las señales profetizadas que anuncian el fin de la iglesia como tal. —inquirió Gelmírez, mientras se acercaba lentamente al pontífice.

—Yo solo sé, que soy un hombre de color, salido de la nada, que ascendió de los infiernos de Somalia y después de muchos sacrificios, se sentó con la ayuda de los 13 en este trono celestial. —contestó el pontífice, mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla derecha.

Los guardias suizos escucharon un — a mi la guardia —. Uno de los guardias abrió la puerta y entró rápidamente intentando evitar la agresión de Gelmírez que en ese preciso instante se abalanzaba sobre el pontífice. —Negro, hijo de puta. —gritó el camarlengo, pero antes de llegar a tocar al papa, la punta de la alabarda penetró en la espalda de Gelmírez y lo atravesó cómo un pincho moruno. El otro guardia entró haciendo el mismo gesto y atravesó a su compañero. Miró fijamente al papa, desensartó a su excompañero y caminó lentamente hacia el pontífice. De la punta de la alabarda caían gotas de sangre. El papa retrocedió y se sentó aterrado sobre la mesa del escritorio. Gelmírez agonizaba, aun no estaba muerto, y escupiendo sangre dijo —mátalo. — Para su desgracia, la última visión de Gelmírez, antes de exhalar su último aliento, fue la de una bala atravesando la espalda y el pecho del guardia.

—Sacadlos a todos de aquí. — gritó el papa negro. El hombre que había disparado asintió con la cabeza, y ordenó a otros guardias que sacasen los tres cuerpos sin vida que yacían sobre la alfombra que cubría el frío suelo de la residencia papal. Mientras tanto el pontífice, trataba de aclarar su voz y descolgaba el auricular del teléfono que estaba encima de su escritorio.

—Gianluca, acaba de ocurrir un terrible incidente, Gelmirez y un guardia desleal a la causa, acaban de intentar atentar contra mi vida. ¡Nuestra sagrada orden está en peligro!. El diablo se ha colado en nuestra sagrada institución.

Capítulo 28

XXVIII

Codex Nigrum 1:07

Pobre de aquellos que crean que alcanzarán el poder de Dios. Pues su gloria será breve, y caerá sobre ellos un eterno peso que sobrepasará toda comparación, equivocados están al poner su vista en las cosas que no se ven; porque las cosas que no se ven son temporales, pero las que se ven son eternas

A las afueras de la ciudad sueca de Lund, entre campos dedicados al cultivo de trigo y viejos molinos de viento, se construyeron las mayores instalaciones científicas europeas de la historia. En su interior se había instalado la Fuente Europea de Neutrones por Estalación (ESS). Dentro de un túnel de 637 metros de largo se instaló el acelerador lineal de protones más potente del mundo, mucho más potente que el instalado en el «LHC del CERN». Este nuevo acelerador generaba la intensidad y cantidad suficiente de partículas, que tras impactar en el blanco generaba una potencia de 15 megavatios. Con esta innovadora fuente, los neutrones sin carga eléctrica, penetraban en la materia sin dañarla y mostraban su composición a escala atómica y molecular. El haz de neutrones más potente del mundo, permitió observar cómo una molécula era capaz de atravesar la membrana celular, lo que abrió la puerta al diseño de los fármacos definitivos contra la lucha y erradicación de la mayoría de casos de cáncer. La ESS permitió el estudio de la superficie de nuevos materiales de alta densidad energética con el que desarrollaron las Terabaterías que mejoraron las prestaciones de las antiguas baterías de litio en un 1000%. Con el nuevo colisionador de Hadrones, se consiguió que los neutrones atravesaran el metal de las capas exteriores de motores y turbinas en funcionamiento, mostrando el comportamiento de los hidrocarburos, agua, aceite así como la formación de óxido... Se crearon instrumentos capaces de someter muestras a bajas temperaturas y altas presiones para recrear el entorno en el que viven las bacterias a miles de kilómetros bajo tierra o recrear el estado de las moléculas de hielo en Urano y Neptuno. Dentro del acelerador los iones de hidrógeno alcanzaron el 125% de la velocidad de la luz gracias a la creación de las nuevas cavidades superconductoras. Las partículas impactaban en una diana compuesta por una rueda de veinte metros de diámetro, forjada y cargada con 70.000 ladrillos de tungsteno. La diana estaba construida en una de

las cámaras hermética dentro del un enorme búnker de hormigón.

CHANEL NEWS — TRUTHS ABOUT THE WORLD.

Conspiraciones mundiales en la red.

Mis fuentes afirman que en el ESS de Lund en Suecia, acaban de desarrollar unos nuevos motores de magnetoplasma de impulso específico variable conocidos como VASIMR PLUS II que acoplados al acelerador lineal de protones, son capaces de plegar el espacio tiempo. Esas mismas fuentes sostienen que en realidad, han diseñado una puerta de entrada a las estrellas o una puerta interdimensional. ¿tendrán la llave de la puerta los alienígenas?, ¿Podrán seres de otras dimensiones entrar en nuestro mundo? ¿A qué nos enfrentamos?

Os seguiremos informando.

Londres, aeropuerto de Heathrow. Diez en punto de la mañana.

Un jet privado solicitaba pista a la torre de control para despegar. Paola Medici, estaba sentada cómodamente en un mullido asiento de cuero, muy cerca de la cabina de los pilotos. Un agradable olor a café expreso inundó sus fosas nasales. Una azafata rubia, con el pelo recogido en un moño bajo, se acercó a Paola y le ofreció el café. La doctora Medici, asintió con un gesto mientras hablaba por teléfono. La azafata, sin rozar el cuerpo de Medici, accionó un mecanismo que desplegó una bandeja delante del asiento de la científica. Paola, hablaba con su secretaria Beatriz Roca. Le estaba transmitiendo las últimas instrucciones para la organización del gran evento, programado para las 15:00 horas del día siguiente. No quería dejar nada al azar. Cuando terminó la conversación con su secretaria, se acercó al asiento de al lado, abrió un maletín y extrajo de él un dossier informativo, en esos documentos se exponían las conclusiones definitivas sobre las últimas investigaciones de un nuevo combustible. Ese carburante experimental, se obtenía mediante la extracción de ciertas células radioactivas, de una nueva variante de la Pelagia noctiluca. Biólogos marinos, habían descubierto que ese tipo de medusas luminiscentes moradoras de la Fosa Atlántica, habían sufrido una mutación genética provocada por el prolongado contacto con los residuos radioactivos vertidos allí durante los años ochenta. Aquel nuevo combustible secreto, tenía muchas más posibilidades y aplicaciones, que el Dihidrógeno. Según sus compañeros era el combustible definitivo, su uso en los propulsores espaciales de última generación, podría revolucionar los viajes interplanetarios. Las pruebas realizadas en un motor de explosión convencional habían sido espectaculares, con una

simple gota del fluido diluido en 0,0006 galones de aceite de palma, el propulsor había recorrido en el banco de pruebas, la friolera de 50.000 kilómetros. Ingenieros del centro habían diseñado un nuevo y revolucionario motor. El primer paso del proyecto, fue encargar la construcción de ese innovador propulsor al fabricante de turbinas y motores aéreos Rolls-Royce. La multinacional SKF se encargó del diseño y construcción de una bomba capaz de inyectar la mezcla del combustible en estado gaseoso a baja presión, y el tercer y último paso fue acoplar el nuevo propulsor al acelerador de partículas. Con este nuevo descubrimiento los generadores de los campos electromagnéticos, eran capaces de multiplicar por diez, la velocidad del acelerador de partículas. Aplicando la teoría del estado de transición, los científicos creían haber conseguido el equilibrio químico entre los reactivos y el complejo activado, creando así una estructura estable de alta energía. Con ese nuevo potencial de colisión de Hadrones, los estudios previos eran concluyentes. Se podía generar la energía suficiente para abrir un portal interdimensional. El proyecto ultra secreto fue autorizado y financiado con fondos "black" por una parte de los estados miembros de la CEE, Estados Unidos y Rusia. El proyecto se bautizó con el nombre "La puerta de Hades". Se construyeron nuevos laboratorios dentro de las instalaciones del ESS para este revolucionario proyecto. Las mentes más brillantes a nivel mundial de todas las ramas de la ciencia se unieron a ingenieros Físicos, Químicos, Informáticos, Aeroespaciales, Robótica, Mecánica, Nano-tecnología y Biónica. Todos habían trabajado incansablemente para hacer realidad el proyecto. El macro equipo se enorgullecía de «la puerta de entrada a lo desconocido», estaban convencidos de que una vez, que se «abriese» la puerta, nuevos y alucinantes descubrimientos estaban al alcance de la mano. El diseño de la diana donde debía de colisionar el nuevo macro acelerador de partículas, había sido tachado por muchos de creación Friki, por su parecido al que aparecía en el film de los años noventa Stargate. La sala de control tampoco se había librado del mismo calificativo por su parecido con el puente de mando de un TIE Fighter, (un destructor imperial de la saga interplanetaria Starwars). La panorámica desde el gran cristal blindado y tintado de más de cuarenta centímetros de espesor era perfecta, se podía divisar en toda su dimensión y al detalle el portal. La sala a pesar de ser de grandes dimensiones, no contaba con demasiado espacio «vital» debido a la masificación de equipos de control y los macro ordenadores. Para el correcto funcionamiento del complejo sistema, eran necesarios más de 50 técnicos. El palco de autoridades se había construido en una planta superior a la sala de control y contaba con amplios espacios discrecionales, sillones ergonómicos y unas inmejorables vistas del portal. El numeroso equipo de científicos había realizado infinidad de pruebas, con resultados alentadores. «La Física Cuántica y sus infinitas posibilidades».

Paola Medici, después de tomarse el café, y releer el informe, se levantó de su asiento, y pidió a la azafata que le acercase un portátil y que estaba

en la parte trasera del aparato. Se sentó delante de un escritorio adaptado y comenzó a redactar un discurso. El discurso más importante de su dilatada carrera. Medici se había doctorado en Física de partículas experimentales en la Universidad de Milán en 2009. Era Profesora honorífica en la Universidad de Edimburgo. Considerada por muchos, como una de las mejores científicas a nivel mundial en su campo. Su posición como directora del ESS, le había abierto, muchas e influyentes puertas, tanto a nivel político, como financiero. La revista Forbes, la había incluido en el top ten, de las mujeres más influyentes del mundo. Era una mujer atrevida, inteligente, sin complejos, segura de si misma. Creía que era dueña de sus actos, de su «destino», pero nunca más lejos de la realidad.

Paola era una simple marioneta en manos del gran consejo de titiriteros. Ellos se encargaban de manejar sus hilos, al igual que controlaban y manejaban las cadenas, de los grandes dirigentes mundiales. Nada ni nadie, podía escapar a su control. Desde un plano superior, el gran Senescal movía filamentos invisibles e imperceptibles que controlaban al consejo de los 13 y al resto la Psique humana. El gran senescal elucubraba y manejaba a su antojo a la cúspide del sistema piramidal que el mismo habían diseñado. Desde el principio de los tiempos, se escondía entre las sombras. Había infiltrado entre los seres humanos, un ejército de entes oscuros de dos clases, los «granjeros» y los «creadores», con una única misión. Variar la polaridad humana y aumentar las vibraciones oscuras. Los granjeros, eran los encargados de alimentar con oscuros pensamientos las mentes humanas, inyectando odio e ira. Estaban infiltrados en los medios de comunicación; manipulaban las noticias a su antojo. Diseñaban publicidad engañosa, desleal, e inequívocamente dañina que circulaba por la red y por todos los medios audiovisuales a nivel mundial. Falsos predicadores que camuflaban en sus sermones las «bondades» de los siete pecados capitales. Apócrifos y nuevos ídolos, (cantantes, deportistas, celebritis, influencers y youtubers) fabricados por los medios, alteraban día a día el comportamiento de las masas. Su cometido principal, contaminar y envenenar a toda la sociedad. Los «creadores» una estirpe superior, eran los encargados de manipular a todos los núcleos de poder establecido, creando artificialmente mediante conspiraciones, todos los conflictos y desgracias que se producían en el planeta. Poco a poco los creadores, iban destruyendo el supuesto «libre albedrío dado por Dios», por un «destino» dictado. Los dictados se producían mediante sutiles e imperceptibles mensajes subliminales, que ni las mentes más brillantes detectaban. Por ese motivo las grandes mentes mundiales creían que eran dueñas de sus acciones, de sus decisiones.

El jet privado de Paola Medici, tomaba tierra en un pequeño aeropuerto privado a las afueras de Lund. Una limusina la esperaba a pie de pista. La puerta delantera de la aeronave se abrió desplegando la escalerilla. La doctora Medici bajo apresuradamente. El chofer de la limusina la esperaba con la puerta trasera del vehículo abierta. La doctora saludó al chofer con

un leve movimiento de mano y una agradable sonrisa dibujada en su cara. Mientras se sentaba en la parte trasera de la limusina, la falda de tubo impidió el afianzamiento de las posaderas de la mujer sobre la mullida banqueta del asiento de la limusina. Paola tuvo que tirar de su falda hacia arriba dejando al descubierto unos muslos torneados por el trabajo diario con las maquinas de un gimnasio. El hombre no pudo evitar fijarse en aquellas espectaculares piernas. Unas extremidades capaces de parar literalmente el tráfico. El conductor cerró la puerta con suavidad, y se colocó al volante. Arrancó el vehículo, presionó la tecla de retroceso del cambio de marchas mientras una agradable voz sintética anunció el destino preseleccionado.

Capítulo 29

XIX

Codex Nigrum 1:08

Y escuche a un ángel diciendo a gran voz: Pobre de aquellos escépticos que ignoran y no temen a Dios, y no le dan gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; recapacitad porque aun estáis a tiempo de ser perdonados; adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.

Manuel era un tipo al que le gustaba presumir de su escepticismo. Desde muy joven se declaró agnóstico y siempre estuvo convencido de ello y en cierta manera menospreciaba a la gente supersticiosa y era enemigo acérrimo de los conspiranoicos. Licenciado en psicología y criminología por la USC, decidió opositar al CNP siendo el número 1 en su promoción. Su ascenso dentro del cuerpo fue meteórico, en poco tiempo fue nombrado inspector jefe de una novedosa unidad dentro del Cuerpo Nacional de la Policía, la UICP, «Unidad de Investigación de Casos Paranormales». Pero la fatalidad, golpeó de manera despiadada su vida, lo que provocó el tambaleo de los sólidos cimientos existenciales de su vida.

Sentado en el sillón de su despacho, las malas noticias retumbaban en su cabeza como titulares creados por un diario sensacionalista. «De manera repentina fallece el padre de Manuel», «el mismo día del funeral de su progenitor, encuentran a su compañero de piso, muerto en circunstancias extrañas», «encuentra a su novia follando con uno de sus mejores amigos», «su madre se hunde en una terrible depresión». La puerta de su despacho se abrió, Manuel alzó la mirada y vio entrar al comisario jefe de la brigada.

—Buenos días Manuel, ¿Cómo te encuentras?. —preguntó su superior mientras le tendía la mano.

—Para serle sincero no muy bien, la verdad que todo esto me está superando un poco, son muchas hostias seguidas. —respondió mientras se erguía del asiento y estrechaba la mano a su jefe.

—Le he estado dando vueltas a la cabeza. Nos están pidiendo apoyo logístico desde tú tierra, los fenómenos extraños no paran de crecer. Estaba pensando en mandar a Rodríguez, pero su manera de ser tan “castiza”, chocaría de frente con la idiosincrasia de tus paisanos. ¿Quién mejor que tú? Para echar un vistazo a los casos más recientes.

—argumentó el comisario jefe.

Cariacontecido, Manuel miró a los ojos a su jefe. El comisario tragó saliva y...

—Mira Manuel, te coges unos días libres, viajas a tú tierra y cuando creas que estás preparado te incorporas. He informado al comisario jefe de la comisaría de Santiago de Compostela, que mi mejor agente se pondrá en contacto con él.

Manuel asintió con un gesto, y mientras el comisario salía de su despacho; abrió el cajón de la mesa, sacó una cartera y cogió su arma de fuego reglamentaria. Abandonó la comisaría y se dirigió al parking. Se subió en el su coche. Encendió el sistema de navegación, buscó en el menú de configuración "sitios recientes" y pulsó el destino «casa Pepe». Abrumado por los acontecimientos, decidió que sería mejor pasar el fin de semana en casa de sus amigos, que ir a casa de su madre.

Pepe y Sara eran sus mejores amigos, se conocían desde la infancia. La pareja vivía en un chalet adosado a las afueras de Santiago. Nada que ver con su andrajoso y pequeño apartamento en el centro de Madrid. En otro tiempo su rutina nada más entrar en Santiago sería, en primer lugar ir a casa de sus padres, en segundo lugar recoger a su novia que era vecina de sus progenitores y en tercer lugar ir juntos a pasar el fin de semana a casa de sus amigos. La escena era siempre la misma. Manuel, botella de Jack Daniel's etiqueta verde en mano, llamaba a al timbre, la puerta se abría y su amigo Pepe lo recibía con una amplia sonrisa, parafraseando «bienvenidos a casa Pepe». Estaba claro que después de los nefastos acontecimientos no sería lo mismo, pero el afecto y el calor que le brindaban sus amigos, le reconfortarían en cuerpo y alma. El viaje por la A6 fue tranquilo, aunque durante la travesía las dudas asaltaban su mente, «¿iré primero a casa de mí madre?», «¿o voy directamente a casa Pepe?». Finalmente optó por no ir a casa de su madre. Prefería tomar unas cervezas en compañía de sus amigos, charlar y pasar una noche tranquila, sin sobresaltos. «Mañana paso con calma y con las energías renovadas por casa de mi madre», pensó. A eso de las 10 de la noche, llegó a casa de su amigo. Aparcó el coche enfrente de la casa, caminó unos pasos, aspiró hondo, y tocó el timbre situado en un lateral del cierre exterior del chalet. Al instante la perra de su amigo, una cocker ruano, saltó detrás de puerta del cierre enseñando su dentadura. Al cabo de unos segundos, la puerta principal del chalet se abrió.

—Lana, pasa a tu sitio. —Ordenó Pepe.

La perra obedeció y entró en la caseta de madera que estaba pegada a las escaleras de la entrada del chalet. Manuel abrió la puerta del cierre y accedió al patio de entrada. Su amigo se acercó y le propinó un fuerte

abrazo.

—¿Que tal tío? —Le susurro Pepe al oído.

—Jodido, pero contento de estar aquí. — respondió Manuel.

Los dos amigos entraron en casa. De la cocina salió Sara y le regaló otro caluroso y fuerte abrazo a su amigo.

—Bienvenido a Casa Pepe. —dijo Sara, con una amplia sonrisa dibujada en sus labios.

—Gracias Sara, siempre es un placer poder disfrutar de vuestra compañía. —afirmó Manuel forzando una sonrisa.

—Pasa a la terraza, están Héctor, Mara y Mabel tomándose una cervecita fresca. —Le comentó Pepe.

Héctor era el cuñado de Pepe, Mara su hermana y Mabel amiga íntima de Pepe y Sara además de compañera de trabajo de ella. Manuel se acercó al umbral de la puerta de la terraza y dedicó un saludo al grupo. Los tres dirigieron su atención hacia Manuel, y le dedicaron una calurosa bienvenida. Todos eran conocedores y conscientes de la difícil situación que atravesaba Manuel. Pepe le dio un pequeño toque en la espalda a su amigo y le hizo entrega de una cerveza. Manuel le dedicó una sonrisa a su entrañable amigo y le metió un buen trago a la 1906.

—Ahora que llegas tú, estoy en igualdad de condiciones.
—Comentó Mabel.

—¿Por? —Preguntó Manuel.

—Estábamos hablando de los últimos acontecimientos, de la influencia de las malas energías que nos rodean, de cómo afecta a las personas, y de quienes las provocan. —Indicó Mabel.

—Pues, no se, si... en estos momentos puedo estar del lado de la ciencia. — Afirmó Manuel.

Mabel, miró a Manuel con un gesto de extrañeza, sabedora del escepticismo de Manuel, respecto a esos temas.

—No se Mabel, después de la racha que estoy pasando, empiezo a dudar de todo. Hasta he llegado a pensar que nuestra vida está escrita o que hay algo oculto que mueve nuestros hilos. — contestó Manuel, encogiéndose de hombros.

—Tú lo has dicho, es solo eso, una racha, un ciclo que estás pasando. —respondió Mabel, antes de propinarle un buen trago a su cerveza.

Manuel se sentó en una silla, Pepe y Sara entraron en la terraza portando unas ricas viandas. Héctor actuó de maestro de ceremonias y descorchó una botella de rioja. Sirvió el vino en unas copas que estaban sobre la mesa y todos dedicaron un brindis al recién llegado.

—¡Por Manuel!, a tu salud, para que recuperes los ánimos y mejore tu «mala racha» —recitó Héctor levantando su copa de vino.

El resto del grupo, imitaron el gesto, levantaron y chocaron sus copas. Se sentaron en sus respectivas sillas y comenzaron a degustar las tablas de embutidos y queso de Arzúa. Pasado un buen rato, Manuel estaba como ausente, cogió su copa de vino, se levantó de la silla y sin mediar palabra salió de la terraza. Entró en la zona comunitaria de la urbanización. Una leve pero cálida brisa acarició su cara mientras se descalzaba. Sintió el agradable tacto del césped en las plantas de sus pies y decidió a caminar hacia la piscina. La hierba estaba fresca y húmeda; aquella sensación de frescor en sus pies reconfortó a Manuel. Por un instante, experimentó un leve sentimiento de libertad. Llegó al borde de la piscina, se sentó y metió sus pies dentro de la piscina. El agua estaba a buena temperatura, levantó la cabeza y observó el cielo, estaba despejado, plagado de estrellas. La luna nueva brillaba en todo su esplendor. La luz del satélite iluminaba de manera artificial las aguas de la piscina. Observar el fondo oscuro del cielo salpicado por las diminutas luminarias que representaban las miles de estrellas y la luna en medio de aquella espesura, fue como ver un gran cuadro natural que de alguna manera apaciguó el alma de Manuel. Notó que alguien posaba su mano sobre su hombro, miró hacia un lado y observó a su amigo Pepe, con un gran gesto de preocupación en su cara.

—¿Quieres que hablemos?, se que estás pasando por un mal momento. —comentó su amigo, mientras se sentaba a su lado.

—No te preocupes, las aguas volverán tarde o temprano a su cauce. —respondió Manuel, intentando quitar hierro al asunto.

—Se que tú no crees en estás movidas, pero he estado hablando con Héctor sobre ti, incluso le pedí que te echase las cartas, porque estaba realmente preocupado.

—¿De que hablas?, ¿las cartas?. —preguntó Manuel a su amigo.

—Si, tenía una prenda tuya en casa y le pedí a mi cuñado que te echase las cartas y... ¡joder! lo que me dijo me puso los pelos como escarpas. Me habló de tu infancia, de que tú padre os maltrataba a ti y a

tú madre, ¡joder! ¡Es... qué, es muy fuerte! Que abusaba de ti. También me dijo que tú madre lleva años someténdote a chantaje emocional y muchas más cosas más.

—¡No me jodas Pepe!, ¿Qué has hecho qué?. —preguntó de nuevo a su amigo.

Manuel lanzó la copa de vino a la piscina, trató de incorporarse, pero resbaló y se precipitó dentro de la piscina. Manuel emergió del fondo de la piscina, estiró el brazo pidiendo ayuda a su amigo. Pepe tendió la mano a su amigo. Manuel dio un salto y agarró con fuerza la mano de Pepe, tiró de él hacia el interior del vaso de la piscina. Pepe se precipitó sobre el agua. Manuel agarró la cabeza de Pepe y la sumergió debajo del agua. Manuel estaba fuera de sí. Sostenía con fuerza la cabeza de su amigo bajo el agua, mientras observaba como las burbujas de aire salían sin control de su boca. Pepe sumergido, agitaba los brazos desesperadamente. La cordura irrumpió en la mente de Manuel, la ira se desvaneció y Manuel tiró de la cabeza de su amigo sacándola al exterior. Pepe aturdido, llenó sus pulmones de aire. Los dos hombres se miraron, e incomprensiblemente tras lo sucedido se fundieron en un fuerte abrazo.

—Lo siento amigo, estoy preocupado por ti, solo quería saber para poder ayudarte. —dijo Pepe entre sollozos desesperados.

—Lo sé, ¡no sé... qué se me pasó por la cabeza!, ¡me estaré volviendo loco!, ¡lo siento!, ¡perdóname!. —vociferó Manuel entre lágrimas.

Los dos amigos salieron de la piscina, se desvistieron, y en ropa interior se dirigieron hacia la vivienda. Al entrar en la terraza, el resto de invitados se quedaron un tanto sorprendidos por la imagen, pero nadie dijo nada. Sara subió a la planta superior del chalet y bajó con unos albornoces, le entregó uno a Manuel y otro a su marido. El resto de la velada transcurrió con normalidad entre conversaciones banales. Héctor y Mara fueron los primeros en marcharse. Poco después Mabel, también abandonó la velada.

—Manuel, la habitación de invitados está lista, cuando te apetezca puedes subir, la verdad que la compañía es muy grata, pero yo me voy para cama. —comentó Sara entre bostezos.

—Te lo agradezco Sara. Pepe sino te importa yo también me voy a acostar. —Manuel subió al cuarto de invitados y se echó sobre la cama.

Capítulo 30

XXX

Codex Nigrum 1:09

Y el ángel me dijo: Bienaventurado el hombre que ascendió de su propio infierno, se curó de sus adicciones y maldades. Y ahora habla con palabras fieles y verdaderas. Y el Señor, Dios le encomendó difundir la palabra de los espíritus de los profetas, mostrando a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.

Fran y Pepe salieron del almacén, se despidieron y entraron en sus respectivos automóviles. Fran estaba deseando llegar a casa, el 18 de Mayo era un día muy señalado. En esa fecha conmemoraba la salida definitiva de su infierno personal. Hacía seis años que había abandonado el Proyecto Hombre y se sentía orgulloso por ello. Allí en el centro de rehabilitación, con la ayuda de sus compañeros de terapia y los terapeutas había madurado y crecido como persona. La metodología de la Fundación, integraba elementos claves de la psicología humanista; las adicciones son un claro síntoma de un grave problema que reside en la sociedad y en las personas. El lema del proyecto era «creemos en las capacidades de las personas para rehabilitarse».

Desde hacía seis años, todos los 18 de Mayo, Fran se reunía con sus más allegados y con el grupo de terapeutas con los que había trabajado, para celebrar una fiesta conmemorativa, su nuevo cumpleaños.

A la altura de la avenida Juan Carlos I, mientras estaba parado en un semáforo, algo llamó poderosamente su atención. Un hombre vestido con un harapiento habito de fraile cruzaba lentamente el paso de peatones. Su melena plateada y su espesa barba blanca ondeaban movidas por el viento. Aquel hombre se paró delante de su coche y gritó —«Bienaventurado el hombre que ascendió de su propio infierno, se curó de sus adicciones y de sus maldades». Tras escuchar esas palabras, se le puso la piel de gallina y los pelos de los brazos se le erizaron como escarpas. El hombre golpeó contra el suelo la base del cayado de madera, que llevaba agarrado en su mano derecha. —Tú serás el elegido para difundir la palabra de los espíritus de los profetas. —vociferó el hombre. El corazón de Fran se aceleró. Percibió la vibración del golpe que produjo el cayado contra el suelo, en el interior de su cabeza. Una extraña sensación, de miedo y ansiedad recorrieron su cuerpo. Tiró del freno de mano, abrió la puerta del coche, posó su pie izquierdo sobre el asfalto, y sufrió una especie de descarga eléctrica que sacudió su cuerpo. Imágenes

terribles asolaron su mente. «Vio como una lengua de fuego arrasaba un pueblo, un asteroide impactando contra un monte, una presa resquebrajándose anegando pueblos enteros. Se vio así mismo en medio de la plaza del Obradoiro contemplando las ruinas de la Catedral, y del resto de edificios que rodeaban la plaza. El cielo estaba oscuro, sin embargo era de día. Buscó el sol en el horizonte y observó como el astro rey, brillaba como si de una circular piedra de azabache se tratase por encima del monte Pedroso. Bajó la mirada y contempló aterrorizado, como un líquido viscoso y negro ascendía cubriendo su cuerpo. De la masa viscosa, salían diversas extremidades que acabaron formando una diabólica mano. Fran intentó deshacerse de aquel ente extraño que cubría todo su cuerpo. Luchaba con todas sus fuerzas por sobrevivir». El bocinazo de un coche, devolvió a Fran a la realidad. Por un instante se quedó perplejo, anonadado. Observó que delante de su coche ya no había nadie. Su corazón palpitaba a mil por hora. Una fuerte sudoración fría bajó por su frente, las manos le temblaban y una terrible sensación de ahogo le impedía respirar con normalidad. Metió la marcha y el vehículo arrancó a trompicones. Estaba desconcertado, miraba a ambos lados de la carretera como un poseso buscando a aquel hombre. Veía el discurrir de la gente caminando por las calles a cámara lenta. Se sentía observado y señalado por la gente. Tenía la sensación de que le iba a estallar la cabeza. A la altura del edificio de la Seguridad Social, detuvo el coche. Quitó la llave del contacto. Cerró los ojos con fuerza, se echó las manos a la cabeza, aspiró hondo y gritó desesperadamente. Instantes después. Abrió los ojos, miró a su alrededor y todo parecía transcurrir con normalidad. Introdujo su mano en el bolsillo lateral de su pantalón de trabajo, sacó una carterita de cuero, la abrió y se dispuso a liar un cigarrillo. Bajó la ventanilla del coche, y tras darle unas ansiosas caladas al pitillo, fue recuperando el estado ánimo. Sonó el móvil, miró la pantalla, dudó si descolgar la llamada, era su mujer.

—Fran, ¿tardas mucho en llegar?, yo ya estoy lista, me acaba de llamar tú hermana, que se retrasará un poco, que no la esperemos, que empecemos a cenar sin ella.

—¡Ah!, vale, bueno. —titubeó Fran.

—¿Te pasa algo?, te noto raro.

—No, nada, en cinco minutos, más o menos ya estoy en casa.

Apagó la colilla del cigarrillo en el cenicero del coche, se fijó el cinturón de seguridad de nuevo, e inició la marcha. «Me estaré volviendo loco», pensó mientras conducía. Aparcó el vehículo justo en frente del edificio en donde residía; subió a su casa y abrió la puerta principal. Al entrar en su casa se sintió mucho más sosegado. Se acercó al dormitorio principal y vio a su mujer agachada recogiendo algo del suelo. Se acercó por atrás y la agarró

por la cintura.

—Estás en una posición perfecta. —le dijo a su mujer con un tono de voz morbosos.

—Boh, siempre pensando en lo único. —le respondió Maya, mientras se incorporaba dando un giro entre los brazos de Fran.

La pareja se besó en los labios. Fran dudó por un instante, si contarle su extraña experiencia a Maya. Decidió que lo mejor era ducharse primero. Al salir de la ducha, se topo con Maya de bruce, se separó un poco de ella y dejó caer la toalla al suelo mientras le guiñaba un ojo a su mujer.

—¡Mira que eres bobo! —le espetó Maya con una sonrisa en los labios. —Anda, vístete, que vamos a llegar tarde.

—Para uno rapidito siempre hay tiempo —respondió Fran, mientras entraba en el dormitorio.

Mientras se vestía, seguía dándole vueltas al misterioso suceso. Terminó de acicalarse y salió del dormitorio. Maya lo esperaba delante de la puerta de entrada del piso, con su «chupa» de cuero preferida en la mano. De camino al restaurante en donde iban a celebrar el evento, Fran comenzó a relatarle a Maya el extraño episodio que había sufrido. Maya escuchaba con atención la narración de su cónyuge. Una expresión de horror, se dibujó en el rostro de la mujer.

Habían sido los primeros en llegar al restaurante. La pareja bajo del coche, se arrimaron al capot delantero de un viejo Mercedes 300 y se fumaron un cigarrillo en silencio. Maya abrazó a su marido y le susurró al oído.

—No me alegro de tu experiencia, ni entiendo porqué te ha pasado, pero esa misma sensación que has experimentado tú hoy, es lo misma que yo siento, cuando me despierto encharcada en sudor, angustiada, después de padecer esas perturbadoras visiones, en las que una execrable figura oscura, trata de arrastrarme al abismo.

Fran se quedó petrificado, desconcertado por las palabras de su mujer, todo lo que le había susurrado su mujer al oído, incomprensiblemente le sonaba a reprimenda. Aun así decidió no alterarse.

—Pues sinceramente, espero no volver a pasar por la experiencia, porque la verdad que no es nada agradable —respondió Fran, mientras se liaba otro cigarrillo.

—Venga, no fumes más; habla con Charo la Psicóloga, a lo mejor

ella te da alguna explicación.

—No, lo mejor que puedo hacer es llamar a Héctor, es amigo del presentador de «vigésimo milenio»

—¡Ya!, y lo mismo te van a hacer un programa de radio con tu profecía del Apocalipsis —respondió Maya enojada.

—La verdad, no sé porqué me respondes así, tus cambios de humor repentino son una pasada.

Maya y Fran se quedaron en silencio mientras veían entrar en el parking el coche Charo.

Capítulo 31

XXXI

Codex Nigrum 1:10

El mismísimo Yahvé descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios. Los descendientes de Cristo morirán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos desterrados junto con ellos, más allá de las nubes en un plano oscuro e inmaterial. Y así estaremos condenados los seguidores del traidor a vagar por toda la eternidad.

Treviño, recibió una llamada inesperada y cuando menos inquietante. No hacía ni diez minutos que había dejado sus maletas en su habitación y sin pensárselo dos veces, salió de su apartamento en la calle Carrera del Conde. Acababa de regresar de un viaje a Israel. Esta vez, Vanesa había desembarcado sin pena ni gloria en el aeropuerto compostelano. Ningún medio de comunicación la esperaba, la excavación en la que había participado en el desierto de Qumrán fue «top secret».

Monseñor Rouco, se había puesto en contacto con ella urgiéndole su presencia en la Catedral. De alguna manera estaba un tanto sorprendida. Ella y Rouco no eran precisamente amigos. Treviño agnóstica por convicción, había declarado la guerra a la iglesia católica, y en particular a la diócesis Compostelana. A raíz de eso, el Obispo de Santiago de Compostela emprendió una guerra en su contra, tratando de desprestigiarla públicamente en multitud de ocasiones. El conflicto entre ambos alcanzó su punto más álgido, después de la publicación de su polémico libro «Compostela la última Babilonia». El que clérigo compostelano, cómo máximo exponente y responsable de la orden «Jacobita», había mostrado públicamente su malestar y rechazo al libro de Treviño mediante la publicación de un duro manifiesto en todas sus redes sociales. En su último comunicado oficial calificaba el libro de la doctora como una «herejía poco profesional», y declaró a la arqueóloga «persona non grata». Un día antes de la llamada, habían protagonizado su último enfrentamiento público mediante un cruce de tuits descalificativos. La publicación de un nuevo trabajo en la prestigiosa revista National Geographic, en donde volvía a criticar con dureza la «oscura» historia de la iglesia compostelana, cargando con especial dureza en contra del impulsor principal de la construcción de la catedral, Diego Gelmírez calificándolo «expoliador».

Vanesa licenciada por la USC en Arqueología y Ciencias de la antigüedad, era una reconocida arqueóloga gallega, que había saltado a la fama

internacional, tras haber participado activamente en las excavaciones del antiguo puerto romano de Berenike, al sur de Egipto. Allí sepultada y oculta durante siglos, encontró en medio de un gran yacimiento de huesos la tumba de uno de los hijos ilegítimos del faraón egipcio Ptolomeo II.

Ese trabajo le abrió innumerables puertas. A su regreso de Egipto, y a petición propia del presidente de la Xunta Santiago de la Iglesia, Vanesa fue nombrada responsable de las obras de restauración de la fachada catedralicia en la plaza de la Quintana y de las antiguas caballerizas del Hostal de los Reyes Católicos. El «destino» quiso que durante esas obras de rehabilitación, viesen la “luz” diversos manuscritos medievales que estaban ocultos en diversas cámaras halladas durante las obras de restauración. Esos hológrafos dieron las primeras pistas sobre la construcción del primer coro catedralicio, que estaría formado por un conjunto de trece figuras de plata. Tras el descubrimiento, Treviño también fue nombrada responsable de la investigación y búsqueda de los restos del coro. El ambicioso proyecto, fue financiado con fondos de la CEE, y llevado a cabo por técnicos de la USC y de la Xunta de Galicia. Del estudio e interpretación de los manuscritos se encargó el prestigioso paleógrafo gallego Marco Aurelio, que aseguró tras un minucioso estudio de los hólógrafos, que la construcción del coro, habría sido encargada al maestro orfebre Bernardo el viejo en el año 1075. Durante la búsqueda del coro, también se descubrieron unas catacumbas de la época medieval en las profundidades de la Catedral. En las lúgubres oquedades descubiertas, se hallaron tres tumbas distinguidas y ornamentadas con monedas de plata acuñadas con el gradado de un códice, y la representación de la santísima trinidad. Las primeras especulaciones y las siguientes tesis, apuntaban a que podrían pertenecer al período en el que el arzobispo Gelmírez gobernaba la ciudad. «El acuñado tan característico de las monedas y los manuscritos hallados son la prueba fehaciente de que la antigua leyenda transcrita durante siglos y que relata el encargo del obispo a los trece mercenarios es cierta», afirmó Treviño en una rueda de prensa.

Posteriormente, la USC publicó un informe en el que varios de los expertos encargados de la investigación, afirmaban que el mandatario eclesiástico había ordenado acuñar los numerarios en conmemoración por el rescate de las reliquias expoliadas por los infieles tras la caída de Jerusalén. Días después de publicarse ese informe, Treviño ratificó a través de sus redes sociales que el acuñado de las piezas de plata, fueron una muestra de agradecimiento a los tres supervivientes de la encomienda del «expoliador». Pero los hallazgos no se quedaron ahí, a comienzos del 2022 unas obras de ampliación en la carretera C 543 en el municipio de Brión, dejaron al descubierto las ruinas de una antigua e inusual capilla Visigoda, muy anterior a la Capilla de Santa Comba de Bande. De manera “milagrosa” vio la “luz” un antiquísimo cáliz, treinta monedas de plata y trece sellos clericales. Vanesa, tuvo el privilegio de ser

la primera experta que pudo ver esos hallazgos...

El «destino» siguió su curso, y tras el accidental derrumbe de una de las paredes del túmulo del sepulcro del Apóstol Santiago, otro misterioso hallazgo propició la llamada urgente de Rouco a Vanesa.

Vanesa llegó al palacio Arzobispal. Su cabeza no dejaba de cavilar, «de ser cierto el descubrimiento, apoyará mi tesis de que la iglesia católica lleva siglos ocultando la existencia del «código negro». Recordó su publicación anterior, en donde aseguraba la existencia del libro y que le había seguido el rastro hasta la catedral de Santiago. «El hallazgo del código causará estragos en el seno de la iglesia, por ser el «verdadero libro del Apocalipsis dictado por Cristo», pensó de nuevo.

La publicación de su trabajo, había causado un enorme revuelo y polémica en toda España. Compañeros de profesión, reprocharon a la doctora Treviño, que su estudio más que un trabajo científico, parecía una novela medieval con ciertos tintes históricos. La afamada arqueóloga respondió a las críticas, publicando un comunicado un tanto sarcástico a través de una de sus cuentas en redes sociales.

#treviño.vanesa@comunicado.tuit.com

Entiendo que si la envidia fuese la tiña, el mundo estaría repleto de tiñosos. Esos compañeros de profesión que tachan mi trabajo de fantasía medieval, no han tenido ni la fortuna ni el privilegio de poder trabajar con el equipo de expertos paleógrafos que analizaron y certificaron la autenticidad de los manuscritos medievales, encontrados.

Treviño era una mujer concienzuda y había realizado un exhaustivo estudio sobre el tema. En su libro aseguraba que los hechos habían ocurrido durante el reinado de Alfonso VI de León «el bravo» en el año 1102. Diego Gelmírez, justo después de cometer el "Pío Latrocinio": «La sustracción de las reliquias de San Fructuoso, San Cucufate, San Silvestre y Santa Susana, y su traslado furtivo desde Braga hasta Compostela». Convenció al monarca para que financiase el «rescate» de unas poderosas reliquias en «Tierra Santa». Según exponía la arqueóloga en el texto publicado; Gelmírez, se habría enterado de la existencia del código y de las reliquias de manera casual. Treviño obtuvo este dato, tras el estudio y análisis con su colega Marco Aurelio, de los hológrafos hallados en las obras de reforma de las antiguas caballerizas del Hostal de los Reyes Católicos, y que a priori resultaron ser, el primer registro oficial del hospital de peregrinos de la ciudad, y el diario privado Baruch Sponell escriba personal de Diego Gelmírez. En el registro se hacía referencia al

ingreso de un ilustre peregrino, «el vizconde de Bearne». El paciente había ingresado aquejado de fiebres, y de unas yagas ponzoñosas en el hospital. Gastón IV «el cruzado», había viajado a Santiago por imposición del propio Papa Silvestre II. El pontífice impuso a Gastón como penitencia por sus pecados, peregrinar y entregar una ofrenda en el Locus Sancti Jacobi. Gastón llegó a Compostela, el 27 de Octubre del año 1102; luego de estar más de un mes en el hospicio y tras una leve mejoría, el noble peregrino, recibió la visita de Gelmírez. Debido a la fragilidad de su salud, Gastón pidió al obispo la presencia de un escriba de confianza para redactar sus últimas voluntades, y dejar constancia de los hechos sucedidos durante el asedio y la caída de Jerusalén. La transcripción de la “confesión” del cruzado describía con “pelos y señales” la masacre cometida en el «reino de los cielos».

«Durante la conquista de Jerusalén, poseídos por el espíritu de nuestro señor Jesucristo, y por las ordenes transmitidas por Dios al Papa, “Dios lo quiere”. Nada más tomar la ciudad, algunos se dedicaron a cortar las cabezas, las manos y los pies de los infieles que encontraban a su paso; otros, los más piadosos, delante de cualquier pared los hacían blancos de sus flechas; sin embargo, nosotros, aturridos por las palabras que no cesaban de retumbar en nuestras cabezas “los infieles deben pagar los sacrilegios cometidos, Dios lo quiere” no fuimos tan clementes, arrastramos a los infieles vivos ungidos en aceite y los trasladamos hasta las hogueras, el fuego griego se encargó de purificar sus cuerpos. Por todas las plazas de Jerusalén, las cabezas, manos y pies yacían apilados por doquier. El aire era irrespirable. La parca caminaba satisfecha por las calles, con sus ojos resplandecientes, con una gran sonrisa dibujada en su rostro cadavérico; respirando el nauseabundo olor que desprendía la carne quemada. Entramos casa por casa, comprobando que no quedase nadie con vida. Jerusalén se convirtió en la “Ciudad Roja”; sus calles, sus casas, sus templos, sus jardines estaban teñidos por la sangre derramada. El último reducto de resistencia lo encontramos en la mezquita edificada sobre el antiguo templo de Salomón. La sed de sangre y las palabras de Dios nos embriagaron. El espíritu del nuestro señor Jesucristo y su cruz nos guiaban. Entramos en el templo y aniquilamos a todo ser viviente que allí se refugiaba; primero, arrebatamos de los brazos de las madres a sus hijos, los degollamos en su presencia; en ese instante pude ver como unas chispas crepitantes salían de sus cuellos y ascendían hacia el cielo; las almas de los pequeños infieles huían, entonces decidimos estrangular a sus madres, sus almas debían de permanecer por toda la eternidad en sus cuerpos, debían descomponerse a medida que sus cuerpos se pudriesen. Los rezos desesperados a su dios infiel no les sirvieron de nada; sus suplicas no le sirvieron de nada; todos sin excepción cayeron bajo el filo de nuestros cuchillos y de nuestras sedientas espadas. Derramamos tanta sangre infiel, que los cadáveres degollados cuales corderos flotaban sobre el rojo fluido. Cuando creímos que no quedaba ni

una sola alma infiel escuchamos ruidos detrás del portón de uno de los minaretes; conseguimos un ariete y golpeamos la madera como posesos, la fuerza divina de nuestro interior reventó la puerta en mil pedazos. Una guardia Nizarí; fieles devotos de Hassan-i Sabbah armados con lanzas y espadas, nos impedían el paso. La lucha fue encarnizada, eran diestros asesinos, muchos de los míos cayeron bajo el filo de sus espadas y las puntas de sus lanzas, pero nuestra superioridad numérica era aplastante y finalmente conseguimos reducirlos. Acorralamos al único superviviente. Vestía extraños ropajes de cuero, antes de que lo ensartásemos con nuestras espadas, pude ver que atado a su cinturón llevaba un manojo de llaves; aquel individuo hizo una proclama en un idioma ininteligible para nosotros y se degolló con su propia daga. Me acerqué al cadáver y arranqué de su cinturón el manojo de llaves. En lo alto del minarete había una puerta. Probé una a una las llaves arrebatadas al muerto en su cerradura, pero ninguna de aquellas llaves abría la puerta. Echamos la puerta abajo, entramos y después de revisar toda la estancia solo encontramos un cofre con joyas. Bajamos hasta la entrada del minarete y fue cuando nos dimos cuenta que bajo nuestros pies había una puerta con una gran cerradura incrustada. Probé de nuevo las llaves y una de ellas giraba, levantamos la puerta y comenzamos a bajar por unas escaleras hasta llegar a un túnel; todo estaba oscuro, uno de nosotros subió al templo para buscar lámparas, velas o antorchas con las que poder iluminarnos. Desde lo alto nos tiró varios hachones; caminamos un buen trecho y una puerta nos cortaba el paso. Un sello lacrado que no reconocí, precintaba la puerta, justo debajo del sello, un gran candado clausuraba la entrada. De nuevo fui probando una a una las llaves del manojo, hasta dar con la correcta. Seguimos caminando y encontramos otra puerta cerrada y sellada, así, hasta contar siete puertas y siete sellos tuvimos que abrir para entrar en un salón. La luz era tenue, siete pequeñas aberturas circulares agujereadas en el techo, dejaban pasar un hilo de luz que alumbraba un arcón de mármol blanco; nos acercamos y observamos que del centro de la tapa del arca sobresalía una figura grotesca. Al mirar detenidamente el relieve de la lápida, un cierto temor a que fuésemos a liberar algo maligno se apoderó de nosotros. Dudamos por un instante, si mover, o no, la pesada losa que cubría el arca, pero una voz interna movió nuestras manos. Con gran esfuerzo logramos deslizar la lapida que cubría el arca. Obnubilados contemplamos, que en su interior había dos urnas medianas. Las sacamos del interior y pudimos apreciar que las manos virtuosas de un maestro orfebre las habían decorado con símbolos desconocidos e inquietantes para nuestros ignorantes ojos. Impacientes, abrimos la primera, y horrorizados observamos que contenía el cuerpo incorrupto de un recién nacido con rasgos de chacal, el macabro hallazgo nos hizo dudar si abrir la siguiente, pero la curiosidad era mayor que la duda. Finalmente tras una breve deliberación abrimos la otra caja, en su interior hayamos dos códices. Uno de ellos contenía la sagrada palabra de nuestro señor Jesucristo en letras e imágenes, el otro códice, parecía ser antagonista del primero, sus páginas estaban llenas de macabras ilustraciones y de escritos heréticos. La voz de nuestro señor Jesucristo

irrumpió en nuestras mentes y nos dijo que el mismísimo diablo lo había escrito. El descubrimiento, fue puesto en conocimiento de nuestro señor Godofredo, que tras visitar el lugar, decretó el lacrado de las puertas con su sello y el cierre de todos sus candados. Siete caballeros fueron ordenados vigías bajo juramento ante Dios y nuestro señor Godofredo. Su encomienda fue clara, ser los custodios de las siete puertas y de las siete llaves. Al día siguiente de la reconquista de Jerusalén, el consejo de líderes ordenó eliminar a todos los sarracenos, judíos y a los colaboradores cristianos que habían sobrevivido al asedio de la ciudad, pero antes de ejecutarlos se les ordenó limpiar la ciudad. Estuvieron durante tres días y tres noches, sacando los cadáveres desmembrados de sus congéneres fuera de la ciudad; luego fueron obligados a baldear calle a calle, para eliminar la sangre y el nauseabundo hedor a muerte que inundaba la ciudad. Los cuerpos sin vida de los paganos, fueron colocados en piras funerarias que se alzaban como pirámides. El fuego sagrado eliminó el rastro de aquella masacre».

Luego de escuchar el relato del cruzado, el obispo, ávido por incrementar su notoriedad y poder, urdió un plan en su acalorada mente. Encomendó al capitán de la guarnición militar el reclutamiento de un grupo de once mesnaderos. Así pues, Gelmírez, no sin antes orar al altísimo y pedir su ayuda divina, se preparó para cumplir el ansiado propósito de otorgarle una «mayor dignidad» al «salvamento» de aquellas «reliquias». Tras dirigirse a la ermita en honor Santa María del Sar, y celebrar una santa misa en ella. El prelado ordenó a sus «apóstoles», que antes de partir rumbo a Jerusalén, y a través de un discurso casi apologético, don Diego procedió a dar las instrucciones de actuación a sus «trece cruzados» (doce mercenarios y un monje agustino), descubriendo al mismo tiempo uno de los «auténticos» motivos del viaje.

«Queridísimos hermanos, os he reunido aquí, para que si durante vuestro camino a Jerusalén, hubiera o hubiese algo destruido o desordenado en cualquiera de las iglesias y heredades de la cristiandad, debéis restaurarlo y ordenarlo con nuestra santa presencia. Debemos mejorar lo que está mal. Pero ahora no se oculta a vuestra diligencia, lo que se encuentra en condiciones inconvenientes, pues me cuentan que en Jerusalén hay muchos cuerpos de santos abandonados, sin que sean venerados por culto alguno. Procuraremos enmendar esto, e intentaremos traer a ésta nuestra sede compostelana, los preciosos cuerpos de los santos a los que ningún culto se les rinde en Jerusalén. Convendrá hacer esto de manera oculta para que los dirigentes y las gentes de esa tierra, no promuevan contra nosotros una súbita animadversión. En el interior del antiguo templo de Salomón, fue descubierta iabandonada! un arca marmórea, que estaba encerrada bajo siete puertas, siete sellos y siete candados. Siete caballeros cruzados al abrirla, encontraron en su interior dos urnas de plata. En una de las cajas se descubrieron las reliquias de un Santo Salvador, y en la otra se hallaron dos escrituras sagradas. Si queremos que nuestra diócesis sea la más importante de la cristiandad, estamos

obligados por Dios a acometer tal empresa»

Marco y Treviño, descubrieron en el libro de registro de ingresos del hospicio, reseñas de la llegada a Compostela de tres de los componentes del grupo de rescate dos años después de su partida hacia Jerusalén. En su diario personal Baruch «el escriba», relataba como en el año 1105, el prelado ordenó la construcción de una nueva capilla dentro de la Catedral, en donde se daría culto a los restos del Santo Salvador. En el año 1106, poco antes de morir contagiado por la muerte negra que asoló ese año Compostela, Baruch dejó escrita una confesión un tanto inquietante.

«La codicia de un hombre impío, ha provocado que la ciudad haya sido maldecida por Dios. La oscuridad y la muerte se ciernen sobre nosotros. He visto caminar a la muerte vestida con su túnica negra portando una guadaña por las calles de esta ciudad, disfrutando del pútrido hedor que desprenden los cadáveres en descomposición. Ni el mismísimo Yahvé nos puede proteger. Yo soy tan culpable como el señor obispo, ya que he sido cómplice de su delito, vendiendo mí alma por unas monedas de plata. En un impulso de redención, esta noche me he armado de valor, y oculto entre las sombras, he acudido a la catedral, he roto el sello de la urna de plata, y retirado los restos de “eso” que no me atrevo ni a nombrar, dentro de un saco. ¿Cómo es posible? ¡Qué alguien que dice ser ministro de Dios en la tierra!, haya ordenado la custodia y adoración de los restos del hijo del diablo en tierra sagrada. Ya he empezado a pagar por mis pecados. Al coger los restos de ese ser infame con mis manos, me he contagiado con su mal. Unas yagas ponzoñosas cubren mí carne, al tocar los bubones, un líquido pestilente y negro sale de ellos. He acudido a la Mikve, y he sumergido los restos de “eso” tratando de purificarlos, luego he preparado una pira para quemarlos. Nunca había visto cosa igual, primero las llamas eran azules como el mar, luego rojas como un hierro incandescente, y por último doradas como el sol, pero el cuerpo no se quemó, era inmune al fuego. Espere hasta el alba, recogí el cuerpo y arrojé al río Sar. Hoy voy practicar el Hattat para intentar que se absuelvan mis pecados, tiemblo por mí alma».

CHANEL NEWS — TRUTHS ABOUT THE WORLD.

Conspiraciones mundiales en la red.

Sorprendente hallazgo arqueológico: una Virgen de piedra en pleno río Sar

Apoyada en una zona con poco caudal, fue encontrada por un pescador. // De estilo Románico, su origen podría remontarse al siglo XI // La pieza

será retirada hoy por técnicos de Patrimonio.

El río Sar, a su paso por la parroquia de Conxo, acaba de ser testigo de un hallazgo arqueológico casual. Apoyada en el lecho del río, en una zona con poco caudal, ha sido descubierta una pieza que, según las primeras observaciones, se corresponde con una Virgen de piedra.

Las primeras hipótesis apuntan que podría ser de estilo Románico, situando su autoría en el siglo XI, aunque habrá que esperar a trabajos técnicos y estudios en profundidad para poder determinar su origen y procedencia con exactitud.

Treviño y Marco avisados tras el hallazgo. El «destino» estaba desenterrando las pruebas y los instrumentos necesarios para la creación de un evento de magnitudes inimaginables...

Capítulo 32

XXXII

Codex Nigrum 1:12

El Señor me contestó: «Mentira será lo que han de ir profetizando en mi nombre algunos de esos falsos profetas. Yo no los he enviado, ni les he dado ninguna orden, y ni siquiera les he hablado. Lo que han de profetizar son visiones engañosas, adivinaciones vanas y delirios de su propia imaginación». Por eso, así dice el Señor: “En cuanto a los profetas que profetizan en mi nombre sin que yo los haya enviado, y que además dicen que no habrá espada ni hambre en este país, ellos mismos morirán de hambre y a filo de esa espada sagrada”.

En una suite del JK Place Roma situado en la Vía Monte d'oro, un fornido hombre de rostro ovalado, y brillante cabellera negra descorchaba una botella de un Vega Sicilia Único; se sirvió una copa, dio unos leves movimientos circulares a la copa buscando la oxigenación del caldo e introdujo su nariz aguileña levemente en la copa; los vapores alcohólicos impregnados por los diferentes aromas afrutados de aquel elixir inundaron sus fosas nasales; sus ojos, se iluminaron al tiempo que esbozaba una leve sonrisa de satisfacción, pero un repentino e inesperado ring perturbó la intensidad de aquel instante. El hombre dejó la copa sobre la mesa de la sala de estar de la suite, y se aproximó a una de las mesillas que estaban al lado de la cama; descolgó el teléfono.

—Pronto. — dijo Di Prieto.

Al escuchar su nombre musitado por una voz gutural al otro lado del auricular, su cara palideció.

— Maresciallo, é un grande piacere. — contestó con el tono de voz ligeramente quebrado.

—El séptimo sello ha sido quebrado. Francisco II ha dado instrucciones precisas para que se reúna la Comisión Pontificia. ¿Unwini y sus acólitos están listos?, ¿se les ha proporcionado todo lo necesario?.

—Si, Maresciallo.

—El código negro ha sido hallado, y las revelaciones del séptimo sello quizás aporten la «oscuridad» necesaria para identificar al

durmiente, ¿tenemos a alguien de confianza en Compostela?.

— Si, Maresciallo. — respondió nuevamente Di prieto.

— Permanezca atento al teléfono, en cualquier momento Francisco reclamará la presencia de su hermano.

Di Prieto, escuchó como se cortaba la llamada; sin descolgar el teléfono, pulsó la tecla de petición de la línea y marcó un número; tras tres tonos escuchó la voz de un hombre.

—Unwini, el mariscal se ha puesto en contacto conmigo, me ha dicho que estén preparados, su hermano requerirá su presencia y la de sus hombres en cualquier momento.

Di Prieto no escuchó palabra alguna, solo un suspiro. Tragó saliva, y recordó el gran esfuerzo realizado por el mismo, para sacar de manera precipitada a Unwini de Nigeria. Desde el año 2014 varias agencias de inteligencia seguían la pista a Unwini por ser el poderoso líder de una secta a la cual se le atribuían inquietantes prácticas de magia negra. Ser un afamado mago, y hermano del primer Papa negro, habían incrementado su fama e influencias entre las altas esferas de su país, pero el hallazgo de la cueva de los horrores en el bosque sagrado de Osogbo a orillas del río Osún, centraron todas las miradas sobre él.

Las misteriosas desapariciones de cientos de habitantes de la aldea de Osogbo pusieron en alerta a Oscar, un misionero español que realizaba labores humanitarias en la zona, él mismo Oscar fue quien realizó las primeras investigaciones, pero las noticias no salieron a la luz por sus investigaciones, sino que salieron a la luz, tras la desaparición de él mismo. Días antes de su misteriosa desaparición, puso en conocimiento de su hermano, un ex «Black Seal» (cuerpo de operaciones especiales encubiertas del ejército español) sus sospechas, y le pidió su «ayuda» argumentado que su acción directa en el caso, podría ser el acto de redención que tanto ansiaba, y que esa «buena acción» liberaría su atormentada alma. El hecho de la desaparición de Oscar fue lo que precipitó el macabro hallazgo. «Soul Killer», nombre en clave del hermano de Oscar convocó a varios de sus «hermanos de sangre», y pocos días después de la desaparición entraron de manera ilegal en el país. Tras una corta pero intensa investigación en la que no escatimaron medios, ni artes para las que habían sido entrenados, aparecieron degollados de manera misteriosa medio centenar de policías y militares. Tres días después de su irrupción en el país, encontraron «la cueva de los horrores». «Killer Soul» localizó el cuerpo de su hermano clavado en una cruz invertida. Preso por la ira, él y sus compañeros en una macabra orgía de sangre masacraron a los “carniceros” que custodiaban el lugar. Liberaron a los supervivientes que gritaban como posesos el nombre de Unwini. Los «Black Seal» colgaron a través de los miles de perfiles falsos creados en multitud de

redes sociales “el documental” con las declaraciones de los supervivientes de la masacre y las imágenes de los miles de cuerpos degollados, mutilados, “despiezados como simples reses”. El líder de la secta agazapado en su lujosa mansión llamó a su hermano Francisco II. Tras escuchar las desesperadas palabras de su hermano, el Papa organizó con Di Prieto su rescate, y llamó de manera urgente al presidente Muhamma Nutumbo exigiéndole su protección. Nutumbo escondió a Unwini en su residencia, pero uno de los sirvientes presidenciales que era aún a la causa popular, delató la ubicación del refugiado. La noticia corrió como la pólvora, y una turba enfurecida armada hasta los dientes se presentó delante del palacio presidencial clamando justicia. Los manifestantes trataron de asaltar el complejo, pero los militares que custodiaban el palacio abrieron fuego contra la población enaltecida. En ese mismo instante de confusión generalizada, Di Prieto irrumpió en el lugar con un helicóptero de rescate HH-60W, y un equipo de mercenarios de la empresa Sol Negro para rescatar a Unwini de las garras de la muchedumbre. Ahora, Unwini y todo su séquito estaban refugiados en una casa segura muy cerca de Roma.

Francisco II paseaba por el salón de audiencias pontificias, observaba como los operarios montaban la mesa ceremonial que él mismo había ordenado colocar en el centro de la zona en donde habitualmente se sentaban los patrocinadores de las audiencias. No hacía mucho tiempo había destinado una cantidad ingente de dinero para su reforma. Consideró que al igual que las serpientes mudan de piel, el edificio debía mudar de alguna manera su viejo aspecto de serpiente común. Habló con los herederos del arquitecto original Pier Luigi Nervi, y les encargó un nuevo diseño acorde con los nuevos tiempos. Francisco se detuvo el centro del patrocinio y se quedó mirando la imagen de bronce de la «resurrección». En su fuero interno estaba nervioso, «la hora del cambio estaba cerca». Miró su reloj de pulsera. Bajó los cuatro escalones que elevaban la zona del resto de la sala, se giró y caminó marcha atrás por el pasillo central de la sala, quería ver las fauces de la serpiente. Observó la llegada de Gianluca, vio como hablaba con un operario. Francisco se quedó inmóvil, Gianluca giró la cabeza y caminó en dirección al pontífice.

—Su santidad, he conseguido localizar a todos los miembros de la comisión, hemos tenido que fletar algún vuelo privado, pero a la hora convenida todos estarán aquí.

—allora va tutto bene. — contestó Francisco.

Gianluca se retiró y el Papa se sentó en uno de los bancos, sacó su móvil de uno de los bolsillos de su sotana blanca y marcó un número.

—Pronto.

—Di Prieto, recoja a mi hermano y a sus sacerdotes, a las 11 en punto deben personarse en la entrada de servicio del salón de audiencias pontificias, uno de mis hombres de confianza les abrirá la puerta, y les conducirá hasta los vestuarios, una vez estén dentro, usted abandone el edificio y espere ordenes.

—Sus deseos son ordenes, santo padre.

Francisco, cortó la llamada. Miró de nuevo su reloj, quedaban menos de dos horas para el principio del fin.

Capítulo 33

XXXIII

Codex Nigrum 1:12

El Señor me contestó: «Mentira será lo que han de ir profetizando en mi nombre algunos de esos falsos profetas. Yo no los he enviado, ni les he dado ninguna orden, y ni siquiera les he hablado. Lo que han de profetizar son visiones engañosas, adivinaciones vanas y delirios de su propia imaginación». Por eso, así dice el Señor: “En cuanto a los profetas que profetizan en mi nombre sin que yo los haya enviado, y que además dicen que no habrá espada ni hambre en este país, ellos mismos morirán de hambre y a filo de esa espada sagrada”.

En una suite del JK Place Roma situado en la Vía Monte d'oro, un fornido hombre de rostro ovalado, y brillante cabellera negra descorchaba una botella de un Vega Sicilia Único; se sirvió una copa, dio unos leves movimientos circulares a la copa buscando la oxigenación del caldo e introdujo su nariz aguileña levemente en la copa; los vapores alcohólicos impregnados por los diferentes aromas afrutados de aquel elixir inundaron sus fosas nasales; sus ojos, se iluminaron al tiempo que esbozaba una leve sonrisa de satisfacción, pero un repentino e inesperado ring perturbó la intensidad de aquel instante. El hombre dejó la copa sobre la mesa de la sala de estar de la suite, y se aproximó a una de las mesillas que estaban al lado de la cama; descolgó el teléfono.

—Pronto. — dijo Di Prieto.

Al escuchar su nombre musitado por una voz gutural al otro lado del auricular, su cara palideció.

— Maresciallo, é un grande piacere. — contestó con el tono de voz ligeramente quebrado.

—El séptimo sello ha sido quebrado. Francisco II ha dado instrucciones precisas para que se reúna la Comisión Pontificia. ¿Unwini y sus acólitos están listos?, ¿se les ha proporcionado todo lo necesario?.

—Si, Maresciallo.

—El código negro ha sido hallado, y las revelaciones del séptimo sello quizás aporten la «oscuridad» necesaria para identificar al

durmiente, ¿tenemos a alguien de confianza en Compostela?.

— Si, Maresciallo. — respondió nuevamente Di prieto.

— Permanezca atento al teléfono, en cualquier momento Francisco reclamará la presencia de su hermano.

Di Prieto, escuchó como se cortaba la llamada; sin descolgar el teléfono, pulsó la tecla de petición de la línea y marcó un número; tras tres tonos escuchó la voz de un hombre.

—Unwini, el mariscal se ha puesto en contacto conmigo, me ha dicho que estén preparados, su hermano requerirá su presencia y la de sus hombres en cualquier momento.

Di Prieto no escuchó palabra alguna, solo un suspiro. Tragó saliva, y recordó el gran esfuerzo realizado por el mismo, para sacar de manera precipitada a Unwini de Nigeria. Desde el año 2014 varias agencias de inteligencia seguían la pista a Unwini por ser el poderoso líder de una secta a la cual se le atribuían inquietantes prácticas de magia negra. Ser un afamado mago, y hermano del primer Papa negro, habían incrementado su fama e influencias entre las altas esferas de su país, pero el hallazgo de la cueva de los horrores en el bosque sagrado de Osogbo a orillas del río Osún, centraron todas las miradas sobre él.

Las misteriosas desapariciones de cientos de habitantes de la aldea de Osogbo pusieron en alerta a Oscar, un misionero español que realizaba labores humanitarias en la zona, él mismo Oscar fue quien realizó las primeras investigaciones, pero las noticias no salieron a la luz por sus investigaciones, sino que salieron a la luz, tras la desaparición de él mismo. Días antes de su misteriosa desaparición, puso en conocimiento de su hermano, un ex «Black Seal» (cuerpo de operaciones especiales encubiertas del ejército español) sus sospechas, y le pidió su «ayuda» argumentado que su acción directa en el caso, podría ser el acto de redención que tanto ansiaba, y que esa «buena acción» liberaría su atormentada alma. El hecho de la desaparición de Oscar fue lo que precipitó el macabro hallazgo. «Soul Killer», nombre en clave del hermano de Oscar convocó a varios de sus «hermanos de sangre», y pocos días después de la desaparición entraron de manera ilegal en el país. Tras una corta pero intensa investigación en la que no escatimaron medios, ni artes para las que habían sido entrenados, aparecieron degollados de manera misteriosa medio centenar de policías y militares. Tres días después de su irrupción en el país, encontraron «la cueva de los horrores». «Killer Soul» localizó el cuerpo de su hermano clavado en una cruz invertida. Preso por la ira, él y sus compañeros en una macabra orgía de sangre masacraron a los “carniceros” que custodiaban el lugar. Liberaron a los supervivientes que gritaban como posesos el nombre de Unwini. Los «Black Seal» colgaron a través de los miles de perfiles falsos creados en multitud de

redes sociales “el documental” con las declaraciones de los supervivientes de la masacre y las imágenes de los miles de cuerpos degollados, mutilados, “despiezados como simples reses”. El líder de la secta agazapado en su lujosa mansión llamó a su hermano Francisco II. Tras escuchar las desesperadas palabras de su hermano, el Papa organizó con Di Prieto su rescate, y llamó de manera urgente al presidente Muhamma Nutumbo exigiéndole su protección. Nutumbo escondió a Unwini en su residencia, pero uno de los sirvientes presidenciales que era afín a la causa popular, delató la ubicación del refugiado. La noticia corrió como la pólvora, y una turba enfurecida armada hasta los dientes se presentó delante del palacio presidencial clamando justicia. Los manifestantes trataron de asaltar el complejo, pero los militares que custodiaban el palacio abrieron fuego contra la población enaltecida. En ese mismo instante de confusión generalizada, Di Prieto irrumpió en el lugar en un helicóptero de rescate HH-60W, y con un equipo de mercenarios de la empresa Sol Negro para rescatar a Unwini de las garras de la muchedumbre. Ahora, Unwini y todo su séquito estaban refugiados en una casa segura muy cerca de Roma.

Francisco II paseaba por el salón de audiencias pontificias, observaba como los operarios montaban la mesa ceremonial que él mismo había ordenado colocar en el centro de la zona en donde habitualmente se sentaban los patrocinadores de las audiencias. No hacía mucho tiempo había destinado una cantidad ingente de dinero para su reforma. Consideró que al igual que las serpientes mudan de piel, el edificio debía mudar de alguna manera su viejo aspecto de serpiente común. Habló con los herederos del arquitecto original Pier Luigi Nervi, y les encargó un nuevo diseño acorde con los nuevos tiempos. Francisco se detuvo el centró del patrocinio y se quedó mirando la imagen de bronce de la «resurrección». En su fuero interno estaba nervioso, «la hora del cambio estaba cerca». Miró su reloj de pulsera. Bajó los cuatro escalones que elevaban la zona del resto de la sala, se giró y caminó marcha atrás por el pasillo central de la sala, quería ver las fauces de la serpiente. Observó la llegada de Gianluca, y se quedó mirando como hablaba con un operario. Francisco se quedó inmóvil, Gianluca giró la cabeza y caminó en dirección al pontífice.

—Su santidad, he conseguido localizar a todos los miembros de la comisión, hemos tenido que fletar algún vuelo privado, pero a la hora convenida todos estarán aquí.

—allora va tutto bene. — contestó Francisco.

Gianluca se retiró y el Papa se sentó en uno de los bancos, sacó su móvil de uno de los bolsillos de su sotana blanca y marcó un número.

—Pronto.

—Di Prieto, recoja a mi hermano y a sus sacerdotes, a las 11 en punto deben personarse en la entrada de servicio del salón de audiencias pontificias, uno de mis hombres de confianza les abrirá la puerta, y les conducirá hasta los vestuarios, una vez estén dentro, usted abandone el edificio y espere mis instrucciones.

—Sus deseos son ordenes, santo padre.

Francisco, cortó la llamada. Miró de nuevo su reloj, quedaban menos de dos horas para el principio del fin.

Capítulo 34

XXXIV

Codex Nigrum 1:13

La maldición habrá llegado cuando el trono de Dios, y del Cordero estén en la ciudad. Sus siervos lo adorarán; lo verán cara a cara, y les será grabado su nombre en la frente. Ya no habrá día; se necesitarán luces de lámpara, se añorará la luz del sol, porque el Dios oscuro llegará. Y reinará por los siglos de los siglos.

El escalofrío se convirtió en un gesto de nerviosismo, Héctor estiró su mano en un gesto cordial, y Marco correspondió apretándole la mano.

—Buenos días, soy Marco Aurelio el encargado del yacimiento.

—Encantado, estos son Fran y Pepe, yo soy Héctor, en un rato vendrán dos compañeros más que fueron a buscar un elevador para instalar en claustro; nosotros nos adelantamos para ver las piezas que tenemos que recoger, embalar, trasladar, y verificar el material de embalaje que precisamos.

—Okay, pero, ¿habéis firmado el documento de confidencialidad?

—No, nadie nos informó de ello.

—Lo siento, pero sin la firma no podéis acceder al interior de la gruta, no obstante, esperad. Juan, avisa por radio a uno de tus compañeros, dile que traiga el impreso que deben firmar estas personas, y recuérdale que toda persona que acceda a este lugar, sea quien sea, debe firmar antes de bajar.

Marco, se giró y desapareció por el pasillo de acceso a la gruta sin mediar más palabra; Héctor miró a sus compañeros encogiéndose de hombros. No habían pasado ni cinco minutos cuando un guardia de seguridad se acercó a ellos con unas carpetas rígidas en sus manos. Entregó una carpeta a cada uno de ellos, les pidió sus DNIs, y les dijo que además de estampar su firma en el documento, deberían rellenarlo con sus datos personales. Mientras ellos cubrían el impreso, el guardia fotografió los DNI de cada uno de ellos. Una vez terminados los formulismos, el otro guardia avisó de nuevo a Marco, que reapareció pocos minutos después.

—¿Traéis guantes? — preguntó Marco.

—Si, de nitrilo y de algodón. —contestó Héctor—

—Okay, pues acompañadme.

Los tres asintieron con la cabeza y caminaron unos pasos por detrás de Marco. Una gran puerta de madera cerraba el paso al interior de la gruta. Mientras Marco giraba una especie de aldaba situada en el centró del portón, Héctor tuvo la sensación de que ya había vivido ese momento. «Un puto déjà vu», pensó mientras observaba como Marco empujaba la puerta.

Nada mas cruzar el umbral de la sala, un gesto de admiración e incredulidad se dibujó en los rostros del trío. Los potentes focos de luz fría, iluminaban la enorme cavidad hexagonal, Fran y Pepe se acercaron a las paredes que parecían estar recubiertas por enormes alicatados de un material similar al azabache.

Héctor se quedó prendado por el gran lienzo que estaba colgado sobre la pared que estaba justo en frente a él. «¡Joder!, si colocas Saturno devorando a su hijo al lado de esta pintura, el Goya se queda una ridícula representación infantil» pensó.

Instintivamente se colocó los guantes de algodón, se acercó al lienzo, acarició la tela, y mientras pasaba con suavidad sus dedos sobre el suave relieve de los óleos de la pintura, un ensordecedor zumbido penetró en su mente. Instantes después, observó abrumado como las tétricas e inquietantes imágenes del lienzo cobraban vida.

El inmenso gentío representado en la obra emitía susurros guturales; pero poco a poco el coro de voces fue elevando su tono hasta llegar a convertirse en una sinfonía de aullidos grotescos, de rugidos histriónicos que rasgaban sus tímpanos cómo afilados estiletes.

Aquella muchedumbre de «hienas humanas» parecía estar poseída por oscuros y pérfidos espíritus. «Luperca La gran loba romana con sus pechos henchidos de leche» caminaba entre ellos, abrió sus fauces dejando al descubierto sus gigantescos y marfileños caninos; fijó su mirada sanguinolenta en los cientos de infieles fariseos que gritaban pidiendo sangre.

Una centuria de legionarios, cuales agentes antidisturbios, formaban un pasillo protegiendo «al hijo del hombre». Niños con los ojos de carbón, con la esclerótica más negra que el propio azabache, escupían, y lanzaban afilados silex a los pies del semidios; deseaban ahondar el lastimoso caminar del condenado. La sangre brotaba de la carne desgarrada por los cientos de latigazos infligidos poco antes del hondo caminar por los

subordinados de Pilatos al reo.

Bóreas comenzó a resoplar, una fuerte racha de viento balanceó al debilitado portador de la pesada cruz de madera; los gigantescos maderos ahogaban los alientos de Yeshua bar Yosef. Las desproporcionadas espinas que lo coronaban, laceraban sin piedad su frente. Un Yeshua pálido, con un rostro casi cadavérico ascendía lentamente por la empedrada pendiente.

Un grupo de mujeres trató de traspasar el muro romano, querían ayudar al «hijo de María»; sus gargantas desgarradas por el dolor pedían: ¡Piedad!.

Varios de los herederos de Rómulo y Remo que formaban la guardia, poseídos por el espíritu de la «sanguinaria loba romana», se giraron, y practicaron con las «vírgenes» dos movimientos para los que habían sido bien adiestrados; primero empujaron con sus escudos, y acto seguido lancearon sin piedad los torsos de las «plañideras».

La oscuridad, comenzaba a cubrir con su manto la luz de Helios. Los niños de ojos oscuros, arrodillados como bestias sedientas sobre el suelo, lamieron la sangre recién derramada.

Una parte de la turba enfurecida por la acción, desenvainaron los cuchillos que ocultaban tras sus harapientos ropajes, y poseídos por el espíritu de Yahvé, degollaron a los invasores que les habían dado la espalda.

El centurión al mando ordenó atacar; los legionarios a su mando desenvainaron sus gladius, y comenzaron a desmembrar a hombres y mujeres sin piedad. Niños, perros, buitres y cuervos se unieron a la bacanal sangrienta desgarrando a diente y pico partido, la carne de los miembros mutilados.

El «hijo del hombre» desesperado por la visión, sucumbió ante el dolor infligido a sus congéneres; se desplomó sobre el suelo, y la pesada cruz golpeó contra su costado quebrando sus costillas.

Aplastado por la cruz observó consternado, cómo el verdugo con el rostro oculto por una máscara de un macho cabrio devoraba las almas de sus hijos. El monstruo henchido de poder irguió la cruz, la echó a un lado, y arrastró al condenado por su larga cabellera hasta los pies de un hombre crucificado.

Bahomet en un alarde de superioridad volvió atrás, recogió la cruz del suelo, y caminó hacia el reo. Yeshua bar Yosef agotando sus últimas fuerzas trató de huir mirando al cielo desesperado; estaba arrepentido de

su pecado.

La bestia alargó su mano, y agarró por el hombro a Yeshua. «Arrodíllate hijo del hombre», bramó Bahomet retando a Yahvé.

La oscuridad se apoderó de todo; el aire se volvió corpóreo de la maldad acumulada en el ambiente.

Los gigantescos clavos que habrían de sostener al semidios sobre la cruz yacían inertes sobre el suelo. La bestia colocó a Cristo encima de los maderos; asió el primer clavo oxidado sobre la mano del condenado, y con su puño lo golpeó con tal fuerza que atravesó el madero. El alarido de satisfacción de la bestia quebró los oídos de la muchedumbre que gritó desesperada.

El centurión romano se acercó corriendo, trató de lancear al verdugo, pero su lanza se detuvo en el tiempo. La bestia se giró, miró fijamente al soldado con sus ojos carentes de vida, «tú que renunciaste a tus dioses primigenios, clavarás la lanza del destino en su costado y con este cáliz beberás su sangre», resonó en los oídos de Longinos.

La bestia martilleó con la mano cerrada el segundo clavo; cientos de rayos quejumbrosos manaron sin intensidad de en medio de la negrura, la voz gutural de la bestia bramó de nuevo; los supervivientes enmudecieron; desesperados por el terror de perder sus almas, se arrodillaron sobre el suelo. La bestia se acercó a los pies «del hijo del hombre»; un niño de ojos negros se acercó arrastrándose, la bestia acarició su pelo mientras el niño juntaba y centraba los pies del condenado sobre el madero. Bahomet colocó el último clavo sobre los pies del moribundo ser; y con un sólido golpe sobre el herrumbroso metal, atravesó de nuevo las extremidades y el robusto madero.

Los legionarios se acercaron en procesión, levantaron la cruz, y trasladaron apoyada sobre una sola mano, aclamando a la muerte.

La parca hizo acto de presencia; la legión hundió la base de los maderos cruzados en un hoyo cavado en medio de dos hombres crucificados, e irguieron el nuevo símbolo de la cristiandad.

El cielo comenzó a abrirse; las bestias carroñeras huyeron; los hombres y mujeres bautizados por la sangre derramada, inundaron con sus lágrimas «el monte del olvido».

El centurión se acercó a la cruz, y mientras Cristo gritaba —padre ¿por qué me has abandonado?. — lanceó su costado.

Longinos recogió el cáliz de suelo, lo llenó con la sangre del que venía a ser el «redentor de la humanidad», lo alzó al cielo, y de un solo trago

bebió su sangre. Bahomet gritó mirando al cielo, henchido de placer por su victoria.

—Héctor, Héctor, ¿qué te pasa?. — gritó Fran.

Héctor se giró aturdido, se frotó la cara con las manos, y se quedó mirando a su compañero de manera irracional. Marco se acercó a los dos.

—¿Te encuentras bien?.

—Si, si, me encuentro bien, no sé...

—Tranquilo, la expresividad de pintura es tan apabullante, qué a algunos nos causó algún tipo de sensación... extraña; bueno, pues sin más dilación, os muestro todo lo que hay que recoger y trasladar a la ciudad de la cultura. — comentó Marco.

El trío estaba abrumado por los acontecimientos, sabían sobradamente que estaban asistiendo a un hecho histórico; los trabajos de extracción de la virgen de piedra del río Sar, pasarían a ser una mera anécdota al lado del trabajo que estaban a punto de realizar. Marco caminó señalando todas las piezas que debían de embalar, diversas ánforas, varias jarras, cálices de oro, tres bancadas, una gran mesa de madera y un conjunto de trece dagas ceremoniales que estaban depositadas sobre el altar situado en el centro de la sala. Escucharon a lo lejos la voz de una mujer, Marco se detuvo en seco, y los cuatro que quedaron mirando hacia el umbral de la puerta. Vanesa Treviño entró en la sala acompañada de otra mujer. Las mujeres sonrieron al notar que eran el centro de atención de los cuatro hombres. Marco se acercó a las dos féminas, y de manera muy cordial dio dos besos a cada una de ellas. Héctor, Fran y Pepe, permanecieron inmóviles hasta que Marco se acercó a ellos, e hizo las oportunas presentaciones.

—Os presento a María de la Iglesia, consejera de cultura de la Xunta, y a Vanesa Treviño, arqueóloga mayor del reino de Galicia y asesora de cultura. — comentó Marco entre sonrisas.

—encantados— respondió el trío al unísono.

Vanesa y la consejera miraron a Marco fijamente, y acto seguido echaron un vistazo al rostro de Héctor.

—¿Sois hermanos?. —pregunto María. —No. — se apresuró a contestar Marco. —pues por el tremendo parecido nadie lo diría. — respondió Vanesa. Héctor sonrió, mientras centraba su mirada en Vanesa. — es más, es la primera vez que nos vemos. — remató Marco.

—Si nos disculpan, nosotros nos vamos a recoger el material de embalaje para poder comenzar los trabajos. — comentó Héctor.

El trío de trabajadores abandonó la sala. Les quedaba un largo recorrido hasta llegar al claustro de Fonseca.